

Editorial

Este número homenajea, por segunda vez, a Willy Baranger. Casi tres años nos separan de aquel agosto de 1992, cuando una reunión en honor de Made y Willy nos convocó en la Asociación. Allí, «los testimonios de los fundadores recuperaban para los que fuimos llegando después el entusiasmo y la pasión (placer y drama) de la difícil empresa iniciada en 1954».*

Hoy, la muerte de Willy, acontecida mientras preparábamos esta revista, ha sido hondamente sentida por quienes compartieron con él aquellos momentos heroicos y se formaron a su lado. Lo evocan para nosotros Mercedes Freire de Garbarino, Marcelo Viñar y Carlos Mendilaharsu, entrevistado por nuestro compañero Nelson De Souza. Nos dolemos también de su desaparición aquellos que, no habiéndolo conocido cercanamente nos aproximamos al psicoanálisis deslumbrados por sus textos, cuya claridad no es facilismo sino decantada reflexión.

Una coincidencia nos ha permitido hacer de este homenaje un reencuentro con su pensamiento: nuestro tema de Tapa, «Teoría hoy», tiene su centro en una polémica que marca la historia del psicoanálisis y a la que W. Baranger hizo aportes sustanciales, de indiscutible vigencia. La discusión sobre las bases teóricas de nuestra disciplina no cesa de reverberar, una y otra vez, cuando de conceptualizar la especificidad de nuestra praxis se trata. Saludable es que así suceda y que la fresca siempre renovada del debate muestre la vigencia del psicoanálisis. Nacido con el advenimiento del psicoanálisis, rastreable desde la publicación de los «Estudios sobre la histeria» (cuyos cien años se cumplen en estos días), herencia de la formación freudiana con su doble vertiente médico—filosófica, el enfrentamiento —áspero en ocasiones— entre los partidarios de un psicoanálisis más cercano a una ciencia empírica y aquellos que lo conciben

• RUP n° 76, Malestares
•

como una hermenéutica, ha acompañado el desarrollo de nuestro pensamiento.

Por el camino, la problemática se ha complejizado, tanto por la multiplicidad de teorías como por el aporte de otros campos del conocimiento (lingüística, antropología, etc.).

En ambos márgenes del Plata el tema fue debatido; nuestra Revista registró ese movimiento durante la década del '60, traduciendo y —publicando varios trabajos de autores extranjeros¹, así como las reflexiones de Marta Nieto, Carlos Mendilaharsu y Willy Baranger².

Aquí, tres textos relanzan la discusión. En el primero, D. Gil y F. Andacht examinan las nociones de determinismo, determinación y teleología. Partiendo de la conceptualización de C. Castoriadis con quién sientan su discrepancia, intentan reformular la noción de determinación desde el psicoanálisis y la semiótica de Peirce. Ensayando una relectura de «Un recuerdo florido...» de Freud con los conceptos de semiótica peirceana, elaborando nuevas significaciones de nociones claves en una y otra teorización.

La multiplicidad de teorías, el debate en torno a la metapsicología, el psicoanálisis como hermenéutica o ciencia empírica, las nociones de determinismo y determinación y su imbricación con la clínica, de la cual son indisociables, constituyen el núcleo del trabajo de R. Bernardi, cuya lectura

¹ Ezriel, H. Pruebas científicas de los descubrimientos y de la teoría psicoanalítica. Tomo IV, N° 2, 1961—1962. Zetzel, E. Teoría de la terapia en relación con un modelo del desarrollo del aparato psíquico, lomo VII, N° 4, 1965.

Apfelbaum, B. La psicología del Yo, la energía psíquica y las vicisitudes de la explicación cuantitativa en la teoría psicoanalítica. Tomo IX, N° 1, 1967.

² Nieto, M. Algunos problema del analista como investigador, lomo VIII, N° 1, 1965. Mendilaharsu, C. Algunas reflexiones sobre los problemas de la teoría analítica y los órganos de la personalidad, Tomo IX, N° 1, 1967. Baranger, W. Problemas acerca del enfoque económico. Tomo IX, N° 2, 1967.

polemiza con el anterior.

En el tercero, Ch. Hanly explora los significados del «significado», sus distintas valencias y la interconexión de las mismas en un momento clínico. El autor reflexiona acerca de la relación significado—causalidad, postulando la no limitación del primero a su sentido lingüístico. Discuten el trabajo quienes lo hicieron en la reunión científica en que fue presentado: el filósofo C. Caorsi y la psicoanalista F. Scholnik.

«Teoría hoy» pues, aspira a transformarse, en manos de sus lectores en lo que fue para los integrantes de la Comisión: un generador de inquietudes, una fuente de cuestionamientos. ¿Es la metapsicología freudiana la que ha muerto, o una lectura reduccionista de ésta, que la limitó al en-foque económico, desconociendo los otros vértices en que Freud la apoyara?

¿Compartimos la concepción de una posible validación probabilística a través de métodos estadísticos o pensamos³ que «*Mientras se promueve la exigencia de un nuevo empirismo (e/ de los «hechos» o «datos» de la clínica), se extiende el recurso a procedimientos psicoterapéuticos adecuados, recetas «técnicas» por un lado, espontaneísmo de la interpretación por el otro, caminos que sólo se contradicen en apariencia, pues tiene algo en común: llevar a punto muerto la teoría que funda continuamente la práctica?»*

¿La «teoría clínica unitaria» que postulan G. Klein, R. Wallerstein y Waelde, el es futuro del psicoanálisis o su búsqueda acusa el cuestionamiento de la diferencia de éste con otras ciencias? ¿Estas nuevas bases buscan otro modo de legitimidad o indican nuestra incapacidad para sostener la ruptura epistemológica del descubrimiento freudiano?

³ Marie Moscovici — La sombra del objeto Ed. Paidós, Buenos Aires, 1991.

¿Podremos lograr un equilibrio que contemple la dualidad del psicoanálisis (arte interpretativo, ciencia), posibilitando la investigación «*a posteriori de la sesión, con la aplicación del método experimental*» que permita constatar a un tercero el cambio psíquico, esquivando el «*riesgo de una folie a deux*» al que nos expone la comprensión hermenéutica? ⁴

La entrevista al Dr. Otto Kernberg, realizada por la Psic. Gladys Franco acerca sus puntos de vista sobre algunos de estos temas, así como su enfoque sobre las posibilidades del psicoanálisis en el mundo contemporáneo y sus posturas sobre otros tópicos teóricos-técnicos.

Este número incluye una sección pluritémica ⁵.

Esta recoge el Relato Oficial de la Asociación Psicoanalítica al XX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis, «Edipo en las distintas crisis y etapas de su vida», de Mercedes Freire de Garbarino, Irene Maggi de Macedo y Carmen Medicie de Steiner. En él, las autoras intentan una transformación (en el sentido *bioniano* del término) de la *comprensión* psicoanalítica del mito edípico, configurando una hipotética historia vital del héroe y de las crisis por las que atravesó.

«El sustrato compartido de la interpretación...» (B. de Leon de Bernardi), explora la creación de un sustrato común a paciente y analista, formado por núcleos interactivos dinámicos y gestado en la común experiencia regresiva por la que ambos —cada uno a su modo— transitan.

⁴ Selika A. de Mendilaharsu. Interpretación y conocimiento en psicoanálisis. En «Interpretar, conocer, crear...» Ed. Irilcc, Fundación Colonia del Sacramento. Colección ImPertinencia —ImPertinencias. Montevideo, 1994.

⁵ Con la que hacemos lugar a una inquietud surgida en la realización de la primera Jornada de Publicaciones, el 8.10.1994.

Por último, publicamos el premio FEPAL que ha sido discernido por tercera vez a un miembro de nuestra Asociación lo que nos hace sentir legítimamente orgullosos. En «Las identificaciones: cita de encrucijadas–encrucijada de citas», N. Vallespir ahonda una reflexión relativa a la interconexión entre identificaciones primarias y secundarias. El énfasis en los tiempos lógicos de la inclusión en el orden simbólico sobre la cronologización historicista marca este trabajo, acompasado por los tiempos del lirismo filosófico de F. Pessoa.

Comité Editor

Willy se fue. Una enorme pena nos envuelve a los analistas del Uruguay. Es el momento de pensar, resignificar y revivir el gran legado psicoanalítico que recibimos de él.

Fue un gran maestro, de esos que dejan en sus alumnos una huella imperecedera. Nos enseñó el modo de pensar psicoanalítico, que incorporamos los que fuimos sus alumnos y a su vez transferimos luego a las generaciones venideras.

Supo transmitir a sus discípulos no sólo el pensamiento psicoanalítico sino un espíritu de grupo, tarea esencial y la más difícil en la formación de una Asociación Psicoanalítica.

Vivió los diez años que pasó en nuestro país consustanciado con su misión, constituyéndose en un vivido ejemplo para todos nosotros.

Tuvo siempre la entereza de ánimo para afrontar situaciones muy adversas, inevitables en la formación de todo grupo psicoanalítico, situaciones que provinieron no sólo desde fuera del grupo sino desde dentro del grupo mismo.

Supo retirarse en el momento preciso, cuando entendió que el grupo estaba en condiciones de continuar su desarrollo por sí mismo y que la gravitación de su única personalidad podía constituir un impedimento para su desarrollo autónomo.

Lo que hoy somos se lo debemos a Willy Baranger.

Mercedes y Héctor Garbarino

Para Willy Baranger^{*}

Marcelo N Viñar^{**}

Seré un panelista obediente. Dispongo de ocho a diez minutos y tenemos que hablar (me dijeron) de algo que conjugue a la persona y al psicoanalista; lo afectivo biográfico y la obra.

Estas instrucciones constituyen una singular perspectiva: ¿Acaso hay otra, en psicoanálisis? ¿La transmisión del “corpus teórico” es acaso independiente de la relación de Freud con Fliess, Tausk, Abraham, Jung, Jones, Ferenczi? La respuesta es ambigua, las ventajas e inconvenientes de una respuesta afirmativa o negativa son evidentes, yo prefiero dejarla en suspenso.

En el **enigma de la transmisión**, y de la transmisión del psicoanálisis de modo muy particular, los límites entre razón y pasión nunca serán claros, y el orden aristotélico o cartesiano no es restituible. Teoría de la transferencia o transferencia de la teoría, si me permiten el juego de palabras. O en otros términos, el psicoanálisis ¿tiene que ver con un llanto y una algarabía que se hacen representables y pensables?, ¿o con un discernimiento que integra lo vivencial afectivo? ¿Cuál es la primacía en esta circularidad? No somos ni una religión ni una ciencia. ¿Qué transmitimos? ¿Qué y cómo se trasmite?

El enigma del origen y del destino, y una insaciable vocación de búsqueda de una respuesta, que se atisba y se escabulle, para reanudar una y otra vez el

^{*} Palabras pronunciadas en el Homenaje a W. Baranger. Agosto de 1992.

^{**} Presidente de APU. Joaquín Nuñez 2946. CP 11300.

enigma y la búsqueda; tal vez sea ese el cogollo de la trasmisión en psicoanálisis.

Yo pretendo que esta es una respuesta de filiación barangeriana, tribu a la que me honro en pertenecer. Una respuesta posible entre otras.

Definición polémica, basada en una errancia, no en un logro. Lo que importa es el camino, no la morada, le decía Don Quijote a Sancho. O la misma idea, en este poema en prosa de Maurice Blanchot:

«La Verdad, era ella la que me gustaba. En un mundo poblado de hombres, era el único elemento femenino. Un día me había dejado tocarle su rodilla, ¡bizarra impresión! Entonces le dije: ‘No soy hombre de contentarme con una rodilla’. Y ella me respondió: ‘Sería degoûtant’ (lo que se puede traducir por desagradable o asqueroso)»

M.Blanchot

(La folle du jour)

* * *

Otra dificultad para esta perspectiva es que el psicoanálisis reformula la frontera convencional entre lo íntimo y secreto y la escena pública. Entonces, la perspectiva que se nos pide bordea el chisme, lo ridículo o lo kitch. Asumimos el desafío y el riesgo.

En el año sesenta y cinco, yo tenía veintisiete años, un flamante título de médico, otro flamante título de padre, es decir bastante lío en la cabeza. *Llevaba cinco años de análisis*, dos de didáctico. *Mis flamantes* compañeros venían de la

psicología y tenían una erudición humanística que me intimidaba. Yo era tan ignorante de la teoría psicoanalítica, como cualquier médico honesto puede serlo.

Las nociones de clínica, de semiología, de nosografía, que habían moldeado mi manera de pensar (mis conocimientos, conductas y actitudes), en la concurrencia asidua y creyente a las salas del hospital general y del manicomio, pertenecían al sacrosanto modelo de la tradición médica, la enfermedad como el mal, la salud como el bien, y yo, un modesto pero promisorio servidor del ejército de ángeles. Núcleo identitario asimilado ardua, paulatina y laboriosamente.

En el diván, la urgencia del loco que llevaba y llevo adentro, me sumían en la pasión transferencial y me alejaban de una reflexión calma (metodológica o epistemológica) de lo que pasaba con el señor, en general bastante mudo y bobo que se ocultaba detrás mío, y que de tanto en vez, con mucho menos frecuencia de lo que mis ansias requerían, hacía una intervención, que evidenciaba, como mínimo que no era ni mudo ni bobo, sino que había escuchado las insistencias de mi relato o de mi queja y me decía algo pertinente que me permitía arrancarme de mi atascamiento y buscar en otras direcciones.

La noticia de que iniciaba seminarios y me autorizaban a analizar tuvo para mí un doble registro: por una parte, la lisonja que me permitió pavonearme en algún ámbito público, pero en lo íntimo, (en algún momento de sinceramiento introspectivo) mi percepción era la de una valoración errónea, en el límite del acto irresponsable, que me empujaba a decir —como Groucho Marx—: Yo renuncio, porque no admito pertenecer a una institución que admite gente como yo. La oscilación entre la inquietud y la omnipotencia inauguraron los primeros pasos de mi práctica analítica. Entre la turbulencia en el diván y la responsabilidad aplastante en el sillón, quedaba poco espacio para la lucidez

reflexiva y la maduración. Momento crítico, que es cualquier cosa menos grato y calmo; aún así, sobreviví.

Sumergido en esta tormenta que el Señor de atrás no quería o no podía aplacar, fue que leí “La situación analítica como campo dinámico”, “Métodos de objetivación en la investigación psicoanalítica” “El insight en la situación psicoanalítica”. “La noción de ‘Material’ y el aspecto temporal prospectivo de la interpretación”.

Quedé impactado por la riqueza conceptual y la claridad expositiva y fueron textos que tomaron en mí historia el valor ritual de rito iniciático, de rito pasaje a la posición de analista. Posición que entonces yo creí transitoriamente precaria (y que luego cuando grande me crecería), hasta llegar a la resignación de que la posición de analista es definitiva y fatalmente frágil y constitutivamente precaria.

Por suerte, el tiempo no da para abordar esa difícil cuestión de cómo se anuda, en la trasmisión del psicoanálisis, la simultaneidad de la experiencia transferencial y la asimilación reflexiva del texto teórico. La conjunción y disyunción entre la frescura del afecto y la lucidez del razonamiento, que pautan cada experiencia de aprendizaje o descubrimiento.

Textos que creí olvidar o superar en ese trabajo interminable y frenético, que nos ocupa toda la vida y se llama actualización del conocimiento.

Hoy van treinta y cinco años. Primero nos modeló la impronta del pensamiento Kleiniano, llamado anglosajón, luego el exilio nos sumergió en el psicoanálisis francés, que tiene en el pensamiento de Jacques Lacan, un punto de referencia para los no lacanianos, los antilacanianos y quizás para algunos lacanianos. Seguramente esta trayectoria no es ajena a los Baranger. Aquel posicionamiento inicial: “la situación analítica como campo bipersonal” nos marcó para siempre y sigue siendo un hito, un pilar de nuestro quehacer cotidiano.

Porque la noción de campo bipersonal y de tercero ausente presente,

reformula la noción de temporalidad y causalidad en psicoanálisis y las dialectiza.

Tomo algunas citas textuales, casi al azar:

«Llevar al psicoanálisis los ideales de otras ciencias, haciendo del conocimiento analítico una psicología unipersonal sin participación del observador” versas “buscar el fundamento de la validación en la situación analítica misma teniendo en cuenta su carácter esencialmente bipersonal”.»

Para la herencia cultural del positivismo lógico que nos marcó desde la escuela y el liceo, *para* la orden freudiana de hacer del psicoanálisis una ciencia de la naturaleza cuya desiderata sería poder expresar el movimiento de la libido en fórmulas físico químicas, para la clínica médica y psiquiátrica de nuestro aprendizaje universitario, la opción de los Baranger fue una opción hereje y pionera.

La postura objetivante y el saber monológico que despliega la perspectiva empírico experimental (que confirma el mito del analista espejo, cirujano o arqueólogo) no da cabida a la afirmación de Willy Baranger:

“El analista, a su vez se deja ubicar por el paciente, y responde con su fantasía propia a la fantasía inconsciente del paciente. Pero su situación es ambigua. El fondo constante de la situación terapéutica es más presente para él que para el paciente, y su entrenamiento tiende a que la fantasía propia con la cual responde a la fantasía inconsciente del paciente le sea más consciente o más fácilmente conscientizable. Está (o debe estar) alerta para con sus propias reacciones, teniendo en sus sentimientos, sus ocurrencias o fantasías conscientes, su estado corporal (en una palabra todas sus reacciones contratransferenciales,) un diccionario abierto y muchas veces consultado sobre la situación que se produce en el campo. El auto—conocimiento (facilitado por el

análisis de la actividad analítica durante el análisis didáctico) de este diccionario contratransferencial es la garantía esencial, y por supuesto relativa de la ‘objetividad’ del analista en la situación, es decir, de la libertad del paciente de estructurarla según sus necesidades actuales y fluidas”.¹

Pretendo traer telegráficamente al debate (de este homenaje), algo que pienso que no es historia antigua sino actualidad candente: la ilusión de objetividad de la investigación empírica sigue ganando fuerza y prestigio.

El Panóptico de Bentham que Michel Foucault individualizó como **núcleo de saber y poder** en la modernidad sigue siendo un modelo ideal de la ciencia oficial. La postura analítica que sostienen los Baranger se sitúa en las antípodas de este enfoque y busca sus fundamentos en el juego intertextual de la locura transferencial.

Los ideales de objetividad, exactitud, predictibilidad, verificación que hacían la cientificidad de las ciencias naturales, privan al psicoanálisis de su instrumento esencial, que voy a definir provisoriamente como el repertorio de pensables en la mente y el cuerpo sensible del analista, que habilita la interpretación y modificación del campo bipersonal.

En el conocimiento monológico, el ideal a alcanzar es la coincidencia de la representación con el referente, lo que no es practicable ni deseable cuando el referente es un texto, un texto a descifrar, como ocurre en la situación analítica. El ser expresivo y hablante no coincide nunca consigo mismo, es inagotable en el desplazamiento de sentidos y significaciones.

Justamente definimos con Freud la “enfermedad” que trata el psicoanálisis,

¹ Métodos de objetivación en la investigación psicoanalítica. Willy Baranger. Revista Uruguaya de Psicoanálisis. Tomo III, N^o1, 1959.

como la compulsión o automatismo de repetición que detiene el movimiento incesante de la vida anímica y lo captura en la fijeza de la cosa automática y muerta. Dice Willy Baranger:

*“Freud ya notaba implícitamente esta pérdida del porvenir cuando atribuía a la compulsión a la repetición un papel determinante en la vida psíquica, y particularmente en la neurosis. La repetición es la forma básica de no poder tener porvenir”.*²

El “blanco” de la interpretación es acceder al núcleo creador del texto emergente, a superar su extrañeza sin alcanzarlo ni domesticarlo totalmente.

No se trata entonces que las ciencias humanas estén en posición infantil, de insuficiencia de desarrollo frente al ideal de precisión, exactitud y predictibilidad al que aspiran las llamadas ciencias exactas y naturales; sino que la meta es otra, la de penetración expresiva que se despliega en la materia dialógica de la intertextualidad.

La distancia de esta postura con un psicoanálisis con vocación de saber monológico, como el de la ciencia empírico experimental, es radical. En el saber monológico, el paciente es un objeto de estudio definible, reificado normatizable y el analista está —como un ojo extraterráneo fuera del sistema observado. Observador ajeno, imparcial, aséptico, neutral y neutro, que resume el mito del analista espejo (materia plateada y glacial).

La otra alternativa es la de que el analista se brinde o se alquile como espejo de carne, esto es, como persona total con sus conocimientos y afectos, esto es, con su repertorio de pensables y los límites de sus puntos ciegos y resistencias.

² La noción de “material” y el aspecto temporal prospectivo de la interpretación. Willy Baranger. Montevideo. Revista Uruguaya de Psicoanálisis Tomo IV, N° 2, Pág.224.

La ecuación del **aquí y ahora** de la transferencia en la sesión, con sus proposiciones sobre la temporalidad que proponen los Baranger no es el pasado indefinido que se atribuye al cuento infantil y al mito (Había una vez); es el tiempo de una actualidad candente que transforma la diacronía de la existencia en la fulgurancia sincrónica que condensa todos los tiempos y todas las escenas del pasado vivenciado y el futuro por venir.

Sincronía sin antecendencia ontogénica que posibilita la interpretación mutativa y/o el insight bipersonal, o en otras palabras, que funda el metal rígido de la repetición, en la materia maleable de la perlaboración. Creo que es a esa actualidad que Freud alude cuando dice en Análisis interminable que nada se modifica en ausencia o en esfinge.

¿Es acaso lo mismo decir que la transferencia es la “repetición actualizada con el analista de los conflictos infantiles”, esquema de una temporalidad lineal, retroanterograda allá en la infancia como hoy aquí, en el síntoma (o en el malestar), y en la transferencia?

La temporalidad lineal de la ontogénesis ordena una teleología: un antes determinante causal de un después, la antecendencia genética por sobre la primacía lógica, un tipo de determinismo retroanterogrado, el principio de continuidad genética del que habla Susan Isaacs, es fundamental.

La temporalidad ambigua (que a mi me enseñaron los Baranger) dialectiza las tres escenas (la del síntoma, de la transferencia y la de la infancia) de una manera que pone en suspenso la sanción de una primacía causal o de una anterioridad fundante.

Las consecuencias de este giro de perspectiva me parecen enormes y solidarias o subsidiarias de la concepción de un sistema bipersonal, con su espacialidad y temporalidad ordinaria suspendidas.

Restituye a la actualidad candente, lo que está siempre en la temporalidad anhistórica del inconsciente, ubicándolo en el aquí y ahora de la actualidad transferencial.

Apasionado del cine, a menudo vuelvo a ver viejas películas, las notables. Es curioso como algunas guardan su vigencia y otras envejecen y se desmoronan en la puerilidad. Confieso que volví a los viejos textos con el temor de no recuperar el deslumbramiento de aquella primera vez. Quiero dar testimonio que los textos que revisé se añejan como la sustancia noble de del buen vino y resisten a los embates de la moda. Paladearlos nuevamente, me deparó un deleite inusitado. Por ello, mi renovada gratitud. Queda la interrogante — insoluble— de si mi conclusión es un juicio lúcido, o una reliquia transferencial, que sobrevive a tres décadas y dos reanálisis.

**El Dr. Mendilaharsu* recuerda
a Willy Baranger
Entrevista realizada por Nelson De Souza**
el 27 de noviembre de 1994**

R.U.P.: *La idea es acordarnos de Baranger más allá de lo que todos conocemos, del co-fundador de la Asociación, del analista didáctico que vino de Buenos Aires; en fin, ¿qué cosas nos puede contar de él como hombre?*

Dr. Mendilaharsu: Yo conocí a Willy Baranger como analista y luego como amigo, circunstancia muy especial que se da muy pocas veces, como él se fue a Bs. As y no pensaba volver, ni yo pensaba en analizarme en Bs. As.

R.U.P.: *¿Usted se analizó con W Baranger?*

Dr. M.: Sí. Primero fue mi analista y después cuando él estaba en Bs. As venía a Montevideo, o al este en el verano, y nos hicimos amigos. Salíamos juntos, hablábamos mucho, teníamos muchas cosas en común para conversar. Cuando volvió a Bs. As él tenía un apartamento que alquiló especialmente desde donde se veía la costa uruguaya. Después se mudó adonde ahora se llama Villa Freud, donde están todos los analistas, todos sus amigos, en la calle Gral. Ramón Castilla. Aquí nos encontrábamos en un lugar de la playa.

R.U.P.: *¿Iban a la playa juntos?*

* Miembro Titular APU. Colonia 1611. GP 11200

** Miembro Asociado APU. Julio Herrera y Obes 977, apto. 704. GP 11100

Dr. M.: Sí. Caminábamos y caminábamos y en Bs. As también nos encontrábamos, teníamos entre otras cosas en común, el hecho de ser noctámbulos. Tanto es así que en la época en que me analizaba con él una vez le pregunté si podíamos tener las sesiones un poco más temprano en la mañana. Me dijo "... mire por mí no hay problema, el problema lo tendría Ud. porque como yo me acuesto muy tarde, a esa hora de la mañana no tengo la cabeza muy clara, mejor seguimos a la misma hora."

R.U.P.: *¿Y de qué hora de la mañana se trataba?*

Dr. M.: Yo tenía hora a las 9 y quería pasarla para las 8, él se levantaba a las 7 y 30, algo así. Ahora, a pesar de haber hablado tanto con Baranger y por lo tanto poder referirme a tantas cosas como analizando y como amigo, solo voy a hablar de las cosas positivas, las otras si las hubo las he olvidado. Hay algo muy particular... él nunca se refirió en detalle a su vida anterior a su llegada al Río de la Plata. Lo único que sabíamos era que había nacido en Argelia. A los franceses que nacen en Argelia se los llama "pied noir" y él decía que era un "pied noir". Él había hecho sus estudios en París, era agregado... algo así como licenciado en Filosofía, tenía tremendos conocimientos en Filosofía pero no los mostraba, salvo en alguna discusión muy específica o cuando le preguntaban, ahí sí, él ponía de manifiesto sus conocimientos profundos así como Madeleine que había sido agregada en lenguas, en griego y en latín, y que jamás hizo mención a eso ni siquiera en los seminarios donde hubiera podido hacerlo. Los dos eran personas muy modestas.

R.U.P.: *El, además de haber sido su analista fue docente durante su formación?*

Dr. M. Ahí está, ejercía esa doble función lo que no era en principio fácil. Sin embargo podíamos hacer una "escisión" bastante natural, él no tenía problemas y nosotros tampoco. Mis compañeras eran Vida Prego, Gloria Mieres y Chela Porro. Chela y Vida eran analizadas de Willy y Gloria se

analizaba con Madeleine. Eran excelentes docentes. Recibían las revistas básicas, seis o siete, las recibían en su casa y de cada artículo hacían un resumen en una tarjeta, que tenían fichadas por tema y por autor. Si yo le pedía a Madeleine, con quien supervisaba, bibliografía, ella iba al archivo y me traía una serie de tarjetas con las que podría acceder rápidamente a los artículos más importantes sobre el tema, de los últimos diez años.

R.U.P.: *Vivían muy actualizados.*

Dr. M.: Muy lectores. Hacían una cosa muy sana y muy positiva, que era descansar los miércoles; trabajaban lunes y martes, jueves y viernes, y usaban los miércoles para sus lecturas para los seminarios.

Llevaban una serie de fichas, de tarjetas, a veces eran más de veinte tarjetas, dependía del tema, o sea que estamos hablando de seminarios con excelentes docentes, ambos. Esa fue una época de orientación kleniana pero con un conocimiento profundo de la obra de Freud, yo creo que conocían de memoria la obra de Freud.

R.U.P.: *Sí, eso puede verse en muchos trabajos de Willy, por ejemplo el artículo “El Narcisismo en Freud” es una joya, hay una erudición...*

Dr. M. Y de Klein ni hablemos. En lo único que yo me anticipé y lo tuve antes por casualidad, y se lo prometí a Madeleine, fue el libro de Hanna Segal, “Introducción a las ideas de Melanie Klein”. Yo casualmente lo encontré en una librería. De los autores post freudianos tenían gran conocimiento, básicamente de Abraham, de Ferenczi, y de los más recientes. Hubo un rechazo inicial por los autores franceses; ellos habían participado en una reunión, en uno de sus viajes de vacaciones, y hablaron allí del superyo temprano, fueron criticados y tuvieron una discusión bastante fuerte. No quedaron bien con los analistas franceses. Posteriormente algunas de las ideas de Lacan le gustaron a Willy.

R.U.P.: *Yo recuerdo algunos trabajos que leí de Willy sobre las ideas de Lacan.*

Dr. M.: Pero lo más destacado en los trabajos de Willy es su fuerte adhesión a Klein; uno de los mejores trabajos que se han escrito sobre M. Klein es “Posición y objeto en la obra de Melanie Klein”. Recuerdo una anécdota: en una discusión a propósito de un trabajo, en la primera sede de la APU en la calle Canelones, sede que era en realidad una pieza con un fondo pequeño, donde había un lugar donde se podía calentar algo para tomar té o café, bueno, allí en una de esas discusiones, alguien leyó un trabajo y dijo una serie de cosas muy distantes de Klein. El comentario de Willy, que era muy espontáneo pero no hiriente, tenía una cosa de humor muy particular, dijo después de oírlo: “tiraste a la vieja por la borda” (risas).

R.U.P.: *¿Con quién estaba discutiendo?*

Dr. M.: Estaba discutiendo con Galeano, a quien le tenía una gran estima. Galeano había hecho un trabajo sobre las primeras etapas de la vida y aquella inteligencia superior de Galeano le permitía originalidades tremendas, era una fábrica de ideas. Quiero destacar lo que significó para Willy dejar una posición de analista didacta en Bs. As., venir a un país totalmente desconocido donde no tenía amigos o conocía muy poca gente, reanalizar a la gran mayoría de los analistas, crear el grupo de estudios de Montevideo, que luego de un primer intento fallido fue reconocido como Asociación Psicoanalítica en la década del 60. Ellos vinieron un dos de diciembre, que era una fecha histórica, vinculada con Napoleón —se hacían bromas acerca del dos de diciembre— pero el valor de venir, quemar las naves, la posición en Bs. As y llegar a un grupo desconocido. Todo eso era algo verdaderamente destacable, tener la decisión, la firmeza y el poder de organización del que algo hablé cuando me referí a la biblioteca y a las horas, lo demostraron enseguida con el grupo cuando comenzaron con los seminarios que daban en su propia casa, antes de

alquilar ese local de Canelones 2613. Dijeron que iban a quedarse 10 años.

R.U.P.: *¿Asumieron el compromiso de residir acá durante 10 años?*

Dr. M.: Un compromiso que cumplieron fielmente. El día que anunciaron que se iban yo tuve antes una sesión de análisis y él me dijo:

“No deje de ir esta noche a la Asociación que tenemos que hacer un anuncio importante, que nos vamos a ir, le pido que no lo diga antes a ningún compañero”. Mantuve el secreto durante diez o doce horas. Fue un golpe muy duro para el grupo.

R.U.P.: *Los dejaban solos.*

Dr. M.: Claro.

R.U.P.: *Era como quitarles la mano conductora.*

Dr. M.: Y fue un duelo para el grupo que se expresó sobre todo en la no producción de trabajos. Entre las cosas que ellos hicieron de entrada, fue sacar rápidamente la Revista Uruguaya de Psicoanálisis, donde se publicaban artículos de ellos y también de nosotros y algunas traducciones. Y bueno, terminando con esta parte, que se refiere a lo formal, sobre todo como docentes y orientadores del grupo, me voy a referir a algo más personal de Willy. A pesar de haber compartido tantas horas con él acá en el Uruguay, después en Bs. As., luego de haber terminado el análisis, él no se refirió nunca a su vida anterior en detalle. Dijo alguna cosa sobre la guerra y la resistencia. Cuando estalló la guerra Baranger no tenía edad para combatir, tenía 17 años. La guerra estalló en el 39, él nació en el 22 así que su actividad fue en la resistencia en Francia. No se si volvió a Argelia, directamente a mí no me lo dijo pero un amigo me comentó que luego de la invasión de los nazis en el norte de

África el fue a hacer la resistencia en Argelia.

R.U.P.: *Combatió siempre en la resistencia, no como soldado sino como miliciano?*

Dr. M.: El muy vagamente se refirió a eso. Tampoco hizo referencia a sus primeros años. Se ha hecho algún comentario sobre un hermano, Madé también tenía un hermano médico, pero comentaban muy poca *cosa*.

R.U.P.: *Ud. hizo una referencia a un bajón, digamos una disminución en la capacidad de producción de los colegas del grupo cuando ellos se van. ¿Eso se atribuiría a un trabajo de duelo?*

Dr. M.: Claro, se manifestó como una detención de la producción que hasta ese momento ellos habían impulsado. Eso no fue muy duradero pero recuerdo sí muy claramente quien fue el primero que presentó un trabajo que está publicado, fue un trabajo muy interesante de Héctor Garbarino sobre una niña autista que veía en Asignaciones Familiares.

R.U.P.: *Ese trabajo era el primero que anunciaba la terminación del duelo?* Dr. M. : Ahí está. Ese fue el primero. Con respecto a lo que pude ver en conversaciones que llevaban horas, por las noches, sobre todo en vacaciones, él tenía una confianza básica en la gente, por lo tanto en los amigos, decía sus ideas con toda claridad y nunca se expresaba con palabras hirientes. Podría discrepar totalmente en una discusión... yo recuerdo una vez que presentó un trabajo en un congreso en Bs. As., sobre transferencia, que a mí me pareció que estaba exagerando en cuanto al papel de la contratransferencia en la interpretación —también a mucha gente del público— y discutimos mucho. El podía haberse sentido como no bien recibido y contestó sin ninguna animosidad, sonriente, haciendo bromas, con un sentido del humor que tenía muy desarrollado. Recuerdo una vez que entré en su consultorio y el, con esa confianza básica que tenía hacia la gente me dijo: “Bueno, usted cuando venga por acá y vea la puerta abierta, entre”. Y a veces tardaba bastante tiempo... yo me ponía a

mirar los libros, la biblioteca. Una vez vi una tarjeta del Club Nacional de Fútbol y me pareció bien, pensé: “llegó y se hizo hincha del cuadro decano”, pero no era por eso, se había hecho socio porque jugaba al tenis. A él le gustaban dos cosas: una era mantener un buen estado atlético y la otra era la pesca y lo hacía sobre todo en verano con amigos.

R.U.P.: *¿Tenía embarcación?*

Dr. M.: No, alquilaba embarcación y salía de pesca, salía todas las mañanas y pescaba muy bien, después cocinaba sus pescados, sabía cocinarlos muy bien. Una vez hizo una especie de paella en una casa que tenía alquilada en Punta del Este, tenía algunas recetas muy personales y las contaba con una gran generosidad. Era tremendamente antifascista, eso aparecía siempre en sus conversaciones, toda la resistencia que mostraba por los regímenes dictatoriales de América Latina, incluyendo un tremendo antiperonismo.

R.U.P.: *El vivió en Argentina durante la época de Perón.*

Dr. M.: Sí, vivió en la época de Perón. Cuando Perón había intervenido la Asociación Psicoanalítica, los seminarios se dictaban ante la presencia de dos enviados de Perón que iban a ver que se hacía allí, pero eran personas muy poco informadas, no tenían ni la menor idea de psicoanálisis, ni de psicología, pero como veían que no se hablaba de política no ocurrieron inconvenientes. Volvería algo para atrás .

R.U.P.: *Para ubicarnos en el tiempo, cuando usted dice volvería para atrás, ¿desde dónde partimos?*

Dr. M.: Bueno, partimos de la primera vez que conocí a Willy Baranger. Creo que tiene interés todo este asunto, yo fui con una beca a Francia a trabajar con Ajuriaguerra que era neuropsicólogo y psicoanalista (aunque egresado, nunca hizo el trabajo de asociado). El me dijo cuando lo encontré en un congreso internacional que yo era algo ansioso, cosa que tenía razón, y que para trabajar mejor con mis pacientes

neuropsicológicos, cuando llegara a mi país buscara analizarme. Yo no tenía mucha información acerca de como era el asunto del análisis terapéutico y el de formación o didáctico. Yo tenía muy buena relación con Agorio al que relaté mi experiencia con Ajuriaguerra y me dijo “bueno, analízate con Baranger”, yo tenía la referencia que había unos psicoanalistas franceses, que en ciertos círculos se decía que habían revolucionado el ambiente, pero no tenía más que comentarios así, vagos. Agorio me dio la dirección que era Luis de la Torre 919, pedí una entrevista y allí fui a hablar con Baranger. El fue muy importante para mí, me cambió la vida. Voy a hablar de la entrevista. Para mí fue una entrevista modelo, me la dio cuando ya había terminado la tarea, yo fui puntualmente a las ocho de la noche y parecía una entrevista prolongada aunque no fue una entrevista larga, de entrada tuvimos algo empático muy positivo. Yo empecé a hablar sobre quien era, que hacía... y cuando terminé empezó un diálogo que yo llamaría entrevista modelo. Me hizo unas preguntas precisas sobre algo que yo había relatado al comienzo de la misma y sobre otras cosas muy importantes que yo había dejado de lado. Vi entonces la captación tan formidable de Baranger, de preguntar sobre lo no dicho. Fue una sola entrevista, terminó a última hora de la noche.

R.U.P.: *¿Cuánto tiempo pudo haber durado esa entrevista?*

Dr. M. : Alrededor de hora y media, entonces ahí acordamos las condiciones del contrato y me dijo que me llamaría cuando tuviera una hora libre. La entrevista fue en Octubre o Noviembre. El me dijo que me llamaría en Marzo o en Abril que para esa fecha terminaba un análisis e iba a tener hora. Hicimos el contrato. Me anunció que me llamaría cuando tuviera esas horas libres, y así fue. Ahí comenzó mi análisis que duró desde 1959 hasta mediados de 1965. Ellos se fueron en el 66. En ese

intervalo yo estaba preparando mi trabajo de asociado. Se lo mostré a algunas personas, después supervisé con Mom que venía acá periódicamente. El hacía algo muy positivo que era venir una vez por mes para una sesión de terapia de grupo con todos los psicoanalistas uruguayos. Como había terminado mi análisis, Baranger me comentó en una reunión: “Me dijo Mom que tenés el trabajo hecho y que no lo vas a presentar”. El trabajo había que presentarlo antes de Abril para que pudiera ser admitido y pasar a miembro asociado en la reunión anual. Me dijo también “¿Por qué no me lo mostrás?”, entonces se lo llevé, me dio una idea del orden, algo sobre el clivaje del yo precoz, etc., entonces lo presenté. Fue recibido por compañeros muy generosos. Así Baranger estuvo también ahí.

R.U.P.: *Es que Baranger estuvo en toda su vida de ingreso al mundo del análisis.*

Dr. M.: Poco tiempo después hicimos un Congreso acá en el hotel Victoria Plaza, alquilamos el salón. Los tesoreros eran Martha Lacava y Juan Carlos Rey. Vino mucha gente de Argentina. Era muy buena época la que elegimos, había muy buen clima, fue todo sin gastos extras. Entre los que habían en la puerta vigilando la entrada del Congreso estaban Quique y Fernando Prego y otros hijos y amigos de analistas. Allí presentaron un trabajo Baranger y Mom sobre el modelo teórico del analista, un trabajo extremadamente interesante... Para mí ha sido un esfuerzo esta entrevista porque realmente yo todavía estoy muy triste por la muerte de Baranger, fue mi amigo, pero como analista fue quien me cambió la vida, una persona con valores tan excepcionales, estoy en pleno trabajo de duelo.

R.U.P.: *Claro, creo que Willy era una figura muy importante para usted y muy cercana.*

Dr. M.: Extremadamente cercana. Está presente siempre. Yo conozco

bastante a fondo las obras de Baranger, lo pueden decir en los grupos que yo coordino, en las supervisiones. Hay trabajos fundamentales de Baranger que no han sido suficientemente valorizados, por ejemplo un concepto que ahora aparece como original: cuando un paciente por diferentes motivos está pasando por un momento difícil de análisis, uno pasa el fin de semana pensando en el paciente, y a cada rato le viene la idea de qué pasará, que estará haciendo. Alguien grave con fantasías de autoeliminación, o con ideas de heterodestrucción y que reaparece a cada momento en la mente o en el alma, como decía Freud. Él señalaba esa situación diciendo que uno quedaba habitado por el paciente.

R.U.P.: *Y eso fue tomado más adelante como proveniente de otros autores.*

Dr. M.: Si. Ese y otros conceptos, se haría muy larga la entrevista si yo mencionara todos los conceptos originales de los Baranger.

R.U.P.: *Fue un autor muy creativo.*

Dr. M.: Muy creativo. Yo diría que incluso esa obra que cité al principio, “Posición y objeto en la obra de Melanie Klein”, donde él describe los objetos primarios, está escrito muy originalmente. Bueno, yo le agradezco mucho.

R.U.P. : *Al contrario, yo le agradezco a usted, y le agradezco que haya abierto esta ventana en el medio de su duelo para charlar sobre esta persona. Sobre este gran hacedor que nos permitió ser lo que somos. Gracias.*

Un recuerdo florido. Sobre la determinación y el determinismo. Diálogo entre Freud y Peirce

*Fernando Andacht** y *Daniel Gil***

Presentación

Partimos en esta travesía por el concepto de recuerdo, deseo, imaginario y determinación desde un diferendo con el uso teórico que hace del último de los conceptos ennumerados Cornelius Castoriadis en varias de sus obras. El equipara determinación y teleología con un determinismo cuasi teológico, es decir, con esa clase de sentido fijado *a priori* que esclaviza al ser humano a unos confines inamovibles, los de lo «histórico social», sin dejarle ninguna salida posible. Tal vez el problema radique en que su noción de determinación —de las que da como equivalentes conceptuales griego y alemán *peras* y *Bestimmtheit* respectivamente— no sea lo suficientemente amplia o poderosa, y debamos reformularla. Para ello vamos a acudir a la obra del semiótico C. S. Peirce, así como a los escritos de S. Freud. Del primero tomaremos las categorías faneroscópicas y el modelo triádico de semiosis, del segundo, los conceptos de sobredeterminación y sobreinterpretación.

Con este apoyo haremos una relectura de uno de los trabajos del sabio vienés,

* Licenciado en Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Obligado 1123.

** Miembro Titular APU. Luis P. Ponce 1433. GP 11600.

«Sobre los recuerdos encubridores» de 1899. Esperamos así hacer trabajar dichas nociones. Más que probar la mayor o menor afinidad intelectual de sus creadores, y *a fortiori*, de la teoría semiótica y de la teoría psicoanalítica, pretendemos que el lector extraiga sus propias conclusiones, confiados en la fertilidad y sugerencia de un enfoque que desatiende fronteras disciplinarias, por creer en el juego libre de las ideas.

A modo de hipótesis y adelanto del desarrollo posterior, decimos aquí que la postura de Castoriadis sobre la determinación entendida como determinismo en el universo social es el producto de una visión no dialéctica, como sí lo son, creemos, la semiosis peirceana y la teoría psicoanalítica freudiana.¹

En el texto de Freud que luego comentaremos en detalle aparecen dos elementos fundamentales pertenecientes a la esfera sensorial: Freud los adjetiva como «hipernítidos» (*überdeutlich*) o «con hiperrelieve» o con «cualidades casi alucinatorias». Estaríamos así enfrentados a una pura cualidad, lo que Peirce denomina cualisignos, y que el especialista francés Michel Balat² con acierto llama un signo o representamen homotónico, en un sentido lacaniano estos operarían como «significantes». Ellos ofician como puntos nodales en las diferentes líneas asociativas que se despliegan en el trabajo de asociación que realiza Freud a partir de su recuerdo de infancia. No es otra cosa el engendramiento de sentido conocido como semiosis, proceso en virtud del cual, un signo engendra a otro y así indefinidamente, en un derrotero destinado a apaciguar la duda y a producir la creencia.

El sentido genuino de «recuerdo encubridor» en Freud tiene que ver con la

¹ Ver en *Collected Papers of C. S. Peirce*, G. Hartshorne y P. Weiss, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1931-1958 6.132. La notación es convencional en la referencia a Peirce y remite al volumen (6) y al párrafo (132).

² En “Type, Trace et Ion: Le ton peircien”

aparente insignificancia o trivialidad del recuerdo, inversamente proporcional a su nitidez. Es este rasgo el que va a detonar la cadena abductiva o hipotética de inferencia. Como recordamos la estructura abductiva consta de tres tiempos:

- *A o Resultado Sorprendente*: Me asombra retener un episodio tan banal.
- *X o Regla Supuesta*: Tendría un sentido no aparente que debo buscar, algo no dado.
- *Y el Caso*: A sería entonces un caso típico de un recuerdo encubridor.

Deseo y transvaloración

Uno de los baluartes del estructuralismo filosófico, ya sea en semiología, antropología o lingüística, ha sido el análisis binario de los más diversos fenómenos. Parece difícil atacar un concepto de tan alto rendimiento en un campo relativamente establecido y de gran convalidación científica como la fonología, la noción de pares binarios. Vale como ejemplo la oposición del fonema /p/ al fonema /b/. Sin embargo, eso es precisamente lo que hace J.J. Lizka³; para deconstruir la teoría estructuralista él va a tomar una noción fonológica, como es la de marcado y no—marcado. En todo par binario existe una jerarquía producto de la asimetría sistémica, concretamente uno de los dos términos enfrentados es percibido o evaluado como el normal, más frecuente o más simple y sirve de norma general. En la oposición /p/ vs /b/, el primero es un fonema oclusivo, bilabial, sin emisión de vibración, es decir sordo y no—marcado, mientras que el segundo, agrega a los dos primeros rasgos, la vibración de las cuerdas vocales, es sonoro, y por ende marcado.

Si esto aparece como algo de alguna manera abstracto en el campo de la

³ En *The semiotic of myth*, Bloomington: Indiana University Press, 1989: passim.

fonología, desde el campo del psicoanálisis podemos dar un ejemplo más palmario, tal como es la serie de pares de oposición que establece Freud en «La organización genital infantil» entre activo/pasivo; fálico! castrado y masculino/femenino. En todos los casos citados el término no—marcado es el primero. Basta pensar sino en el uso antonómico del género masculino en el lenguaje: si decimos “el hombre habita el planeta”, no nos referimos a los integrantes del sexo masculino en forma excluyente o exclusiva, mientras que si afirmamos que “la mujer habita el planeta”, no estamos diciendo nada sobre el género humano, y sólo refiriéndonos a una clase de sus miembros.

En conclusión, no alcanzaría con estipular o establecer una taxonomía de pares opositores para dar cuenta del sentido social, de la semiosis en la que viven los seres humanos. Lo que falta en esos pares es justamente lo que Aristóteles asigna a la raza humana como su destino: la movilidad. En el Ouranos de lo incorruptible, lo que «ni se genera ni se corrompe» este modelo epistemológico sería el más apropiado. Sin embargo, en el mundo sublunar la mediación o *kategorein*⁴ es lo esencial, es decir, el continuo e inagotable conflicto entre las partes opuestas en ese par binario dentro de una categoría regida por la cambiante finalidad humana.

Lo único que no puede la persona es quedar suspendida en la tierra de nadie del entre—dos (términos), sin intentar acogerse a uno de los dos elementos con mayor intensidad, y correlativamente repudiar el otro.

Si todo recuerdo fuera evaluado simplemente como lo pasado opuesto a lo presente, no existiría el artículo de Freud, ya que éste comienza con la inquietud sobre lo caprichoso o arbitrario de haber retenido (no registrado sino recordado) este recuerdo en lugar de cualquier otro. En psicoanálisis el olvido es una forma de memoria: lo que se archiva y saca de circulación implica una selectividad tan

⁴ Nos inspiramos para este análisis en la obra magistral de Pierre Aubenque *Le problème de l'être chez Aristote*, Paris: Presses Universitaires de France, 1962.

potente, como aquello que mantenemos en actividad. Sólo valdría la pena, aparentemente, recordar lo marcado, aquello que escapa de la norma y por ende constituye algo digno de retener y evocar.

Las cuatro estaciones de un recuerdo

La relectura de este recuerdo de Freud en primer lugar no es una reinterpretación del recuerdo encubridor, ya hecha en primer lugar por Freud mismo, y luego por otros autores, entre ellos Didier Anzieu. No vamos pues a interpretar un recuerdo del «paciente» S. Freud. Desde el punto de visto positivo, lo que sí vamos a intentar hacer es una relectura del recuerdo, poniendo de relieve aquellos elementos o cualidades que el mismo Freud dice que en el recuerdo aparecen en hiperrelieve (*überdeutlich*), como puntos nodales o como signos indicadores que orientan la escucha o la lectura de cualquier material analítico. Lo que Freud especifica en relación a este recuerdo, y que señala ampliamente en la interpretación de los sueños, es que aquellos elementos que aparecían destacados, o su opuesto, ausentes, en un relato, eran confiables indicadores de que por allí pasaba algo importante.

El recuerdo encubridor de Freud tiene entonces cuatro etapas o estaciones. Una primera de índole escritural es la que ocurre cuando el hombre de treinta y ocho años se dispone a narrar su recuerdo. Su ordenamiento no corresponde pues a la cronología de los «hechos», sino a la determinación que abre o reabre esta larga cadena y que para nosotros en cuanto intérpretes constituye la entrada a aquella. Una segunda instancia corresponde al episodio del enamoramiento juvenil, a los diecisiete años. La tercera estación ocurre tres años después con la descripción de la «conspiración» familiar para que el joven estudiante sentara cabeza matrimonialmente lejos de sus libros y más cerca de la prosperidad material. Por fin, denominamos cuarta estación cuando el proyecto de casamiento gestado familiarmente, éste despierta lo erótico y «de ahí se constituye

un recuerdo de infancia». Cabe consignar que el ordenamiento de estas instancias dista mucho de la simple cronología, y que en cambio, obedece al propio proceso de adjudicación de sentido o semiosis.

Segunda estación. A los diecisiete años retorna Freud hacia sus paisajes de la infancia y sufre el enamoramiento adolescente de Gisella Flüss, a la cual por su timidez es incapaz de expresarle su enamoramiento, y de la cual sigue recordando el vestido amarillo que ella llevaba en los encuentros. El enamoramiento de Gisella, la angustia frente a la sexualidad de la adolescencia, la imposibilidad de expresarla, su represión, dejan como testimonio la presencia insistente del amarillo.

Tercera estación. A los veinte años sucede el reencuentro con sus primos John y Pauline, éste es calificado afectivamente con un sentimiento de indiferencia hacia su prima a pesar de que su padre y su tío planeaban realizar un casamiento, (de conveniencia) entre Sigmund y Pauline. En ese momento, Freud, estaba absorto en sus preocupaciones por el estudio, por el conocimiento, lo que lo deja indiferente ante la presencia femenina y la idea de un casamiento.

La represión de la sexualidad es sustituida por un mecanismo sublimatorio, dado que Freud dice que el reencuentro con su prima, y los proyectos de casamiento de su padre y de su tío, lo dejan indiferente, ya que él ha transformado el amor sexual en amor al conocimiento. Lo que espera lo vaya a salvaguardar de los apremios de la vida, al ubicarlo en una profesión liberal, con todas las posibilidades que esto tenía para un joven judío en ese momento en Viena.

Es en este momento en que aflora la cuarta estación de nuestro periplo semiótico, el «recuerdo» de la escena acaecida a los tres años, en donde se realizan una serie de «alusiones metafóricas» (*verblümt* = florales), en lo que él destacará como dos corrientes o series en conflicto en toda esta construcción narrativa. Por un lado, la serie del amor (libido), y por otro, la serie del hambre

(interés)⁵, es decir, el apremio de la vida.

En el diálogo consigo mismo inventado por Freud para disfrazar su identidad en el texto, se desgrana que todo este recuerdo en realidad es una pantalla que muestra y oculta, y que es fruto de una importante construcción que no por eso deja de estar armada con elementos que probablemente ocurrieron, pero no de la manera y de la forma en que aparecen en el recuerdo, sino que de aquí a allá se produce una selección (el «espigar» que menciona el narrador). Esta tiene como resultado lograr una transacción entre dos series en conflicto, en forma tal que pueda realizarse un deseo inconsciente en forma disfrazada. Las dos corrientes son entonces las que corresponden a las dos series antes mencionadas, la del deseo y la del hambre.

De acuerdo al recuerdo todo aconteció en esa temprana edad de los tres años, el momento de la implantación del complejo de Edipo y del complejo de castración. Los sucesos acontecen en un prado verde, salpicado de flores **amarillas**, en donde el niño Sigmund juega con sus primos, John, un año mayor, y Pauline, un año menor, recogiendo flores de ese color, que aparecen en el recuerdo con un color nítido, sobredestacado. De pronto, los dos niños con **descaro** arrancan el manojito de flores de Pauline, haciendo que la niña corra a la protección de dos mujeres que charlan animadamente en una casa campesina. Una de ellas le da para su consuelo un trozo de pan negro, del que se resalta el intenso olor. Luego, hacia ellas corren presurosos Sigmund y John para recibir también ese apetecido alimento.

En el recuerdo de lo supuestamente acontecido a los tres años, Freud, como lo mostró Anzieu, está poniendo y elaborando todo lo que tiene que ver con las fantasías sexuales en torno a la imagen de la mujer, y a la diferencia de sexos, es decir, al complejo de castración (remitimos al lector al análisis de D.A, p.525-533). Detrás del recuerdo encubridor se articula el fantasma individual y las

⁵ Recurrimos a una distinción poco explotada por Freud dentro del marco de la primera teoría de las pulsiones en la que denomina a la energía de la pulsión sexual “libido”, e “interés” a la energía de las pulsiones del yo.

fantasías primordiales. Temas éstos que aparecen simultáneamente en los sueños que analiza Freud de la misma época, en donde además el color amarillo aparece en «el sueño del león amarillo»⁶. En el recuerdo, la escena de arrancar (*reissen*) las flores y la excitación o estímulo sexual (*reiz*), y el encanto (*reize*) aparecen interpretadas como la fantasía de **desfloración** de la niña. Pero el mismo significante alude a la masturbación (*sich einen aussreissen* y *sich einen herunterreissen*). Frente a la irrupción del deseo sexual y de la angustia de castración, el movimiento es dirigirse hacia las mujeres campesinas, sustituto materno que da el alimento, la madre nutricia. El deseo sexual despertado por Pauline remite hacia la madre como objeto erótico, y por un nuevo movimiento, se abandona el objeto erótico sustituto y se retorna a la madre en tanto nutricia.

Volvamos a nuestro punto de origen: qué importancia tiene entonces, tanto en la técnica interpretativa como en el mecanismo de construcción, el **hiperrelieve**, la **hiperintensidad** de éstos que son dos elementos claves, tanto el color amarillo como el olor del pan. Y cómo esto podemos articularlo con las categorías de la semiótica peirceana.

Tomemos los elementos cualitativos de color, olor y afectos: se trata de tres tonalidades o **tonos** según la expresión de Peirce. Sin duda, se trata de un factor central en la construcción freudiana, ellos son los elementos que adquieren hiperrelieve: habría algo en exceso llamativo en un mero tono de amarillo, en la muy común fragancia del pan negro, y un destaque de los sentimientos llamados «descaro» o «timidez» por el narrador. Un concepto central propuesto por Peirce que nos permite dar cuenta de la importancia de esta dimensión en el significado humano es el de fundamento *oground*. Este es definido por un exégeta de Peirce como un «principio semiótico subordinante, abstractivo, selectivo que regula la valoración y selección» de algunos elementos de lo real que vuelve así pertinentes, dejando otros en la sombra, materia prima para futuros signos (Em-manuel Prower, citado por J. J. Liszka, 1994, manuscrito:

⁶. En *La Interpretación de los sueños*. Editorial Amorrortu, tomo 4, página 205.

90). Estamos en la categoría fenomenológica o faneroscópica llamada de la **primeridad**, más específicamente en la primeridad de la primeridad: las **cualidades** sin relación a más nada, no porque su tonalidad cromática haya, por ejemplo, resaltado con respecto al resto de la vegetación de aquel lugar donde se ambienta ese recuerdo, sino el elemento monádico, abstraído de toda otra consideración. Si hablamos de lo **icónico**, en cambio, estamos en la **segundidad** de la primeridad. Por ejemplo, cuando Freud asocia la falda amarilla de Gisella, la joven de la cual dice enamorarse a los diecisiete años, con las flores de la niñez, tenemos una **relación** de dos cosas, o como llama Peirce en un primer momento al icono, es un a semejanza (*likeness*). Por otra parte, es lícito preguntarse, porqué el narrador presta atención precisamente a la falda, y no a cualquier otro elemento que también podría haber tenido ese tono en aquel lugar y en aquel momento. Esto nos permite introducir otra noción básica de la semiótica peirceana: la segundidad de la segundidad, el **índice**. Esa prenda está en una relación de contigüidad real con el sexo femenino; aquella lo oculta y lo sugiere, tal como ocurre con una huella de un animal.

Por último, desde estas puras impresiones sin corporalidad, pasando por la relación comparativa entre sustancia y cualidad, llegamos a lo que Peirce llama la **terceridad**. Esta es definida como «la referencia a un interpretante (que) es simplemente el que una impresión solicite (*the addressing*) un concepto. *Solicitar* o *apelar*, es un acto que nosotros, de hecho, suponemos que todo lleva a cabo, ya atendamos a ello o no.» (Peirce, Ms. D4 p 120. Lo que hace eco con esta afirmación de Freud en el texto elegido:

“... cada una de estas fantasías sofocadas tiene la tendencia a tomar el desvío de una escena infantil; admita ahora que ello no se consigue si no hay ahí una **huella mnémica cuyo contenido ofrezca puntos de contacto con la fantasía, que por así decir, la solicite.**» (p. 311, *énfasis agregado*)

Por último, a la cualidad y a la relación de primeridad y segundidad respectivamente, se suma la concepción o **símbolo**, como momento de la legitimidad dentro de la cual se encuadra toda la escena. Ya sea la boda proyectada como arreglo social y financiero, o los deleites de la noche de bodas, en ambos casos, en ambas series, la del hambre y la del amor, estamos frente a dos **simbolizaciones** que ordenan u organizan la significación humana en tanto regla compartida por una comunidad. En una forma más restringida aún, podemos consignar como instancia simbolizadora ese juego floral y metafórico, en virtud del cual, la desfloración prohibida se presenta a la mente (*faneron*) como un ingenuo arrebatarse infantil de las flores que tenía la niña.

Los tres universos

“... no hay una muralla de China entre el universo físico y el universo psíquico, estos dos universos están en continuidad, y hay que considerar, por otra parte, un tercer universo, el de la pura posibilidad.”

M.Balat

Partir de las diferentes taxonomías sémicas propuestas por Peirce —entre ellas la célebre tríada ícono—índice--símbolo— es invertir el camino y arriesgar perderse en un laberinto casi sin salida. **Toda clasificación sémica debe considerarse un mero corolario de su faneroscopía**, es decir, la particular fenomenología con que C. S. Peirce busca de modo sistemático fundar el objeto de la semiótica. Este es la **semiosis** y no los **signos**. La semiosis es un proceso, una actividad en virtud de la cual conocemos y comprendemos el universo y a nosotros mismos en él. Concentrarse en los signos, en el producto de esa semiosis, es reificar la acción del sentido como lo fundamental y prioritario para entender su funcionamiento.

Desde los primeros escritos, «La nueva lista de categorías» de 1860, Peirce

establece tres modalidades o formas según las cuales se manifestaría todo lo que puede llegar a ocupar la atención humana, más brevemente las diversas modalidades del ser («*modes of being*»). No se trata de elementos reales, en el sentido estrecho de empíricamente consignables o existentes, sino que tanto la ficción más alejada de los caminos cotidianos, como los hechos y dichos con que armamos nuestros días, incomprensibles sueños y contundentes evidencias todo cabe dentro del concepto de Faneron propuesto por Peirce. Del griegofaino, lo que parece, lo que puede ocupar la conciencia y aún en un sentido más abarcativo, todo lo que puede plantearse a la mente. Déledalle (cit. por M.Balat 1992:106) observa el paralelo entre el análisis faneroscópico y la tesis de Maine de Biran tal como la expone Delbos:

*«Hay en el hombre una vida afectiva sin conciencia, es decir sin atribución al yo. (...) La sensación, reputada simple desde Locke, se resuelve (...) en dos partes: una que afecta sin representar, la otra que representa sin afectar (...). Además de los elementos afectivos comprendidos en cada uno de nuestros sentidos externos hay también en nosotros un estado afectivo general que precede todas las modificaciones causadas por las impresiones cualesquiera sean ella, externas o internas; y este estado según las modificaciones que recibe se torna agradable o penoso y determina movimientos de reacción en consecuencia (...).
Ciertamente, estos estados afectivos envuelven un sentimiento inmediato de ellos mismos, y es a este título que no son puramente orgánicos, pero habría un abuso de lenguaje al declararlos propiamente conscientes, puesto que la conciencia supone la distinción de sujeto y de objeto y en estos estados, sujeto y objeto están confundidos.»
(1919:313—14).*

La perspectiva faneroscópica se ocupa entonces de todo lo que se nos cruza, e

incluso de aquello de lo que no somos conscientes pero que puede eventualmente emerger a la conciencia. Tres y sólo tres son las categorías en que el faneron puede presentarse. Para llegar a esta formulación, Peirce utiliza el método hipostático, el mismo tipo de abstracción en virtud del cual la matemática construye sus conceptos. Para ordenar toda la experiencia humana, Peirce formula una tríada lógica de tipo recursivo, es decir, las tres categorías en las que se encuadra toda experiencia imaginable, se aplican luego a sí mismas, siendo por ende viable hablar de una primeridad de las categorías, una segundidad de las mismas, etc.

Este procedimiento redursivo, la aplicación de la triple distinción lógica a las propias categorías postuladas como universales, le da rigor y coherencia al análisis en que se basa la semiótica peirceana.

«En este nivel de abstracción, como primeridad, segundidad y terceridad, las categorías fenomenológicas aparecen como rasgos (characters), o cualidades, de los elementos del faneron.

Ellas son las categorías fenomenológicas en su primeridad. Como qualia, relaciones y signos, las categorías aparecen como hechos. En esta forma las categorías aparecen en su segundidad. Como sentimiento, resistencia y pensamiento, las categorías aparecen como signos. En esta manera las categorías aparecen en su terceridad.»

(N.Houser, *ms.* 17)

Cabe destacar que el plano analítico empleado por el semiótico no es de tipo **ontológico**, no se reclama a la existencia real de ciertas entidades ónticas en el mundo, ni tampoco hace referencia a ninguna esencia, sino que es del orden de lo que *a—parece* (*seemings*) a una mente.

Así el nivel más alejado del mundo de la percepción es el de los tres ordinales —lo Primero, lo Segundo y lo Tercero vueltos generalidades cuando son considerados según la categoría de la primeridad: *primeridad*, aquello que es tomado en sí mismo, sin presuponer ninguna otra cosa. *Seguridad*, todo elemento que es enfocado como presuponiendo otra cosa. *Terceridad*, un elemento cuya consideración mediadora entre otros dos, lo hace presuponer necesariamente estos otros elementos. Si pasamos a un nivel de menor abstracción, las categorías universales en tanto hechos comprenden las *cualidades*, las *relaciones*, y los *signos*. Por último, aplicando la terceridad a esta concepción se obtienen tres tipos de signos: los *sentimientos* (llamada *Originalidad* por M.Balat «Le Musement de Peirce á Lacan» *Revue Internationale de Philosophie*, Vol. 46, 1992: 105ss), la *resistencia* (llamada *Obsistencia* *ibid.*), y el *pensamiento* (*Transuasión* según M.B., *ibid.*).

Vamos a dar un ejemplo del propio Peirce, para apreciar cómo funciona esta tripartición faneroscópica. Para describir el funcionamiento de la terceridad en el mundo de la vida o *Lebenswelt*, Peirce¹⁵ utiliza un ejemplo banal. El desea un pastel de manzana, pero agrega enseguida, contraviniendo en apariencia el sentido común, que casi nunca o nunca, alguien puede desear algo singular y específico. Su ejemplo parece una instancia típica de lo contrario: ¿qué hay de más real y concreto que comer algo en el aquí y ahora? Sin embargo, él argumenta que lo deseado es «cierta clase de placer», no un elemento o cosa tangible e individual. Lo único concreto es el «evento» o «experiencia» de comerlo ese día en ese sitio. Pero aún falta un ingrediente categorial, además del concepto general, de la legalidad gastronómica que supone desear ese plato típicamente norteamericano y no cualquier otro, y de la circunstancia más o menos **15.1.341**. accidental en que lo consumirá, figura el «sueño». Se trata de la visión de dicha comida que lo asalta, y que, como tal, dice Peirce, es del todo

«irresponsable». Sin ese «*airy nothing*», el apetito podría tomar otros rumbos. Ese sueño de que nos habla Peirce, aunque bien podría ser suscrita su frase por la pluma de Freud veinticinco años después, es el que capitanea la estructuración de materiales que quizás no se dieron **en los hechos** de esa manera, en ese orden, según esa trama. Pero sí se dieron en la forma (Primeridad).

Poco importa esto para los designios de la terceridad, esa categoría universal de que está compenetrado lo real, ya que aquella es una parte esencial de la semiosis tripartita. Es esta continuidad, término con el que designa Peirce esta instancia que **perfunde** todos los ámbitos humanos, la que da cuenta del descubrimiento que hace Freud de que los sueños tienen un método, lo que se pone de manifiesto con el mismo procedimiento con que se realiza la interpretación.

Nuestro interés se concentra en la categoría monádica, aquella que es lo que es en sí, sin ninguna clase de consideración ulterior. Proponemos que ésta es la categoría faneroscópica según la cual funciona la pulsión, tal como la concibe Freud. No sólo eso, sino que la propia noción de determinación, malentendida y confundida con el determinismo o la causalidad eficiente por C. Castoriadis en varios de sus trabajos sobre clima ginecario social, en términos aristotélicos, sólo puede comprenderse desde el régimen o modalidad de conocimiento y del ser que Peirce llama de «la pura posibilidad»:

«De los tres Universos de la Experiencia conocidos por todos nosotros, el primero comprende todas las meras Ideas, aquellas aéreas nadas (airy nothings) a las que la mente del poeta o del matemático puro, o cualquier otro podría (might) darle habitación local y un nombre dentro de esa mente. Su propia condición de nada aérea, el hecho de que su Ser consiste en la mera capacidad de llegar a ser pensadas, no en que alguien de

Hecho las piense, salva su Realidad.»

(C.P:6. 455 — mayúsculas en el original).

Así lo entiende Balat cuando conecta este universo de lo posible con el tipo de determinación llamada final o teleológica por el Aeropagita,

«el universo de la posibilidad es un universo esencial a considerar si queremos conservar la idea de tiquismo que es un rechazo del determinismo.»

Balat 1992:47)

El concepto atacado por Peirce, y luego por Balat, cabe repetirlo, no es el de la determinación, operación inseparable y central en toda semiosis, sino la clausura de sentido propia del determinismo:

u«En una acepción general, el determinismo sostiene que todo lo que ha habido, hay y habrá, y todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, está de antemano fijado, condicionado, y establecido, no pudiendo haber ni suceder, más que lo que está de antemano fijado, condicionado y establecido.»

J. Ferrater Mora, Diccionario de Filosofía, Art. «determinismo»).

En la misma fuente, encontramos otra crítica relevante del determinismo que, insistimos, nada tiene que ver con el mecanismo semiótico de la determinación:

«Hay un encadenamiento riguroso de todos los fenómenos, y por lo tanto no puede afirmarse la existencia de la creación ni de la libertad. Según Meyerson, el determinismo riguroso y universal está ligado al proceso identificador propio de la razón, la cual

aspira a prever, a reducir, y a identificar.» (ibid.)

Compartimos la exégesis que hace Pierre Aubenque⁷ de la teoría aristotélica como una rebelión o reacción contra la filosofía platónica en lo que tiene que ver con el *telos* humano, es decir, su propósito o finalidad en el sentido más general y global. Lejos de ser una sumisión a ideas eternas, en definitiva, a los designios inalcanzables de la divinidad, la vida humana se gesta a través de un proceso que Aubenque designa como mimesis ascendente. Esta no debe entenderse como una mera copia o duplicación, sino como una resignificación imaginativa, una forma en que lo humano se da a sí mismo un programa de acción que lo autonomiza. Sin principio trascendente, ajeno por definición al ser humano, sin un *telos* predeterminado, sin más rumbo que el de un fundamento móvil, imprevisible, e irrepitible, la vida de la semiosis es aquella que puede ser indeterminable pero no indeterminada. Ni esencialista, ni ontológica, ni trascendental, la semiótica en tanto teoría del sentido se basa pues en un enfoque relacional y fenomenológico o faneroscópico del universo. Tal es, creemos, la concepción que anima estas dos definiciones de signo que da Peirce en su madurez. La primera es de 1903, y la segunda, es de 1906:

a) «Un signo es un *cognoscible* que por un lado está determinado de tal modo (i.e. especializado, *bestimmt*) por alguna otra cosa diferente de sí, llamada su objeto. Y por otra parte, aquel determina alguna mente real o potencial, cuya determinación llamo el interpretante creado por el signo, de tal manera que la mente que interpreta queda determinada de forma mediata por el objeto.» (8.177)

b) «(llevada a su sentido más lato la palabra signo) es todo aquello que,

⁷ Op. rit.

siendo determinado por un objeto, determina una interpretación a determinación, **a través suyo**, por el mismo objeto.» (4.531)

Hay una insistencia a lo largo de toda la prolífica vida de Peirce en identificar la semiosis en su concepción más acabada, la terceridad o cumplimiento (aunque sea hasta nuevo aviso), como algo propio del futuro: es algo que viene con una marca del pasado (lo ya interpretado), pero que da lugar a una nueva e inexistente marca (lo por interpretar) que se ubica en un momento aún no realizado.

De las causas

La cadena de interpretantes que va apareciendo a lo largo de las diferentes estaciones en el proceso del recuerdo, que no es sino una interpretación, en Freud («no habría un recuerdo de la infancia sino sobre la infancia»), pone en evidencia la importancia y centralidad de esa «forma mediata» de determinación del objeto. Desde el lado de la evolución del pensamiento freudiano, podemos ubicar este corte epistemológico desde el momento en que Freud «no creyendo más en sus histéricas», establece una ruptura de una **causalidad mecánica** entre el supuesto hecho traumático y su consecuencia. Cuando entre el hecho y las consecuencias Freud puede descubrir el mundo de la fantasía está creando un tercer espacio, donde justamente está jugando esta relación mediatizada. En términos peirceanos, diríamos que el Freud pre-analítico en su escucha de estas pacientes se remite directa y únicamente a una fusión o indiscriminación del Objeto Dinámico y del Objeto Inmediato (ver más adelante la distinción de ambos conceptos): no habría otra posibilidad, salvo evidencia de lo contrario, de que las palabras de aquellas pacientes remitiesen en forma «bruta» al referente. Hasta aquí habría para Freud, una suerte de supuesta fiel reconstrucción arqueológica de un pasado relatado. Sin embargo, tal como lo entiende Peirce, y

como luego se corrige Freud, hay una doble determinación en toda semiosis. El «signo no sólo determina al interpretante para que represente (o tome la forma del) objeto, sino que **también determina al interpretante para que represente al signo.**»⁸ No sólo opera el signo o representamen como un mensajero o emanación, como dirá el propio Peirce en alguna ocasión, de ese Objeto, sino que tiene además una impronta específica suya. El corolario de este rasgo es que toda semiosis abre un espacio de interpretación ineludible: no hay remisión directa a las cosas tal cual son (dichas), sólo hay una maniobra hermenéutica de (re)construcción del mundo narrado.

Es el tomar en cuenta esta segunda determinación lo que abre la escucha analítica, y la resignificación o deriva interpretativa de un inocente o trivial recuerdo infantil, en una infinidad de posibles sentidos. Nada más lejos del determinismo a que nos llevaría la pura enumeración de elementos bucólicos e inocentes en aquel prado florido e infantil que las subsiguientes reinterpretaciones que hace Freud de su significación. Como vemos, no hace falta un guión como el de Sófocles para poner en escena los más hondos conflictos del alma humana.

Habría entonces dos momentos o instancias lógicas: por un lado la que remite al objeto, supuesto estado del mundo, y otra, que «representa cómo este mismo signo representa al objeto»⁹. Este segundo tiempo sin duda es decisivo en lo que tiene que ver con el campo de la fantasía, y porqué no de la libertad humana.

La pluralidad de los objetos: las mil caras de lo real

⁸ Extraído de la correspondencia entre C.S. Peirce y Lady Welby, en *Semiotics and Signfics*, Ed. C.S.Hardwick, Bloomington:Indiana University Press, 1977:196

⁹ *ibid.*

¿El recuerdo infantil de Freud es tan sólo una alucinación, un puro invento? Tal es la duda que asalta al supuesto paciente frente a su interlocutor, hacia el final del artículo sobre el recuerdo encubridor. El médico le va a decir que no, que habría algo real, histórico en este episodio tan vivamente recordado. Sin embargo, el poder remitirnos a un «hecho» no contraría la noción de construcción o «elaboración literaria», al decir de Freud, que encontramos en esta serie o cadena de recuerdos. La solución a esta aparente paradoja la podemos hallar en una dicotomía, una de las raras oposiciones binarias, del modelo semiótico de Peirce. Nos referimos a la oposición entre **Objeto Dinámico** y **Objeto Inmediato**.

El *Objeto* es uno de los tres sujetos lógicos del proceso de semiosis y no debe confundirse con la cosa misma, el mundo exterior, etc. Lejos de tal caracterización la siguiente definición de 1911, es decir, del período maduro del semiótico norteamericano, presenta al Objeto de todo signo como una interpretación archivada, un trozo de conocimiento que se utiliza como basa o antecedente, verdadero insumo de sentido para posteriores elaboraciones:

«Un Signo necesariamente tiene como su Objeto algún fragmento de la historia, es decir, de la historia de las ideas. Debe atizar alguna idea. Esa idea puede ir enteramente a acotar la atención ... »¹⁰

Se podría pensar, tal como dice el paciente entonces, que esta «construcción poética» es algo que nunca aconteció y que «ilícitamente se coló entre los recuerdos de la infancia», pero en realidad esta construcción «no se consigue si no hay una huella mnémica cuyo contenido ofrezca puntos de contacto con la fantasía que por así decir la *solicita*.» Esta es una idea que permanece durante

¹⁰ La descripción aparece en las fuentes manuscritas de Peirce: Ms 849, 1911

toda la obra de Freud en el sentido de que las huellas mnémicas son herederas de las percepciones, y más concretamente en la carta 52, Freud distingue el signo de percepción (*Wahrnehmungzeichen*) como primer huella a partir de la cual se realizan transcripciones en diferentes registros a través de relaciones que en dicha carta dice que se dan por contigüidad o por causalidad pero que en *La Interpretación de los Sueños* él precisa como relaciones de contigüidad y de semejanza. Cada una de estas transcripciones ya constituye un acto de interpretación. Aparece así claramente la futilidad de dar con un primer episodio o signo originario que estuviera fuera de este régimen interpretativo. Vale la pena recordar aquí que para Peirce, dentro del proceso de semiosis, que es continuo por naturaleza, todo signo no es sino un interpretante de un signo anterior o antecedente.

La semiosis tiene por lo tanto hacia adelante un límite ideal, inalcanzable, y hacía atrás, un origen que se pierde en la sucesión infinita de representaciones. Idea próxima a la de Freud cuando dice que las posibilidades de interpretación si bien no son infinitas, son potencialmente inagotables, y en último caso remiten a lo que llama el «ombligo del sueño» a través del cual el sueño se comunica con lo incognoscible (*unbekannt*). Nuevo punto de posible coincidencia entre ambos pensadores.

Cuando Peirce quiere caracterizar la noción de realidad, a diferencia de la posición kantiana implícita en «la cosa en sí» (*Ding an sich*), por completo ajena y no metabolizable por el discurso humano, el **Objeto Dinámico** es el límite, en sentido matemático, de toda semiosis imaginable, sin el cual dicha construcción de sentido perdería todo posible interés para el ser humano. No inmanente, pero tampoco trascendente, lo real sería ese horizonte ideal, no realizado en ningún acto de semiosis concreto, pero presente en tanto meta última que dirige tendencialmente todo el esfuerzo por dar sentido al mundo. No podemos dejar de señalar un nuevo cruzamiento entre el pensamiento freudiano y el semiótico: se trata de una descripción de 1902, donde Peirce

caracteriza el objeto dinámico como en última instancia

«algo oscuro subyacente, que no puede ser especificado sin manifestarse a sí mismo como un signo de algo más abajo.

Hay, pensamos y pensamos razonablemente, un límite de esto, una realidad última, como un cero absoluto de la temperatura. Pero en la naturaleza de las cosas, éste sólo puede ser aproximado; sólo puede ser representado. El objeto inmediato que cualquier signo busca representar es en sí mismo un signo.»¹¹

El recuerdo y los objetos peirceanos

Si el objeto puede ser dinámico o inmediato, diremos que el primero opera como relanzador de la semiosis a partir de algo que hace problema, mientras que el inmediato es el que se encarga de ofrecer una versión del recuerdo en cada semiosis. Ambos objetos son la manera en que Peirce da cuenta de lo real.

¿Cabe preguntarse porqué el (color) amarillo o porqué ese olor tan penetrante de una vulgar hogaza de pan? Como en un sueño que de tan verosímil podría fácilmente ser un episodio de la vida misma. Demasiada vividez o una evocación en oposición a la banalidad de lo recordado —parece la antítesis de lo que teóricos como Labov califican de *tellable*, es decir, algo digno de ser narrado. Lo real se haría anunciar entonces mediante esta clase de pura «obsistencia», para usar el término de Balat, es decir, estamos ante la segundidad como aquello que hace oposición, lo llamativo e injustificado (sinjus o ley que lo explique aun). Del mismo modo Freud lo encuentra en el comienzo de su trabajo con sus pacientes, en donde sin que él hubiera establecido ninguna consigna referente a la conveniencia de narrar los sueños, producto tan despreciable o menospreciado en la vida corriente, sin embargo,

¹¹ Ms. 599, 1902

los pacientes reiteradamente los incluían como punto importante en sus relatos.

Todo ocurre como en el dominio onírico: si nos situamos en la pertinencia habitual su importancia parece nula. Sólo esa insistencia o reiteración obliga a tomarlo en cuenta. Esa es la acción de la segundidad semiótica, empuja al sujeto a resituarse con respecto al *telos* o finalidad discursivo. ¿Por qué este tipo me cuenta esto?

El choque de la sexualidad. Segundidad, lo real

Hay algo bien aceitado que no marcha, algo que viene de otra parte y choca con eso. Eso que pone en evidencia la ajenidad, al menos parcial, de la teleología objetiva, es la segundidad entendida como lo Otro. En el relato del recuerdo, ese Yo bien organizado que parece tener todo claro (racional) se encuentra de pronto con algo demasiado claro (*überdeutlich*) y que no tendría por que ser tan claro. Este choque en tanto momento de asombro en el discurrir de Freud hace proseguir el proceso semiótico ahora en otro nivel, que conduce al descubrimiento de las fuerzas ocultas del deseo reprimido. Pero este deseo en tanto teleología subjetiva y como causa final no puede expresarse descubiertamente, y para salir a luz tiene que transar con la norma que establecen las buenas costumbres de la cultura en la cual está inserto. Estas son emitidas y transmitidas por el padre y el tío (teleología objetiva).

La solución de compromiso entre las dos fuerzas llevan a que en vez de actuar una sexualidad, en lugar de ceder a ella o al canto de las sirenas de la tradición, transa no cediendo del todo ni apartándose del todo. El nivel de transgresión se resolvería con el acto sexual, por ejemplo, o con la rebelión total en relación al designio paterno. En la decisión vital de Freud es posible recuperar el juego télico, la tensión entre las fuerzas involucradas, entre lo que se debe querer y lo que él quiere querer, lo que se resuelve por un mecanismo **sublimatorio**, cambiando de objeto y de meta al ocuparse de la sexualidad no en el mero goce,

sino en su estudio. Para un juicio de la época recién se abría el campo profesional. ¿Qué otra cosa es el interpretante peirceano sino una transformación de sentido, una traducción de un término en otro? A nivel de la transvaloración, queda así satisfecho o conforme el conflicto potencial entre el deseo instituido y el deseo instituyente. No es el camino opuesto al deseo paterno el que efectivamente emprende Freud, como se podría pensar, sino el de «satisfacer» el deseo sexual en el campo del saber, y al mismo tiempo satisfacer el designio paterno de obtener una seguridad en la vida en el ejercicio de una profesión liberal. La meta es inhibida en relación con los padres, no hay descarga sexual. Los padres siguen ocupando el lugar de objeto. Se mantiene la sexualidad, el deseo, pero sin descarga. Ya no es el objeto concreto, sino el estudio científico.

Llegamos a la causa formal. Interviene aquí la maniobra semiótica de condensación, específicamente la metáfora en conjunción con el eufemismo. Así el recuerdo retiene tropos: quitarle flores a una niña, en lugar de desflorar a una joven.

El reino de la finalidad humana

Dejemos ahora por un momento, el ámbito de la primeridad en tanto pulsión y de la segundidad en cuanto resistencia, para ingresar en otro de los universos categoriales propuestos por Peirce. Creemos que es factible identificar el universo de la terceridad con lo télico, con el dominio de la finalidad humana en su acepción más general. Así, la cualidad del amarillo, el sabor del pan, ambos sin duda elementos o signos de la percepción, no permanecen ajenos por completo a la clase de semiosis que es propia de la terceridad. La legalidad en cuanto cumplimiento futuro (algo así como el «cúmplase» que acompaña toda norma jurídica) que enmarca toda acción humana, y que varía en las cuatro estaciones freudianas, es un rasgo típico y propio de dicha terceridad.

Podemos discernir en el mundo de la humano una doble incidencia télica, según J. J. Liszka ¹²:

«Peirce sugiere por lo menos dos clases de teleología operativas en la semiosis, una objetiva, en la cual en y a través de un proceso de determinación, los signos forman un sistema, que establecen un conjunto de restricciones representadas por sus interpretantes, para cualquier posible interpretación dentro del marco de una segunda teleología subjetiva del usuario sígnico. »

La **teleología objetiva** es la matriz de sentido recibido, social, una fuerza semiótica que tiende a (preservar) la tradición. Tiene que ver con el Objeto en tanto «Historia de las Ideas», y ésta puede tomarse como un conjunto de indicios sobre el tipo de comunidad histórica en la que me encuentro. Es en tal sentido que podemos hablar aquí de una determinación del tipo (causal) eficiente, como uno de los determinantes semióticos. Se trata del saber que busca perpetuarse, infligir su sentido en el futuro (*Interpretante*) mediante el instante expresivo y fenoménico del Representamen. Lo que se sabe entendido como lo que se debe, y de allí el Poder. Se trata de una misión o mandato. No lo planteamos en un sentido metafórico sino literal, siguiendo en esto a Peirce y el método que él propone para analizar el significado de un concepto: su célebre Máxima Pragmática. Esta es una proposición condicional cuya prótasis está en el indicativo —lo que de hecho se concibe es— y es seguida por un imperativo en la apódosis lo que habrá de ser necesariamente si el concepto es correcto, verdadero. La máxima pragmática permite realizar la traducción de la percepción en una acción con sentido. Lo que Freud ¹³ en su artículo formula en

¹² En *The semiotic of myth*, op. cit.:45

¹³ Op. cit.: p.310

los siguientes términos:

«Si te hubieras casado con esta niña o con la otra, tu vida hubiera sido mucho más agradable.»

tendría en el marco de la Máxima Pragmática esta posible traducción:

Si quieres vivir agradablemente, ¡cásate con esa mujer!

No existe un significado estático, *a priori*, reificado de una vez para siempre entre las páginas de algún diccionario, sino que aquel es la resultante de un incesante proceso en virtud del cual, operativamente diseñamos nuestros sentidos.

Teleología Subjetiva también tiene varias causalidades o determinantes semióticas. Por un lado, la causa eficiente es la presión de la búsqueda de la realización del deseo reprimido. Esta causa va a utilizar lo almacenado por la percepción en la memoria, la escena alpina, cuya autenticidad el supuesto interlocutor del analista pone en tela de juicio hacia el final del trabajo. La reacción del interlocutor es de total certeza:

«Ahora me veo obligado a desempeñar yo el papel de defensor de la autenticidad.»¹⁴

J. Ransdell (1992, manuscrito, cap.12, «Clases de determinantes de la semiosis») introduce una tercer clase de causa, la **formal**, además de las dos ya manejadas por Peirce (eficiente y final). Nosotros vamos a agregar dos modificaciones a este planteo. Siguiendo a J. Mosterín en su *Historia de la filosofía. Aristóteles* (p.²O⁸), creemos que conviene restituir el término aristotélico de «**iniciador**» (*kinoûn*), en vez de **causa eficiente**. Peirce siempre habla del factor dinámico en la acción de los signos o semiosis, cuando se refiere precisamente al Objeto Dinámico. Este es el que determina el

¹⁴ *ibid.* p.311

Representamen, que a su vez va a determinar el Interpretante. Por su parte, Freud habla del deseo como motor. Además queremos introducir otra noción clásica, también aristotélica, la de **causa material** o *hylé*, como cuarta clase de determinación. Este término remite originalmente a la madera entendida como sustrato inmediato.

Ransdell (*ibid.*) define la causa formal como «concepto general que guía el método que informa la semiosis». Es la *vía regia* para acceder a esa meta. En nuestro caso sería el casamiento con la prima en buena posición, como forma de legitimación de los intereses sociales en juego. Dicha meta se opone diametralmente al efímero e intenso goce sexual de la noche de bodas, una sinécdoque que escamotea el resto del tímpano previsto por la *doxa* (la continuidad de las buenas costumbres), para quedarse con la tentadora cereza de la cima. Se da una tensión entre el proverbial «sentar cabeza» contra el deseo sexual inadmisibles para la conciencia o los valores hegemónicos.

¿Hubo realmente una escena alpina, flores, los protagonistas, el pan negro...? El conjunto de los elementos utilizados para armar ese sueño, como si fuera una escenografía, constituye la causa material. El producto final llámese recuerdo o sueño estaría construido, siguiendo siempre a Aristóteles, con determinados materiales o «acontecimientos» ordenados, dirigidos por la forma, causa formal, que tiene que ver con el producto final obtenido, recuerdo o relato del sueño de acuerdo a las leyes que rigen el funcionamiento del inconsciente. La causa eficiente, por otra parte, es el disparador del cambio, que en el caso del recuerdo de Freud, fue el enfrentamiento ante el deseo paterno, que despertó su pulsión sexual hasta ese momento reprimida o sublimada. Por último, la causa final es aquello para lo que se provoca el cambio. En nuestro caso despertada la pulsión y en conflicto con otras tendencias, deseos y proyectos, lo que el funcionamiento psíquico procurará, dirá Freud, es la descarga de la pulsión (placer), para volver a una situación de equilibrio en el nivel más bajo posible (principio de economía), o, desde el punto de vista del deseo, su cumplimiento.

La causa final es la dimensión tética del protagonista de este recuerdo: se trata de una ambición desmesurada, es decir, que va más allá de la medida o norma paterna. Para llegar a obedecer o desobedecer, según sea el deseo del joven Freud, es decir, para determinar qué actitud tomar frente al legado semiótico paterno (ser comerciante, buen judío, casado dentro de la religión) esto debe realizarse **desde** dentro, en el interior de ese paralelogramo de fuerzas divergentes. Todas son esenciales para que surja algo que merezca el nombre de intención «en todo caso concreto» como afirma Ransdell:

«Uno establece qué son las intenciones, en todos los casos concretos, sobre la base de los elementos y las relaciones que están dentro del proceso de semiosis, nunca a la inversa.»

Determinación, recuerdo y semiosis

Este trabajo comenzó como una discusión sobre la pertinencia del concepto semiótico de determinación en tanto un aspecto fundamental de la generación de sentido. Nuestra intención era separarnos de la postura sostenida por Castoriadis en diversos lugares, según la cual **determinación y determinismo** serían una sola cosa,

Creemos que es posible sostener una visión **teleológica** de la semiosis, es decir, una orientación hacia el futuro efectuada por una tendencia general y continua, sin incurrir en ninguna versión teológica o cerrada del devenir.

El largo rodeo que hemos dado en torno al célebre artículo de Freud «Sobre un recuerdo encubridor» nos ha servido para poner de manifiesto una de las modalidades en que la determinación opera dentro de la semiosis. Vamos a resumir esta exposición.

Freud mismo dice que hay un *continuum* entre ¡os mecanismos psíquicos de

la vigilia, incluyendo desde luego y en forma paradigmática la psicopatología de la vida cotidiana, el sueño, o el soñar, y los síntomas, ya sean éstos neuróticos, perversos o psicóticos. El método de interpretación de los sueños es básicamente el mismo que puede servir para la interpretación del síntoma neurótico, o del delirio. Esto se adecua perfectamente a lo sostenido por Peirce cuando pretende edificar una faneroscopía que tome como su objeto el faneron, es decir, todo lo que puede presentarse a una mente, sea esto consciente o no, real o no. Por lo tanto creemos válido el recurso a las tres categorías universales en que dicha faneroscopía, y de hecho, toda la semiótica peirceana, se basa.

¿Cómo funcionan los determinantes, es decir, aquellos elementos que mueven o que animan toda semiosis? Hemos visto cuatro tipos de causalidad en relación al recuerdo, de ese modo agregamos un cuarto componente a los tres sugeridos por J. Ransdell, siguiendo también una fuente clásica, la de Aristóteles. Vale la pena recordar lo que escribe Mosterín sobre la noción de causa:

«La noción aristotélica de aitia suele ser más amplia que lo que solemos entender por causa. Aristóteles dice que hay tantas causas como maneras de decirse el porqué. Esto ha llevado a Moravcsik a decir que aitia es cualquier cosa que responde a la pregunta de porqué; y cualquier cosa que responde a la pregunta de porqué es una explicación. De lo que se desprende que aitia es simplemente un factor explicativo, más que una teoría de las causas, según este auto; la aitia es una teoría sobre la estructura de las explicaciones.»¹⁶

Parece necesario poner cierto orden entre términos que pueden con facilidad

¹⁶ Citado por Jesús Mosterín, Historia de la Filosofía. Vol. 4 Aristóteles, Alianza, Madrid, 1984)

inducir a la confusión. Vamos a retomar la definición de determinismo que hemos dado más arriba. Creer en esta noción supone

«que todo lo que habido, lo que hay y lo que habrá, lo que sucede y sucederá, está de antemano fijado, condicionado y establecido, no pudiendo haber ni suceder más que lo que está de antemano, fijado, condicionado y establecido. »

Por lo tanto, el determinismo puede entenderse como un condicionamiento fuerte y previo a todos los fenómenos del universo. Así H. Bergson ya criticaba el concepto por no permitir dar cuenta de la creación y de la libertad, tal como aparece en la célebre noción de Laplace, en su *Théorie Analytique des Possibilités*, donde decía que

«una inteligencia que conociera en un momento dado todas las fuerzas que actúan en la naturaleza y la situación de los seres de que se compone, que fuera suficientemente vasta para someter estos datos al análisis matemático, podría expresar en una sola fórmula, los movimientos de los mayores astros y de los menores átomos. Nada sería incierto para ella, y tanto el futuro como el pasado estarían presentes ante su mirada.»¹⁷

El propio Ferrater Mora propone una serie de condiciones para caracterizar un sistema determinista:

- 1) «el sistema debe ser «cerrado»; no puede en efecto, admitir acontecimientos externos al sistema, que luego acaben por insertarse en él y alterar posiblemente sus condiciones o su desarrollo;
- 2) el sistema debe abarcar elementos acontecimientos del mismo tipo

¹⁷ Ver Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía*, Art. **Determinismo**, op. cit.

- ontológico —en el caso del mundo físico, elementos estados físicos—;
- 3) el sistema debe incluir secuencias temporales de modo que se evite reducir las tendencias funcionales de que antes hablamos a dependencia del tipo manifestado por los sistemas formales deductivos;
 - 4) el sistema debe poseer un conjunto de condiciones iniciales que en el caso de admitir que el sistema cerrado es el único existente que es el universo—, no necesita estar él mismo determinado. Decir que está determinado por razones externas a él, es insertar en él otro sistema, lo que ha sido probado como inaceptable.»

Vamos ahora a retomar por última vez un concepto que suena parecido pero que es muy ajeno al anterior y que ha sido un eje vertebral de todo este trabajo. Nos referimos a la noción de determinación.

«Determinar es precisar la naturaleza de un objeto mediante una predicación esencial. Spinoza usa el término determinación (determinatio) en una expresión que ha llegado a ser muy famosa: «Omnis determinatio negatio est», toda determinación es negación. Al determinar un objeto se excluyen todas las notas o características que no le pertenecen. Hegel siguió en este respecto a Spinoza: la determinación (bestimmung) o determinabilidad (Bestimmtheit) es «la negación puesta como afirmativa.»

Para Hegel:

«la negación como tal es la abstracción sin forma, en cambio la filosofía especulativa no debe ser culpada de considerar la negación o la nada como algo último.» Así la indicada Omnis determinatio negatio est es sólo

un momento en la apreciación de lo real.»¹⁸

Lejos de asimilarse al determinismo, tal como lo hemos presentado antes, la progresiva e inacabable aunque no ilimitada—determinar, es justamente ir poniéndole límites, del latín *terminus*— determinación semiótica supone una finalidad abierta e incesantemente redefinible. Esta puede concebirse como un activo y creativo proceso de negociar, cambiar y redefinir el ideal inalcanzable como tal, hacia el cual tiende todo proceso semiótico.

Qué es exactamente lo que plantea Castoriadis en relación a la determinación y su impacto sobre lo social? En *Los dominios del Hombre* de 1986, segunda entrega de su trilogía *Las Encrucijadas del Laberintos*, en el artículo «Lo imaginario: la creación en el dominio histórico—social», Castoriadis¹⁹ sostiene que

«Hechos fundamentales relativos al ser, al tiempo y a la creación, quedaron encubiertos por la ontología tradicional, (y luego por la ciencia), porque esa ontología trabajó siempre en su corriente principal valiéndose de la hipercategoría fundamental de determinación (peras, bestimmtheit). La determinación lleva a negar el tiempo, lleva a la atemporalidad: si algo está verdaderamente determinado, lo está desde siempre y para siempre. Si cambia, los modos del cambio y las formas que ese cambio puede producir ya están determinados».

¹⁸ *ibid.*

¹⁹ p.65

En «El descubrimiento de la imaginación», Castoriadis²⁰ sostiene que

«En efecto, lo que no procede de la razón y del ser determinado siempre fue asignado, en esta corriente central, a lo infrapensable o a lo suprasensible, a la indeterminación entendida como simple privación, como déficit de determinación, es decir, de ser, o atribuido a un origen absolutamente trascendente e inaccesible a toda determinación. En lo esencial la imaginación es rebelde a la determinación.»

Para esta concepción, esencialmente diádica, en lugar de triádica como la formulada por Peirce, existe una suerte de héroe mítico cuya función es precisamente oponerse al villano de la determinación. Se trata de la figura teórica del «imaginario radical», en este concepto Castoriadis²¹ coloca una fuente, para nosotros inexplicable, de significación:

«El imaginario radical (es) una autoinstitución».

Se trata de una fuerza titánica cuyo poder no pertenece al dominio humano. Vamos a intentar demostrar que la radicalidad de que habla Castoriadis es en verdad una inhumanidad, si pensamos que lo humano es un proceso de continua determinación. El teórico del imaginario social en definitiva postula un imaginario radical autoinstituyente, podríamos decir autoengendrado y autosuficiente, que es el Determinante por antonomasia, **pero al que nada determina**, con lo cual pensamos nosotros que Castoriadis, sin pretenderlo tal vez, no sólo ontologiza sino que **teologiza**. Cuando desea expulsar el yugo de la divinidad, sin advertirlo lo deja entrar por la puerta trasera.

²⁰ ibid. p. 149

²¹ . ibid.

Todo parece indicar que Castoriadis confunde el principio de determinación con el determinismo. Tal como hace cuando habla de éste traduciendo el término alemán, hegeliano, *de Bestimmtheit*, que en realidad corresponde a determinabilidad. Las críticas que hace Castoriadis a la determinación en todo caso corresponderían al determinismo, tal como lo hemos caracterizado anteriormente, es decir, como un principio totalizante, fuera del tiempo, que todo lo explica, y donde la razón operaría como un absoluto, desligado de todo albedrío humano, y por ende de toda creatividad. Muy lejana de esta visión fatalista está la noción de determinación presente en la acción sémica o semiosis peirceana, y en el sentido en que Freud la utiliza cuando habla de la determinación de los fenómenos psíquicos.

Vamos ahora a considerar a nuestros dos autores cuando emplean de manera central y, creemos, acertada, el concepto de determinación para explicar el funcionamiento del significado (tanto semiosis para Peirce como (Traum) deutung para Freud son dos entradas al sentido) y a la interpretación.

En «Estudios sobre la histeria» (1895), la idea de la sobredeterminación ya está presente en el sentido de que el síntoma histérico está determinado por una predisposición constitucional y por una pluralidad de acontecimientos traumáticos; teniendo en cuenta además que las cadenas asociativas que ligan el síntoma a un «núcleo patógeno» constituyen «un sistema de líneas ramificadas y sobre todo convergentes».

Pero este concepto de «sobredeterminación» se torna capital desde «La interpretación de los sueños» de 1900, y desde allí, por lo tanto, está presente en toda formación del inconsciente. Así Freud afirma que «cada uno» de los elementos manifiestos de un sueño está sobredeterminado y está representado varias veces en los pensamientos latentes del sueño.

Pero no sólo cada uno de los elementos sino la totalidad del sueño está

sobredeterminada. En este sentido el monto de condensación de hecho es enorme y permite

«reunir en un sueño manifiesto dos series de ideas latentes totalmente diferentes, de tal manera que se puede obtener una interpretación aparentemente satisfactoria de un sueño sin percibirse de una posibilidad de interpretación a un segundo grado».

De allí que si bien el número de interpretaciones no es infinito, sí podemos decir que es **indeterminado** y que un mismo sueño interpretado en momentos diferentes de un proceso analítico puede traer legítimamente una interpretación totalmente diferente de la primera. Por otra parte, por más que prosigamos la interpretación, o por ello mismo, **nunca la agotaremos**, y en todo caso a lo que podremos llegar es a ese punto de incognoscible ya mencionado, que Freud designó con el nombre de «ombligo del sueño», punto que no es de detención sino de relanzamiento de nuevas interpretaciones.

El concepto de indeterminación o mejor de **indeterminabilidad** es claramente opuesto al de determinismo, pero no al de determinación. Sólo es posible determinar algo que está en cierta medida indeterminado.

La idea de la **sobredeterminación** implica además del desarrollo de cadenas asociativas independientes, el de la **interrelación** de las cadenas asociativas entre sí, a través de lo que Freud denominó los «puntos nodales».

De la exposición de estas ideas centrales en el pensamiento freudiano se desprende indudablemente que **sobredeterminación** y **sobreinterpretación** (*Ueberdeutung*) están absolutamente relacionadas. Esta idea freudiana deja de lado toda ilusión de interpretación extractiva de una verdad puesta allí, y reificada, y apunta a la **interpretación simbolizante**, es decir, aquella en que en el hecho mismo de la combinación o nueva re-combinación, crea *ex novo* el sentido. Cómo no traer a cuento aquí que para Peirce sólo es signo aquello que

da lugar a una interpretación, más aún, que es producido para ser interpretado en otro signo, de esto trata precisamente el funcionamiento **triádico** y por ende **teleológico** de la se-miosis y, aventuramos aquí, de la psiquis humana.

Retomamos de una de las definiciones de la época madura de Peirce, es decir, casi contemporánea con los escritos de Freud antes citados la concepción de que el signo para generar conocimiento (lo caracteriza como un «cognizable») necesariamente está «determinado (es decir especializado, *bestimmt*)» por el objeto pero con la finalidad de determinar a su vez el tercer componente que es el interpretante. Esta noción de determinación es ajena a la causalidad física, de tipo diádico (cuando un objeto A golpea un objeto B, según el principio newtoniano de acción y reacción), y supone en cambio una causalidad final, en sentido aristotélico. El objeto A produce B si y sólo si éste produce el objeto C.

Puede ayudarnos a esclarecer el malentendido implícito en la formulación de Castoriadis sobre la determinación, una visita al concepto clásico, ya presente en Demócrito y en Aristóteles del azar en relación a cierta forma de determinación. Mientras que

«en Demócrito el azar responde a una necesidad ciega, lo que equivale a una completa ausencia de finalidad, en Aristóteles la noción de azar aparece como ausencia de una causa eficiente definida, pues excluye la necesidad, dado que no son cosas que acontecen siempre ni siquiera la mayor parte de las veces. Pero el azar y la suerte son causas reales que responden sin embargo, a un tipo de causalidad por accidente, lo que excluye que sea necesario, pero no implica que sea absurdo o inexplicable. Común al azar (tyché) y a la suerte, es el hecho de designar acontecimientos excepcionales que tienen lugar cuando se entrecruzan series causales independientes. El azar es algo que acontece en las cosas terrestres y especialmente en los acontecimientos humanos.»²²

²² Del Artículo **Azar**, p.268 Ferrater Mora, J. op. cit.

En otras palabras, la determinación es propia y definitoria del «mundo sublunar», al decir de Aristóteles, no como algo opresivo y ajeno, e incluso enajenante, sino como el modo que encuentra la criatura condenada al movimiento de emular lo que admira en el inmóvil firmamento de lo eterno.

Lo que plantea Freud sobre el sueño y el inconsciente coincide con la posición de Aristóteles respecto al azar como un tipo especial de causalidad sobredeterminada, ya que para que algo sea azaroso dos o más, por *lo* menos dos líneas causales deben cruzarse, y que no es necesaria en el sentido de *laphusis* pero no por ello es menos determinada.

En resumen, determinación no es sinónimo ni de fatalidad ni de necesidad, por el contrario, un complejo entramado de variables o fuerzas pueden y de hecho están presentes en este proceso. Dicho de otra manera, hemos podido desentrañar los mecanismos del sueño, pero no podemos *a priori*, determinar cómo va a ser un sueño en particular. Un sueño es una creación en donde no es predecible cuál será su resultado, lo que no quiere decir que no esté determinado y que por lo tanto no sea interpretable.

Si vamos ahora a uno de los teóricos modernos de esta temática, nos referimos a Wernard Heisenberg, su célebre concepto de *Unbestimmtheit* concretamente, puede arrojar luz sobre esta noción. Para empezar, Ferrater Mora²³ sugiere como traducción de dicho concepto, una expresión muy cercana a nuestro desarrollo: la de indeterminabilidad. Lo que en realidad sostiene Heisenberg es

«la imposibilidad de determinar simultáneamente con la misma precisión, el valor de la energía y la coordenada temporal de una partícula.»

Se puede determinar con exactitud o la velocidad o la ubicación, pero no las dos variables a un tiempo, por lo menos no con idéntica precisión. Esta idea

²³ Ibid. p.1645.

dista mucho de sostener que no hay determinación en el Universo, posición por la que aboga Castoriadis cuando habla del «imaginario radical». El autor griego-francés, en definitiva, se habría afiliado a una escuela de pensamiento que lleva a cabo una operación reduccionista sobre la tesis de Heisenberg: se habla sólo de lo que no se puede hacer, dejando de lado, lo que el físico indica que sí es posible efectuar. Más grave aún es la aporía a la que fatalmente se ven conducidos quienes sostienen esta posición reduccionista: si nada se puede determinar en absoluto, parece improbable afirmar con ningún viso de certidumbre que hay algo así como indeterminación total en el universo.

Otro argumento a favor de nuestra posición, proviene de una de las bases filosóficas de la semiótica peirceana, nos referimos al **sinequismo** o doctrina de la continuidad:

«Sinequismo no es una doctrina metafísica final y absoluta; es un principio lógico regulativo, que indica qué clase de hipótesis es adecuado sostener y examinar.»

(6.173, 1902 — énfasis agregado F.A. y D. G.)

Desde este «principio lógico», cuyo fin es regular la creación de hipótesis para aumentar la inteligibilidad del universo, es más notoria todavía la aporía implícita en la tesis de la indeterminación radical. Lo que defiende aquí Peirce es que **entender y ser son inseparables**, pues «la única forma bajo la cual cualquier cosa puede ser comprendida es la forma de la generalidad, que es la misma cosa que la continuidad.» (ibid.)

Imposible dejar de reconocer en este sinequista norteamericano de principios de siglo, a su admirado realista escolástico Duns Scotus, una de las fuentes más importantes en la formación del pensamiento peirceano:

«Si se produce un cambio en la cosa en tanto que ella existe, no se produce cambio en la significación de la palabra. La causa radica en que la cosa

no es significada en tanto que ella existe (ut existit) sino en tanto ella es concebida (sed ut intelligitur) Quaestiones in librum perihermeneias,
(Cit. por P. Aubenque, *op. cit.* p. 111 n.1.).

Por eso es acertada la precisión de J. Ransdell (1976:98) sobre el carácter de «**segunda intencionalidad**» de la semiótica en tanto ciencia. Con este término escolástico, que pertenece al propio Peirce, Ransdell nos recuerda que «la semiótica es sobre el pensamiento sobre las cosas, lo que equivale a decir que es sobre las cosas *en tanto* pensadas (*as thought about*)».

La dicotomía del Objeto dinámico y el Objeto Inmediato, una de las pocas en la teoría mayormente triádica de Peirce, sirve para indicar la distancia — generadora de semiosis— entre el mundo en tanto **pensado** y el mundo en tanto **pensable**. Imposible desarrollar el concepto de sinequismo sin aludir al de **teleología** o causa final. Este no puede en ningún modo, como ya observamos antes, ser comprendido como un arreglo omnisapiente de origen cuasi—divino de *los caminos del cosmos*. Lejos de esto, la semiótica de Peirce, y la teoría psicoanalítica de Freud, a través del concepto de **sobredeterminación**, apuntan a una visión autoregulada del hombre. He aquí una consecuencia no menor de tipo político en estas dos teorías sobre el sentido y la interpretación:

«Pero el discurso, que sería impotente si no esperáramos de él alguna revelación de los elementos del ser, no es menos el lugar donde se manifiesta la estructura compleja del ser en movimiento...»

(P. Aubenque, *op. cit.* 438).

Cómo es, exactamente, la naturaleza de ese movimiento, el de la semiosis o el de la sobredeterminación? El ser humano mediante la trama infinita del discurso, el incesante *kategorein*, lejos de imitar de modo automático lo que percibe como superior, imagina el estado acabado, completo de las cosas (*to*

teleion), y es esta imagen la que lo impulsa hacia adelante, en sus proyectos. Como vimos, a este proceso P. Aubenque le llama «mímesis», pero para evitar toda confusión con el platonismo que presenta lo humano como degradación o incompletud frente a lo divino, cabe hablar de una **mímesis ascendiente**. Así buscamos hacer justicia a esta visión libertaria de Aristóteles, quien va a contraponer un demiurgo con minúscula capaz de reinventarse a partir de *sus* sueños y anhelos:

«La imitación aristotélica no es una relación descendiente, del modelo a la copia como lo era la imitación platónica, sino una relación ascendiente por la cual el ser inferior se esfuerza por realizar, con los medios de que dispone... »

¿De dónde proviene la exigencia de completar el sentido, porqué no quedarse con los signos tal como se los recibe, desde alguna tradición y con alguna finalidad? La respuesta está en la propia conformación del discurso humano:

«El problema del ser en tanto ser no se plantea a nivel del ser divino, ya que ambos coinciden. En cambio, en el ser sensible en donde todo está dado en la particularidad, el ser en tanto que ser, exigido por la coherencia de nuestro discurso, se debe buscar más allá de esta particularidad.»

(P.A. p.404,)

El ser humano en tanto ser semiótico es justamente aquel que moldea o configura sus deseos (teleología subjetiva) contra y con el telar de lo deseable en un momento dado (teleología objetiva). No es otra cosa lo *que* Aubenque, comentarista hábil y removedor de Aristóteles nos señala cuando opone la meta o fin concreto (*skopos*) , al proyecto general como estructura de la acción (*telos*):

«Es porque lo acabado (tò téleion) se impone primero a nosotros en el esplendor de su realización (achèvement) que tendemos hacia él; es por lo que es un logro ('accomplissement,) que es un fin, y no porque sería un fin para nosotros, que tenderíamos a cumplirlo. El sentido psicológico de la palabra «fin», ausente por otra parte, de la palabra griega télos, no es más que la pálida consecuencia, a la cual la tradición se ha aferrado estrechamente, de lo que ella significa: la percepción subsistente de aquello que está, de lado a lado y desde siempre realizado (achevé).»
(p. 402).

Sólo es factible hablar de las diferentes estaciones por las que pasa el recuerdo freudiano, si tomamos en cuenta este verdadero trabajo del inconsciente en tanto mecanismo que forja significación en base a sus propios realizaciones, a la imagen de lo completado que va fabricando circunstancias para la ulterior realización humana. Lo télico no es el querer triunfar en la ciencia o dejar de lado el cómodo arreglo matrimonial sugerido por los padres. Mucho más amplio y general, sinequista, este movimiento designa la continuidad más allá de la conciencia o la voluntad humana, de **un designio del discurso que se cumple a través del hombre**, por diversos medios, de los que éste dispone. Pueden ser sueños, fantasías, recuerdos, *lapsus* o suposiciones, de todos estos *materiales se vale* lo télico para que el hombre cumpla con un destino no escrito desde siempre sino reinventado en cada ocasión.

Lejos de marcar una impotencia humana, la semiosis vendría a suplir lo que el ser supremo, en la tradición aristotélica, no es capaz de conocer ni de hacer:

«La trascendencia no sólo separa al hombre de lo divino sino también a Dios del mundo.» (p.33-31)

Epílogo

Estamos muy lejos de ese mágico e inexplicable «imaginario radical» postulado por Castoriadis en sus escritos. Hay en el pensamiento freudiano sobre la lectura de los sueños, en cambio, un esbozo topológico de lo que se Peirce llama la semiosis infinita, es decir, de la recursiva operación de interpretación en virtud de la cual, todo interpretante deviene signo para un nuevo interpretante en el ámbito de la semiosis que a su vez... Nada mejor para cerrar provisoriamente, estas reflexiones que la sugerente metáfora del *strip tease* semiótico de Peirce:

«El significado de una representación no puede ser más que una representación. De hecho, no es otra cosa que la misma representación concebida como despojada (stripped) de su ropaje irrelevante. Pero este ropaje no puede nunca ser despojado (stripped off) por completo, sólo se cambia por algo más diáfano. Entonces hay aquí una regresión infinita. Finalmente, el interpretante no es más que otra representación a la cual la antorcha de la verdad le es pasada, y como tal representación tiene su interpretante nuevamente. He aquí, otra serie infinita.» (1.337, c. 1895)

Históricamente no podemos dejar de anotar que ya en las primeras décadas de la modernidad confiada en su inevitable progreso, el Otro de la incertidumbre hacía su aparición donde menos se lo esperaba: el campo de las matemáticas y el de la geometría. Desde allí invadirá después, ya a comienzos del siglo XX, el campo de la física (Heisenberg), ahondándose también en las matemáticas (Gödel), y prosiguiendo en el campo de la biología (fenómenos de orden y desorden) .Ante todo ellos la ciencia no ha caído ni en la altiva posición de relegar lo incierto a bizarrerías o rarezas, ni en negar su posibilidad de conocimiento, inseparable de la idea de determinación. En este momento —dice Jean Dieudonné, citado por J.J. Duby («Science: la fin du déterminisme»,

1993): «Es un honor del espíritu humano el no haberse declarado vencido por lo incierto, sino que por el contrario, lo ha reconocido y ha puesto a su servicio la potencia de su eterno adversario.»

Resumen

A *partir* del célebre «Un recuerdo encubridor» de Freud, intentamos realizar un análisis peirceano del mismo, para abordar luego, una discusión sobre los conceptos de determinación, sobredeterminación, determinismo, y determinabilidad. Semiótica y psicoanálisis se acercan así en un esfuerzo de traducción mutua. Recuerdo, sueño, sublimación adquieren un nuevo significado, más complejo, y otro tanto ocurre con nociones claves de la teoría semiótica, como el objeto y el interpretante.

Con esto ambas disciplinas abordan uno de los problemas cruciales del pensamiento contemporáneo como es el de la **incertidumbre**.

Summary

Based on Freud's famous article «*Ueber Deckerinnerungen*», we attempt to carry out a Peircean analysis of it, in order to start then a discussion on the concepts of determination, overdetermination, determinism and determinability. Semiotics and psychoanalysis come thus close in an effort of mutual translation. Memory, dream, sublimation acquire a new, more complex meaning, and the same happens with some key notions of semiotic theory, such as object and interpretant.

In this manner, both disciplines approach one of the central problems of contemporary thought, namely, that of uncertainty.

Descriptores: RECUERDO INFANTIL/ RECUERDO
ENCUBRIDOR! DESEO CAUSALIDAD / DETERMINISMO
/ SOBREDETERMINACIÓN / SIGNO/ FILOSOFÍA

Sobre el determinismo psíquico *

Ricardo Bernardi **

I

El psicoanálisis, impulsado por su necesidad interna de desarrollo así como por las nuevos conceptos del pensamiento científico actual, se enfrenta hoy día a la necesidad de encontrar nuevos modelos y formas de pensar que le permitan una mejor adecuación a su objeto de estudio. Quisiera discutir a continuación en qué medida la hipótesis del determinismo universal de los hechos psíquicos continúa siendo un supuesto válido para los desarrollos actuales que se dan en la teoría y en la clínica.

Para definir el sentido concreto del término «determinismo», Lalande en su *Vocabulario (1953)* recurre en primer lugar a la definición de Claude Bernard en su *Introducción a la Medicina Experimental (1865)*: «El médico experimentador ejercerá sucesivamente su influencia sobre las enfermedades en cuanto conozca experimentalmente su exacto determinismo, es decir su causa próxima» (p.²⁹⁸).

En las *Cinco Conferencias sobre Psicoanálisis (1910)* Freud expresa: «Ya echan de ver ustedes que el psicoanalista se distingue por una creencia particularmente rigurosa en el determinismo de la vida anímica. Para él no hay

* Este trabajo ha sido publicado en el libro “Temporalidad, determinación, azar. Lo reversible y lo irreversible”. Silvia Bleichmar (comp.). Ed. Paidós, Buenos Aires, 1994. Agradecemos a Ed. Paidós la autorización para su reproducción.

** Miembro Titular APU. Santiago Vázquez 1140. CP 11300

en las exteriorizaciones psíquicas nada insignificante, nada caprichoso ni contingente: espera hallar una motivación suficiente aun donde no se suele plantear tal exigencia» (p. 33).

La creencia en el determinismo rígido y estricto de los hechos psíquicos ayudó a Freud a desarrollar un programa de investigación que pudo ser aplicado al campo de los síntomas, sueños, actos fallidos, y al conjunto de la vida psíquica en general.

Sin embargo la aplicación de este modelo no dejó de presentar dificultades.

En primer lugar las conexiones establecidas entre los fenómenos psíquicos deben justificar su validez, es decir, poseer suficiente «idoneidad para el determinismo» (1896, p.194) o «idoneidad determinadora» es decir, capacidad explicativa (p. 201) (veremos más adelante que este es el punto que discute A. Grünbaum).

Pero al mismo tiempo Freud percibió que las series causales son múltiples y no permiten una solución única, lo que le llevó a sostener la existencia del fenómeno de la sobredeterminación, es decir, «el efecto conjugado de varios factores» que hace que la representación que constituye el síntoma sea «evocada simultáneamente desde distintos lados» (ibid, p.2 14).

Consideremos este segundo aspecto. En cierto sentido esto puede no ser un problema. Podría decirse, con Klimovsky (1992) que si todos estos factores o cadenas causales son *concurrentes* y cada una hubiera producido de por sí el efecto, tanto mejor: «hay entonces más explicación que nunca». Pero el problema no es tan sencillo. En primer lugar, si la serie determinística se expande hasta el infinito, «pierde la capacidad de determinar un hecho singular por una serie particular, pasando entonces a una determinación de todo por todo». (Issaharoff, 1992). Pero además las distintas cadenas causales pueden

pertenecer a series independientes y esto hace que su efecto resulte azaroso. Una de las maneras de entender el azar es precisamente como el entrecruzamiento de series determinísticas alejadas entre sí: en esta perspectiva el azar se produce cuando el trayecto del caminante se cruza con el resultado del funcionamiento digestivo de la paloma en vuelo. Un modelo determinista no puede aceptar elementos externos al sistema considerado; requieren sistemas cerrados que contienen fenómenos de naturaleza homogénea. Mientras imaginemos un conflicto ambivalente que se da en un marco psíquico intrasistémico, podemos *suponer* que se puede resolver con un esquema determinista y hasta mecanicista inspirado en el modelo de la composición de fuerzas. Pero a medida que pasamos a sistemas más complejos, que abarcan el campo de la interrelación analista — paciente o relaciones intersistémicas complejas (psique—soma—mundo social) el uso de los modelos deterministas clásicos se vuelve problemático.

El psicoanalista se apoya en los datos de la clínica. Pero cuando entramos en el campo de la variabilidad estadística la generalización a partir de un caso único se vuelve insegura o imposible. Ya no podemos decir simplemente que el fenómeno A determina el fenómeno B, sino que debemos agregar que esto ocurre dentro de un cierto margen, grado o probabilidad. El pasaje a leyes estadísticas significa reconocer un área de incertidumbre respecto al tipo de determinismo de los fenómenos de base. Esta incertidumbre puede depender de la limitación de nuestros conocimientos o de que se trate de fenómenos para los que a determinado nivel puedan plantearse hipótesis no deterministas. Resulta útil, con todo, distinguir el concepto de probabilidad en tanto grado de confirmación o evidencia de una inferencia inductiva, de la probabilidad estadística, es decir del estudio de la frecuencia relativa de los fenómenos que sirve de base para realizar inferencias estadísticas. Volviendo a nuestro tema podemos decir que el psicoanálisis se mantuvo extremadamente al margen de las técnicas

estadísticas, lo que redujo su posibilidad de estudiar en grandes números las variaciones intra e interindividuales de los fenómenos observados en la clínica¹.

II.

Podemos agregar una tercera dificultad al determinismo planteado por Freud, propia del momento actual de nuestra disciplina, caracterizada por la multiplicidad de teorías psicoanalíticas. En la medida que estas teorías parten de supuestos y marcos conceptuales diferentes no es nada sencillo decir hasta dónde es posible en nombre de la sobredeterminación, adicionar las diversas explicaciones que cada una de ellas brinda frente a un mismo material clínico o si haciendo esto, estamos comprometiendo la coherencia de la explicación al intentar yuxtaponer teorías que carecen de la necesaria compatibilidad lógica y congruencia semántica. En el estado actual de nuestra disciplina es muy difícil decir hasta dónde distintas teorías psicoanalíticas son coincidentes, contradictorias, complementarias, o si conviene tratarlas como lenguajes diferentes que pueden contener sectores inconmensurables entre sí, en el sentido que Kuhn (1962) y Feyerabend (1970) dan a este término (Bernardi, 1989).

Si consideramos las grandes teorías desde esta perspectiva, podemos decir que el psicoanálisis actual debe ser considerado como una disciplina con múltiples paradigmas (creo que el considerar que está en un estadio preparadigmático es usar el concepto de Kuhn en un sentido injustificadamente restrictivo). Debe pues enfrentar los problemas y las posibilidades del pluralismo (Bernardi, 1992).

Esta situación de multiplicidad de teorías ha llevado a tomar conciencia de la poca fecundidad de un debate interteórico en el cual se parte de supuestos

¹ Está de más decir que esto no quiere decir que todos los fenómenos psicoanalíticos puedan ser estudiados estadísticamente ni que haya que reconocer a estos estudios una Superioridad a priori sobre otros métodos.

distintos que no siempre resultan explicitados. Al mismo tiempo han surgido nuevos temas que están por encima de la división tradicional en escuelas y que renuevan el perfil de las discusiones con las que nos encaminarnos al próximo siglo.

En primer lugar se ha puesto en el tapete la relación entre clínica psicoanalítica y metapsicología. Los grandes paradigmas tradicionales (freudiano, kleiniano, lacaniano, etc.) postulaban la coherencia entre los conceptos teóricos y la práctica clínica. Esta unidad aparecía expuesta en las publicaciones y en las discusiones habituales. Pero surgió la pregunta acerca de si este tipo de relación es el que se da realmente a nivel de la clínica. Segunda pregunta, en caso de que esta unidad no pueda seguirse sosteniendo ¿cuál el valor relativo de cada uno de ambos términos, clínica y metapsicología?

Mientras algunas corrientes, como la lacaniana, centran su producción científica en desarrollos teóricos con muy escasa referencia directa a la clínica, para otras el cuestionamiento se dirigió a la validez y utilidad de la metapsicología. Autores como G. Klein y R. Wallerstein creen que el futuro del psicoanálisis pasa por la construcción de una teoría clínica unitaria, que se apoye en aquellos conceptos suficientemente próximos a la experiencia como para lograr validez consensual. La metapsicología adquiere entonces un valor secundario en la medida en que es sólo expresión de las metáforas preferidas por cada autor, o como una de las narrativas posibles, aunque desventajosa por lo alejada del nivel de la experiencia personal (R. Schafer).

Este debate en torno a la vigencia de la metapsicología y de cuál —y por qué— aun no se ha dado con toda su fuerza en nuestro medio rioplatense, pero la posición adoptada incidirá en la concepción que se tome frente al determinismo psíquico.

En lo que sigue trataré de mantenerme cerca del nivel clínico, en el entendido que sin esta proximidad podemos manejar problemas y soluciones puramente

verbales alejadas de la base de sustentación del psicoanálisis.

IV.

El otro tema que subyace a las discusiones actuales y que condiciona el planteo sobre el determinismo es el de la relación del psicoanálisis con la hermenéutica y con la ciencia empírica.

Una serie de filósofos (Habermas, Gadamer, Ricoeur, etc.) y analistas (Schafer, etc.) han optado decididamente por colocar al psicoanálisis dentro de las disciplinas hermenéuticas, señalando que Freud fue víctima de un malentendido científicista que hizo que intentara dar a sus descubrimientos el carácter de leyes de la naturaleza, confundiendo de esa manera los motivos inconscientes con las causas naturales. Estas proposiciones han dado lugar a una polémica con enfrentamientos frontales, por un lado con quienes creen que el psicoanálisis es y ha sido siempre una ciencia natural, pero también con quienes sostienen que aún no lo es plenamente, por no cumplir adecuadamente con los requisitos de las disciplinas científicas, Estaría pendiente aún el desarrollo de metodologías que le permitan poner a prueba sus hipótesis clínicas en un contexto más riguroso.

Recapitulando, podemos decir que el problema de los *modelos* deterministas o probabilistas se plantea en un momento en que el psicoanálisis se ve enfrentado a una situación de pluralismo teórico, y discute su camino de avance entre propuestas divergentes: el reforzar los conceptos de la metapsicología o el aligerar bodegas, conservando sólo las bases imprescindibles para desarrollar una teoría clínica. La construcción del lenguaje teórico está también tironeada en direcciones opuestas, entre una solución hermenéutica ajena al problema de las determinaciones causales, o una búsqueda de procedimientos rigurosos que cumplan los requerimientos del método científico para establecer las conexiones entre los fenómenos.

V.

Si consideramos ahora el pensamiento filosófico y científico vemos que también en él en lo que va del siglo se fue modificando la concepción del determinismo clásico. Quisiera referirme a algunos aspectos de estos desarrollos, que, desde mi lugar de psicoanalista, me han resultado útiles para reflexionar sobre mi disciplina.

El ideal del determinismo clásico estaba expresado en la figura del genio o demonio de Laplace. El supuesto era que una inteligencia suficientemente potente, un diablillo que razonara como un físico pero dispusiera del conocimiento de todas las leyes y ecuaciones necesarias, podría calcular todos los estados anteriores o futuros del universo a partir de su estado en un momento dado. Conociendo leyes y datos iniciales, sería posible predecir los estados futuros del universo o retrodecir los pasados.

La hipótesis determinista sufrió duros embates en las primeras décadas del siglo, no sólo por la atmósfera irracionalista en boga en esos años, sino como necesidad interna de nuevos modelos planteada por el desarrollo de la mecánica cuántica.

El cuestionamiento del determinismo tuvo y tiene distinto alcance según los autores. Para algunos la dificultad es de naturaleza gnoseológica, y se refiere a la imposibilidad de lograr un conocimiento suficiente de los datos iniciales, sea por la limitación de nuestro entendimiento, sea por la perturbación introducida por los procedimientos de medida. Pero aunque no haya forma de disponer de la información infinita necesaria para calcular el comportamiento de los datos una vez arrojados, esto podría no impedir que profundamente la Naturaleza se

atuviera a leyes deterministas. «Dios no juega a los dados», decía Einstein. Sin embargo para otros autores el indeterminismo pertenece a la realidad misma, es decir, es de carácter ontológico lo que hace que el azar no sea un producto de nuestra ignorancia sino un derecho intrínseco de la naturaleza ²

Por su parte ya desde el siglo XIX la termodinámica había comenzado a plantear problemas que escapaban al universo de fenómenos reversibles estudiado por Laplace y Newton. Prigogine (1990) señala que el conocimiento de los procesos irreversibles obligó a dejar de lado el determinismo clásico en favor de una dialéctica compleja entre el azar y la necesidad, y llevó «a la distinción entre regiones de inestabilidad, y regiones estables entre bifurcaciones, donde prevalecen las leyes deterministas. El orden por las fluctuaciones rechaza el Universo estático de la dinámica en favor de un mundo abierto en el cual la actividad crea la novedad, la evolución es innovación, creación y destrucción, nacimiento y muerte». (p. 227).

La situación paradigmática ya no es la del péndulo que vuelve a su punto de partida, sino que el interés se vuelve hacia el péndulo rígido invertido, enfrentado a una bifurcación en la cual magnitudes mínimas decidirán su caída en una u otra dirección. A estas bifurcaciones, expresión de inestabilidades dinámicas, se asocian los fenómenos de innovación. El interés teórico se desplaza así a los fenómenos del caos, los atractores extraños, las matemáticas fractales, los caminos que conducen a lo improbable, lo complejo, lo diverso, lo

² El determinismo laplaciano, según el cual ‘si conociéramos el presente, podríamos conocer el futuro’, es falso. Y no porque sea falsa la consecuencia de este silogismo condicional, sino porque es falsa la premisa: no podemos conocer el presente con la precisión que exige la mentalidad mecanicista, ya que las condiciones iniciales son magnitudes canónico-conjugadas cuyos errores están cuánticamente limitados por las relaciones de imprecisión. En este mismo contexto, se pregunta Heisenberg si tal indeterminismo es gnoseológico u óptico y responde sensatamente que de nada servirá un determinismo óptico radicalmente indetectable por las experiencias posibles. A partir de estas reflexiones claramente filosóficas de Heisenberg se elabora la visión indeterminista que en el mismo año 1927 es presentada en el congreso de Cuomo por Niels Bohr y en el congreso de Solvay por Heisenberg y Born, y que constituirá el núcleo de la llamada interpretación de Copenhague (...) Esta introducción del indeterminismo por parte de Born, Heisenberg y Bohr no proviene de no

asimétrico, la autoorganización, lo nuevo.

Una tabla presentada por R. Thom en un coloquio dedicado al tema del azar (Wagensberg, op. cit.) muestra los cambios de preferencias temáticas entre la corriente epistemológica clásica y la actual:

Parménides	Heráclito
Unidad	Multiplicidad
Simplicidad	Complejidad
Orden	Desorden
Determinismo	Azar
Permanencia	Cambio

Como señala Prigogine, «Lo que ocurre actualmente es que el espíritu de la ciencia se está acercando al de la biología, incluso al de las empresas humanas (incluidas las artísticas)» (1990, p.191.)

El desafío incluye la búsqueda de actitudes y metodologías que permitan superar las antinomias. A estos fines resulta útil la postura probabilista, como una hija pragmática de la posición determinista, que ya ha alcanzado su emancipación (Pons, en Wagensberg, op. cit., p.96); la sustitución de dinámicas deterministas por dinámicas estadísticas (Ludwig, ibid.,p47); la búsqueda de estructuras cualitativas flexibles (R. Thom, ibid. p.73); el desarrollo de un pensamiento no lineal (Prigogine, ibid, p.196).

Se trata, pues, de encontrar los modelos más adecuados a los elementos en estudio: no probabilistas (deterministas) o probabilistas (indeterministas o estocásticos). Pero a su vez estos distintos elementos —sean o no deterministas— pueden formar agregados estadísticos. «En cualquier caso una

sé qué mentalidad inclinada a lo caótico, sino de que no saben explicar los fenómenos cuánticos de otra manera.” (M. García Doncel en Wagensberg, 1986, p.88-89).

explicación estadística consiste en mostrar cómo se producen regularidades colectivas a partir del comportamiento individual según leyes a un nivel diferente, ya sean determinísticas o estocásticas las estructuras de ese comportamiento individual (Bunge, 1969, p.594).

Frente a la posibilidad de distintos modelos el desafío consiste en poder crearlos a la medida de la complejidad de los fenómenos, sin necesidad de reducir estos previamente a la simplicidad. «¿Cómo podemos sin ellas [las matemáticas] concebir la extraña idea de una predicción de la imprevisibilidad? El rigor de las matemáticas no esclaviza al pensamiento, sino que le proporciona la audacia que alimenta y vuelve a plantear sin cesar las preguntas que nosotros formulamos a la naturaleza» Prigogine, 1990, p.344).

VI.

Luego de esta doble recorrida por algunos de los problemas del psicoanálisis y de la ciencia actual, quisiera volver a los temas del determinismo y de la probabilidad partiendo del tipo de inteligibilidad que procura el pensamiento clínico del psicoanalista.

Comenzando por lo más evidente, podemos decir, volviendo a lo que estaba implícito en las citas de C. Bernard y Freud mencionadas al comienzo, que todo analista en tanto clínico, no puede dejar de formularse una triple pregunta: ¿qué le ocurre al paciente? ¿a qué se debe eso que le ocurre? y ¿cómo se mejora? Es posible que estas preguntas pudieran ser reformuladas con matices un poco distintos según la orientación teórica del analista, pero eso no hace a lo esencial de la cuestión. Quisiera centrarme en la segunda de estas preguntas, es decir en cómo nos manejamos con la pregunta acerca de a qué se debe lo que le pasa al paciente.

R. Thorn, ante el cuestionamiento radical de la idea de causalidad,

aconsejaba recurrir como nivel mínimo, al sentido del término «causa» en el lenguaje común (ibid, p. 71). Podemos partir de este punto en la clínica, para dejar que vayan apareciendo las complejidades.

La respuesta clásica al problema de la causalidad de los fenómenos psicopatológicos se basa en la concepción freudiana de las series complementarias, que combina distintos órdenes de factores. Las características constitucionales se unen con las experiencias tempranas y el resultado de este «determinismo vital» (Freud, 1910, p.127), sumado a las vivencias accidentales de la vida adulta, da origen a los trastornos neuróticos. Este esquema explicativo supone una sucesión temporal en cuyo seno es posible descubrir las cadenas causales. Para establecerlas Freud procede de acuerdo a criterios de validación científica que en líneas generales pueden considerarse comparables con los del método hipotético —deductivo o con los de un inductivismo cuasi— estadístico. (Grunbaum, 1994, p.20).

El ideal está puesto en encontrar *las* leyes generales teóricas que permitan explicar los hechos psíquicos de acuerdo al modelo nomológico— deductivo: por ej.: dadas las leyes que rigen el desencadenamiento de la angustia, y conociendo las circunstancias concretas de la relación interna del Hombre de los Lobos con su padre, podemos entonces explicar causalmente el surgimiento de su angustia ante la imagen del lobo a los *cuatro años*.

Este ideal de explicación científico se encontró con serias dificultades. Más arriba mencioné aquellas que surgen de la pluralidad de las series causales. Quisiera ahora analizar con más detalle los problemas que implica la construcción de estas series causales.

Comencemos por el modo de concebir la sucesión temporal de los fenómenos psíquicos. Es posible señalar al menos cuatro formas de entender la relación temporal:

- en la primera de ellas un hecho psíquico es capaz de permanecer inalterado a través del tiempo, produciendo sus efectos a distancia. Como las sombras del Hades en la Odisea, decía Freud, basta que algo realmente las huellas mnémicas para que vuelvan a hablar. Esto es fácil de comprobar en la experiencia clínica: un duelo puede permanecer en un presente interminable, que, ante determinadas circunstancias vuelve a actualizarse como si el tiempo no hubiera transcurrido
- un segundo modelo es el del «nachträglich» o «*a posteriori*» freudiano: el coito de los padres observado por el Hombre de los Lobos a la edad de un año y medio pasa a producir efectos cuando el desarrollo psicosexual de los cuatro años permite que adquiera una nueva significación. Nueva eficacia y nuevo significado: en este caso el hecho psíquico no permanece inalterado sino que algo que solo posee un sentido potencial es reformulado en base a un nuevo contexto.
- en tercer lugar tenemos la experiencia del «Zurückphantasieren» o «fantaseo retrospectivo» que conduce los datos «desde incitaciones posteriores hacia la infancia», sexualizando a esta última. Este elemento dificulta la reconstrucción verídica del pasado: «ninguna duda me ha reclamado más ni otra incertidumbre me hizo abstenerme tan decididamente de ciertas publicaciones» (Freud, 1918, p.94, n.15).
- por último podemos mencionar el énfasis puesto por Lacan en una concepción que, inspirada en el estructuralismo, presta más atención a los tiempos lógicos que a la historia natural del desarrollo.
«Lo que se realiza en mi historia... **Iles**] el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser... (p.1 17).» El «habré sido» produce un telescopaje de los tiempos que se acompaña de una modificación de la noción de causalidad. Pero la ausencia en esta teoría de referentes clínicos suficientemente detallados me indina a no desarrollarla aquí, dado el

abordaje que he seguido en esta presentación.

Estos distintos modelos de temporalidad han llevado a una polémica acerca de si la interpretación descubre o crea el pasado del que habla. Esta es sin duda un problema común con otras disciplinas que se ocupan de la historia. Para la posición hermenéutica (Schaffer, Spence, Viderman) no tenemos hechos sino relatos: el trabajo del analista es hacerlos coherentes y compatibles con la vida del paciente. Dado que las explicaciones psicoanalíticas no se basan en causas sino de motivos inconscientes, no es necesario un lenguaje hecho de entidades metapsicológicas sino realizado en términos de un relato personal. El psicoanálisis ofrece un significado que no excluye otros: siempre hay múltiples posibles interpretaciones de la conducta humana.

En esta propuesta importan las leyes que guían la construcción del relato. ¿Cuál es la naturaleza de las leyes que guían su construcción?

F. Andacht y D. Gil (1994) proponen conservar el concepto de determinación, rechazando tanto los del determinismo como los de creación absoluta (en el sentido del «imaginario radical» de Castoriadis). Para ello se basan en la noción de una semiosis ilimitada tomada de Peirce. La interpretación se vuelve así inagotable y el número de interpretaciones indeterminado (p.²³). Podemos — dicen desentrañar los mecanismos del sueño, «pero no podemos a priori determinar cómo va a ser un sueño en particular». «Un sueño es una creación, en donde no es predecible cuál será su resultado, lo que no quiere decir que no esté determinado y que por lo tanto no sea interpretable». Comentando un recuerdo encubridor de Freud (el de las flores amarillas) dicen que en él, «lo tético no es el querer triunfar en la ciencia o dejar de lado el cómodo arreglo matrimonial sugerido por los padres» sino que «este movimiento designa más allá de la conciencia o la voluntad humana un designio del discurso que se cumple más allá del hombre... «Concluyen: «la semiosis vendría a suplir lo que el ser supremo, en la tradición aristotélica, no es capaz de conocer ni hacer...».

El proceso de semiósis o producción de sentido involucra, junto al signo y a su objeto, al interpretante; pero éste es un sujeto lógico: inútil buscar en él a lo mental o al sujeto empírico (Andacht & Gil, 1993). En esta concepción quedan valorizados los fenómenos propios del discurso —sus cortes, interrupciones o desgarros, sus efectos de sorpresa pero ¿cómo ir más allá y distinguir las determinaciones propias del campo de la semiótica de aquellas determinaciones inconscientes que permiten al clínico responder a sus preguntas sobre la etiología y la terapéutica?

La solución puede buscarse por el lado de poner el acento en la realidad psíquica. El insight no puede considerarse como un proceso esencialmente verbal; su naturaleza es primariamente ostensiva: señala un acontecer psíquico del cual el paciente tiene una experiencia emocional directa, y que luego será traducido en palabras (Ahumada, 1991). T. Bedó (1988) y J. Melsohn (1989) han también llamado la atención en forma similar sobre la particular naturaleza de la toma de conciencia en el proceso analítico. Algo comparable ocurre en el analista quien tiene la tarea de dar expresión verbal a procesos contratransferenciales que son vividos en distintos registros sensoriales (de León, 1993). Pero tampoco resulta fácil encontrar una solución completa poniendo el peso del lado de la realidad psíquica. Una ilusión tenaz es la de pensar que estos procesos que se dan en analista y paciente sólo tienen una única forma de traducción en palabras. La comparación de las variaciones interindividuales en la escucha e interpretación de un material muestra hasta qué punto esta traducción es problemática e introduce un factor de incertidumbre en la teoría analítica.

Así como el físico no puede aspirar a operar con magnitudes infinitamente exactas, con mucha mayor razón nosotros debemos abrir un interrogante sobre el grado de aleatoriedad en la relación entre los sucesos psíquicos y las representaciones preconscientes a las que accedemos en el proceso analítico

tanto desde el lado del paciente como del analista.

En su teoría de la seducción generalizada Laplanche (1991) añade un nuevo elemento de incertidumbre acerca de las traducciones verbales de los procesos relacionados con el deseo y la represión. Comentando la fantasía de «pegan a un niño» señala que el niño que contempla que el padre castiga a su hermano traduce ese mensaje enigmático, mensaje comprometido por múltiples resurgencias inconscientes, de acuerdo a los medios a su alcance (p. ej.: mi padre no lo ama a él, me ama a mí). «Pero lo que es dejado caer en esta traducción es el aspecto oscuro del mensaje, según el cual se ama, sexualmente hablando, pegando y violentando» (p.1312). Esto lleva a Laplanche a preguntarse: «Entre determinismo y hermenéutica ¿qué aporta la noción de mensaje enigmático y la correlativa de traducción?» Y contesta: «Con la noción *deenz~ma* aparece una ruptura *del* determinismo: (...) se encuentra descalificada toda causalidad lineal entre el inconsciente y el discurso parental, de una parte y lo que de él hace el niño por otra parte». Y agrega que todas las fórmulas lacanianas del tipo del inconsciente como el discurso del otro o del niño como síntoma de los padres, desconocen esta ruptura, que es comparable a la descomposición y recomposición producida por el metabolismo (p.13 13)³. Lo que el psicoanálisis reconstruye puede decirse que es «un cierto proceso incluyendo el mensaje, la tentativa de traducción del mensaje y lo que ha sido dejado caer por esa traducción: es esencialmente la reconstrucción de una defensa o de una represión» (p.113 16).

No alcanza, pues, con estudiar el proceso de traducción o de semiosis en sí

³ Sobre este punto es necesario recordar la concepción desarrollada por J. Puget e I. Berenstein (1988) sobre la heterogeneidad de espacios psíquicos que suponen los fenómenos intra, inter y trans-subjetivos. Esta heterogeneidad es fuente de complejidad tanto como de innovación. Podemos al respecto recordar la afirmación de Prigogine: “Debemos empezar a pensar en una forma no lineal, debemos comprender que el mundo es mucho más rico que cualquiera de las posibilidades en las que nos ha tocado vivir. El psicoanálisis es un ejemplo claro. La visión clásica es que el psicoanálisis nos revela por qué actuamos de una manera y no de otra. Hoy se tiende a una terapia del grupo y de la familia. Es decir, la tendencia actual es a ir juntos al psicoanalista para que éste descubra las singularidades y no linealidades del grupo que afectan a uno de sus miembros” (1986, p. 196).

mismo, sino que debe incluirse *un* factor de otro orden, el papel disruptivo introducido por la represión, es decir los efectos de la causalidad inconsciente.

Ricoeur, hermeneuta sutil en sus análisis, no pasó por alto esta situación de «discurso mixto» (1970, pág. 84): la obra freudiana obliga a «*componer* entre sí dos universos del discurso: el discurso del sentido y el de la fuerza. Afirmar que el sueño es la realización de un deseo *reprimido* supone conjugar dos conceptos que pertenecen a mundos diferentes: la realización o cumplimiento (Erfüllung) pertenece al discurso del sentido (como lo atestigua su parentesco con Husserl) y la represión (Verdrängung) pertenece al discurso de la fuerza...» (pág 82).

Pero aunque Ricoeur postula una coincidencia de fuerza y sentido, queda abierta la duda acerca de si esto es necesariamente así y si la clínica, a la que le son más fácilmente asequibles las conexiones de sentido, puede aspirar a reconstruir cabalmente las conexiones que implican relaciones de fuerza, cuya intelección en términos de sentido es problemática y opaca. Esta es la brecha por la cual, en mi opinión, se introduce la crítica de A. Grünbaum, re tomando observaciones que creo que en cierto sentido ya habían sido anticipadas por Wittgenstein— y que merece ser atendida cuidadosamente.

Grünbaum, epistemólogo americano de origen alemán, en dos monografías de amplia repercusión (1984,1993) se propone examinarlos fundamentos y la validez del psicoanálisis, no a partir de sus formulaciones metapsicológicas, sino a partir de su base clínica, estudiando la naturaleza de los datos e inferencias que fundamentan sus hipótesis. De su estudio lo que nos interesa aquí es lo relacionado esencialmente con el problema de la causalidad psíquica.

El interés de Grünbaum es el de demostrar que K. Popper para defender su método hipotético — deductivo debió hacer una caricatura del inductivismo para lo cual se apoyó en un diagnóstico equivocado e incoherente del *psicoanálisis* (1993, p. 63 y 67). No es cierto que las hipótesis del psicoanálisis no sean refutables como sostenía Popper (Freud mismo se encargó de señalar situaciones que le obligaron a modificar su teoría).

El problema, para Grünbaum, está en que el psicoanálisis no fundamenta adecuadamente sus hipótesis. Freud percibió con toda claridad que si el psicoanálisis aspiraba a ser una terapéutica de base racional debía apoyar su práctica en un cuerpo teórico que ofreciera hipótesis explicativas bien fundadas sobre los factores etiológicos y sobre los mecanismos terapéuticos. Si no lograba fundamentar estas hipótesis, aunque obtuviera éxitos terapéuticos, no podría aspirar a considerarlos otra cosa que efectos placebo, es decir, resultados atribuibles a cualquier factor inespecífico, pero no a aquellos caracterizados por la teoría.

Para Grünbaum el psicoanálisis aún debe levantar una hipoteca pendiente sobre sus hipótesis etiológicas y terapéuticas. Dos puntos son esencialmente problemáticos: la falta de confiabilidad de los datos clínicos y la insuficiencia del método clínico basado en el estudio de casos individuales para fundamentar inferencias causales que requieren otro tipo de validación. Los historiales clínicos plantean la dificultad de hasta dónde es legítimo pasar de las conexiones de significado o temáticas, que son las que se encuentran en la clínica, a las conexiones causales requeridas por las hipótesis etiológicas y terapéuticas. Un sueño o un síntoma pueden dar origen a múltiples asociaciones. ¿Podemos llegar a saber cuáles son las que estuvieron en su origen?

Wittgenstein (1976) ya había hecho en 1946 la observación de que la asociación libre podía desencadenarse con características similares tanto a partir de un sueño propio como a partir de cualquier otro elemento ajeno. ¿Qué autoriza a postular que los deseos encontrados son los que produjeron el sueño? Comenta: «Uno puede llegar a descubrir ciertas cosas acerca de uno mismo mediante esta clase de asociación libre, pero ello no explica por qué ocurrió el sueño»(p.127).

Grünbaum argumenta de modo similar. La teoría freudiana exige no sólo que las asociaciones del sueño se vinculen a la vida del soñante o a la situación transferencial sino que deben remontar en un sentido inverso el proceso

temporal que dio origen al sueño (ibid., p.358). Pero esta hipótesis no está suficientemente fundamentada. «Aún cuando la afinidad temática sea verdaderamente muy alta, no autoriza la inferencia de un vínculo causal entre los eventos temáticamente emparentados» (p.129).

Un poco a regañadientes Grünbaum admite que estudios clínicos más sofisticados, como los realizados por L. Luborsky, puedan llegar a validar ciertas hipótesis psicoanalíticas. Pero cree que, aunque se logren datos confiables e inferencias legítimas en ciertos sectores, el grueso de la evidencia clínica debe ser confirmada por estudios extraclínicos de tipo epidemiológico o experimental, incluyendo investigaciones de tipo prospectivo, que cumplan con las exigencias lógicas que requiere la inferencia causal ⁴.

Creo que el cuestionamiento de Grünbaum encierra dos problemas distintos: tiene razón al señalar la necesidad de que ciertas hipótesis etiológicas o terapéuticas se sometan a estudios de tipo empírico, pero desconoce la necesidad de que otros sectores de la clínica psicoanalítica puedan conservar libre su campo de acción allí donde los procedimientos empíricos resultan demasiado toscos para aportar resultados de interés. La clínica no tiene como única función la de formular hipótesis etiológicas; tampoco se guía en forma directa por ellas, sino que también incluye datos cualitativos de gran valor. El campo de interacción emocional creado constituye un tipo de realidad muy significativa que constituye un campo a bordar desde diferentes perspectivas, no sólo desde las señaladas por Grünbaum. Pero incluso respecto a las hipótesis etiológicas debe tenerse en cuenta que el mantenimiento y crecimiento de la tradición clínica es necesario porque aún cuando sus conceptos se prueben

⁴ Grünbaum reclama que el psicoanálisis al igual que cualquier otra disciplina, cumpla, dentro de su campo, con las exigencias planteadas por Francis Bacon y John Stuart Mill para las inferencias causales. La condición necesaria para atribuir relevancia causal a un factor X en la ocurrencia de una propiedad Y en una clase C, es la siguiente: X divide la clase C en dos subclases: X's y no-X's, de tal modo que la probabilidad de Y en las dos subclases respectivas sea diferente. La moderna *versión* estadística del método de J. Stuart Mill permite poner de manifiesto si la presencia de X determina o no una diferencia para que ocurra Y (ibid. p. 163). Agregaré por mi parte que esto es lo que se toma en cuenta hoy día en cualquier estudio de riesgo, y que nada obsta para que estos estudios incluyan hipótesis inspiradas en la teoría psicoanalítica, como señalaré más adelante.

erróneos, constituye el soporte para ulteriores avances, como lo prueba la historia de la medicina.

Pero defender una relativa autonomía para la clínica no significa que debamos tomar por buenas automáticamente sus hipótesis. Como dije más arriba, si queremos mantenernos a la búsqueda de esa particular conjunción de fuerza y sentido de la que habla Ricoeur, tenemos que admitir que en la captación del hecho psicoanalítico no sólo los métodos empíricos resultan toscos, sino que también lo son buena parte de nuestras conceptualizaciones verbales. Nuestro telescopio o nuestra cámara de Wilson es la mente del analista y las representaciones del proceso analítico a las que accede siempre es defectuosa o limitada en relación al proceso mismo.

VII.

Tal vez uno de los factores que estimuló la proliferación de múltiples teorías en psicoanálisis fue el intento de traducir los datos de la clínica a un lenguaje teórico único, es decir la construcción de sistemas globales en vez de modelos limitados y parciales. Por eso creo útil insistir en que la ciencia actual insta a operar con teorías bien delimitadas y con múltiples aproximaciones metodológicas, tolerando estados transitorios o duraderos de no integración entre sectores de la disciplina. Así ocurrió entre la gravitación y la termodinámica, o entre las teorías ondulatorias y corpusculares, etc. Inútil pedir a la epistemología certeza sobre el camino a seguir: ella es mucho más útil para examinar críticamente los avances ya realizados que para prescribir la forma de lograrlos.

Tampoco parece útil excluir a priori ciertas direcciones posibles de la investigación. Hornstein (1992) señala que comprender una historia es comprender coherencias y acontecimientos más que apostar a regularidades

subyacentes o a un caos de acontecimientos arbitrarios. Coincido en lo primero, pero quisiera dejar abierta la posibilidad de que también podamos encontrar lo segundo, o dicho en términos más generales, que consideremos la posibilidad de que, recurriendo a múltiples metodologías podamos descubrir nuevos fenómenos de muy diferente naturaleza.

Propongo explorar la posibilidad de continuar ensayando hipótesis determinísticas allí donde parezcan ser la mejor traducción teórica de los fenómenos clínicos, pero recurrir también tanto al lenguaje hermenéutico o metafórico como a los estudios empíricos experimentales o estadísticos en los campos donde resulten más promisorios. Y que renunciemos a decidir a priori sobre su valor, dejando en cambio que la experiencia decida cuál es el camino más fecundo. Pero en realidad debo reconocer que lo que estoy proponiendo no es otra cosa que lo que ya está ocurriendo en nuestra disciplina, abierta cada vez más a abordajes desde múltiples perspectivas.

Quisiera concluir esta presentación mostrando lo expresado en un ejemplo concreto.

Tomaré como tema los efectos de la depresión materna en el psiquismo del hijo y me basaré fundamentalmente en el trabajo de A. Green (1983) titulado «La madre muerta».

Green describe una configuración clínica peculiar. En lo sintomático, se encuentra un cuadro poco específico: una neurosis de carácter con aspectos narcisísticos marcados. Pero una vez comenzado el análisis se revela en la transferencia la existencia de un complejo al que Green denomina de la «madre muerta». Estos pacientes, más que estar deprimidos por la pérdida de un objeto determinado, presentifican en la transferencia una depresión «que tiene lugar en presencia del objeto, él mismo absorbido por un duelo» (p.229).

En el centro de este complejo Green describe la imago de una madre muerta, que constituye un núcleo frío alrededor del cual se organizan distintas defensas, pero en cuyo interior predominan procesos de desinvestidura, identificaciones

vacías y una vivencia de pérdida de sentido, configurando un «duelo blanco».

Lo que está en el origen del cuadro es una depresión materna ocurrida durante la infancia del sujeto, que hizo que, aunque ella estuviera viva, muriera psíquicamente a los ojos de su hijo, afectado por la catástrofe que significó la pérdida súbita de su amor. Estos efectos son diferentes a los observables en otros tipos de pérdida o separación de la madre. Hacen también aconsejable una técnica particular, en la que el analista, siempre vital y atento a su paciente, debe lograr que éste se sienta investido narcisísticamente y pueda disponer de las asociaciones de su analista, sin que éste pierda su neutralidad ni lo invada.

En lo expuesto encontramos respuesta a las tres preguntas —diagnóstica, etiológica y terapéutica— que habíamos señalado que eran propias de todo clínico. Quisiera ahora atender a algunos aspectos de las inferencias, modelos y lenguajes empleados en el trabajo de Green, en la medida en que pueden servir para ilustrar los problemas epistemológicos que nos ocupan. Para ello tendré que sacrificar muchos otros aspectos que también merecerían la atención.

Es posible señalar tres tipos de lenguajes utilizados por Green:

- un lenguaje básicamente metapsicológico: «La primera y la más importante [de una serie de defensas del Yo] será un movimiento único con dos vertientes: la desinvestidura del objeto maternal, y la identificación inconsciente de la madre muerta.» (p.213l).
- un lenguaje metafórico o analógico que le permite a Green describir lo singular de la configuración clínica utilizando recursos cuasi-artísticos: «El paciente pasa su vida en alimentar a su muerto, como si fuera el único a cargo de él. Guardián de la tumba, único poseedor de la llave del panteón, cumple su función de padre nutricio en secreto. Tiene a su madre muerta prisionera, que como su bien propio» (p. 244/).

Un tercer nivel corresponde al lenguaje común: «La madre, por una razón o

por otra se ha deprimido... En todos los casos la tristeza de la madre y la disminución del interés por el hijo están en primer plano» (p. 229-230).

La distinción entre estas tres formas de lenguaje permite precisar los problemas a los que nos enfrentamos.

El lenguaje metapsicológico implica el uso de términos de nivel más alto que poseen un poder explicativo frente a los términos descriptivos o fenomenológicos. Los conceptos metapsicológicos (desinvestidura, identificación, etc.) pueden ser utilizados en explicaciones causales en relación a los hallazgos clínicos (rasgos caracterológicos, etc.). Puede considerarse que algunas de estas explicaciones implican relaciones determinísticas de alcance universal: p. ej., las que se refieren al Edipo. Green señala que aunque se trate de un Edipo negativo, es siempre el padre el que juega el papel de castrador (p. 225). Las mismas consideraciones se podrían hacer sobre las condiciones que conducen desde el Edipo hacia la regresión a la analidad (p.238); etc. Es necesario decir que en todos estos casos Green se propone describir funciones estructurales basadas en una concepción del orden psíquico programado por las fantasías originarias (p.225).

Pero si ahora tomamos en cuenta el lenguaje metafórico, puede verse que este incluye los elementos de distinto nivel de abstracción en una trama ~ única que los sitúa en el mismo nivel. Lo que cuenta es el contenido dramático concreto de la descripción y los efectos de sentido que se generan. Incluso los conceptos teóricos parecen personalizarse: la imago materna adquiere una «vitalidad nueva» (p. 239), etc. En este tipo de lenguaje las descripciones deterministas son sólo una apariencia, porque no estamos sino en presencia de las conexiones sintácticas y semánticas del lenguaje que le permiten asegurar su coherencia y desplegar su poder creador. Estamos en el campo de la hermenéutica. Este lenguaje debe esforzarse por reflejar los fenómenos de creación de sentido que se dan en la sesión, lo que probablemente lo aproxime a los problemas del

artista.

¿Cómo se articulan estos dos lenguajes? Green utiliza ambos, uniendo descripción y explicación para hacer psicoanalíticamente inteligible la configuración clínica que está presentando. Podría decirse que en la guerra y en el amor todo vale, y el descubrimiento del inconsciente tiene algo de ambos. Sin embargo y aclarando que en lo que sigue me apartaré de Green— quisiera desolidarizar estos diversos lenguajes y explorar las posibilidades que abre cada uno de ellos por separado.

Si nos situamos en el momento de la sesión analítica, el lenguaje natural deja paso al metafórico en la medida en que es necesario hacer de puente entre los procesos inconscientes del paciente y las representaciones del analista. Son momentos de primarización de los procesos mentales del analista, en los que el pensamiento sufre una regresión formal que cumple una función de enlace para captar los contenidos inconscientes del paciente. Alterna con los momentos en los que prima el proceso secundario.

Pero el hecho de que durante la sesión el analista deba dejar de lado todo lo que pueda alejarlo del trabajo analítico, no quiere decir que la sesión misma, o más bien su registro, no pueda ser una vez terminada, como proponía Liberman, ella misma objeto de investigación por medio de diferentes técnicas y modelos. Estos van desde el trabajo artesanal del analista que estudia su contratransferencia cotejando el registro escrito de la sesión con el registro magnetofónico (A. Escribens), hasta los estudios sofisticados que hace posible el Banco de Textos de Ulm.

El camino que va desde la descripción clínica a la teoría es el punto más problemático. Hemos visto la posición de Green, pero, como señalamos más arriba, caben al respecto múltiples opciones, que van del énfasis en la teoría clínica al énfasis en la metapsicología y de la hermenéutica a la ciencia empírica o a una tecnología hermenéutica y tal vez lo más fecundo sea recorrerlas todas.

Pero, del mismo modo que en el caso anterior, las teorías que utiliza el

analista, pueden ser ellas misma objeto de investigación. Esta investigación puede dirigirse a diferentes aspectos: la relación entre las teorías oficiales y las personales, los procesos preconscientes durante la sesión, etc. Los factores que llevan a la elección o al cambio de teoría pueden ser investigados tanto en sus aspectos sociológicos o históricos, como por vía del autoanálisis buscando el significado inconsciente de las teorías y de las figuras que las representan (Bernardi & de León, 1992). Señalo estos diferentes campos, porque si tomamos al analista y su ecuación personal (Bernardi, 199) como parte del hecho psicoanalítico, es necesario admitir que su determinación es multifactorial y las interrelaciones extremadamente complejas.

En tercer lugares necesario volver a un aspecto que había dejado de lado hasta ahora: las hipótesis etiológicas y terapéuticas aportadas por Green. Como señala este autor (p. 249) el número limitado de casos que trata cada analista obliga a tomar en cuenta dónde coincide y dónde no con la experiencia de otros colegas. Ahora bien, nada impide que, a partir de las variables clínicas establecidas por Green —depresión materna y complejo de la madre muerta— sea en principio factible un estudio de riesgo que evalúe el peso de la asociación entre ambos factores y el incremento de riesgo atribuible al factor en estudio⁵. Del mismo modo puede ayudar a identificar factores de protección (intrapsíquicos o familiares) que expliquen las formas rudimentarias del complejo a las que alude Oreen (p. 249).

De modo similar las recomendaciones técnicas propuestas por Oreen pueden

⁵ Este estudio cumpliría con las exigencias metodológicas planteadas por Grünbaum que figuran en la nota 3. La clase C de pacientes puede dividirse en X's y no-X' según hayan o no estado expuestos al factor de riesgo (depresión materna) y comprobar entonces la ocurrencia o no de la propiedad Y, o sea, la presencia del complejo de la madre muerta. Por supuesto, el estudio permitiría realizar inferencias causales con mayor validez si fuera de tipo prospectivo y con un muestreo poblacional. Un estudio en curso en nuestro medio (Bernardi et al.) mostró que en sectores pobres la depresión materna asocia en forma estadísticamente significativa con el retraso en el desarrollo psicomotor de los hijos (específicamente con dificultades en la simbolización verbal y práctica), aumentando a casi el doble el riesgo de aparición del retraso (O.R. de 1.94 con un intervalo de confianza de 1.08 - 2.58). Pero la exactitud de las cifras no debe hacer perder de vista que siempre quedan relativizadas por las dificultades relacionadas tanto con el diseño del estudio como con la interpretación de los resultados.

ser objeto de investigación empírica y entran dentro del campo de los estudios proceso — resultados, que no hacen sino comprobar con métodos un poco más rigurosos y consensuales la evaluación que Oreen realiza en forma intuitiva e individual.

Por último es preciso recordar que el estudio de los efectos de la depresión materna ha sido encarado desde distintas metodologías, ya sea experimentales (p. ej. constatando los efectos que tiene en el bebé la hipomimia de la madre) como clínicos y epidemiológicos. La comparación de los hallazgos analíticos con los de otros métodos no sólo no va en detrimento del psicoanálisis, sino que le aporta elementos para comprobar su consistencia externa, (del mismo modo que el punto anterior enriquecía su consistencia interna) y le permite ganar heurísticamente y en cuanto a la precisión de sus hipótesis.

No sólo se beneficia el psicoanálisis sino que puede realizar un aporte mucho mayor a la sociedad ofreciendo hipótesis más precisas capaces de enriquecer los programas de salud en los diferentes niveles de prevención.

VI.

El uso de modelos probabilísticos a nivel de poblaciones o conjuntos estadísticos de distinto tipo no impide que al mismo tiempo se puedan sustentar hipótesis deterministas a nivel de los individuos. Sin embargo, en la recorrida que hemos realizado han surgido una serie de factores de incertidumbre que nos apartan del ideal inaugural de construir un espacio psíquico laplaceano en el que todo podría en principio ser expresado en términos de posición y energía (neuronas y cantidad, representaciones y libido)⁶ Como he señalado, estos factores de incertidumbre tienen que ver con los fenómenos de creación de

⁶ La posición estructuralista conserva algo de este ideal, aunque ahora se exprese en términos de elementos (significantes) y relaciones estructurales entre esos elementos (la lógica del significante) e introduzca rupturas y retroacciones.

sentido, con la posibilidad de una semiosis ilimitada, con la existencia de puntos de bifurcación a nivel de significantes enigmáticos, con la aleatoriedad de las traducciones verbales de fenómenos primariamente no verbales, y con la necesidad de evidencia extraclínica que garantice el salto inferencial desde las conexiones temáticas a las conexiones causales. Bien entendido, ninguno de estos problemas obliga a descartar la posibilidad de utilizar modelos deterministas, pero en su conjunto sugieren fuertemente la necesidad de estar atentos y disponibles para el surgimiento de nuevos marcos conceptuales.

La evolución misma del psicoanálisis y de sus debates internos ha hecho aparecer nuevos paradigmas teóricos, pero estos han fallado en producir consenso en la medida en que han pretendido generalizar sus explicaciones y lograr validez universal. Parece de mayor fecundidad en el momento actual el uso de modelos restringidos, por un lado cuidadosamente anclados en la experiencia clínica, y abiertos por otro a innovaciones metodológicas, que procuren una comprensión más precisa de fenómenos mejor delimitados.

Existe una acepción de la palabra probabilidad, ligada a la aceptación de grados parciales de certeza, que me parece importante recuperar para el psicoanálisis, o más bien para el psicoanalista, a quien su actividad clínica somete a una tentación particular. Teniendo que dar voz y sentido a fenómenos opacos es muy difícil el no dejarse ganar por una ilusión de clarividencia y tal vez por la identificación con una Madre Omnisciente, capaz de un saber incluso sobre el no saber. Creo que el hecho de aceptar la necesidad de múltiples modelos de investigación, siempre provisionales y aproximativos juega un papel en cierto modo terapéutico frente a esta fantasía.

Resumen

Cuando Freud postuló un estricto determinismo de la vida psíquica, estas ideas estaban de acuerdo con las concepciones científicas de su época. Pero a lo largo del siglo las ciencias más avanzadas pusieron en duda la concepción clásica del determinismo. Ciertos desarrollos de la física actual (teoría cuántica, termodinámica, etc) conducen a una visión del mundo no determinista basada tanto en la limitación de nuestros conocimientos como en la naturaleza de la realidad.

También el psicoanálisis debió revisar su concepción de la causalidad. Desde un punto de vista hermenéutico se ha señalado que las razones o motivos inconcientes no pueden ser tratados como si fueran causas naturales. Desde el extremo opuesto, se sostiene que la sola evidencia clínica es insuficiente para fundamentar sus hipótesis etiológicas y se señala que es necesario adjuntar otro tipo de datos de tipo epidemiológico o experimental.

Para avanzar en este problema es necesario estudiar los distintos lenguajes que emplea el psicoanálisis. El estudio de un ejemplo (el trabajo de André Oreen sobre la madre muerta) muestra que es posible señalar tres lenguajes: a) un lenguaje metafórico que busca captar lo peculiar de la experiencia individual y que no implica afirmaciones causales; b) una serie de afirmaciones expresadas en lenguaje corriente acerca de los supuestos factores etiológicos que es compatible con las investigaciones empíricas sobre factores de riesgo y c) un lenguaje petapsicológico, conformado por metáforas más abstractos, que oscila entre los dos lenguajes anteriores. La respuesta al problema del determinismo dependerá de la forma en la que se conciba la relación entre estos tres lenguajes.

Summary

Freud ideas on psychic determinism were in agreement with the ideas of his time. But as time went by the classical concept of determinism was questioned by science. Development in nowadays science in areas like Quantum Theory and Thermodynamics lead to a non-determinist vision of the world based either on our knowledge limitations or on the nature of reality.

Psychoanalysis has also had to review the concept of causality. From an hermeneutic point of view, it has been said that human reasons or motives can not- be dealt with as if they were natural causes. On the other side, it has been held that clinical evidence alone is not enough to support an ethiological hypothesis and that other kind of data (epidemiological or experimental) are needed.

To go further in this problem it is necessary to study the different languages used in psychoanalysis. The analysis of an example (Andre Oreen's paper about the dead mother) shows that it is possible to differentiate at least three languages: a) a metaphorical language about singular phenomena and that does not implies causal relations; b) a series of statements expressed in natural language about the supposed ethiologic factors that is compatible with the empiric investigations about risk factors and c) a metapsychological language, composed by more abstract metaphores that oscilates between the two languages previously mentioned. The answer to the problem of determinism will depend on the way the relationship between these three languages is undertaken.

**Descriptores: DETERMINISMO! MODELOS! CAUSALIDAD /
EPISTEMOLOGÍA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA /
TIEMPO**

Bibliografía

1. **Ahumada JL.** Logical Types and Ostensive Insight. *Int. J Psycho—Anal* 1991 ;72:683—691.
2. **Andacht F, Gil D.** Más allá del principio de placer: la abducción, un efecto de lo real. *Coloquios de Colonia del Sacramento* (en prensa). 1993.
3. **Andacht F, Gil D.** Un recuerdo florido. Entre la determinación y el determinismo. *Diálogo entre Freud y Pierce* (inédito). 1994.
4. **Bedo T.** «Insight, perlaboración e interpretación». *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 1988;68:39-55.
5. **Bernardi R.** The role of paradigmatic determinants in psychoanalytic understanding. *Int. J. Psychoanal* 1989;70:341-367.
6. **Bernardi R.** Malestar en el psicoanálisis: los desafíos pendientes. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 1992;76:15-28.
7. **Bernardi R.** La ecuación personal del analista. *Zona Erógena* 1993;14:22-25.
8. **Bernardi R.** On pluralism in psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry* 1992; 12(4) :506-525.
9. **Bernardi R.** de León. ¿Incluimos nuestros presupuestos en la actividad de autoanálisis?. (Does our Self-Analysis take into Consideration our Assumptions? *Autoanalysis*. J. Barron, cd. Analytic Press). *Revista Uruguaya de Psicoanálisis* 1992;76:243-260.
10. **Bunge M.** *La investigación científica. Su estrategia y su filosofía.* Ediciones Ariel, Barcelona, 1969.
11. **De Leon B.** El sustrato compartido de la interpretación: imágenes, afectos, y palabras en la experiencia analítica. Presentado en el 38° IPA Congress, Amsterdam, 1993.
12. **Escribens A.** The traces of psychoanalytic listening. 380 IPAC, Amsterdam.

13. **Feyerabend P.** Consuelos para el especialista. En: La Crítica y el Desarrollo del Conocimiento. Ed: Lakatos, & Musgrave, A. Barcelona: Grijalbo. 1970:345— 390. (Criticism and the Growth of Knowledge, Lakatos, I.& Musgrave Ed., London: Cambridge Univ. Press).
14. **Freud S.** La Etiología de la Histeria. Amorrortu, III, 1896.
15. **Freud S.** Cinco Conferencias sobre Psicoanálisis. Amorrortu XI, 1910.
16. **Freud S.** De la Historia de una Neurosis Infantil. Amorrortu XVII, 1918.
17. **Green A.** La mère mort. En: Narcissisme de vie, Narcissisme de Mort. Minuit. Paris, 1983.
18. **Grunbaum A.** The foundations of psychoanalysis. A philosophical critique. Univ. California Press. Berkeley & Los Angeles, 1984.
19. **Grunbaum A..** Validation in the clinical theory of psychoanalysis. Int. Univ. Press. Madison & Connecticut, 1993.
20. **Homstein L .** Historia, azar, determinismo. Psicoanálisis APdeBA, 1992; Vol. X1V (3) :505—522.
21. **Issaharoff E.** La creencia en el determinismo y la causalidad en psicoanálisis. Psicoanálisis Rev., de APdeBA 1992; Año XIV (3):523—539.
22. **Klimovsky G.** Determinismo y causalidad desde el punto de vista epistemológico. Psicoanálisis Rev. de APdeBAa 1992;Año X1V (3);427—449.
23. **Kuhn TS.** The structure of scientific revolutions. Univ. of Chicago Press, 1962.
24. **Lacan J.** Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: Lectura estructuralista de Freud. Siglo XXI, México, 1971.
25. **Laplanche J.** L'interpretation entre déterminisme et herméneutique: une nouvelle position de la question. Rev. Franç Psychanal 1991;5:1294—1317.
26. **Lalande A..** Vocabulario técnico y crítico de la Filosofía. (Traducción de la 5ª edición francesa). Ateneo. Buenos Aires, 1953.
27. **Ludwig G.** En: Proceso al azar. **J. Wagensberg**, ed. Tusquets. Barcelona,

- 1986.
28. **Melsohn J.** «Sentido. Significacáo. Sonho e Linguagem: reflexóes sobre as formas de consciencia no proceso analítico». Rev.. Brasileirade Psicanálise. 1989;23(3):57—68.
 29. **Prigogine I.** En: Proceso al azar. 1. Wagensberg, ed. Tusquets. Barcelona, 1986.
 30. **Prigogine I.** (1990) [1986]. La nueva Alianza. Alianza Ed. Madrid.
 31. **Puget J, Berenstein I.** Psicoanálisis de la pareja matrimonial. Buenos Aires, Paidós, 1988.
 32. **Ricoeur P.** Freud: una interpretación de la cultura. Siglo XXI Ed.SA. México, 1970.
 33. **Strenger C.** Between Hermeneutics and Science. Psychological Issues Monograph 59. Madison, Connecticut, 1991.
 34. **Thom R.** En: Proceso al azar. 1. Wagensberg, cd. Tusquets. Barcelona, 1986.
 35. **Wagensberg J.** Proceso al Azar. J. Wagensberg, ed. Tusquets. Barcelona, 1986.
 36. **Wittgenstein L.** Estética, Psicoanálisis y Religión. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1976.

La naturaleza del significado en el momento clínico
Afectividad en la respuesta del analista como instrumento para
descubrir el significado del paciente *

Charles Hanly **

La discusión psicoanalítica contemporánea se plantea interrogantes respecto al significado. ¿Es el significado construido (Viderman, 1970) o descubierto (Arlow, 1959) en el proceso psicoanalítico? ¿Es el significado compatible con la causalidad? Cuando entendemos el significado de un síntoma, ¿hemos elaborado un relato sobre su origen o hemos descubierto su explicación causal? ¿Puede el psicoanálisis revelar objetivamente el significado subjetivo de la vida de un paciente?

Igualmente, la filosofía lingüística se plantea interrogantes respecto al significado. Sin subscribimos a la opinión de que el análisis lingüístico puede resolver problemas filosóficos, podemos utilizar sus métodos para examinar el significado lingüístico de palabras cruciales tales como «significado». Dicho examen plantea la pregunta de por qué algunos analistas han basado su pensamiento en sólo una pequeña franja de la gran complejidad de significado

* Conferencia brindada en APU en setiembre de 1994. Traducción del inglés de Abraham Drassinower y Fania Urbina.

** Prof. Ch. Hanly. Soc. Canadiense de Psicoanálisis. 27 Whitney Avenue. Toronto, Ontario. M.4W to A7. Canadá

que el lenguaje unifica a través de los usos de la palabra «significado».

El «significado» tiene varios significados. Uno de ellos es el significado lingüístico. Por ejemplo, «error psicológico» significa «un acto fallido inconscientemente motivado»; o «soltero» significa «varón adulto no casado». Las palabras tienen significados que pueden comunicarse mediante sinónimos. Pero la palabra «significado» tiene otros usos. Uno de ellos es el significado afectivo. Puede decirse, por ejemplo, que un artefacto, un reloj de pulsera, una pintura, una fotografía, un mueble, aún cuando carentes de gran valor en sí mismos, tienen muchísimo significado para su propietario por tratarse de regalos de una madre o padre fallecido. Sus significados se encuentran en las asociaciones cargadas de afecto que incitan en su propietario. De manera similar, el recuerdo de una abuela o un abuelo tendrá significado especial para una persona si, por ventura, la fiabilidad de su amor y cuidado sirvió de protección contra algo del trauma causado por padres negligentes. Lo mismo puede decirse de una identificación con un objeto perdido. La palabra «significado» varía de sentido cuando es usada por un paciente que dice que su vida ha dejado de tener significado. En este caso, «significado» significa «propósito», «valor», «satisfacción». Varía también el significado de «significa» cuando un paciente pregunta con enojo, «¿Qué significa esto de cobrarme por la sesión a la que falté ayer?». En este contexto, «significa» significa «¿Qué razón legítima puede Ud. tener para cobrarme?» Aquí «significa» significa «razón». Se dice que para un marinero o un agricultor, un cielo rojizo al anochecer significa que a la mañana siguiente habrá buen tiempo. «Significa» significa entonces «señal», «síntoma», «augurio», «indicio». Un suceso natural está siendo asociado a otro sin que dicha asociación implique que el primero es causa del segundo. De manera similar, un paciente angustiado puede preguntar, «¿Es que mi impotencia con mujeres significa que soy homosexual?». O un mecánico puede decir que «la manera en que el motor está

funcionando significa que el distribuidor no está funcionando bien». O un analista puede interpretar, «Su necesidad de alardear sobre su trabajo significa que Ud. duda de su capacidad de tener éxito en el trabajo». En estas instancias, «significa» significa «es un signo de», «está asociado a» o «es causado por». Finalmente, el «significado» tiene un significado lógico. La palabra «significado» se utiliza para indicar una inferencia o implicación. Cuando preguntamos, «¿Qué significa el hecho de que la palabra *significado* tiene estos significados (usos) distintos?», estamos preguntando, «¿Qué puede inferirse a partir de estos hechos?» Probablemente hay aún otros significados del «significado», pero estos tendrán que bastarnos por ahora.

¿Por qué unifica el lenguaje estos fenómenos aparentemente distintos? ¿Es acaso porque Freud (1921, p.11 1) dijo de la palabra «amor», el uso lingüístico permanece fiel a cierto tipo de realidad? Postulo que, en efecto, estos significados y usos del «significado» están interconectados y, que por ende, son inherentes al momento clínico. El ejemplo que ofrezco a continuación ilustra que defino «momento clínico», principalmente, no como una unidad de tiempo, sino como una secuencia independiente que puede discernirse y que posee su propio desarrollo de principio a fin dentro de un proceso analítico causalmente ligado a sucesos tempranos de la vida de una persona.

Durante un fin de semana, el señor J. se había mudado de una casa alquilada, donde vivía en un matrimonio consensual con Marie y los dos hijos de Marie, a una casa de huéspedes. Marie había insistido en la separación a causa de los enfurecimientos del señor J. que frecuentemente lo conducían a abusarla verbalmente y amenazarla físicamente. Ese lunes, el señor J. llegó a su hora analítica, apesadumbrado, exhausto y en desorden. Era invierno y hacía un frío tremendo. El señor J. había pasado una noche de insomnio pues el calentador de su habitación no funcionaba. Hacía muchísimo frío en su habitación. Regresó a su casa en plena noche, tocó el timbre y llamó a Marie. Sollozó desconsoladamente en el porche y se enfureció, todo sin resultado. En sus

sesiones analíticas siguientes, lanzó invectivas contra el egoísmo y la crueldad de Marie. Después de todo, era él quien había encontrado la casa, la había alquilado y había vivido en ella antes que Marie se mudara a vivir con él. La casa era, sin duda, del sr. J., pero ahora Marie vivía en ella. También lanzó invectivas contra la indiferencia para con su salud y comodidad por parte de la posadera de la casa de huéspedes. Pensó en conseguirse un pequeño calentador eléctrico, pero descartó esa solución objetando que el calentador podría ocasionar un incendio y quemarlo mientras dormía. Solamente quería ser restituído a Marie y retornado al bienestar de su hogar. La determinación de Marie en forzar la separación, aún cuando él le ofreció dejarle la casa, lo llenaba de dolor, indignación, furia y frustración. La imagen del señor J. llorando desconsoladamente en el porche delante de la puerta cerrada en sus narices no puede dejar de inspirar lástima. Pero sus frecuentes arranques de rabia contra Marie y la posadera me recordaron los intentos de intimidación física que, en una primera instancia, habían hecho que Marie insistiera en la separación. Un día, en una estación de metro, se había mostrado tan amenazador y fuera de control que Marie temió ser empujada bajo las ruedas de un tren. Aún así, después de varios días de tormenta, me sorprendió su respuesta a mi interpretación: «Tan grande es su deseo», le dije, «que yo crea que Marie y la posadera lo están tratando injustamente, que las censure y que lo ayude, que por toda una semana Ud. ha sufrido gran incomodidad física sin hacer nada por ayudarse a sí mismo». El señor J. respondió con asombro: «¡Dios mío! ¡Yo mismo apagué la calefacción la primera noche que estuve allí, hacía mucho calor en el cuarto!».

La recuperación de este recuerdo le permitió mejorar el cuidado de su persona e inmediatamente puso en juego asociaciones que revelaron el origen sádico de su temor masoquista de utilizar un calentador eléctrico. El señor J. había construido un dormitorio para los niños de Marie en el ático de la casa alquilada usando alambres eléctricos de calidad inferior. Y, sin hacer nada al respecto,

había pensado que los niños tendrían dificultad en escapar en caso de incendio. El señor J. descubrió sus sentimientos de culpa, celos y hostilidad hacia ellos. Descubrió también su identificación con ellos como niños desamparados y en peligro. Su acto fallido con la calefacción lo había puesto en la posición de los niños —desesperado, en manos de una figura parental peligrosa. El acto fallido demostró ser parte de una actuación de memorias traumáticas pertenecientes a su segundo año de vida, durante el cual su madre dio a luz a su hermano. El señor J. había sentido celos intensos. Había tratado, a su manera infantil, de castigar y controlar a su madre, golpeándola, desobedeciendo y echando rabietas. La madre, ama de casa quisquillosa e insatisfecha, tuvo que regresar al trabajo poco después del nacimiento del hermano para complementar los ingresos familiares. Y mientras el recién nacido fue encomendado al cuidado de la abuela en el hogar familiar, el señor J. fue encomendado al cuidado de unos vecinos que no conocía. Infeliz, protestó violentamente en contra de ese arreglo hasta que cayó en una quietud depresiva, desesperada y precaria.

Quisiera proponer que el significado del «significado» en un momento clínico psicoanalítico revela una riqueza multifacética e incluye la variedad de factores que han sido examinados minuciosamente por filósofos en búsqueda de una comprensión de la naturaleza y del génesis del significado.

El significado es lingüístico. El significado depende del lenguaje. Así como la verdad y la falsedad son propiedades de proposiciones (Tarski, 1944), de ese mismo modo el significado es una propiedad del lenguaje. El significado de una palabra o expresión se encuentra en los contextos en los que se usa y en la manera en la que se usa en dichos contextos. «El significado de una palabra radica en su uso en el lenguaje» (Wittgenstein, 1953, p. 20) o «saber lo que una expresión significa es saber cómo puede ser o no ser usada» (Ryle, 1966, p.255). La opinión de Quine (1953) es que el significado guarda relación con las formas del lenguaje: sinonimia y secuencia significativa. Los significados del

«significado» fueron señalados previamente en este ensayo por medio de una identificación de los contextos diferentes en los que se usan la palabra «significado» y sus sinónimos.

Es indudable que el lenguaje desempeña un papel fundamental en la creación del significado en el psicoanálisis clínico. Sin embargo, el concepto del significado en el psicoanálisis no puede limitarse al significado lingüístico. El aforismo de Freud para descubrir la cura analítica, «donde el ello estaba, allí el yo estará», puede interpretarse como «expresar lo inexpresable». Tal como ilustrado en el ejemplo anterior, los recuerdos reprimidos continúan ejerciendo influencia sobre las actitudes, los estados de ánimo, los afectos y el comportamiento. Pero una vez reprimidos, su significado ya no puede ser expresado por medio del lenguaje. En estas circunstancias, acceder al significado y comunicarlo requiere regresiva-mente de la actuación. El acto fallido de mi paciente fue uno en el que la represión del recuerdo de haber hecho algo —haber apagado la calefacción— produjo una abertura a través de lo cual derivados de recuerdos o fantasías inconscientes de querer dominar a una mujer abusiva y vengativa, y de haber sido víctima de una mujer, lograron desbordarse hacia el comportamiento y hacia la definición de la realidad. Para el señor J., Marie y la posadera se convirtieron en representantes de la madre traumática y privativa, y, por lo tanto, adquirieron aspectos de su significado. Marie y la posadera adquirieron para él el significado consciente de «mujeres que le estaban haciendo daño». Dicho significado consciente le permitió mantener su propia furia hacia las mujeres, al igual que los recuerdos que dieron lugar a ella, en condición inconsciente (ver Freud, 1924a, 1924b).

El señor J. podía expresar su pesar, furia, indignación y desamparo por haber sido maltratado. Su propia contribución a *sus* dificultades, sin embargo, permanecía inexpresada y sin reconocimiento. Su capacidad de utilizar el

lenguaje como medio de comunicación se veía obstaculizada por una fantasía que falsificaba su experiencia de la realidad. La represión había desconectado el recuerdo de lo que había hecho —sus intentos de intimidar físicamente a Marie y su haber apagado la calefacción— de la posibilidad de ser expresado verbalmente. Se debe apreciar cuidadosamente la complejidad de este tipo de experiencias que pueden falsificar la realidad contemporánea, al mismo tiempo que pueden, de manera muda, traer a escena una verdad respecto a una realidad anterior. El señor J. necesitaba poder decirse a sí mismo, «Yo mismo apagué la calefacción; la posadera no tuvo nada que ver con el asunto», pero no podía dirigirse a sí mismo de ese modo porque en ese caso procesos asociativos hubieran puesto en juegos las ideas contiguas, «Yo he abusado de Marie y la he amenazado; es por eso que me botó». La capacidad de comunicarse a sí mismo el significado verdadero o real de un acto propio en el pasado repara el desgarramiento en la experiencia que uno tiene de sí mismo, de los objetos y del mundo, y permite asumir responsabilidad por los actos propios y por los efectos que dichos actos han tenido en otros. Aún cuando sucede que el significado se extiende más allá del lenguaje, el significado verbal tiene un lugar irreducible en el psicoanálisis clínico por su contribución a la resolución de conflictos psíquicos y a la maduración (ver Freud, 1915).

Aunque el significado lingüístico es importante para el psicoanálisis, el significado afectivo tiene un lugar no menos prominente. La vida afectiva de los seres humanos es una fuente importante de significado en el momento clínico. Por varios días mi paciente vivió en un mundo frío, prohibitivo y privativo, un mundo saturado de recuerdos inconscientes de su experiencia del arreglo con sus vecinos cuyo cuidado no podía aceptar. Las descripciones de Sachs (1993) de la ausencia de afectividad en la experiencia de paisajes por partes de personas autistas nos permiten, por un lado, apreciar con gratitud la fecundidad de significado con la que nuestra afectividad enriquece nuestra relación con la naturaleza y, por el otro lado, darnos cuenta con tristeza de la experiencia

empobrecida del autístico. Un autístico inteligente puede observar y conceptualizar la vastedad de las montañas pero no puede experimentar su majestad y su grandeza. Esta comparación con la experiencia autística plantea la pregunta del origen y la naturaleza de estos tipos de significados que nuestra vida afectiva parece encontrar en las cosas —la majestad y la grandeza que encontramos en las montañas Roches pero no en las Berkshiers, que presentan, en cambio, mayor accesibilidad y domesticidad. Locke se refirió a estos significados como cualidades terciarias, y los derivó de la subjetividad. Pero me parece que la epistemología estética de Wollheim (1993) ofrece una perspectiva más sutil y completa.

Sin dar crédito al animismo o cometer la Falacia Patética, Wollheim ha propuesto que hay una correspondencia entre estados psicológicos subjetivos tales como la melancolía o la felicidad, y ciertos atributos físicos de los paisajes que descubrimos como melancólicos o felices. Estas atribuciones tienen que ver con la proyección y tienen en ese respecto un origen subjetivo. Sin embargo, estas proyecciones operan con verosimilitud inter-subjetiva, lo que quiere decir que deben valerse de una afinidad entre ellas y los objetos y la naturaleza. En este respecto, entonces, las proyecciones son objetivas o, dicho de otro modo, revelan significados latentes pertenecientes a las configuraciones de las cosas y los hechos en la naturaleza. Estas configuraciones de la naturaleza, que tienen afinidades con estados psicológicos, pueden inducir tales estados en los seres humanos.

Aunque la naturaleza presenta dichas afinidades, carece de una vida psíquica. ¿Cómo puede el pensamiento de Wollheim ayudarnos a entender los orígenes y la naturaleza del significado de la vida psíquica de los seres humanos? Los significados que informan la experiencia que un paciente tiene de su mundo constituyen un grupo de significados muy importante clínicamente. Son éstos los significados que tratamos de alcanzar a través de identificaciones empáticas

exploratorias (Arlow y Beres, 1974). Durante el período que discuto, mi paciente vivió en un mundo desierto, estéril, privativo, aún más frío que lo que las afinidades de Toronto en pleno invierno pueden justificar. Dicho con mayor generalidad, los seres humanos somos también parte de la naturaleza. Paciente y analista presentan el uno para el otro (y viceversa) afinidades para la proyección. Las configuraciones de los personajes y las vidas de las personas en el vivir diario hacen lo mismo. La atribución de propiedades psíquicas a la naturaleza se ve recíproca en la atribución de propiedades naturales en nuestra vida psíquica. Hablamos de emociones tempestuosas, del ombligo de un sueño, de erupciones sexuales o agresivas. Repetidamente, los sueños usan imágenes naturales para simbolizar deseos y objetos prohibidos.

Si ahora combinamos la noción de afinidades de Wollheim con la idea de correlativos objetivos de T.S. Eliot (1919), podremos unificar la carga afectiva de objetos, (incluyendo a la proyección en la medida en que revela algo del objeto), con la «lectura» de los afectos operantes en los objetos. Elliot pensó que el «Hamlet» de Shakespeare es imperfecto porque Gertrudis no ofrece un correlativo objetivo suficiente para la cualidad e intensidad de la emoción de Hamlet. El correlativo objetivo, entonces, se refiere al encaje entre un objeto y la naturaleza e intensidad de los afectos con los que viene cargado o, en la terminología de Wolheim, la afinidad del objeto para la carga afectiva.

La discriminación de afinidades o correlativos objetivos definidos de este modo, (vale decir, el significado y el encaje del significado, de los estados afectivos en pacientes y analistas), es un aspecto crucial pero difícil del trabajo analítico. Sabemos que la identificación puede dar lugar a un contagio afectivo: La identificación exploratoria con el paciente es indispensable para el trabajo analítico. ¿Puede la identificación exploratoria operar dentro de los límites de la diferenciación entre sujeto y objeto? Quisiera sugerir que la afectividad en la respuesta del analista puede ser un instrumento para descubrir el significado de los actos, las motivaciones y el mundo interno de otro. Porder (1987) ha

ofrecido una versión de la identificación proyectiva que concuerda con la versión más general de la aprehensión afectiva del significado que estoy sugiriendo en este ensayo. Un paciente en situación lastimosa induce lástima en su analista. Si el analista no se mantiene auto-protectivamente separado y peligrosamente fuera de contacto con la vida afectiva de sus pacientes, no le queda otra alternativa que la de producir una respuesta afectiva. Pero si es que el paciente en realidad ofrece un correlativo objetivo apropiado para dicha respuesta es una pregunta que el analista debe hacerse continuamente.

A mediados de la semana del acto fallido y sus consecuencias ocupaban el centro del proceso analítico del señor J., éste llegó a mi consultorio en un estado desordenado, raído y palpablemente desdichado. Cuando iba a sentarme, el señor J., en lugar de acostarse en el diván, se arrojó al suelo sollozando en una esquina de la pieza. Balbuceando, moqueteaba y suplicaba en tono desesperado y demandante. No pude entender claramente sus palabras, pero me dio la impresión que, entre otras cosas, repetía: «Necesito plata. Tiene Ud. que darme plata. Por favor, déme plata.» Sentí lástima y angustia respecto a cómo podía ayudar al señor J. analíticamente, y me pregunté si debería tratar de ayudarlo no—analíticamente. Me preocupaba un paciente que en lugar de proceder a la libre asociación acostado en el diván, se desplazaba alborotadamente de un lado a otro de mi consultorio. También me preocupaba la seriedad de su regresión, aún cuando ésta permitió una visión momentánea del niño traumatizado que existía en el señor J. Permanecí parado junto a mi escritorio mirándolo, tratando de entender lo que decía, preguntándome qué podía decirle y, tan pronto como la oportunidad se presentó, lo invité a sentarse en una silla si es que no se sentía cómodo usando el diván ese día. Después de un rato, se calmó y aceptó mi invitación. Habló clara, coherente y repetitivamente de sus infortunios presentes hasta el final de la hora.

Sin embargo, me sentí afectado por cierto significado afectivo que operaba en la presentación y el comportamiento del señor J., como si algo en ello plantease una pregunta inarticulada no respecto a su sufrimiento sino a la futilidad del mismo, a su calidad Sísifa y su desproporción. Como si su sufrimiento no fuera exagerado sino que estuviera fuera del lugar y tiempo apropiados, semejándose más al sufrimiento del niño abandonado que al de un hombre rechazado y frustrado. A este nivel de significado afectivo, nivel que carece del lenguaje, el sufrimiento de mi paciente produjo en mí un condicionamiento de mi sentimiento de lástima, condicionamiento que planteaba un enigma persistente y desconcertante respecto a su sufrimiento —un factor «x» desconocido que invitaba mayor investigación. No me refiero aquí a un pensamiento intelectual o a un estado cognitivo, aunque es cierto que el significado afectivo daba lugar a la incertidumbre, la cual es un estado cognitivo. Me refiero más bien a las emociones que me hicieron permanecer parado junto a mi escritorio, que se sintieron satisfechas con el invitarlo a sentarse en una silla y a sentirse más cómodo. Me refiero al yo-corporal del analista trabajando en la situación analítica.

No viví su sufrimiento como un correlativo objetivo suficiente para una lástima incondicional. Más tarde, estos sentimientos reunieron y activaron mis recuerdos de su disminución sexual de Marie, de sus infidelidades y de su distanciamiento afectivo de ella a pesar de la necesidad de tenerla cerca que él mismo sentía. Luego, logré sustraer de estos recuerdos pensamiento verbalizados respecto a la disparidad entre su sufrimiento por el rechazo de Marie y los sentimientos conflictivos del señor J. hacia ella.

Es más, mi experiencia afectiva del sufrimiento del señor J. me convirtió (más allá de mi voluntad, conocimiento, control o designio respecto tanto a los gestos faciales que yo le presentaba como a su respuesta a ellos) en un

correlativo objetivo al cual él respondía. Hay en los efectos mismos una sensibilidad y *savoir faire* que les permite registrar significados y responder pre—lingüística y pre—conscientemente a ellos. Fueron estos procesos los que causaron que yo mantenga para el señor J., mientras él sollozaba en el suelo, una presencia paciente, suficientemente calmada, considerada e interesada, lo que implica más que mantener una actitud analítica adquirida. En retrospectiva, diría que algún significado afectivo que el señor J. sintió en mí le permitió desistir en su intento de hacerme actuar su deseo de encontrar en mí la madre ‘buena’ —que nadie ha tenido o la madre privativa que él tuvo— un significado parte del cual probablemente podría ser formulado de la siguiente manera: «él no me va a dar lo que quiero, pero quizás me puede ayudar». Algo semejante le permitió recobrarse a sí mismo lo suficiente como para regresar al diván al día siguiente, y, eventualmente, al auto—descubrimiento restaurador que llevó este momento clínico a su conclusión.

Dentro del marco de este ensayo, no pueden considerarse completamente todos los significados del «significado» y las interrogantes que plantean. Para concluir, examinaré dos de esas interrogantes, ambas de naturaleza esencial y polémica, que se relacionan entre sí. ¿Cuál es el significado del «significado» al preguntarse «cual es el significado del olvido sintomático del señor J.»? ¿Es tal significado construido o descubierto?

El acto fallido sirvió una función defensiva. Creó una situación de privación y sufrimiento que sirvió no tanto para reprimir sino para mitigar, aislar y racionalizar retrospectivamente al maltrato de Marie. La necesidad de sufrir dolor en lugar de culpa motivó el acto fallido, el cual permitió una actuación de un trauma infantil. Así, el significado del acto fallido se encuentra en las motivaciones inconscientes que lo causaron. Aquí «significado» significa «causa». Intenciones y propósitos humanos son causados por necesidades que nos llevan a encontrar satisfacciones y a aliviar el dolor a través de relaciones con objetos, cosas o sucesos.

El uso de la misma palabra para referirse al sentido de una oración y a la motivación causal del comportamiento reúne dos significados del «significado». Si dicha reunión encierra algún significado (en el sentido lógico), su significado radica en la compatibilidad del significado y la causalidad. Probablemente, el uso semántico resulta tanto de sinonimias accidentales como de sinonimias significativas. El uso de los artículos definidos masculinos y femeninos en francés, por ejemplo, a veces parece ser bastante arbitrario y a veces parece obedecer cierta lógica. El uso de la palabra «ladrillo» en la oración «una casa de ladrillo es una casa sólida» y en la oración «Pedro es un ladrillo» está basado en una similitud significativa. ¿Es la unificación llevada a cabo por el lenguaje por medio de los varios usos de la palabra «significado» accidental y arbitraria o significativa? Postulo que el significado y la causalidad no sólo son compatibles, sino que están intrínsecamente conectados.

El significado y la causalidad se encuentran eslabonados en la vida psíquica. La inhabilidad del señor J. de recordar que él mismo había apagado la calefacción puede dar la impresión de no ser nada más que un error mnémico supuestamente carente de significado. Sin embargo, dicha impresión desaparece apenas vislumbramos el rol desempeñado por el error mnémico en el causar la creencia errónea del señor J.; la creencia de ser objeto de maltrato. El acto fallido hizo posible la formación de dicha creencia. La creencia y el olvido fueron causados tanto por su necesidad de mitigar su culpa respecto a su maltrato de Marie y de sus hijos, como por su necesidad de buscar una satisfacción transferencial de su deseo de una madre restaurativa. De estas necesidades, la segunda parece haber sido la dominante, puesto que la interpretación en el contexto de la transferencia y la respuesta del analista a la transferencia liberaron la inhibición mnémica: el significado de la falla mnémica es su causa.

Así, la búsqueda del significado en el momento analítico es una búsqueda de causas. El determinismo psíquico es lo que fundamenta el significado en el psicoanálisis. El punto de vista opuesto, hermenéutico o existencial, es que el

significado se fundamenta en la libertad. Otros prefieren un punto de vista sintético. El artículo de Laplanche (1992), «La Interpretación entre el Determinismo y la Hermenéutica», es un ejemplo. Los opositores del determinismo psíquico y aquellos que intentan una síntesis del determinismo psíquico y la libertad, entendida como voluntad sin causa, comparten dos errores. Primero, asumen que el determinismo implica fatalismo, cuando se trata de lo contrario. Es solamente el conocimiento causal lo que nos permite afectar lo que sin tal conocimiento sería nuestro destino. Segundo, asumen incompatibilidad entre el determinismo psíquico y la libertad, cuando se trata de lo contrario. Ciertos filósofos y psicoanalistas postulan que las causas y las razones pertenecen a géneros distintos. Sin embargo, Davidson (1963) ha demostrado que tal distinción es insostenible.

Mientras no podía recordar su propia acción, el apagar la calefacción, el señor J. permaneció bajo la influencia de una creencia errónea, la de ser objeto de maltrato. Utilizó esta creencia en su afán de reforzar su deseo de ser rescatado. La mayor parte de los pensadores (los existencialistas Sartreanos son una excepción) concurrían en que el olvido, la creencia de ser objeto de maltrato y el deseo ser rescatado están ligados al determinismo psíquico. Cabe preguntar, sin embargo, si es que es posible decir lo mismo acerca del funcionamiento psíquico del señor J. luego de haber recobrado el recuerdo, cuando la creencia equivocada de ser objeto de maltrato y el deseo de ser rescatado habían disminuido. ¿Acaso no es cierto que su renovada capacidad de adaptarse a la pérdida de Marie, de cuidar de sí mismo y de trabajar en su análisis reflejan libertad, sobre todo en una comparación a la compulsión bajo la cual el señor J. funcionaba previamente? Por supuesto que sí. Pero esto no quiere decir que sus actos no son gobernados por la casualidad, el carácter compelido o libre de un acto depende de la naturaleza de las casualidades operantes, no de si el acto es causado o no. Es cierto que luego del momento analítico que he examinado, la percepción del señor J. de la posadera sería menos influenciada que durante tal

momento por cualidades que él había proyectado sobre ella. También es cierto que, luego del momento analítico, el señor J. podría formar percepciones más realistas de ella. Pero esto significa que su percepción de ella se habría vuelto menos subjetiva menos dominada por fantasías inconscientes—y más objetiva más determinada por lo que ella en realidad es. El significado de la posadera para él correspondería más exactamente al tipo de persona que otros la consideran y al tipo de persona que ella en realidad es. Por consiguiente, sus actos podrían ser más realistas, más efectivos en el procuramiento de satisfacciones y más determinados por necesidades adultas en lugar de infantiles; vale decir, más libre, dadas las casualidades operantes. El significado no es antitético a la casualidad. Ninguna síntesis es necesaria para trascender su oposición. Si uno busca afectar a una persona o situación, uno tiene que poder permitir que la persona o situación lo afecten a uno mismo. En el momento analítico, el significado surge a través de la expresión afectiva y verbal de interacciones causales. El significado de estas interacciones se articula completamente cuando logramos expresar dichas causas por medio de palabras. Es precisamente por que se fundamenta en procesos causales que el significado puede ser descubierto en lugar de ser construido.

Bibliografía

1. **Arlow J.** (1959), Psychoanalysis as scientific method. In: Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy, edited by S. Hook, New York: Grove Press, 1960:201—211.
2. **Arlow J. and Beres, D.** (1974), Fantasy and identification in empathy. *Psychoanalytic Quarterly*, 43:26-50.
3. **Davidson D.** (1963), Actions, reasons and causes. *Journal of Philosophy*, 60:685-700.
4. **Eliot TS.** (1919), Hamlet and his problems. En: *The Sacred Wood*, London:

- Methuen, 1928:95—105.
5. **Freud S.** (1915), The unconscious. Standard Edition, 14:166-215.
 6. **Freud S.** (1921), group psychology and the analysis of the ego. Standard Edition, 18:69-143.
 7. **Freud S.** (1924a), Neurosis and psychosis. Standard Edition, 19:149-153.
 8. **Freud S.** (1924b), Loss of reality in neurosis and psychosis. Standard Edition, 19: 183-187.
 9. **Hanly C.** (1979), Existentialism and Psychoanalysis. New York: International Universities Press.
 10. **Hanly C.** (1992), The problem of Truth in Applied Psychoanalysis. New York: The Guilford Press.
 11. **Laplanche J.** (1992). Interpretation between determinism and hermeneutics: a restatement of the problem. International Journal of Psycho—Analysis, 73: 429-446.
 12. **Quine WV.** (1953), From a Logical Point of View. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
 13. **Ryle G.** (1966), The Theory of meaning. In: British Philosophy in the Mid-Century, edited by C.A. Mace, London: George Allen and Unwin, pp. 239-264.
 14. **Sacks O.** (1993), A neurologist's notebooks. New Yorker, 69:106-125.
 15. **Tarski A.** (1944), The semantic conception of truth. In: Readings in Philosophical Analysis, edited by H. Feigl and W. Sellars. New York: Appleton—Century—Crofts, 1949:52—84.
 16. **Videman S.** (1970), La Construction de l'espace Analytique. Paris: Denoel.
 17. **Wallheim R.** (1993), The Mind and its Depths. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
 18. **Wittgenstein L.** (1953), Philosophical Investigations. New York: MacMillan.

**Descriptores: DETERMINISMO/ CAUSALIDAD/ SIGNIFICADO
INTERPRETACIÓN/ AFECTOS / EPISTEMOLOGÍA/
MATERIAL CLINICO**

Discusión del trabajo del Dr. Charles Hanly

“La naturaleza del significado en el momento clínico: afectividad en la respuesta del analista como instrumento para descubrir el significado del paciente”

*Discutidora: Fanny Schkolnik **

Este trabajo nos lleva a transitar por una zona en la que se ubican muchos de los problemas que se discuten actualmente en psicoanálisis. En ese campo en el que confluyen psicoanálisis y filosofía, el Dr. Hanly trabaja la noción de significado, en relación al material clínico de un paciente en análisis, dando lugar a que podamos entender mejor, cómo fundamenta sus ideas acerca de este tema y a la vez permitiendo que surjan las interrogantes que llevan a diferentes criterios en cuanto al papel que desempeña el significado en psicoanálisis. Allí hay un punto—problema. Y el trabajo nos estimula a pensarlo.

En primer lugar, me parece importante señalar que el Dr. Hanly utiliza la noción de significado como equivalente a sentido. Su postura coincide con la de muchos filósofos y lingüistas actuales. Sin embargo, la posibilidad de mantener esta diferenciación, como lo entienden otros, permite dar cuenta mejor de esa forma particular de conocimiento que surge en el análisis, a la que llamamos “insight.”

Prieto, citado por Mounin (1), propone una distinción que a mi modo de ver

* Miembro Titular APU. Francisco Muñoz 3013, apto. 401. CF 11300.

contempla matices fundamentales para nuestra práctica analítica. “La significación se obtiene a través del conjunto de significados abstractos, mientras que el sentido se refiere a un enunciado particular concreto, explicitado por el contexto y por las circunstancias. Un enunciado tiene siempre la misma significación, su sentido varía cada vez que se enuncia, de acuerdo con el lugar, el momento, los interlocutores y el objeto de que se trata”.

De este planteo se desprende, tal como yo lo entiendo, que el significado implica una relación más universal y fija con el referente. En cambio el sentido se aplica a lo singular, es siempre móvil y relativo. Estas características tienen precisamente lo que se da en la situación analítica, en la que por el propio juego de transferencias surgen los nuevos sentidos, en el marco de un código común que se ha ido construyendo entre paciente y analista. A esto se refiere P. Aulagnier (2) cuando dice que la alianza y complementariedad de los dos discursos, en la experiencia analítica, permiten volver pensable, y parcialmente modificable, la vinculación del yo con esa “cosa” ignota a la que llamamos ello. Yo pienso que sólo a través de esa relación intersubjetiva en la que participa el inconsciente de ambos protagonistas, se podrá eventualmente establecer el entramado representacional y afectivo que supone un proceso de simbolización. Es en este sentido que Laplanche (3) habla del análisis como de una tarea simbolizante. “Simbolización que adviene en la cura, interpretación o autointerpretación, movimiento de la interpretación entre analista y analizado”.

El Dr. Hanly subraya la importancia de la afectividad como instrumento para descubrir el significado. Con esta afirmación también está diciendo que tiene muy en cuenta el papel de la contratransferencia en el trabajo del analista. Y así lo muestra en el material clínico que nos aporta. Pero en lo que no coincidimos es que mientras para él, el significado es independiente de lo que pasa en el analista en tanto la contra-transferencia sería sólo un instrumento para descubrir lo que ya está dado, yo prefiero pensar que es más lo que se construye que lo

que se descubre.

Otro punto de discusión, que en alguna medida se desprende del anterior, está vinculado al tema del determinismo y la causalidad. En la concepción del psiquismo que surge del trabajo, ocupa un lugar central la noción de determinismo. Para el Dr. Hanly, en el análisis habría referentes a descubrir, y en ese proceso de descubrimiento se establecerían las relaciones entre causas y significados, que jugarían un papel fundamental para los cambios.

Es importante, entonces, que nos preguntemos, qué alcance tiene para nosotros la noción de determinismo. Si bien hay grandes diferencias entre lo que dicen unos y otros analistas sobre este punto, yo pienso que, por lo menos en nuestro medio, la mayoría estaría de acuerdo en que es importante postular un determinismo psíquico, en cuanto a los efectos del inconsciente en el psiquismo y su incidencia a través de las muy diversas formas de expresión que alcanzan la conciencia: desde los sueños, los actos fallidos o los síntomas, hasta la elección de una pareja o de una profesión o la conducta aparentemente banal que alguien asume frente a los otros consigo mismo. En este sentido, el determinismo del inconsciente está siempre presente y condiciona la propia estructuración del sujeto.

Pero entonces ¿dónde están las diferencias respecto a este punto? A mi modo de ver, estas diferencias pasan esencialmente por la concepción del inconsciente con que nos manejamos. Para unos, lo inconsciente que nos determina puede llegar a conocerse en el transcurso del análisis, en la medida que puedan vencerse las resistencias que impiden el acceso a la conciencia. Esta es la concepción que sostiene Freud cuando habla de que el objetivo de la tarea analítica es “hacer conciente lo inconciente” (4) y también, es la que se desprende del trabajo del Dr. Hanly al suponer que de lo que se trata es de descubrir los referentes que están en el origen de los síntomas.

Pero también Freud dice que lo inconsciente es incognoscible y habla de resistencias que no pueden vencerse y marcan los límites del análisis. De ahí que otros analistas, en desarrollos que siguen esta otra línea de reflexión, nos plantean un objetivo de descubrimiento sino de construcción e historización.

Yo pienso que el pasado, tal cual fue y lo vivimos, no se puede descubrir, porque no está. “Un nexo originario se perdió” decía Freud (5). Cuando digo que ese pasado no está, no pienso que no existió ni que no ha dejado trazas en el sujeto, como afirma Viderman (6) que se ubica en una postura extrema al decir que todo se construye en el análisis, que la representación está estallada y que *no hay* pasado. Me refiero a que el analista y el paciente sólo pueden acceder al inconsciente indirecta y fragmentariamente. Que esos nexos originarios perdidos dejaron huecos que en parte fueron ocupados por fantasías, sufriendo a la vez sucesivas retranscripciones y en parte quedaron definitivamente como sombras de un pasado perdido.

Por otro parte, si tenemos en cuenta que el inconsciente de los padres y abuelos incide y juega un papel determinante en la vida de cada sujeto, el objetivo del descubrimiento se vuelve cada vez más distante.

Otro punto del trabajo abierto a la polémica, está vinculado a una concepción de la cura que ubica al significado en un lugar privilegiado respecto a los cambios que se dan en el paciente. En el momento analítico que describe el Dr. Hanly, el Sr. J., a partir de la interpretación de su analista recupera el recuerdo de su acto fallido y junto a él, surgen otros recuerdos que le permiten conectarse con el niño desamparado que habría en él y encontrar así el significado de sus conductas y vivencias más recientes.

Son varios los interrogantes que me deja esta propuesta. ¿Será que éstas vivencias de niño desamparado pertenecen verdaderamente al pasado, actuando en una relación causal con lo actual, o habrán sido construidas posteriormente,

en la propia situación analítica, como resultado del interjuego transferencial? ¿Los efectos de cambio de la interpretación estarán esencialmente ligados a los significados? O más bien habría que pensar que el cambio está vinculado a que en la relación con el analista se desplegaron vivencias de niño desamparado, mientras que el analista quedó ubicado en otro lugar que el de la madre que tuvo el paciente y que la que hubiera querido tener. Y tal vez, desde ese otro lugar permitió que el paciente saliera de una situación de no cambio, de repetición, y pasara a tener cambios tanto en sus conductas en la relación analítica como en otros vínculos.

En cuanto al acto fallido del paciente que apaga él mismo la calefacción y se queda sufriendo en ese frío cuarto de pensión, comparto con el Dr. Hanly que parece ser una actuación de memorias tempranas. Pero no sé si lo acompaño tanto en la convicción de que con el acto fallido el paciente se estaría castigando por los sentimientos que tuvo luego del nacimiento de su hermano, cuando él tenía dos años. Desde otra perspectiva, también se podría pensar que el acto fallido no estaría vinculado esencialmente con la culpa, sino con la posibilidad de poner en escena sus vivencias de frialdad y abandono, que no alcanzaron a ser procesados a nivel de la palabra, y se repiten en actos.

Finalmente, en cuanto a la importancia de la contratransferencia como instrumento fundamental para nuestra tarea, es un punto de vista que comparto totalmente. Y me pareció muy interesante en ese sentido la noción de “afinidades” de Wolheim, porque nos permite salir del encierro en que nos puede dejar la idea de que la comunicación que se da entre analista y paciente se puede entender sólo por el interjuego de introyecciones y proyecciones. Yo pienso que se va construyendo un cierto código común que no se limita al registro de la palabra, en el que, siguiendo a Wolheim, podríamos decir que convergen afinidades, que se van procesando en el marco del espacio analítico.

Marzo 1995

Referencias

1. **G. Mounin.** Diccionario de lingüística. Editorial LABOR
2. **P. Aulagnier.** El aprendiz de historiador y el maestro brujo. Amorrortu.
3. **J. Laplanche.** Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. Amorroitu.
4. **S. Freud.** El método psicoanalítico de Freud. Obras Completas. Tomo VII. Amorrortu.
5. **S. Freud.** Manuscrito M. Obras Completas. Tomo I. Amorrortu.
6. **S. Viderman.** La construction de l'espace analitique. Denoël.

*Discutidor: Carlos E. Caorsi**

No puedo comenzar estas líneas sin mencionar la profunda y excelente impresión que me causó el trabajo del Dr. Hanly. Aborda problemas que a mi entender son cruciales para el psicoanálisis actual y lo hace desde una perspectiva que promete ser clarificadora en varios aspectos. Todo ello me hace pensar que el trabajo merece un análisis mucho más detenido que el que estoy en condiciones de hacer en esta apurada síntesis, que las exigencias de su plazo de entrega me han obligado a hacer tras una única lectura aunque atenta del artículo.

Entiendo que el mismo toca varios puntos fundamentales de un modo que merece una reflexión detenida en tanto que abren a mi entender un campo de

* Profesor de Filosofía de la Facultad de Humanidades. Paraguay 1034, apto. 1404.

trabajo promisorio. Pero por las razones aludidas me voy a detener tan solo en una de esas partes, cuya importancia creo que merece destacarse. Se trata del problema del significado y la causalidad en la clínica psicoanalítica.

Coincido con el Dr. Hanly en que significado y causalidad no son antitéticas y pienso además que la defensa de la causalidad en la clínica es una condición necesaria de praxis psicoanalítica. Creo que no hay psicoanálisis posible sin causalidad. Sin embargo creo que dicha defensa no es fácil y la resistencia con que esta defensa se encuentra es una prueba de dichas dificultades.

Si bien creo que no todas las críticas a la propuesta de la existencia de relaciones causales que el psicoanálisis debe tomar en cuenta merecen ser consideradas con la misma detención, existen algunas que revelan a mi entender problemas reales. Y creo que los escollos más duros son los que se asientan en la oposición entre razones y causas. La línea de separación entre ellas ha sido uno de los escollos más duros con los que se ha enfrentado todo intento de hacer ciencia acerca de los fenómenos mentales. Es cierto que como señala Hanly, Davidson (1) ha mostrado que tal línea de demarcación no es tan nítida y que las razones pueden operar como causas para las acciones. También es cierto que Davidson (2) vio en la propuesta freudiana de una mente dividida el modo de dar cuenta de acciones en principio consideradas irracionales, en tanto que podía explicar la existencia de razones que pueden operar como causas para acciones para las cuales no son habitualmente razones. Pero no es menos cierto que Davidson (3) sostuvo que no es posible formular leyes causales para fenómenos mentales. Y la razón que dio de ese hecho fue que si bien para cualquier fenómeno psicológico podemos dar una descripción en términos puramente físicos nos es imposible establecer que cualquier predicado físico, por complejo que sea, tenga la misma extensión que un predicado psicológico dado. Con ello no es posible establecer leyes generales a propósito de los mismos. La correlación vale solo para fenómenos mentales singulares. Esto que

parece un escollo insalvable, creo que no resulta tan determinante a partir de la propuesta de Hanly. En su artículo muestra a través del análisis de lo que llama el “momento clínico” de qué modo ciertas determinantes inconscientes operan como determinantes causales de la conducta del paciente. Esa es una de las acepciones que otorga al término “significado”. Como tratamos con hechos singulares la limitación que Davidson plantea por cierto no se aplica a estos casos. Como él mismo señala puede haber en estos casos explicaciones causales. Esto creo que permite incluso dar una respuesta desde una perspectiva determinista a las objeciones que se hacen desde la perspectiva de que el acontecimiento clínico, dada su peculiar singularidad, no es explicable en base a relaciones causales. Más bien, yo diría que precisamente es esa singularidad la que hace posible explicaciones causales. Por cierto que subsiste el problema de la formulación de las leyes psicoanalíticas como leyes causales. Pretender eso sería de acuerdo con Davidson un proyecto destinado al fracaso. Sin embargo, ¿serán necesarias leyes generales aplicables a clases particulares infinitas de fenómenos para que el psicoanálisis se pueda proponer como disciplina teórica reglamentada acerca del funcionamiento psíquico? Tal vez no lo sea. Sin embargo la hipótesis del determinismo psíquico puede y debe plantearse y no tiene menor dignidad ni fundamento que la hipótesis del determinismo físico planteada por la física. Ambas son condiciones necesarias para poder empezar a formular una teoría. Sin determinismo no podemos aprender del pasado y de nada nos servirá toda la experiencia clínica que años de trabajo nos permitieran recoger. Creo que el punto es, ¿hasta donde no es posible establecer generalizaciones en psicoanálisis? ¿Qué leyes pueden establecerse y cuales no? Y ¿de qué modos las mismas pueden orientar la clínica psicoanalítica? Tal vez la tan mentada singularidad del psicoanálisis resida en los lugares exactos en que esa línea pueda trazarse. Creo que propuestas como la de Hanly ayudan a esta tarea.

Referencias

1. (1963) "Actions, Reasons and Causes" *Journal of Philosophy*, LX Pags. 687-700.
2. (1981) "Las paradojas de la irracionalidad" *Análisis Filosófico* Vol 1, N 2. Bs. As.
3. (1974) "La mente material" Versión española en *Mentes y máquinas*. Tecnos. Madrid. España. 1985

Entrevista* al Dr. Otto Kemberg**

*Gladys Franco****

G.F. *Sabe que me dieron que en Estados Unidos se dice que hay tres Kemberg: uno que escribe, otro que viaja, otro que enseña... ¿Usted qué piensa de esto? ¿Es así...?*

O.K. Bueno, hay uno que ve pacientes...

G.F. *Hay cuatro...*

O.K. Claro, que ve candidatos en análisis, y da supervisiones. De hecho puedo combinar las cosas que estoy haciendo porque trabajo muchas horas. El 50% de mi tiempo está dedicado a ver pacientes, a hacer análisis didáctico, psicoterapia, y estudios diagnósticos de pacientes, o sea el 50% está dedicado al trabajo clínico, 25% a educación e investigación y 25% a administración.

* Entrevista realizada en noviembre de 1994.

** MD Sociedad Americana de psicoanálisis. New York Hospital. Cornell Medical Center. Westchester Division, 21. Bloomingdale Road, White Plains. NY 10605, USA.

*** Miembro Asociado APU. W. Beltrán 1809. GP 11600

G.F. *¿No dedica más tiempo a la formación en Psiquiatría, que en Psicoanálisis?*

O.K. No. Por supuesto que también me dedico a la formación de psiquiatras, pero es parte de mi trabajo —digamos— educativo, y hago Seminarios, enseñanza dedicada al Psicoanálisis *más* que a la Psiquiatría.

G.F. *Sí, eso en estos últimos trabajos suyos queda claro, aunque tal vez en los textos —no me refiero a los trabajos publicados en las revistas internacionales, sino a los textos-... El primer texto suyo dedicado a las patologías narcisistas y fronterizas es considerado excesivamente psiquiátrico. Si bien hay —por supuesto—y se ve, toda una concepción metapsicológica psicoanalítica, ésta es la crítica que se le ha hecho. Yo le reconozco que en los últimos trabajos lo veo a usted más psicoanalista que en los años '70.*

O.K. Si, tengo aquí conmigo un libro que voy a dejar para la biblioteca de ustedes, es el último libro que acaba de salir, sobre psicopatología de las relaciones de amor, estudio psicoanalítico de las relaciones de la pareja, para ilustrar lo que usted está diciendo. Lo que he tratado de hacer es de trabajar simultáneamente en el desarrollo de teoría psicoanalítica, de técnica psicoanalítica, de concepción psicoanalítica, y de aplicación del Psicoanálisis a la Psiquiatría. Yo creo que es importante hacerle comprender al mundo psiquiátrico que el Psicoanálisis tiene cosas fundamentales con que contribuir. En ese sentido sí, he tratado de llevar el Psicoanálisis a la Psiquiatría, y con cierto éxito, pero eso no significa que esté descuidando el Psicoanálisis para dedicarme a la Psiquiatría o que tuviera una identificación psiquiátrica como opuesta o distinta o remplazando la psicoanalítica. De ningún modo.

GF. *Con respecto al trabajo con los pacientes fronterizos, usted en los primeros textos hablaba de Psicoterapia Expresiva para estos pacientes. Hay un trabajo en el que usted explica en qué consiste, se trata de trabajar primero la transferencia en torno a las relaciones objetales parciales, en el aquí y ahora, y sin ir a la reconstrucción genética sino hasta mas tarde avanzado el análisis. ¿Usted sigue diferenciando el trabajo para el paciente fronterizo o esto que describe puede ser llamado también Psicoanálisis? ¿Usted sigue sosteniendo que el tratamiento de elección para el paciente fronterizo no es el Psicoanálisis, o habría un cambio allí en su postura?*

O.K. A través de los años, por supuesto que ha habido cambios en mi postura. Para empezar, la razón por la cual llamo a ese tratamiento Psicoterapia Expresiva o Psicoanalítica —uso esos términos como equivalentes-, claro que uno puede decir que psicoterapia psicoanalítica son todas las psicoterapias que se hacen bajo el influjo del Psicoanálisis, incluso las de apoyo...

G.F. *Eso es demasiado amplio...*

O.K. Sí, desde un punto de vista práctico, uso el término de Psicoterapia Expresiva. No se si usted me escuchó ayer en la conferencia, en lo relativo a esta controversia. De hecho hay autores que podrían llamar a esto una forma de Psicoanálisis. Yo prefiero no hacerlo porque me gusta mantener el encuadre muy clásico del Psicoanálisis. Habría pacientes limítrofes que podrían ser analizados, y mi tendencia a hacer análisis clásico de paciente limítrofes, ha aumentado en años recientes. Por ejemplo, todas las estructuras narcisistas —excepto los pacientes que

están funcionando en un nivel francamente borderline que tienen una incapacidad del yo para aceptar un tratamiento analítico, que el actuar es tan grave que es imposible no salir de una posición de neutralidad técnica, la vida de los pacientes corre peligro— el mantener el encuadre prácticamente obliga al analista a con *trolar* durante la hora. Esos son pacientes con los que yo prefiero hacer Psicoterapia Psicoanalítica. Pero fuera de eso, en general los cuadros narcisistas yo ahora los trato con Psicoanálisis standard, pacientes que tienen patología mixta, histérica e histeroide, los tipos de Zetzel 2 y 3, también tiendo a tratarlos con Psicoanálisis ... Y algunas personalidades paranoides y esquizoides que están funcionando relativamente bien sin manifestaciones muy marcadas de debilidad del yo, tiendo a tratarlas psicoanalíticamente. Así que he aumentado las indicaciones de Psicoanálisis, pero siempre hay casos en los que el Psicoanálisis está contraindicado y donde sin embargo la psicoterapia de orientación analítica, de base psicoanalítica, me parece que es el tratamiento ideal en contraste con psicoterapias de apoyo o de otro tipo de tratamiento farmacológico, en este sentido creo que es una aplicación importante del Psicoanálisis.

Y ¿por qué hago la diferenciación? Por las razones que dije ayer, porque me parece que si llamamos todo Psicoanálisis, se corre peligro de diluir la técnica psicoanalítica propiamente dicha. Prefiero verla muy estable para ver cualquier cambio que pueda introducir en ella, precisarlo. Si mantengo un marco muy suelto es más difícil diagnosticar cuales son los cambios, qué significa eso, qué efectos tiene.

G.F. *En su respuesta me introduce en otra pregunta que le quería hacer, algo que conversé con unos colegas: una de las corrientes que no haría mayor diferencia entre psicoterapia y Psicoanálisis, usted la llama la Escuela Interpersonal de Psicoanálisis, no me queda claro a quienes incluye usted dentro de esa categorización, en esa escuela.*

O.K. Incluyo a Greeberg, Mitchell, Stolorow...

G.F. *¿Ellos se definen a sí mismos así? ¿Constituyen una escuela de Psicoanálisis?*

O.K. Si. Mitchell claramente habla de que él hace Interpersonal Psychoanalysis. Dentro de la Academia de Psicoanálisis de Estados Unidos, son los grupos influidos por el Psicoanálisis Culturalista de los años 50 y 60. En general la mayoría está fuera de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana.

G.F. *¿Incluidos en la I.P.A.?*

O.K. Si. Stolorow y otros están en la I.P.A. La orientación cubre tanto a teóricos que están en la I.P.A. y otros que no lo están como es el caso de Greeberg y Mitchell.

G.F. *¿Hay divisiones grandes dentro del Psicoanálisis en Estados Unidos actualmente?*

O.K. En este momento hay divisiones importantes, ha desaparecido el monopolio de la Psicología del Yo. Siempre sigue siendo importante la Psicología del Self, kohutiana, una serie de analistas muy distinguidos trabajando en ella, esa es una corriente. Otra corriente es precisamente la Interpersonal que le mencioné. Otra corriente es una Psicología del Yo radical, si quiere llamarla así, de Charles Brehner, quien últimamente ha descartado los conceptos estructurales y reducido toda psicología del Yo al análisis de... pulsiones, formación de compromiso, y conflicto inconsciente. Ha abandonado la consideración de mecanismos específicos de defensa en contraste con formaciones de compromiso entre impulso y defensa. Superyo, Yo, Ello, ya no hace esas diferenciaciones, todo es

formación de compromiso entre impulso y defensa y... conflicto inconciente. Entonces ésta es la posición radical. En seguida tiene usted la posición tradicional de la Psicología del Yo, que está defendiendo mucha gente, como por ej. Arlow, Gray, Boerky. Es casi una mayoría de los clínicos que están formados, y algunos que están moviéndose hacia la Psicología del Yo... los analistas que están trabajando con caracteropatías graves, como Vamik Volkan, Arnold Modell... Jerome Adler... que están moviéndose un poco hacia Winnicott, y Kohut en el caso de Adler... en Modell hay influencia también winnicottiana... O sea, son psicólogos del Yo que están tomando teorías de relaciones de objeto, en parte derivadas de Winnicott, en parte derivadas de mi trabajo.

G.F. *Usted menciona como los analistas pueden ir modificando su pensamiento, con la práctica, a lo largo de los años, usted mismo ¿no? en relación al tratamiento de los pacientes fronterizos. Ahora yo quería preguntarle qué le parece la postura de Herbert Rosenfeld, en su libro del '87, "Impase e interpretación donde hace una revisión y un cuestionamiento del trabajo sistemático de la envidia en la transferencia..."*

O.K. Si. A mí me ha influido enormemente Rosenfeld, en todas las consideraciones acerca del narcisismo le debo una parte muy importante en mi pensamiento que siempre le he reconocido muy abiertamente. Yo creo que estos desarrollos últimos de él, especialmente la clasificación que él hace de pacientes narcisistas en dos tipos, los de "piel gruesa" y "piel fina", es... problemática. No lo acompaño en eso, porque en los que él dice que son de "piel fina", son pacientes de una violencia inusitada muchas veces, que claro, son sumamente sensitivos, estallan, pero yo creo que la actitud interpretativa paciente, constante, puede resolver también

estas patologías de forma interpretativa, y la tendencia de él de ponerse más..., de hacer un poco de apoyo, como quien dice, de volver su técnica casi diría yo un poco más kohutiana, ahí no lo acompaño. Yo siento que él abandona la técnica muy nítida, kleiniana, que él ha tenido antes, con la cual me siento más...

G.F. *La insistencia previa de él era., la interpretación sistemática de la transferencia negativa, apoyado en la concepción de una voracidad oral excesiva, de un monto de envidia constitucional excesivo. En su revisión hay un cuestionamiento de la concepción metapsicológica previa.*

O.K. Si. Lo que él dice es que estos pacientes de piel delgada han sido pacientes muy traumatizados, en los que la agresión y la envidia es secundaria a graves traumatizaciones. Yo estoy de acuerdo con él en la etiología, que hay factores traumáticos muy importantes; pero creo que eso no exige un cambio en la técnica psicoanalítica; el desacuerdo que tengo no es respecto de los factores traumáticos, yo creo que ahí tiene razón, yo he hecho las mismas observaciones, pero que eso signifique cambiar la técnica psicoanalítica lo cuestiono, porque me parece que en esos pacientes sumamente traumatizados hay una identificación inconsciente con el agresor. Y esa violencia inusitada no es simplemente que tengan una gran sensibilidad sino que es una identificación inconsciente con el agresor, e interpretando esa identificación —inconsciente— permite que gradualmente adquieran conciencia de que la única alternativa a ser una víctima del trauma era dirigir ese trauma a otros. Y el análisis sistemático de esta relación primitiva creo que les ayuda más que el mirarlos más que nada como víctimas del trauma, y en esta forma asentar una escisión de las transferencias paranoides.

G.F. *A mí me parece que no hay tanta diferencia entre lo que usted dice y lo*

que dice él en última instancia, porque de alguna manera al decir usted que hay una identificación con el agresor, el trabajar la identificación con el agresor no es lo mismo que trabajar una envidia de carácter constitucional dramática. Hay una explicación a eso —en términos kohutianos “empática”- a la agresión, a la violencia.

O.K. Yo pienso que siempre hay una combinación de factores constitucionales y ambientales —en ese sentido, los pacientes así llamados de “piel gruesa”—...; tampoco creo que la envidia sea innata, siempre hay compromiso entre disposición y ambiente...

G.F. ... *Y reactividad. No están tan lejos entonces...*

O.K. No en la etiología, la técnica...

G.F. *¿A usted le parece que Rosenfeld modifica la técnica?*

O.K. Yo siento que ha modificado un poco su técnica, y no sólo... Yo he discutido esto con Ricardo Steiner que es un discípulo de Rosenfeld, a quien respeto enormemente, y creo que él está de acuerdo conmigo que hubo un cambio en la actitud técnica de Rosenfeld. Por ejemplo, esto se ve también en la recomendación que él hace de ciertos pacientes que no toleran la interpretación de la identificación proyectiva, y que él los hace sentarse para analizar con ellos muy exactamente de dónde le vinieron a ellos las razones para sentirse perseguidos. Entonces Rosenfeld está tomando la actitud un poco de apoyo, reforzar la realidad, aclarar las cosas, en vez de seguir interpretando. Es decir que yo en esto me mantengo en una actitud más estrictamente analítica.

G.F. *Yo leí “Impase e Interpretación” y esas recomendaciones técnicas no están en ese texto.*

O.K. No, están en otro trabajo que escribí en esos años, sí.

G.F. *¿Cómo se ve como presidente de la I.P.A.?*

O.K. Y, yo no sé cómo va a resultar esa elección, de política uno no sabe nunca. Así que no tengo... Me siento moderadamente optimista pero yo sé que en cuestiones políticas hay que mantenerse objetivo, como dirían los americanos “very cool”. Tengo una visión clara de lo que yo haría. Yo ayer hice un análisis de lo que yo creo que son las funciones de la I.P.A., la estructura presente, los problemas de la estructura presente, cómo yo sugeriría cambiarlos. Dí una exposición bastante extensa y detallada de mi pensamiento. Y estaría dispuesto a hacer eso pero depende del resultado de las urnas, si la comunidad psicoanalítica da ese mandato o no... Yo estoy dispuesto a trabajar por el Psicoanálisis tratando de modificar las estructuras y ayudar institucionalmente al Psicoanálisis, o, si no resultara elegido seguir trabajando por el Psicoanálisis en mi trabajo clínico y científico y educacional...

G.F. *Y también a nivel de la I.P.A. porque usted en este momento ocupa el cargo de Vicepresidente...*

O.K. Por supuesto.

G.F. *¿Y cómo ve el Psicoanálisis en el mundo, en los próximos años, en este fin de siglo postmoderno; hay una visión un poco catastrófica del destino...*

O.K. Yo no diría catastrófica, pero tenemos problemas serios: estamos siendo atacados, desde la cultura, de las elites intelectuales, de la Universidad, del mundo científico, de la psiquiatría, la psicología, las humanidades, y yo creo que tenemos que responder a este desafío aumentando nuestros contactos y dando a conocer nuestros desarrollos científicos, desarrollando nuestras contribuciones científicas al entendimiento del ser

humano. El Psicoanálisis es una ciencia muy especial porque es al mismo tiempo ciencia especializada y una comprensión muy profunda del ser humano que tiene importancia humanista, filosófica y contribución a la cultura contemporánea. Y el Psicoanálisis tiene que interactuar con todos estos medios, y yo creo que la I.P.A. tiene que ayudar a eso. He desarrollado proposiciones concretas de cómo la I.P.A. puede hacerlo y creo que si la I.P.A. no lo hace va a debilitar ese lugar en esta tarea tan fundamental.

G.F Me queda una pregunta antipática para formularle, Dr. Kemberg...

O.K Yo creo que no hay preguntas indiscretas, solo hay respuestas indiscretas...

G.F. Bien ... es un comentario a una impresión vivida en grupos de estudio, que también ha sido mi impresión leyendo sus textos sobre patologías narcisistas... recojo siempre que los jóvenes —psicólogos, psiquiatras jóvenes-, sienten que usted siente antipatía por los pacientes narcisistas; dicen: ah! pero cómo se expresa de estos pacientes! dice que son insensibles, que son incapaces de afecto, que hacen un uso abusivo del objeto...

O.K. No es una pregunta antipática, yo creo que es una pregunta muy importante. Es un error muy frecuente que encuentro de parte de personas que están familiarizadas con mis escritos pero que no han tenido la posibilidad de discutir esto conmigo personalmente para hacer un trabajo clínico...

G.F. Se lo han dicho ya...

O.K. Sí, claro, especialmente de la escuela Kohutiana, yo diría que me lo dicen de la escuela Kohutiana todo el tiempo. Yo creo que estos pacientes tienen problemas muy graves, se aman mal a sí mismos y a los

demás; reconozco estos problemas y los enfoco, y los enfoco justamente porque no tengo una actitud moralista ni rechazante, por el contrario, lo veo como una tragedia humana, que trato de ayudar. Toda mi actitud es de ayudar a esas personas a resolver esta patología. Yo creo que desde este punto de vista la simpatía en el compromiso va con la persona total, no con esa parte de la persona que está afectada por la patología. Yo no haría ninguna confrontación con un paciente con quien no me siento profundamente identificado al mismo tiempo, sintiendo que la parte sana de él y mi interpretación están trabajando juntas. Creo que por el contrario, muchas veces las personas que no se atreven a confrontar a pacientes con sus dificultades están actuando por la fantasía de que estas son cosas tan terribles que mejor ni hablar de ellas. Yo tengo una fe muy profunda en la capacidad del ser humano de enfrentarse a sus dificultades. Creo con Freud y con Melanie Klein que la agresión profunda es uno de los destinos del ser humano, que tenemos tanto libido como agresión y que reconocer la agresión dentro de nosotros nos permite integrarla y sobreponemos a ella. Así que mi postura es profundamente freudiana.

G.F *A veces hay mal entendidos, ¿no?*

O.K Sí, sí. Yo creo que ese es un mal entendido, me alegra mucho que usted me lo haya preguntado.

G.F *Yo me alegro mucho de que usted me haya contestado de esta manera y le agradezco en nombre de la Comisión de Publicaciones de A.P.U, habernos concedido esta entrevista.*

El sustrato compartido de la interpretación*
Imágenes, afectos y palabras
en la experiencia analítica

*Beatriz de León de Bernardi***

Introducción

Es un punto de interés actual la reflexión sobre algunas de las características de los procesos latentes que están implícitos en las interpretaciones del analista.

¿Podemos investigar y describir los fenómenos que ocurren en el camino que nos lleva a nuestras interpretaciones? ¿Cuales son sus cualidades? ¿Cómo incide nuestro funcionamiento mental en la creación y determinación de los mismos?

En el presente trabajo buscaré explorar algunas de las características de lo que considero el sustrato de la interpretación. Pienso que en el proceso analítico se va creando una base común a paciente y analista que hace posible el movimiento que une escucha e interpretación.

Este sustrato se va constituyendo por el surgimiento de núcleos dinámicos interactivos en los cuales se produce, facilitado por la regresión, un estrecho interjuego de imágenes afectos y palabras entre paciente y analista.

* Trabajo presentado en el 38 Congreso Internacional de Psicoanálisis en Amsterdam, 1993. «La mente del analista». Publicado en la Revista de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Tomo L, N^o 4/5. Buenos Aires, julio-octubre 1993. Agradecemos a la APA la autorización para su publicación.

** Miembro Titular APU. Santiago Vázquez 1142. GP 11300. Montevideo, Uruguay.

Estos núcleos dinámicos surgen en momentos especiales del análisis en los cuales en mi experiencia se dio un intrincamiento entre las vivencias del paciente y las vivencias del analista. Estos momentos suponen una actividad intensa por parte del analista. Es a partir de los mismos que se desencadena el proceso interpretativo, ensamblaje complejo que genera condiciones nuevas, próximas a las del proceso primario en ambos términos de la pareja analítica. Considero que estos anudamientos constituyen el soporte de la dinámica de cada proceso analítico y tienen un carácter único que singulariza a cada análisis.

Desde diferentes perspectivas se ha señalado el carácter intersubjetivo del encuentro analítico. En la tradición del Río de la Plata encontramos entre otros los aportes de Liberman, (1970), Racker, (1977), W. y M. Baranger (1982), M. Baranger, (1992).

En forma más específica algunos autores se han referido a estos «puntos nodales» que se crean en la sesión analítica. Al describir su modelo interactivo del proceso, Toma, H. y Kachele, H. (1989) se refieren a «puntos nodales temáticos» o «focos interactivos» que se van sucediendo durante el transcurrir del análisis. De acuerdo a las características de estos focos el analista buscará desarrollar recursos técnicos y estrategias que faciliten el cambio psíquico del paciente.

Melshon (1989) señala como en la sesión «los tipos de habla, entonación, línea rítmica, modalidades de construcción, ... los movimientos expresivos del cuerpo ... todo en fin, se ordena en torno a puntos nodales de organización y desorganización».

Desde mi punto de vista estos nudos dinámicos interactivos, resultan verdaderas neoformaciones generadas la mayoría de las veces en forma inesperada por la situación analítica. En ellas se condensan aspectos concientes preconcientes e inconcientes de la interrelación entre paciente y analista y

desencadenan en ambos, procesos de asociación y de elaboración. Los fenómenos ocurridos en estos momentos de enlace mutuo dan pie a muchas de nuestras teorizaciones, sobre la transferencia y la contratransferencia. Ellos son, desde mi punto de vista, los que configuran junto con elementos que provienen del encuadre y de la realidad, la «geometría» del campo analítico. (W. y M. Baranger, 1982).

Se ha señalado asimismo la forma en la que, durante el proceso analítico, surgen en el analista pensamientos, imágenes y sentimientos. Levy (1985) piensa que ya Freud se había referido a este fenómeno. «Thoughts, images and feelings in the analysts are viewed by Freud as unconscious perceptions». A su juicio, estas manifestaciones expresarían diferentes componentes del movimiento empático del analista para con su paciente así como estarían en la base de mecanismos de identificación con el mismo. Considera a la empatía como el sustrato de la técnica analítica y estas «percepciones inconscientes» del paciente como un camino valioso en la comprensión del mismo.

Sin embargo es recientemente que se ha incrementado la investigación de la génesis de estos procesos en el analista y se ha mostrado como él mismo contribuye a crear las diversas percepciones que va teniendo de su paciente. Así J. P. Jiménez (1989) se refiere a «la contribución del analista en los procesos de identificación proyectiva». Schaffer (1993) y Bernardi (1993) en sus comentarios a la presentación de D. Duncan en el último congreso internacional de Amsterdam han mostrado la incidencia de la ecuación personal del analista en la escucha y la interpretación. El mismo tema del congreso «La mente del analista: de la escucha a la interpretación», señala un campo de investigación de interés actual.

No se avizora claramente el alcance o la repercusión que tendrá este tipo de investigaciones realizada por el analista en su sesión sobre el desarrollo del psicoanálisis actual. Sin embargo podemos suponer que confrontada *con* los aportes de la investigación empírica, tendrá consecuencias en desarrollos de la

teoría clínica y en replanteos metapsicológicos.

Material clínico. Núcleos dinámicos interactivos: sus características

A continuación tomando como punto de partida situaciones clínicas buscaré caracterizar estos momentos de encuentro a través de la investigación del modo de funcionamiento de la mente del analista.

Ilustraré tres de sus características que hasta ahora me han parecido más relevantes: en primer término el intrincamiento de las vivencias del paciente y las vivencias del analista; posteriormente me ocuparé de los procesos mentales del analista: la cualidad sensorial y regresiva que adquieren y su funcionamiento multimodal. Finalmente me referiré a algunas de las funciones que la interpretación posee para el analista en estos momentos.

Primera viñeta

Un paciente adolescente ha consultado a partir de momentos de gran inseguridad en sus relaciones de pareja en los que se ha sentido rechazado. Esta inseguridad se extiende a otras situaciones. Se defiende con intelectualizaciones y tomando distancia, buscando así lograr un mejor control de sus sentimientos. Tiene problemas con el manejo de su agresividad que en general es negada y cuando aparece le trae sentimientos de mucho desagrado. En su infancia tuvo dificultades con su control de esfínteres, presenta un aspecto desprolijo y a veces me impresiona como sucio. Quiere que el tratamiento marche rápido y me pide reiteradamente que lo «aprete» o lo «pinche» más.

Posteriormente a una interrupción imprevista de la sesión comete el siguiente lapsus. Al hablar de sus intenciones de establecer un vínculo sexual con alguna chica el fin de semana utiliza el término «acuchar» por «acostarse» *con* ella.

El lapsus mencionado provoca cierta conmoción en mí. Al explorar mi

vivencia contratransferencial admito que es cierto que este paciente me ha despertado cierto rechazo cuya razón no llego a clarificar totalmente. Quizás su aspecto sucio, su pedido de proximidad, ciertas conductas de desconsideración que vinculo a su agresividad —cuya raíz inconciente no se ha descubierto aún en el análisis.

Sin embargo en este momento su lapsus ha tenido en mí el efecto contrario: por primera vez siento un tipo especial de proximidad. He asociado inmediatamente su expresión «acuchar» con la exclamación ¡A cucha!, y ésta con el sentirse rechazado, empujado fuera del consultorio. El paciente asocia con situaciones infantiles de espera a la madre que le han traído gran angustia, como ser la enuresis. Se conectan en mí, sus esperas a la madre, la soledad y su gran angustia, la imagen del animal y la suciedad. Por primera vez siento que se abre una vía hacia la comprensión de mi sentimiento de rechazo que se vincula en parte a esta imagen de algo «animal», sucio arrinconado y rechazado que el paciente me transmite.

Sólo verbalizó sus sentimientos en relación a haberse sentido empujado de sus sesiones como si yo le hubiera dicho ¡A cucha!. El paciente sigue hablando como si nada pasara pero de pronto queda callado largo tiempo. Finalmente cuando vuelve a hablar dice que no se explica por qué ha sentido una emoción muy intensa que no sabe como entenderla, asocia con un poema que ha leído sobre la creación.

Meses después reaparecen en el transcurrir del análisis pero ahora explicitados por el paciente algunos de los aspectos vivenciados por mí en este episodio. «Me gustó tener perros desde niño, me daban lástima, creo que me identificaba con ellos..., lo veía como un animal un poco solitario, deseoso de que lo quisieran, ... quizás yo me sentía abandonado y deseoso de sentir cariño de los demás. No sé si esto fue antes o después de empezar la escuela . . .

Al tiempo, en otra sesión, el paciente sueña con la imagen de un animal en

una cuna. Era un «perro-pezu» mitad perro (de la cintura para arriba) mitad pez (de la cintura para abajo). Vuelvo a recordar el lapsus del paciente y mis asociaciones. Surge entonces en mí una nueva asociación: «acuchar»... «acunar». Trabajo sus asociaciones que giran en torno a la significación que tuvieron en su infancia ambos animales.

Me pregunto en qué medida estos fenómenos son comunes a otros analistas. Veamos una segunda viñeta extractada de un material publicado por una colega (Uriarte, 1988).

Un paciente comienza la sesión relatando los dolorosos sentimientos del fin de semana: «... estaba en un estado horrible, como de soledad, (golpea con el pie el portafolio que ha depositado en el suelo)..., necesitaba a alguien, ¿entendés? Una necesidad de tener relaciones sexuales, pero esto está mezclado con otras cosas... y no pasa... y no puede encajar. ¿Entendés? ... Quería tocar un cuerpo, algo ... (golpea). Un mundo ajeno a mí. ¿Entendés? . . .Amí, ¿qué soy? Soledad, vacío, aislamiento. ¿Entendés? Es miedo al desconocido, siento pánico.. .algo incontrolable. ¿Entendés?»

La analista interpreta: «Creo que con mi ausencia del fin de semana lo dejé expuesto al vacío y soledad, sin poder comprender lo que estaba sucediendo. »

En el comentario de la sesión la analista nos relata su vivencia contra-transferencial: «La reiteración de los ¿entendés? provocaron en mí, una sensación de gran desolación. Tuve la imagen de un niño que, lleno de rabia e impotencia, trata de que su lejana y distraída madre mire hacia él. Esto me llevó a pensar en la niñez solitaria del paciente, el trato frío y distante y las ausencias repetidas de la madre. Me sentía testigo en la situación analítica de una escena a través de la cual el paciente trataba de hacerme sentir toda la desolación vivida en la niñez y reavivada ahora en la transferencia. Me veo emocionalmente afectada....»

La analista considera relevante este momento del análisis y reflexiona sobre la

significación de su interpretación, en función de su incidencia en los momentos siguientes.

Buscaré estudiar estos momentos analíticos de estrecha comunicación, en un corte sincrónico, desde un microanálisis del proceso que permita caracterizar el modo de comunicación implícito en ellos.

El intrincamiento

Una primera característica que se nos destaca es el intrincamiento o anudamiento que se produce entre las vivencias del paciente y las vivencias del analista. En ambos momentos se da un estrecho intercambio entre ambos. Al mismo tiempo vemos cómo la interpretación parece ser la punta de un iceberg de un complejo proceso interior en el analista. Así en la primera viñeta el lapsus del paciente evoca en forma inmediata la expresión ¡A cucha! en la analista. Aunque próxima a la del paciente esta expresión implica una transformación no sólo del punto de vista formal sino en la misma vivencia de la analista, ya que se le aparece vívidamente, cargada de fuerza y condensando imágenes, afectos intensos, y pensamientos. Por otro lado despierta las asociaciones de la analista en relación a la historia de ése análisis. Esta transformación de representaciones y afectos en la analista que se expresa sólo parcialmente en la interpretación desencadena una emoción nueva en el paciente.

En el segundo caso es probablemente el golpe insistente del paciente en el suelo, o la repetición de sus palabras, más que su contenido, lo que provoca la respuesta de la analista.

La analista se siente invadida por la sensación de gran soledad que el paciente le transmite. Es entonces que la asalta la imagen del «niño que lleno de rabia e impotencia, trata de que su lejana y distraída madre mire hacia él.» En la imagen se condensan los sentimientos que la analista percibe en su paciente y en sí misma. Toda la escena alude a una dolorosa vivencia corporal de ausencia de

contacto físico, de aislamiento y frialdad. El gesto de protesta del paciente, que reclama aproximación, alude también a una vivencia de daño físico; golpea y es golpeado. La analista en su interpretación busca acercarse a la vivencia del paciente y modificar el gesto frío y distante con el cual siente que el paciente la identifica.

En ambos casos es como si se hubieran abierto canales de profunda comunicación que hacen posible que la escucha analítica genere intervenciones a las que el paciente reacciona, lo que a su vez provoca nuevas respuestas en el analista. En un primer nivel las respuestas son involuntarias escapando a la intencionalidad consciente. Se da una mayor permeabilidad a la comunicación de inconsciente a inconsciente, en el que el transcurrir del proceso analítico muestra manifestaciones del proceso primario.

He hablado de «núcleo» o de «nudo dinámico» porque pienso que esta expresión transmite más fielmente el entramado real del intercambio entre analista y paciente. Lo que muestra el estudio en detalle de estos encuentros son los canales de enlace entre los procesos transferenciales y los contratransferenciales.

Veremos a continuación los mecanismos implícitos en estos anudamientos que indican momentos de gran proximidad entre analista y paciente.

El carácter regresivo y figurativo de los procesos de imaginarización en el analista

En los casos mostrados vimos como en el analista transcurren procesos dinámicos de «puesta en imagen» o de imaginarización que facilitaron una reestructura de la significación. Estos procesos incluyen diferentes aspectos.

En primer lugar denotan un movimiento regresivo.

Más allá de las diferencias aparentes me he referido (de León de Bernardi, 1991) a la similitud entre el modo de pensar del analista en la sesión y el que

describe Freud, tanto para el sueño como para el recordar en la «Interpretación de los sueños». La mente del analista opera en estos momentos con mecanismos semejantes a los que Freud (1900) ha descrito como regresión formal y cuidado por la figurabilidad en el sueño. «En el sueño la representación vuelve a mudarse en la imagen sensorial («sinnliche Bild») de la cual alguna vez partió.» Ya E. Kris (1950) se había referido a una regresión útil promovida por el yo con la finalidad de enriquecerse en el contacto con el proceso primario.

En la viñetas a las cuales hemos hecho referencia vemos que las palabras adquirieron por momentos para el analista y eventualmente el paciente, un fuerte sentido expresivo y figurativo y remiten en forma inmediata a imágenes. Estas se presentan vívidamente y en forma inesperada en la mente del analista.

Algunos autores¹, han señalado este carácter «presentativo» del material analítico. Ciertos fenómenos en la sesión se imponen por sí mismos, tienen un carácter inmediato, no discursivo, no proposicional. El analista tiene la sensación de inmediatez con lo que allí va ocurriendo, pero al mismo tiempo dada la cualidad figurativa e hiperintensa de los fenómenos tiene la impresión que éstos como en el sueño le llegan desde afuera².

¹ Melshon (1989) distingue siguiendo a Cassirer dos formas de *constitución* de sentido, las formas discursivas y las no discursivas. Para él los fenómenos en la sesión tienen características semejantes a las de los símbolos no discursivos (imagen onírica, síntoma, mito, obra plástica) «sensible al clima único que imanta el encuentro de dos seres humanos, el analista puede darse cuenta, que el sentido de una sesión analítica se constituye como un mito, o como una creación de sentido en el mundo del ante». Para Tomás Bedó (1988) en la sesión existe un pensar presentativo y no proposicional. La experiencia del insight en la sesión es comparada por él a la experiencia estética. Para Marta Nieto et al. (1985) el sentido en el material se va constituyendo a medida que se van destacando líneas de fuerza que parecen imponerse por sí mismas.

² Muchos de los fenómenos o las experiencias a las que nos hemos referido están en la base de nuestras conceptualizaciones e inferencias sobre el inconciente. Así los desarrollos de Freud sobre la representación cosa o sobre las huellas mnémicas parecen apoyarse en estas imágenes regresivas hiperintensas de carácter alucinatorio que incluyen representaciones de íntimas vivencias corporales presentes en los sueños y en el movimiento de la asociación libre de sus pacientes.

En segundo lugar estos procesos de imaginización incluyen representaciones de gestos corporales, impulsos o movimientos ya sea de sí mismo y/o del paciente. La detención del «acceso a la motilidad» determinada por el encuadre, facilita que estos impulsos se expresen regresivamente en imágenes, a veces organizadas en escenas más o menos complejas.

En tercer lugar, estos procesos que parecen visualizarse en imágenes dinámicas que *incluyen* representaciones corporales, implican también la aparición y desarrollo de afectos intensos.

Si investigamos ahora, abarcando los tres puntos anteriores, las condiciones de figurabilidad en el analista vemos que en las dos viñetas estudiadas la configuración de la imagen constituye la culminación de un proceso de captación que implica un movimiento complejo en el analista. Pienso que se refieren a estos fenómenos muchos de los desarrollos en torno a la capacidad de ensoñación, o de «revenue» (Bion, W. R. 1962) del analista.

En el primer caso la transformación súbita del lapsus del paciente «acuchar» por la exclamación ¡A cucha! en la mente de la analista sirve de disparador a sus asociaciones que enlazan vivencias actuales y pasadas de ese análisis. La exploración de la vivencia contratransferencial implícita en la expresión que aparece en ella, permiten a la analista la asunción de su propio sentimiento de rechazo. Es probable que estuviera rechazando realmente al paciente tomando una actitud de distancia respondiendo inconscientemente a algo que la presencia de éste le provocaba:

«.Su aspecto sucio quizás, ciertas conductas de desconsideración»..

Emergen en ella fragmentos de la historia infantil del paciente: «Se conectan en mí, sus esperas a la madre en momentos de su infancia, la soledad y su gran angustia, la imagen del animal y la suciedad. Por primera vez siento que se abre

una vía hacia la comprensión de mi sentimiento de rechazo que se vincula en parte a esta imagen de un «animal», sucio arrinconado y rechazado que el paciente me transmite».

La imagen facilitará no sólo la captación de una identificación inconciente o preconciente del paciente, «la del animal arrinconado y alejado en su suciedad», sino que permite la constitución de una escena en la cual la misma analista se siente ubicada. En efecto la exclamación «¡A cucha!» que implica por parte de ella el tono de rechazo y el gesto inhibido de empujar le devela sorprendentemente su propia postura latente en la situación analítica.

En la segunda viñeta también vemos la conformación de una escena. En este caso parecería que la constitución de la misma fuera más repentina. El afecto intenso de gran desolación que surge en la analista (quizás por la reiteración del reclamo verbal y el sonido de los golpes del paciente en el suelo), se transforma súbitamente en la imagen «del niño que lleno de rabia e impotencia trata de que su lejana y distraída madre mire hacia él». Mientras que en el primer caso la analista queda ubicada en un gesto de enojo y rechazo, aquí parece serlo en un gesto de distracción, lejanía y frialdad.

En ambos momentos clínicos vemos como el proceso de puesta en *imagen* en la analista *implicó afectos* intensos y representaciones corporales de sí misma y del paciente.

Encontramos un fenómeno de circularidad regresiva mutua, de enlace recíproco. En ambas viñetas la analista se ubica en forma concordante o complementaria alternativamente (Racker, 1977). En el primer caso la analista pasa de una identificación complementaria, (la analista lo deja o empuja lejos de ella y el paciente se siente abandonado), a una identificación concordante, (la analista se ubica en el lugar del paciente lo que le permite captar la cualidad de su vivencia y produce la sensación de mayor proximidad en la sesión). En la segunda viñeta también vemos que se dan estos fenómenos alternativos en los que la analista pasa de una a otra forma de identificación. La ubicación

concordante con el lugar «del niño lleno de rabia e impotencia» la remite posteriormente a su ubicación complementaria como madre de gesto distraído y lejano. Esta ubicación es la que la analista buscará modificar por su interpretación.

A la vez vemos como el funcionamiento regresivo de la mente del analista no se da solamente en un sentido formal, sino que se siente viviendo en situaciones arcaicas y se producen en él identificaciones con representaciones arcaicas (regresión temporal, Freud 8 1900), de *sí* mismo y del paciente. Ambos momentos clínicos remiten a vivencias infantiles del paciente, y la analista asumirá en ambos casos, diferentes representaciones del vínculo madre niño.

El funcionamiento multimodal

Daniel N. Stern (1985) ha descrito basándose en diversos estudios, cómo los lactantes en el proceso de constitución de un sí mismo emergente, parecen tener una capacidad general innata a la cual denomina «percepción amodal». Por esta capacidad el niño podría tomar información sensorial recibida por un canal sensorial y de algún modo traducirla a otra modalidad sensorial. Stern muestra que en los momentos de sintonía afectiva (affective attunement) el apego entre el niño y su madre es en buena medida transmodal. La modalidad de expresión utilizada por la madre para reflejar la conducta del bebé es diferente a la modalidad empleada por el propio infante. Frente al gesto del niño que consigue ubicar una pieza en su rompecabezas la madre emite un ¡Sí! enfático. La sintonía afectiva de gesto y voz crea una intersubjetividad eficaz.

Este mismo fenómeno de la unidad de los sentidos y de la transposición amodal de la información aparece según Stern como algo que se da por sentado en la relación terapéutica y en los procesos de percepción y de creación artística donde las analogías transensoriales y las metáforas tienen un lugar privilegiado. Stern recuerda un pasaje de las «Correspondences» de Baudelaire.

Se ha dicho de que el analista dispone de un aparato perceptual ampliado (M. de M'uzan, 1983). Pienso que la situación regresiva del análisis activa en el analista de una manera semejante a lo que sucede en el artista, esta particularidad del pensar y de la comunicación humanas.

Tercera viñeta

Una paciente ha sufrido en su primera infancia una separación traumática de sus padres por causa de una enfermedad grave de la madre que posteriormente se recupera. Esta separación ha dejado profundas huellas en su psiquismo. Lo que ha transmitido la paciente en el transcurrir del análisis es que la vivencia traumática de alejamiento de sus padres ha provocado en ella la sensación de una inhibición en su desarrollo psíquico. «Fue como un golpe muy grande como de base, no se siguió normal, cortó todo.» La paciente siente esta restricción en la expresión de sus movimientos y sentimientos. Se siente muy frecuentemente con la sensación de tener que estar en determinada «pose», esto le evoca vivencias infantiles «me venían ganas de jugar y de protestar y no lo hacía, parecía muy grande para poder hacerlo».

Al comienzo del análisis se puso de manifiesto una transferencia negativa intensa con características paranoides. A medida que el análisis ha avanzado van apareciendo los deseos de unión no expresados con la madre. Estos deseos tienen un carácter ambivalente. La paciente busca la unión pero al mismo tiempo tiene la sensación de pérdida del espacio propio. Esta situación es la que comienza a elaborarse en el análisis cuando la paciente tiene el siguiente sueño:

«Ayer y hoy estuve soñando con imágenes como flashes... Había mucha agua, y un acantilado de piedras muy altas. Yo iba con una compañera. Teníamos que *subir*. *Ibamos* como volando dando saltos muy grandes que normalmente no se pueden dar. Cada vez más alto superando el límite del miedo. Había sol y el mar estaba muy azul. Me daba miedo y no me sentía

segura. Siempre quería volver atrás. Realmente me podía caer y lastimarme, pero por otro lado sabía que no me iba a caer o lastimar»...

A: ¿Eso de que saltaban o volaban?

«Era muy lindo, como volando, muy calmo, no había ruido. El mar quieto las rocas quietas, pero daban la impresión de que estaban llenas de vida. No se movía nada, nada más que la persona que estaba conmigo y yo».

Se trabajan en la situación transferencial las variaciones en los deseos de acercamiento a la analista.

Pero veamos la percepción que la paciente tiene de la analista.

«Hay veces que vengo Ud. habla y yo no la escucho. No pienso lo que dice, puede, que lo que importe, pueda ser la voz, y la situación. Es como que estoy acá y no estoy acá. Estoy acá tranquila... Cuando se escucha es un acompañar.. .Es algo tranquilo (dice que le pica el brazo)... Es absurdo pensar como se dan la armonía y el enfrentamiento... »

Como vemos en el movimiento del vuelo del sueño, la paciente plantea su necesidad de apertura y libertad interna frente al sentimiento de restricción e inhibición. En la vivencia de restricción corporal está condensada su vivencia de inhibición y freno en su crecimiento psíquico.

En su percepción de las características de la voz de la analista puede haber sin duda elementos proyectivos, pero me inclino a pensar que la paciente ha captado en la entonación de la voz de la analista —que probablemente vaya más allá de su intención conciente— el impulso afectivo de acompañarla, en forma tranquila, en sus movimientos de expansión narcisista, de amor y de odio, de «armonía y enfrentamiento». Las palabras han seguido aquí un camino regresivo, su carácter representativo como dice la paciente ha pasado a segundo plano «...no la escucho. No pienso lo que dice».. .y entonces el tono adquiere de pronto una significación metafórica. Como ciertos sonidos de la música, incluye representaciones, imágenes, que buscan acompañar el

movimiento abierto del vuelo del sueño. Este momento de encuentro en el cual se siente sin duda una sintonía entre paciente y analista contribuiría a establecer una base de comunicación que permitiría afianzar la alianza terapéutica facilitando el análisis de sentimientos ambivalentes «la armonía y el enfrentamiento» y el acceso al análisis de representaciones sexuales reprimidas. La referencia corporal del tono de voz ha implicado seguramente para paciente y analista alguna representación inconciente de contacto físico que reaparece en forma encubierta en la picazón del brazo de la paciente. Pero la palabra que en algún sentido es «cuerpo sutil», como señala Lacan, también va introduciendo un principio de secundarización y un nuevo tipo de ligadura de la pulsión.

La situación regresiva propia del análisis facilita entonces, que la mente del analista funcione con una gran permeabilidad, como lo hemos visto en este último ejemplo en el cual la entonación de la voz y la imagen del movimiento parecen intercambiarse.

Creo que la idea de un funcionamiento multimodal enriquece particularmente la comprensión de la dinámica de estos momentos de intrincamiento. La unidad de los fenómenos sensoriales y la transposición de la información en la mente del analista estaría potenciado por el funcionamiento del proceso primario, el cual implica la circulación de una energía libre que estaría en la base de los mecanismos de condensación y desplazamiento. Este funcionamiento se pone más fácilmente de manifiesto en los procesos de la comprensión e interpretación del analista y en los procesos de la creación artística donde se expresa especialmente en el surgimiento de metáforas y metonimias.

Pienso que la capacidad de «revenir» del analista que tiene la función de metabolizar y elaborar vivencias en la sesión, se vincula en parte con la capacidad de transitar alternativa o simultáneamente diferentes registros de expresión en sí mismo y en el paciente buscando dar cabida a fenómenos aún informados. Así imágenes, sentimientos, representaciones corporales y palabras pueden desplazarse o condensarse en una representación,

intercambiarse, retraducirse. En la tercer viñeta vemos desplegada esta capacidad de metaforización. A su vez los fenómenos de sintonía regresiva hacen posible que lo que se expresa en un registro alcance su significación para el paciente y para nosotros mismos en otro. En el primer caso la metabolización y elaboración por parte de la analista de las imágenes que la llevan a la interpretación encuentra como eco la aparición de la emoción nueva en el paciente.

La atención flotante parece incluir una doble función: la de captar y registrar la diferenciación cualitativa y la metaforización de los fenómenos que se le presentan al analista (provenientes del paciente, de la interacción o de sí mismo) y una función globalizadora integradora de fenómenos que se dan simultáneamente, y a los cuales puede atribuirles un sentido.

El movimiento de la interpretación: las palabras entre analista y paciente

En los momentos de intrincamiento mostrados hemos visto como se desdibuja la asimetría analítica al compartir paciente y analista un camino regresivo. En la interpretación el movimiento se invierte. Las palabras del analista quedan allí vinculadas a sus experiencias de análisis, auto— análisis y formación, lo cual implicará que sus teorías serán sin duda un referente presente. La interpretación tendrá también un sentido «progresivo» y puede apuntar a describir, organizar y modificar la experiencia vivida en la situación transferencial.

Como ha sido señalado entre otros por C. Bollas (1987) el mismo analista puede convertirse en un objeto transformador para el paciente. Pero esta transformación sólo se hace posible si es mediatizada por una transformación ocurrida en la mente del analista. La interpretación puede modificar una experiencia regresiva no sólo del paciente sino del mismo analista. Así en la primer viñeta la interpretación facilita a la analista el tomar conciencia y elaborar su sentimiento de rechazo. Esto le permite dar un lugar diferente al

paciente lo cual genera emociones y representaciones nuevas en ambos.

En el segundo caso la analista transforma con sus palabras su propia vivencia contratransferencial. Su interpretación que la ubica cerca de las vivencias del paciente, la rescata de sus sentimientos de desolación y apunta a organizar una nueva experiencia en ambos. Modifica así su contratransferencia concordante. (Racker, 1977). Algunas veces, como en el tercer caso, el movimiento de la interpretación excede la verbalización conciente del analista. Allí es su voz o el tono de la misma que ha transmitido su voluntad, no del todo conciente, de acompañar un movimiento de apertura y crecimiento psíquico. Pero son procesos internos como los vistos en el punto anterior los que permitieron esta transmutación.

En la interpretación encontramos entonces un doble movimiento. Por un lado la misma implicará cierto proceso de clarificación y de traducción para el paciente. Pero concomitantemente es necesario que el analista pueda realizar una interpretación de los efectos de la escucha en sí mismo, lo que A. Skolnikoff (1991) llama «selfreflections» del analista. Esto implica el que el analista pueda estar alerta a los complejos procesos de traducción y de transcodificación que se dan en sí mismo, y a los efectos que puedan tener en el proceso.

Pero no puede olvidarse el aspecto defensivo, que sin duda está presente en estas situaciones de acercamiento al paciente, en estos nudos interactivos. El carácter hiperintenso de estas formaciones muestra que tienen algo de verdaderamente transaccional pero ubicado ahora en un campo intersubjetivo. Por eso pueden representar no sólo un camino de acceso a la conflictiva inconciente del paciente sino también corresponder a aspectos defensivos del mismo analista. J. Lacan (1953) ha mostrado los aspectos engañosos del registro imaginario así como los avatares defensivos del acercamiento o el enfrentamiento narcisista.

Este carácter defensivo de las formaciones compartidas ha sido destacado

desde varios ángulos. W. y M. Baranger(1982) nos han prevenido sobre la constitución de baluartes en el campo analítico que detendrían la dinámica del proceso. M. de M'uzan (1989) se refiere a una serie de medidas defensivas del analista frente a su paciente que van desde el exceso de observación a la distracción, del mutismo a la interpretación—seducción, desde la búsqueda de satisfacciones pulsionales, incluidas las masoquistas, a la búsqueda de suministros narcisistas.

La impresión que muchas veces siente el analista de sintonía con el paciente—ya sea en la complementariedad, concordancia o aún en el enfrentamiento—tanto como su intuición de lo que puede suceder en el proceso analítico, puede esconder fácilmente actuaciones del analista de aspectos de sí mismo, que se ponen involuntariamente en juego en la interacción analítica. Plantean la posibilidad de la seducción o la inducción.

En la primera viñeta relatada ¿responden las asociaciones de la analista a la proyección del paciente que no puede hacer lugar en sí mismo a sus propios sentimientos «sucios» agresivos y de rechazo? ¿sus sentimientos de mayor proximidad con él son fundamentalmente defensivos frente a los impulsos agresivos del paciente y frente a su vivencia de la sexualidad anal o genital? ¿O el lapsus del paciente esconde en sí mismo un elemento de fragilidad narcisista que es necesario reconstituir?

Y en cuanto a la analista ¿cuánto de su propia realidad psíquica se pone en juego? ¿Esconden estas asociaciones elementos resistenciales o conflictivos de sí misma?

En la tercera viñeta la irrupción de la sensación corporal en el brazo de la paciente sin duda debe provocar una alerta de la analista en relación a considerar aspectos inconcientes sexualizados, preedícos y edípicos, de la transferencia y la previenen de que pueda instalarse demasiado fácilmente en una transferencia materna asexuada, evitando a su vez el análisis de la transferencia negativa.

He hablado de neoformación y de punto nodal situado ahora en un campo intersubjetivo. En efecto pienso que en estos momentos de especial comunicación se crean formaciones «híbridas» (Freud, 1915), como en la fantasía, pero compartidas por analista y paciente.

Repensemos el primer caso. A partir del lapsus del paciente «Acuchar» se genera el par: «Acuchar» — «¡A cucha!», verdadera creación compartida, que se instala en el campo analítico al que sirve de sustrato o soporte. Sufrirá múltiples transformaciones, provocando como vimos efectos en paciente y analista. En la transcripción de la viñeta vemos una de estas transformaciones: la imagen del perro—pez que aparece en un sueño del paciente, meses después, da lugar a una nueva modificación: «acunar» por «acuchar». Se genera entonces un nuevo par «la imagen del perro— pez» conectada a la expresión «acunar». Esta nueva unidad se sobre agrega a la anterior.

Este núcleo, como ocurre con las «hilaciones de pensamiento» (Freud, S. 1900) seguirá su dinámica y sus modificaciones en cada polo de la pareja analítica.

Es preciso tener en cuenta que estas formaciones que surgen en la interacción analítica representan el aspecto manifiesto de procesos latentes más profundamente reprimidos cuya investigación facilitan. Pero como en el caso del discurso manifiesto de un sueño no nos permiten el acceso directo a su sentido inconciente. En este trabajo hemos seguido algunas de las asociaciones preconcientes en la mente del analista, pero como señalamos, ellas pueden incluir tanto un camino de acceso a la conflictiva inconciente del paciente, como aspectos defensivos, de paciente y analista.

En otro trabajo (Bernardi, R. & de León, B. 1993) hemos planteado la necesidad de una disposición al autoanálisis en la sesión que favorezca la autorreflexión posterior y permita la recuperación de la asimetría *con* el paciente. Planteábamos allí la necesidad de poner a disposición de nuestra capacidad de autoanálisis no sólo los aspectos propiamente con-

tránsferenciales, o sea resistenciales del analista, sino los propios supuestos a partir de los cuales analizamos, tanto nuestros modos idiosincráticos de sentir y pensar como nuestros referentes teóricos.

Los estudios actuales que buscan entender e investigar el funcionamiento de la mente del analista durante su trabajo clínico, han profundizado y problematizado nuestra función de autorreflexión durante la sesión, el alcance de nuestros conceptos sobre la contránsferencia y la neutralidad analítica.

Pero a su vez abren una vía de progreso en la investigación acerca del modo en que van surgiendo representaciones que tienen un carácter intersubjetivo, a veces no conciente; sobre el tipo de fenómenos que están en la base de nuestras interpretaciones y de nuestras teorizaciones metapsicológicas sobre el inconciente; y sobre las cualidades del contexto que permite la aparición de manifestaciones del proceso primario en la sesión analítica.

En el pensamiento kleiniano las fantasías inconcientes se expresan en imágenes plásticas y representaciones dramáticas. Las fantasías de los niños (inconcientes y concientes) «se dibujan sobre imágenes plásticas y sensaciones—imágenes visuales, auditivas, cenestésicas táctiles, gustativas, olfativas, etc». (Isaacs S.1967)

Leclaire en el análisis del historial del Hombre de los Lobos, muestra como el color amarillo que aparece presente como significante en las alas de la mariposa, Grusha, la pera, y la abeja, juega con el significante amarillo presente en el recuerdo reprimido de Freud de su prima Paulina, y del vestido de Gisela Fluss. (Leclaire 1972).

No está suficientemente estudiado sin embargo de qué manera estos mismos mecanismos juegan en el analista e inciden en la creación del fenómeno transferencial y en la interpretación del mismo.

Resumen

En el presente trabajo propongo que en el proceso analítico se va creando un sustrato común a paciente y analista que hace posible el movimiento que va de la escucha a la interpretación. Este sustrato se va constituyendo en base a núcleos interactivos dinámicos en los cuales se da un estrecho interjuego de imágenes, afectos, y palabras entre ambos. Se considera que en estos momentos de intenso acercamiento se manifiestan, en forma más inmediata, aspectos inconcientes de paciente y analista puestos en juego por la situación transferencial. Partiendo del estudio de viñetas clínicas, se muestran tres de los rasgos más relevantes de estos núcleos dinámicos: el intrincamiento de las vivencias del paciente y analista, el carácter regresivo de las mismas, y el funcionamiento multimodal de la mente del analista. Finalmente se caracterizan algunas de las funciones que la interpretación asume para el analista.

Summary

This paper implies an attempt to show how a substratum shared by patient and analyst is created during the analytical process. This substratum is built on the basis of interactive dynamic nuclei where a close contact and exchange of images, emotions, and words are set up. In these instances of intensive contact, unconscious aspects of both, patient and analyst are considered to be evidenced in a more straightforward way, mainly triggered by the transference situation. Departing from the study of clinical material, the paper shows three of the most significant features of these interactive nuclei: the imbrication of the experiences of the patient with those of the analyst, the regressive nature of such experiences, and the multimodal functioning of the analyst's mind. Finally the paper deals with some of the features of the functions the analyst assigns to in-

terpretations in those clinical instances.

**Descriptores: INTERPRETACIÓN/AFECTOS/IMAGEN/
REGRESION ATENCIÓN FLOTANTE/
INTERSUBJETIVIDAD MATERIAL CLLNICO**

Bibliografía

1. **Baranger M, Baranger W.** Proceso y no proceso en el trabajo analítico. Rev. de Psicoanálisis 1982;39 (4) :527—549.
2. **Baranger M.** La mente del analista: de la escucha a la interpretación. Rev. de Psicoanálisis 1992;49(2):223—236.
3. **Bedó T.** Insight, elaboración e interpretación. Rev. Uruguay de Psicoanálisis 1988;68:39—55.
4. **Bemardi R.** Can we learn from our differences? Int J. Psycho—Anal, 74, 1993.
5. **Bemardi R, de León B.** 1992. Does our selfanalysis take into consideration our assumptions? in SelfAnalysis Critical Inquires, Personal Visions London: Analytic Press, 1993:29—46.
6. **Bion WR** 1962. Aprendiendo de la Experiencia. Barcelona—Bs.As.: Paidós, 1966.
7. **Bollas C.** The Shadow of the Object: Psychoanalysis of the Unthought Known. New York: Columbia University Press, 1987.
8. **de León B.** Las teorías del analista y los cambios en la consideración de la dinámica del proceso analítico. Rev. de Psicoanálisis 1991 ;48(1):49—58.
9. **de León B.** Imágenes y Palabras en la experiencia psicoanalítica. Relato Oficial al Symposium de Fepal. Punta del Este, 1991.
10. **Freud S.** (1900). The Interpretation of dreams. Standard Edition 4 & 5.

- London: Hogarth Press. (1953)
11. — (1915). *The Unconscious*. Standard Edition 14. London: Hogarth Press. (1957)
 12. **Isaacs S.** Naturaleza y función de la fantasía. En *Desarrollos en Psicoanálisis* Bs. As.: Paidós 1967:92—96.
 13. **Jiménez J P.** La contribución del analista en los procesos de identificación proyectiva. 37, IPA Congress. Lacan, Kris, E. (1950). «On preconscious mental process», *Psychoanalytic Quarterly* 1 989;1 9:540—560.
 14. **Lacan J.** (1953—1954). *La Topique de L'Imaginaire*. En *Les Ecrits Techniques de Freud* Paris: Seuil 1975:87—104.
 15. **Leclaire S.** (1966). *El Objeto del Psicoanálisis* Bs. As.: Siglo XXI (1972).
 16. **Liberman D.** (1970). *Linguística Interacción Comunicativa y Proceso Psicoanalítico*. Bs. As.: Galerna 1971.
 17. **Levy ST.** Emphathy and psychoanalytic technique. *J. Amer Psychoanal Assn* 1985;33 (2) :353—378.
 18. **Melshon I.** Sentido. Significação. Sonho e Linguagem: reflexões sobre as formas de consciencia no proceso analítico. *Rev. Brasileira de Psicanálise* 1989;23 (3) :57—68.
 19. **M'Uzan M.** *De L'Art a la Mort*. Paris, Gallimard, 1983.
 20. **M'Uzan M.** Pendant la séance. Considerations sur le fonctionnement mental de l'analyste. *Nouvelle Revue* 1989;40:147—163.
 21. **Nieto M y col.** Investigando la experiencia analítica una propuesta. (Inédito) (1985).
 22. **Racker H.** *Estudios sobre técnica psicoanalítica*. Bs. As. Paidós, (1977)
 23. **Stern D.N.** (1985). *El Mundo Interpersonal del Infante. Una Perspectiva Desde el Psicoanálisis y la Psicología evolutiva*. Bs. As.: Paidós, 1991:176 y 192.
 24. **Schaffer R.** 38 IPA Congress, 1993.

25. **Skolnikoff A.** Self reflections during the psychoanalytic process. 37 IPA Congress, 1991.
26. **Thoma H, Kachele H.** Teoría y Práctica del Psicoanálisis. Tomo 1, pp. 406. Barcelona: Editorial Herder S.A., 1989.
27. **Uriarte C.** Reflexiones acerca de dos interpretaciones en el transcurso de un análisis. Publicación interna de la APU, 1988.

Edipo en las distintas crisis y etapas de su vida *

Mercedes Freire de Garbarino **

Irene Maggi de Macedo ***

Carmen Medici de Steiner ****

Entre múltiples propuestas conceptuales que explican cómo el contenido, uso y abordaje de los mitos y las tragedias pueden promover consideraciones divergentes (desde distintas y en una misma disciplina), tomamos una de W. R. Bion. En su libro **Transformaciones. Del aprendizaje al crecimiento** (1965), maneja las nociones de variancia e invariancia, conceptos válidos para aproximar un entendimiento a la metodología y sustento de nuestra presentación: todo mito o narrativa sometida a una lectura queda expuesta a múltiples variancias e invariancias que, a su vez, facilitarán el despliegue de transformaciones en la comprensión de sus contenidos.

Existen elementos que se repiten, aparentemente, sin variaciones y que parecen mantener una determinada inmovilidad; sin embargo, si se profundizan, se aprecia que no siempre son iguales: los elementos invariantes siempre están impregnados de variantes. Por otra parte, como ningún elemento puede ser entendido si no es en relación con otros elementos y es imposible aislarlo sin crear distorsiones, durante la comprensión de una lectura, se acentúan y

* Relato oficial de la APU al XX Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. Lima, Perú, octubre de 1994. «Masculinidad-Femineidad».

** Miembro Titular APU. Br. Artigas 1339, 11200. Montevideo, Uruguay.

*** Miembro Titular APU. Av. Dr. Francisco Soca 1247, 11300 Montevideo,

**** Uruguay. Miembro Titular APU. Br. España 2543, 11300 Montevideo -Uruguay.

despliegan una serie de variancias. Al igual que las letras del alfabeto, para alcanzar una palabra tienen que transitar por una modificación, hasta lograr una combinación; los elementos de una narrativa, al ser extraídos y nuevamente ligados serán transformados y configurarán una nueva combinación (método deductivo científico).

Con respecto al mito y a la tragedia de Edipo, lo significativo es: a pesar de que se produzcan una o múltiples variancias, el mito y la tragedia de Edipo mantienen algo de lo invariante que permite identificarlo más allá de las transformaciones. Por ejemplo, si bien una época, cultura o sociedad, suscitan variancias en sus versiones su esencia es inconfundible.

Dentro de estas estructuras literarias existe una invariancia a destacar, la temporalidad. Los mitos y las tragedias tienen la magia del ahora: la de ser una construcción presente y actual. El presente, el pasado y el futuro quedan, generalmente, atrapados en un punto crucial que los eterniza en el ahora. Paradójicamente, a la vez que lo poseen, carecen del tiempo lineal.

Ahora bien, si nos aproximamos al contenido del mito y la tragedia de Edipo desde la antropología estructural, y nos apegamos a Levi Strauss, para quien las relaciones entre los símbolos míticos se corresponden, en cierto sentido, con las relaciones entre los hombres, tenemos que «entre las instituciones y los objetos naturales y culturales en el mundo real (...) existe un nivel privilegiado de significados» (Kirk, G.S., 1970, p. 99). Ahora, si introducimos la figura de Edipo junto al pensamiento de Levi Strauss y a la noción de variancia e invariancia es posible observar que este personaje promueve en relación con los símbolos, los hombres, la familia, las sociedades y la cultura, una serie de transformaciones.

Introducción

Una comprensión contemporánea del mito de Edipo con las tragedias Edipo Rey (429 AC) y Edipo en Colono (416 AC), relacionada con la teoría de las

variancias e invariancias, permite introducir un conjunto de transformaciones que nos alejan de la clásica lectura psicoanalítica.

En esta línea de investigación se alcanzó un hipotético abordaje secuencial de las tragedias sofocleanas, más allá de las fracturas del relato. Al destacar determinados datos y detalles del existir del conocido personaje nos introducimos en algunas de sus etapas vitales y crisis hasta configurar una historia fragmentada de su vida.

Al indagar peculiaridades de su personalidad, masculinidad, vínculos e inserción genealógica, dentro de un pretendido orden evolutivo, hemos exaltado más su dimensión de hombre como niño, adolescente y viejo, y no tanto su conocida dimensión de epicentro del conflicto nuclear de la sexualidad en la normalidad y en la neurosis.

Una narrativa de Edipo al interconectar el mito y la tragedia

Edipo pertenecía a la familia de los Labdácidas. Hijo de reyes tebanos, su nacimiento estaba precedido y marcado por una maldición generada hacia su padre Layo quien, en su juventud, (según algunas tradiciones), había amado y pervertido al hijo del rey de Pisa. Sancionado por los dioses, recayó sobre Layo una anatema: el hijo que naciera de su unión con Yocasta lo mataría. Por tal motivo, repudió a Yocasta sin darle nunca una explicación. Esta conducta fue vivida por ella como una gran *ofensa* y, como venganza, mañosamente logró emborracharlo y procrear un hijo con él. En *Edipo Rey*, se complementa la información: nacido en el palacio de Tebas, a los tres días su padre le perforó los tobillos y, atravesándoselos con correas, le ató los pies.

Lo que ocurrió a continuación varía según las versiones. En una, es Yocasta la que da al niño. *En otras*, es Layo, y *según otras*, son ambos los que entregan al niño a un servidor—pastor en las habitaciones de la casa real. El criado, conocedor de esas tierras, debía arrojar al pequeño en un intransitable monte cercano, a las cañadas de Citerón. Compadecido, no cumple con el mandato y se

lo confiaba a un pastor corintio, con la seguridad de que el pequeño viviría en tierras lejanas y extrañas. El pastor que lo recibe, conocía a un matrimonio, los venerables reyes de Corinto, Pólipo y Mérope, quienes no podían engendrar hijos y decide entregárselo. Edipo fue el nombre elegido por el pastor corintio porque sus pies estaban deformados debido a la hinchazón que le habían provocado las ataduras en los tobillos (Edipo, en griego, significa «pie hinchado»).

Edipo alcanza su adolescencia y juventud junto a sus padres adoptivos. Tanto su infancia como su adolescencia fueron períodos felices. Se trataba de un niño hermoso, parecido fisonómicamente a Layo. Criado con cuidado y afecto, fue tan querido por los suyos como por el pueblo, que lo veía como el natural sucesor futuro de Pólipo por sus virtudes y talento.

En su adolescencia, durante un banquete, un labriego ebrio le revela que no era hijo biológico de los que hasta ese momento había conocido como sus padres. Dolorido y urgido por encontrar la verdad de sus orígenes, parte hacia el altar profético de Delfos para preguntarle al oráculo. La pitonisa le responde que entre las desventuras que vivirá, estará la de casarse con su madre y matar a su padre. Atormentado, se aleja de Pólipo y Mérope, convencido que de este modo evitaría las atrocidades escuchadas.

Después de alejarse de Delfos, en un lugar donde el camino se trifurca, Edipo mata a Layo. Posteriormente, le responde a una monstruosa Esfinge (cabeza de mujer, cuerpo de león, cola de serpiente, alas de águila), los conocidos enigmas que, de acuerdo a las versiones, eran planteados siempre juntos por la terrible figura a los habitantes de Tebas, devorando a los que no sabían responderle.

Los acertijos son: «¿Cuáles son las dos hermanas que se engendran mutuamente?» y «¿Quién es el ser que anda unas veces en dos patas, otras veces en tres, otras en cuatro y que es más débil cuanto más patas tiene?». (Grimal, p. 180).

La respuesta al primero de los enigmas es el Día y la Noche. En el contenido

de la pregunta y la respuesta hay ya anunciadores de esa idea que tanto Sófocles como el psicoanálisis han desarrollado intensamente. Nos referimos al incesto: si una hermana puede generar a otra hermana es porque ambas han sido fecundadas por el mismo hombre, el padre, (no enfocamos nuestra investigación desde el ángulo del hermafroditismo).

La respuesta al segundo de los enigmas es el Hombre. El mito y la tragedia tienen la virtud de representar y anunciar en este acertijo la otra gran temática del ser humano: el hombre en su temporalidad, en el decurso de los años y en la transitoriedad de la existencia. Se deja la atemporalidad de los dioses y se presentifica la temporalidad humana. El segundo enigma posee, además, el don de incluirla metamorfosis del cuerpo en tres de las etapas significativas de la vida: niñez, adolescencia y vejez.

Triunfante por haber podido vencer a la Esfinge, y de ese modo salvar a Tebas de sus desastres, llega a la ciudad. Allí, como mérito, puede casarse con la viuda Yocasta.

Es el momento máximo en que la tragedia aúna lo placentero con lo siniestro.

De la unión, nacieron sus cuatro hermanos—hijos: Antígona, Ismena, Polinices y Eteocles que presentan, a lo largo de las tragedias, rasgos de personalidad marcadamente diferenciales.

Aparentemente, la felicidad acompañó a la familia hasta que una peste azotó la ciudad. Era el castigo que los dioses infligían a los ciudadanos de Tebas por no haber ubicado y condenado al asesino del rey Layo.

La literatura griega sitúa aquí el origen de la tragedia. Sófocles escribió la historia de Edipo hace aproximadamente 2500 años, cuando estaba transitando la década de sus 60 años. Posteriormente sobre la base del mito de Edipo, construyó la trilogía conocida como el ciclo épico tebano, configurado por Edipo Rey, Edipo en Colono y Antígona, que termina aparentemente a sus 80 años.

A continuación, analizaremos hipotéticamente a Edipo de un modo

cronológico, en tres de sus etapas vitales: niñez, adolescencia y vejez, apuntalándonos en las concesiones que posibilita el psicoanálisis aplicado.

Edipo niño

Si bien los detalles de la vida de Edipo niño aparecen menos explicitados en los mitos que en las tragedias helénicas, al entrelazar los contenidos de ambos relatos es posible establecer supuestos aspectos biográficos del niño divino y del niño profano.

C. Kerényi (*Essays on a science of mythology*, 1985, *The primordial child in primordial times*), dice que los niños de los mitos son representantes de los niños primordiales, incluyendo entre ellos a Apolo, Zeus, Hermes, Dionisio y otros. La grandiosidad que manifiestan está precedida y marcada por los padres biológicos, quienes, en general, los abandonan y dejan expuestos a las furias del destino. Se distinguen porque logran emerger de circunstancias adversas de una manera extraordinaria y milagrosa. Este halo de magia contiene en su substrato algo fatídico: están condenados a ser brutalmente tratados o morir asesinados. Todos ellos conjugan al unísono la eternidad y la perentoriedad.

C.G. Jung (1985, *The psychology of the child archetyp*, *idem.*), vincula las figuras de Edipo, Moisés y Jesucristo con los niños divinos y agrega que, por su naturaleza sexual no diferenciada, y orillar entre lo femenino y masculino, deben ser observados desde el hermafroditismo y no desde lo masculino. Nuestro objetivo será, sin embargo, resaltar al niño profano, terrenal y masculino, sin eludir al niño sagrado, venerado y hermafrodita, ya que existen pasajes donde las peculiaridades de ambos niños quedan condensadas. Su nacimiento, tomemos por caso, tiene más las características de los niños divinos que de los niños profanos: por su ascendencia real podría haber vivido rodeado de grandeza y poder y por su ascendencia fatídica estaba destinado a ser abandonado.

Encontramos que uno de los modos de abordar la niñez de Edipo como niño profano es investigando las distintas marcas o huellas que aparecen desde los orígenes de su vida.

Múltiples marcas signan su ser desde su cuna: en su existir, la marca de una maldición; en su **genealogía**, la marca de la realeza; en su **familia biológica**, la marca de una interacción temprana breve y cruel; en **su familia no biológica**, la marca de una interacción aparentemente adecuada, catectizado narcisísticamente por sus figuras parentales hasta experimentar la desilusión y el horror cuando se enteró de sus orígenes; en su psiquismo, la marca de los traumas y del conflicto entre el saber y el no saber o entre la verdad y la no verdad; en **el cuerpo**, la marca infligida en sus tobillos.

Abordaremos la marca de la maldición y la marca del cuerpo.

La marca de la maldición, limitó su existir al ubicarlo dentro de los niños no deseados por la pareja parental, pasible de ser maltratado, abandonado o asesinado. Un nacimiento que, por sus nefastas premoniciones, hizo zozobrar intensamente el equilibrio de sus progenitores y los precipitó en una situación de crisis patológica (dificultad en encontrar pensamientos, decisiones y cambios adecuados).

Los estudios psicoanalíticos de niños maltratados y abandonados muestran que la madre, el padre o ambos, han sido violentamente tratados y desamparados durante su infancia y adolescencia. La carencia emocional y material a la que exponen a sus hijos constituyen proyecciones o actuaciones de las fallas vividas en su propio ser y envoltura familiar.

En esta línea, Layo agradecería a Edipo como él fue agredido por el anatema o padre siniestro. En tal sentido, cabría preguntarse si cuando Layo planea la muerte del pequeño lactante, ¿busca matar al hijo temido o al padre destructivo? (simbolizado en la maldición).

Estas conjeturas permiten esbozar un análisis de la maldición perfilándolas

desde la masculinidad. Es una construcción fatal creada por hombres y para hombres (la mujer recibe, secundariamente, sus consecuencias). Fue generada por un hombre (rey de Pisa) a causa de su hijo para castigar a otro hombre (Layo), asegurándole que el varón que él engendrara lo mataría (Edipo). De este modo, en la línea de la masculinidad, la maldición comenzó por vengar a un hijo, y la venganza continuó a través de otro hijo.

La marca en el cuerpo desde Layo. El hecho de agujerear y ligar los pies de Edipo ilustraría, entre otras hipótesis, un fenómeno de identificación proyectiva patológica. Layo maltrata el cuerpo del infante al igual que la amago ha maltratado su existir. Agrede al aún latente pero potencial criminal, y le inflige la angustia y el trauma de su vivir, su virilidad coartada y su masculinidad narcisísticamente dañada.

Simbólicamente, a Layo también le marcaron su cuerpo: las palabras del anatema le marcaron su cuerpo al maniatarle el goce, la sexualidad y la procreatividad. En la medida que la integración de estos tres componentes son decisivos para alcanzar la masculinidad normal, una falla en la integración de los mismos conduce a los individuos a vivenciar severas perturbaciones en el logro de la misma.

En otros términos, las palabras del anatema sumergieron a Layo en el terror de la amenaza de castración, de la amenaza de muerte y de la amenaza del fracaso de su masculinidad. Al macerar el cuerpo de su hijo se resarcía de todas estas amenazas al tiempo que comenzaba a macerar a Edipo en su masculinidad.

La marca en el cuerpo de Edipo permite otro entendimiento. Una de las maneras de marcar simbólicamente a un hijo es dándole un nombre. A través del mismo, los padres le permiten acceder a una genealogía, a la sociedad y a la cultura. Sus progenitores no lo marcaron con un nombre, sino que le marcaron el cuerpo. De este modo no lo introdujeron en una genealogía sino que lo fijaron en un curso siniestro.

Con esta marca Edipo fue hacia el destierro, a otra familia, a la adopción, a

otra línea generacional. Pasó de ser un niño corporalmente maltratado y expulsado a ser un niño corporalmente amado y cuidado para ser, nuevamente, en los años venideros, maltratado y expulsado.

Sin proponérselo, Layo y Yocasta estaban agregándole junto al enigma de los orígenes de la vida, el enigma generacional que viviría, a través de diferentes crisis en las subsiguientes etapas de su existir.

Edipo adolescente¹

De la narrativa mítica nos trasladamos a la acción del texto trágico. Para el espectador griego se exigía una nueva forma de comunicación, pues el énfasis estaba puesto en el modo de expresión visual, dejando formas tradicionales de transmisión de mitos y leyendas. El espectador se enfrenta a la acción escénica².

El joven héroe se debate en una profunda crisis³, que podemos comparar a la que surge durante el proceso adolescente: «*La adolescencia siempre ha sido considerada como una crisis en la cual se juega el destino de la identidad adulta*» (Garbarino, M. y Maggi, 1. 1992, p.161). Nos detendremos en algunas de las características que manifiesta Edipo en relación con su mujer-madre, ancianos, el medio, etc., para conceptualizar las hipótesis acerca de la adolescencia y las crisis de esta etapa.

¹ Las ideas aquí expresadas surgen de un trabajo “Estructura neurótica y adolescencia”, de Mercedes Freire de Garbarino, presentado en las VIII Jornadas psicoanalíticas de A.P.U., Montevideo, setiembre de 1993 y publicadas en la edición de la Comisión de Publicaciones de A.P.U., Montevideo, Uruguay, agosto de 1993 (p. 123).

² Garbarino, Mercedes y Maggi, Irene, Estructura neurótica y adolescencia, La neurosis hoy, p. 123.

³ Garbarino, Mercedes y Maggi, Irene, Adolescencia y Adolescencia II, Edit. Roca Viva, Montevideo, 1990-92. El concepto de crisis durante la adolescencia es un concepto que se fue elaborando a lo largo de los capítulos de ambos libros.

El carácter cuestionador y aventurero, la violencia y el ultraje, es clara marca e la juvenil insistencia por llegar a la verdad. Al huir de la casa de sus supuestos padres llega al triple camino: es una triple encrucijada. Debe resolver sobre quién es, cuál es su lugar en la genealogía familiar y su definitiva identidad sexual masculina. «*El contenido describe las peripecias de las crisis de adolescencia: dificultades de encontrarse a sí mismo, de encontrar un espacio propio*» (Garbarino, M. y Maggi, I., 1992, P. 50).

El coro de la tragedia ateniense no es un elemento accesorio y convencional, sino un elemento fundamental. Es un grupo de sujetos (entre quince y veinte personas), considerado como un personaje más de la obra. Representa un aspecto del poeta, sobre todo, su aspecto moral. Este personaje es concebido como híbrido, vale decir, sin sexo. ¿Tal vez un ente abstracto? ¿La cultura?

El coro oficia de entreacto, de descanso, donde se comenta y enjuicia la obra por parte del espectador; es también el intermediario entre la obra y el público, así como representante de la multitud y el pueblo⁴.

Es a este personaje que convoca Edipo para dialogar cuando se desesperan por no encontrar el medio para controlar la «peste» que azota a Tebas. «¿Cómo encontraremos las huellas de un antiguo crimen tan difícil de probar?». Sófocles se enfrenta con este tema y plantea la difícil cuestión de que las más elementales leyes de la naturaleza han sido infringidas sin conciencia de delito, pero éste es tan monstruoso que debe ser terriblemente castigado, pese a la ignorancia de quien lo cometió.

En este caso, la «peste» sería la consecuencia de la consumación del parricidio e incesto. ¿Por qué Edipo los lleva a cabo? En lo consciente, ignoraba

⁴ Francois, Enrique. El teatro de los griegos, Institución Mitre (p. 38).

que Layo era su padre y Yocasta su madre.

Es a través de la fuerza trágica, de la fantasía escenificada, que desde lo manifiesto intentaremos reconstruir lo latente.

Edipo no atina a encontrar los mecanismos para frenar la «peste». ¿Qué destino corre la represión? ¿Es que no está a su disposición? Recurre al coro y éste le contesta invocando a los dioses.

Marte, en las respuestas del coro, sería metáfora del Ello descarnado, refiriéndonos, fundamentalmente, a la presión invasora del Ello dentro del aparato psíquico; sin control suficiente del Super—yo («sin escudo ni bronce»). Se invoca a las fuerzas del Super-yo, y del Yo para proteger a la madre Diana. Entendemos que detrás estaría una convocatoria a la sociedad y a la cultura. El coro, ¿apuntala el aparato psíquico de Edipo, joven adolescente en proceso de crisis, con cambios en la estructuración psíquica definitiva y, por lo tanto, no teniendo mecanismos adecuados a su disposición, o por su identidad masculina marcada por la funesta maldición?

El interés en profundizar lo que transmite la tragedia sobre el joven Edipo y su adolescencia, surge de la importancia que para nosotras adquiere el conflicto edípico durante este proceso. A diferencia de cómo es transitado en estructuras neuróticas adultas, en este proceso tiene características específicas. En parte, por la continua reestructuración de sus sistemas de comunicación consigo mismo; por ejemplo con la familia y la sociedad. Nos cuestionamos sobre la violencia pulsional con que se vivencia la triangularidad, con mecanismos de defensa por momentos ineficaces. Creemos que así como en la tragedia el coro tiene una importancia fundamental, también la cultura y lo social adquieren un lugar de privilegio en el joven. Serían voces que desde afuera permiten al adolescente controlar sus impulsos, ya que les brindan la necesaria represión, mecanismo debilitado durante esta crisis, y así transitar este período.

Si nos atenemos a las modalidades de la tragedia, el relato acompañado del ritual, su acción corporal, podemos entender la importancia que adquiere el pasaje de esta tragedia a Edipo en Colono. Es claro el cambio de registro, la forma expresiva de los personajes señalando el pasaje de una etapa a otra: de la adolescencia a la senescencia. Hasta aquí hay un perpetuo cuestionarse, una acción en permanente cambio y un trágico desenlace.

Edipo viejo

Trasladarse de Edipo Rey a Edipo en Colono implica introducirnos en distintas variaciones y transformaciones.

Cuando aparece en Colono, sostenido por su hija Antígona (su lazarillo o bastón, tal como lo predijera el oráculo de Delfos), apenas mantiene en su rostro un algo de su majestuosidad real y en sus manifestaciones, secuelas de su pasado narcisismo.

El hombre joven o adolescente de la tragedia anterior aparece absolutamente envejecido. Se trata de un ser que vivencia, actúa, piensa y exhibe en su psiquismo y en su cuerpo características de las fases y de las crisis de la tercera edad; develando descarnadamente, lo mejor y lo peor que ha acumulado durante su existencia. La vejez de Edipo es, tanto desde la existencia como desde la masculinidad, compleja e infeliz.^{5, 6}

Edipo muestra en su cuerpo el derrumbe de su potencia, virilidad y masculinidad, sin rastro de inquietudes sexuales. Paradójicamente, el personaje nuclear de la sexualidad aparece, desprovisto de impulsos sexuales y atestado de

⁵. En esta presentación se tomarán aspectos de la vejez y envejecimiento patológico.

⁶ Su vejez proporciona un retrato del lugar que ocupan socialmente algunos provecos, y si bien se trata de una senectud enmarcada dentro de las particularidades de la cultura y sociedad de la Grecia antigua (diferenciable de la de otros períodos y regiones), refleja elementos contemporáneos. Es considerada como una etapa triste, maldita, despreciable, a la que también se le atribuye sabiduría, nobleza y virtud, siempre que se alcancen determinadas condiciones: los ancianos deben tener cultura, aristocracia y poder. A los senectos con escasas posibilidades se los erradica, excluye, expatría, o se los hace desfallecer y mendigar, quitándoseles, como a Edipo Rey, sus potencialidades gloriosas.

impulsos agresivos, cuestionadores y querellantes.

En los senectos, es observable el descontrol progresivo de la agresividad (auto y hetero), y la disminución de la potencia y el goce sexual. N.E. Zinberg y E. I. Kaufman, plantean que, si bien existe una ligazón entre la pulsión de vida y la de muerte, a través del envejecimiento se daría una desligazón paulatina entre las mismas y el componente agresivo terminaría predominando sobre el libidinal, produciéndose una atrofia de la sexualidad y el placer genital (Psicología normal de la vejez, 1987). La agresividad en estos casos, iría convirtiéndose en el subrogado de los deseos sexuales y de la sexualidad, tal como aparece, literalmente, en Edipo durante su estadía en Colono⁷.

A través de sus recuerdos muestra las resonancias de experiencias y vivencias infantiles expresadas mediante inculpaciones y reprobaciones como es típico escucharlas en hombres de edad avanzada. Dice Edipo, por ejemplo, refiriéndose a su padre: «Si a mi padre le enviaron los dioses un oráculo de que habría de morir a manos de sus hijos, con qué justicia podrás culparme a mí?» (Sófocles, Edipo Rey, p. 165).

Entre Edipo y sus cuatro hijos, Sófocles configura vínculos teñidos de clivajes o dependencia excesiva, habituales de crearse en la tercera edad. Sus hijas Antígona e Ismene, representan los objetos amados, buenos, gratificantes y sostenedores, descriptas, por momentos, como prolongaciones narcisísticas con las cuales reedita, probablemente, vínculos tempranos y gratificantes. En las palabras que pronuncia el anciano Edipo hacia sus hijas se revelan sus sentimientos de desdicha, incompletud y vacío y la necesidad de preservar, exigir su proximidad: «¡Oh, dulcísimos pedazos de mi alma!... ¡Oh, báculos de mi vejez!... Ya tengo mis prendas queridas. Con vosotras junto a mí, a ambos

⁷ Determinadas ideas acerca de la relación entre la sexualidad y el envejecimiento se trataron en el trabajo (inédito) “La temporalidad en la situación analítica” (Médici, C. 1993).

lados, injertaos en vuestro padre...» (p.171).

Sus hijos, Polinices y Eteocles, representan los objetos odiados, malos, frustrantes, perseguidores. Posiblemente, al recordar su juventud, su virilidad, su poder y sus grandezas perdidas, lo enfrentan a su narcisismo herido y reacciona contra ellos con conductas agresivas.

En los diálogos con sus hijos, aparecen los desencuentros y las adersiones. Sus palabras y los contenidos de sus frases encierran dinamismos proyectivos, retaliativos y repetitivos más sádicos que libidinales. En otros términos, enfrentado a sus varones, parece reeditar de un modo activo y agresivo las situaciones, los vínculos y el maltrato que, en su infancia vivenció y experimentó de un modo pasivo. Por ejemplo, los expulsa de la tierra que ahora lo alberga, tal como fue expulsado de Tebas al nacer y al envejecer: «¡Fuera de aquí! Ve maldecido por un padre que reniega de ti; ve, vil entre los viles...» le dice a Polinices (183).

Nuevamente, nos enfrentamos a otra maldición. Así como en el mito de Edipo conocimos la amago pronunciado contra Layo ahora es Edipo que, la formula contra su hijo.

Las otras temáticas de esta tragedia son la temporalidad, la transitoriedad del existir y la muerte.

El Coro parece ser la figura predilecta del poeta ateniense para seguir ilustrando aspectos del super—yo y del yo de los personajes, de una cultura y de un momento histórico. En tal sentido, habla del infortunio que significa no asumir el envejecimiento y la perentoriedad⁸.

⁸ En esta época, la muerte era para los atenienses preferible al envejecimiento y a la vejez, y los literatos, al igual que los mitólogos mataban a los ancianos. G. Minois en “Historia de la vejez” (1987), comenta que los dioses olímpicos no querían a los viejos y la mitología da pruebas abundantes sobre el tema: los jóvenes se revelan contra los senectos, los expulsan o los matan. En todas las generaciones los provecos son destronados por sus hijos: la historia de Urano, castrado por su hijo Cronos, víctima a su vez de su hijo Zeus está entre los mitos mas conocidos y antiguos de la humanidad.

Mientras Sófocles da elementos de la resonancia infeliz del pasaje de los años y la patología que entraña el desmentido de la misma, va aproximando a Edipo a la muerte, ubicando su última casa morada en un misterioso abismo. Un lugar que debe permanecer desconocido para todos, una tierra donde no será maltratado, odiado o expulsado: «Dentro de pocos momentos, yo mismo, sin que nadie me lleve de la mano, saldré en busca del pasaje donde debo morir: jamás se lo descubras tú a mortal alguno ni le digas dónde queda escondido, ni en qué región está, pues el será un baluarte contra los vecinos inexpugnable...» (p. 187).

Edipo puede, cuando alcanza el final de su existencia, encontrar por sí mismo, sin ser dado, expulsado o guiado un lugar y un entorno protector⁹.

Resumen

Al entrelazarse el mito de Edipo con las tragedias sofocleanas Edipo Rey y Edipo en Colono, dentro de la perspectiva de la teoría de las variancias e invariancias de W.R. Bion, se logró introducir una serie de transformaciones en la comprensión de la temática edípica que provocan un alejamiento del clásico abordaje psicoanalítico.

Dentro de esta línea de investigación se configuró una hipotética historia fragmentada de la vida del personaje en sus vicisitudes como hombre.

Al introducir, tal cual aparecen en las narrativas, datos de las distintas etapas y crisis de su vida, se incursionó, supuestamente, en tres de sus ciclos vitales: niñez, adolescencia y vejez, más allá de las lagunas de los relatos. Al sustentarnos en la teoría de las transformaciones, tal abordaje significó descentrarlo, ficticiamente, de su conocido sitio como epicentro del conflicto nuclear de la sexualidad en la normalidad y en la neurosis.

⁹ Parte de esta temática ha sido desarrollada en “Edipo: un personaje para la neurosis y para la vejez” (Médici, C., 1993), en “La neurosis hoy” A.P.U., Montevideo, Uruguay, RB Ediciones, 199.

Summary

When we put together the Oedipus' myth with Sophocles' tragedies: King Oedipus and Oedipus at Colono under the perspective of W.R. Bion's theory about variations and unvariations, it is possible to introduce a serie of transformations in the comprehension of the oedipal theme which promote a different approach to the classic psychoanalytic view.

Following this investigation line we configured an hypothetic, fragmentary history of the personage's life, in his main vicissitudes.

We introduced facts from different moments and crisis of his life, as they appear in the narratives; and went through three of his vital *cycles*: childhood, adolescence and old age.

We based our work on the transformations' theory, so we should fictitiously decenter Oedipus from his well known place as the epicenter of the nuclear conflict of sexuality, in normality and neurosis.

Descriptores: **MITO EDIPICO / TRAGEDIA / EDIPO / NIÑEZ
ADOLESCENCIA / TERCERA EDAD**

Bibliografía

1. **Garbarino M, Maggi I.** Estructura psicótica y crisis de la adolescencia, en Adolescencia, Edit. Roca Viva, Montevideo, Uruguay, 1992.
2. **Garbarino M, Maggi I.** Un aporte al narcisismo en la adolescencia, en Adolescencia II, Edit. Roca Viva, Montevideo, Uruguay, 1992.
3. **Grimal P.** Mitologías del Mediterráneo al Ganges, Edit. Planeta. Vol. 1, Barcelona, España, 1982.
4. **Kirk GS.** La naturaleza de los mitos de la antigua Mesopotamia, en El Mito, Edit. Paidós. Buenos Aires, Argentina, 1970.
5. **Sofocles.** Tragedias, Edipo rey, Edit. Perlado, Buenos Aires, Argentina, 1994.
6. **Sofocles.** Edipo rey y Edipo en Colono, Edit. Gráficas Urpesa, Madrid, España, 1972.

Las identificación:
Cita de encrucijadas. Encrucijada de citas*

*Nadal Vallespir***

« [...] *¿qué importa que yo pase si por tí quedaré, que yo muera si por ser tuyo [no he de] morir, que yo te pierda si e/perderte es encontrarte?»*

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

«*Tú no existes, bien lo sé*

¿pero sé con seguridad si existo? Yo, que te existo en ¿tendré más vida real que tú, que la propia vida que te vive?

Tus manos de tañedora de arpa me cierran los ojos, los párpados cuando yo muera de haber dado mi vida construyéndote.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

«*Continuamente siento que he sido otro, que he sentido otro, que he pensado otro.*

Aquello a lo que asisto es un espectáculo con otro escenario. Y aquello a lo que asisto soy yo.»

Fernando Pessoa *(Libro del desasosiego)*

* Trabajo galardonado con el premio FEPAL 1994.

** Miembro Titular APU. Héctor Miranda 2389. CP 11300.

Era yo pero no era yo

«Como si la tumba de x [su marido] fueran mis huesos; no está afuera en las cosas, está dentro mío.» Por eso no va al cementerio. Al desestimar su muerte, no puede ubicarlo en un lugar simbólico (inscripción en una lápida). Lo encierra imaginariamente, masivamente, dentro suyo, encapsulándolo como a un cuerpo extraño. Su cuerpo es sudario vivo que procura darle voces por medio de su propia voz. Inquietante paradoja porque al ser tumba es muda. Como durante su adolescencia en que se «*quedaba muda días*». Deslizamiento metonímico (muerto-tumba; contenido-continente) que (des)entraña en su crudeza la identificación imaginaria con su marido muerto, por la cual vida y muerte se confunden.

Cuando tenía dos años sus padres se divorciaron. En ese entonces estaban asentados en un país vecino. Ellos continuaron viviendo allá pero a su hija la dejaron en Montevideo a cargo de los abuelos maternos. No volvió a ver a su padre y sólo esporádicamente era visitada por su madre.

«Otra vez soñé que me veía a mí misma, mi propia cara en una galería que se perdía, con arcos; yo estaba debajo de/primer arco. Todo estaba en una penumbra azul que se iba transformando a lo lejos, cada vez más oscuro, en oscuridad, y mi cara se veía azul. Era como si me estuviera mirando al espejo pero tenía autonomía esa imagen, no era mi reflejo. Y entonces me miraba tristísima y se sonreía. Y me impresionaba mucho la tristeza, el sueño daba la sensación de una gran tristeza, la visión de eso. Entonces yo decía: es mi alma. Eso hace tiempo, hacía poco que había muerto [su esposo]. Hace poco, de tarde, me quedé dormida y soñé que me sentaba en la cama. Hay un espejo y me veía a mí misma pero mi imagen en el espejo estaba completamente congestionada, llorando a gritos. Yo no oía nada, simplemente veía el rostro llorando a gritos.»

Imágenes, espejos, alma: búsqueda incesante de su identidad, de su ser inasible, que se pierde en esa galería sin fondo, hueca, vacía, en esa penumbra cada vez más oscura. Imagen autónoma, no era su reflejo; quizás su madre no pudo sostener con la mirada su cuerpo ilusoriamente unificado: alienación ineluctable en el Otro, preámbulo de la necesaria discriminación. Desencuentro de miradas; rebote en el espejo de la tristeza y la angustia del llanto a gritos, devueltas inmodificadas en el silencio y la oscuridad de la muerte. 4...] *hay más luz cuando alguien habla*». (S. Freud, 1905). El nieto de Freud percibió la luminosidad de la palabra. La voz calma el grito y hiende la oscuridad, que es silencio.

En una oportunidad, actuó en una representación teatral integrando un grupo de aficionados. *«Yo estuve bastante contrariada porque me cambiaron el vestuario a último momento, sobre todo porque tengo que ir de pantalones, entonces no me entusiasman mucho, aunque reconozco que quedan bien.[...] Me gustaba mucho la pollera que yo había elegido. [...] Ahora me siento forzada de los pies a la cabeza. Y por otra parte e/personaje tiene de esos elementos que uno puede llamar masculinos en el sentido de que es muy agresiva. Y yo no quería subrayar eso con los pantalones. Me parece que es ponerla de una sola pieza y no es de una sola pieza. Toda la arrogancia que tiene y la agresividad es esconder su desolación como mujer; su soledad, el desastre que ha sido su vida, como le dice la mamá.»* Su madre, en sus infrecuentes viajes a Montevideo, le decía: *«tenés el pie grande»*, *«tenés la boca grande»*, *«tenés modales feos»*, lo que podría ser escuchado como: *«sos un desastre»*.

El desastre que ha sido su vida, su desolación como mujer, su fallida identificación primaria. Vestirse con ropa de hombre, adquirir una identidad (parcialmente) masculina, es ponerse de una sola pieza, lograr una unidad permanentemente en zozobra. En una sesión cuenta que se le rompió un espejo.

¿Su imagen esparcida en fragmentos?

«Lo que acabo de soñar, ¡qué raro! Soñé que me tallaban, un árbol enorme, en el tronco, la parte más baja, mi fotografía, un fotógrafo. Un árbol inmenso, un ombú, pero de madera más dura y más oscuro. Lo curioso era que yo estaba representando a Marilyn Monroe. O sea que tallaban mi fotografía disfrazada de Marilyn Monroe. Y después volvíamos como si estuviéramos paseando en un auto con estas dos muchachas que fui para afuera y lo mirábamos como si hiciera mucho tiempo que estaba eso ahí Y había gente que, comentando, decía: ‘es parecida’. Tenía colores además, el vestido era como verde y azul. El pelo rubio. Una amiga mía hace tallasen madera. Empieza a tallar lo que salga, uno entra a la casa y está entre un bosque de tallas. Tiene un ritmo muy sereno, muy lento para todo, pero cuando se pone a hacer algo lo hace en serio y lo termina. Medio complicado, ¿no?, el sueño. Ese desdoblamiento, era yo pero no era yo, era mi retrato pero representaba a otra. Cuando lo miraba sin decir que era yo, esperaba qué pensaban los demás u oía qué decían los demás. Había algo que me resultaba doloroso y era tallar en el árbol vivo porque iba muy hondo la tal/a, dejaba un hueco, sabía que no se iba a secar pero quedaba una herida en el árbol. Me inquietaba, me parecía impropio, me parecía una profanación. Lo impropio sería tallar la imagen de una muerta a través mía en un árbol vivo. Y cuando contemplaba con otra gente sin decir que era yo me parecía que todo eso no alcanzaba para nada, no servía para nada, repetir una imagen nuevamente, otra más. Los imitadores de Marilyn son como los imitadores de Gardel, una cosa así, no sirven para nada.»

Una de sus asociaciones es con un árbol de Navidad que uno de sus hijos estuvo haciendo el día anterior. «Y después de noche quedó el árbol armado; creo que lo transformé en el sueño en ese árbol de verdad y tan grande.»

Un árbol de Navidad, de nacimiento, de vida, es reemplazado en el sueño por un árbol vivo, sí, pero portador de muerte. En el árbol tallado queda un hueco

pero sin resonancias, casi sin respuesta a no ser la imagen de una muerta. Reflejo que el espejo le devuelve. Mirada vacía e indiferente de su madre, incapaz de investirla libidinalmente, de darle afecto, de afectarla. ¿Cómo se vio mirada por su madre si en el sueño su imagen es una muerta? Lo doloroso de tallar en el árbol vivo, lo impropio, la profanación, la herida, manifiestan la profanación de su cuerpo-tumba. Ese cuerpo profanado, hendido, tallado a lo que salga, busca con desesperación sus fronteras a través del dolor que denuncia la solución de continuidad en la piel y la existencia del límite corporal. Dolor que es afecto; cuerpo que quiere ser afectado, marcado por el dolor. Doloroso es también no haber asumido su identidad.

Marilyn Monroe, símbolo sexual de su época, disfraz imaginario, imagen ortopédica que —como sus mimetizaciones, imágenes repetidas— sostiene vacilante su ser y su identidad femenina. Rubia como su madre, actriz como cree que podrían haberlo sido ésta y ella misma debido a sus condiciones. [...] *era yo pero no era yo* [...]: contradicción que revela una falla en su estructuración psíquica. Des—encontrando—se en las miradas con su madre, se reconoce a medias en el Otro sin encontrar su identidad. Busca ser reconocida: «*Cuando lo miraba, sin decir que era yo, esperaba qué pensaban los demás u oía qué decían los demás*»¹.

«Hace tiempo soñé con un bosque de árboles quemados, grises, calcinados, que flotaban en una neblina, por donde yo pasaba, paisaje totalmente gris; y

¹ Dice en otro momento: «Pienso que si hubiera hecho teatro, aunque el teatro fuera una metáfora de algo que busco, me habría juntado con una imagen de mí misma, por/o menos; no sé si más real pero sí más grata. [...] Pienso que tengo la imagen corrida de mí misma, desfasada. La identidad, mi identidad es lo que busco. [...] Siento mi vida toda como una historia de desconocimientos, que me han desconocido sistemáticamente y quizás por eso haya desarrollado [...] esa capacidad un poco mimética de ponerme en el lugar del otro. Cuando me siento escindida en múltiples pedacitos, solamente me reencuentro en el diálogo, me verifico, y creía que podía construirme en un diálogo, en una relación; creía, no creo más; y que podía dar.» Siente que realmente viviría si actuara, representara un personaje, como una vez lo hizo. La mimetización es con sus amigas y con el que fue su marido. El diálogo, la palabra, lo simbólico, realizador titubeante de una estructuración y un re-encuentro repetidamente fallidos. Tan fallidos como (por) el encuentro originario.

esos árboles, cada uno de ellos eran hombres. Y todos tenían la expresión, yo veía caras, eran todos distintos, pero tenían la misma expresión. Y yo decía: eso que expresan es el dolor ante la existencia. Nadie hablaba, ni ellos ni yo, pero yo los entendía. Y decía: qué injusta que fui con los hombres. Porque sufren. Además ese entendimiento era como un acto de amor, yo sentía un profundo amor. Se me juntaba esa imagen con otra muy reiterada en los sueños de personas alineadas que van a ser fusiladas, que se disponen a morir a ser ejecutadas, todas en fila u ordenadas así como en un bosque los árboles. Esos hombres estaban muertos y se iban a morir, las dos cosas; estaban como en un limbo. El purgatorio, ¿no?»

«Soñar con árboles calcinados, quemados, y después soñar con un árbol vivo, pienso que de alguna forma es más positivo. El primero era un sueño totalmente gris, espantoso, pero en este si bien era pesadillesco y con cosas que me atormentaban, el árbol era gigantesco, tenía mucha vida y era uno solo además.»

En casi todos estos sueños, el silencio es un componente destacado. Esos árboles quemados, grises, calcinados, que al mismo tiempo son hombres, semejan fósiles mudos que en el interior de la paciente cobran vida. El silencio

¿da cuenta de la ausencia de la voz de su madre en los primeros intercambios con ella? Carencia dislocante de una envoltura sonora que la contenga.

En una sesión, quejándose de las exigencias que siente que le son impuestas por ser mujer, concluye: «*¡Como para estar chocho [!] del sexo femenino!*» Sus dificultades en las relaciones de pareja y en el ejercicio de la maternidad son importantes. No puede lograr un vínculo adecuado ni con los hombres tú con sus hijos. Su marido era homosexual. Se refiere así a la más estable de las relaciones que tuvo posteriormente: «*En el momento que empezó la relación lo que pretendía era que fuera hombre. Había quedado con la idea de que todos los hombres eran homosexuales [...].*» Proyección de su propia conflictiva.

«Yo me acuerdo de hace mucho tiempo [...] Hacíamos karate y todo iba muy bien pero cuando había que hacer combate yo no podía pegar, paraba los golpes pero no podía pegar. Y otra cosa que no podía hacer, que no puedo hacer, es dar vuelta carnero, me da terror, no sé miedo a qué, miedo a perder el punto de apoyo, a ese breve momento en que no tengo los pies en la tierra. Para dar vuelta carnero me desparramaba así [ríe] arriba del profesor.»

«Agredir sería como desparramarse. » Y su vestuario «es duro, no es una cosa envolvente como yo quería.»

Teme la pérdida de la realidad, del contacto: ni por un momento puede dejar de tener los pies sobre la tierra. Teme desparramarse, su yo podría fragmentarse. Miedo a la locura y la muerte: dejar de ser, pérdida de su existencia tan precaria. Me habla de contactos corporales (tan faltantes con su madre): el karate, el desparramarse encima del profesor. Contingente que la envuelve y la limita. Necesita ropa envolvente que la contenga, la confine, le impida perderse, desparramarse. Busca sus límites en el contacto con el cuerpo. Pero también lo elude: no me da la mano ni al entrar ni al salir del consultorio, en los confines de la sesión, que así desconoce. Parar los golpes y la imposibilidad de pegar serían intentos de evitar la confusión, de erigir una barrera entre lo interno que puede desparramarse afuera— y lo externo —capaz de penetrarla—.

«Cuando nació tuvieron que utilizar el fórceps [...] Yo siento, el embarazo y el parto de mi madre, no me tuvo en cuenta para nada a mí. En primer término estaba ella que estaba embarazada y que engordó horriblemente y después un parto sin gracia, sin colaborar en nada, es decir, no se había cuidado para ese parto y no sabía nada de lo que le podía pasaren ese parto. Todo tan impreciso: pensaban que yo iba a nacer en febrero y nació en abril. Se supone que me salvé por casualidad, nació totalmente asfixiada, por eso tengo horror a los lugares cerrados [...].»

Historia de desconocimientos, imagen de sí misma desfasada como su propio nacimiento, salvada por casualidad, búsqueda de una identidad siempre esquiva. La madre no la tuvo en cuenta. Durante el embarazo seguramente no pensó, no imaginó a su hija, no la anticipó en una imagen pre-formadora.

«Yo siempre fui llamada ‘la nena’ en casa y siempre me pareció rarísimo cuando me llamaban por mi nombre; aun que me llamaban a menudo nunca logré identificarme con mi nombre en mi casa. Mi nombre lo encontraba en mis amigos, mis amigas, con mis compañeros, pero nunca en lo que era mi familia, ¿no? Entonces el sexo y el sexo opuesto y mi estar en el mundo en ese aspecto lo tuve que ir asimilando sola y experimentando sola también.»

Identificarse con su nombre es algo inherente a su identidad, a su filiación; es ser tornada en cierta medida por el deseo de su (sus) madre (padres) vehiculizado en él ².

«Supongo que e/padre de mamá fue e/padrastro de abuela. Ella contaba que era tan ignorante que estaba embarazada y no sabía qué iba a pasar, por donde iba a salir el chiquilín; que tampoco se atrevía a preguntar. »

² Cuando M. Klein (1955) analiza la novela «Si yo fuera usted» de Julien Green, señala: « [...] *el nombre era una parte esencial de la fórmula mágica, y es importante que la primera cosa que se le ocurre cuando, bajo la influencia de Elise, experimenta la urgencia de recuperar su anterior personalidad, sea el nombre Fabián.*» Agrega M. Klein que «*su atracción hacia ella [Elise] —hacia sus ojos nostálgicos— se debía, como lo hace notar el autor, a una identificación con ella. Por un momento se siente tentado a transformarse en ella [...]*». La fórmula mágica le es suministrada por el diablo, quien lo seduce para que acepte el don de transformarse en otras personas. Lo último que Fabián pronuncia antes de morir es: «*Padre nuestro*», invocación al padre muerto prematuramente o, mejor, al Nombre del Padre, cuya falla determinó perturbaciones en sus identificaciones primaria y secundarias. Seducido por el diablo, se identifica sucesivamente con diversos personajes. Ineludible reiteración de imágenes ortopédicas de su yo precario. Seducido por los ojos (¿o la mirada?) de Elise se identifica con ella. Su muerte es la propia de las relaciones duales: yo o tú, el uno o el otro. Podríamos también pensar así la imagen tallada de Marilyn Monroe en el sueño de la paciente. Seducción, muerte, que A. Vallejo (1979) articula acertadamente con las identificaciones. « [...] *toda identificación, en tanto que es capaz de seducirnos para ejecutar el acto identificatorio -el acortamiento de la distancia- es una identificación con la muerte. Alienarse en el otro, responder al otro, demandar ser el otro: yo quiero ser ese niño, es responder a la demanda del Otro. Y la demanda del Otro es una coalescencia de deseos, es la búsqueda de una reunificación en el gran Otro, ya sea este gran Otro Dios, el Nombre del Padre o la Ley.*» «*Narciso muere en su intento de identificación no porque quiere ser él de una manera absolutamente sin distancia sino que muere porque no quiere ser él, quiere ser él otro determinado, signado, legalizado por el Otro.*»

Las diferencias generacionales se disuelven en una unión «incestuosa». Supuesta por la analizante pero no por ello menos eficaz.

«Es más profundo que ser mujer, más primitivo; es ser, ser yo. A partir de eso se puede ser una cosa o la otra.» Lo dicho por esta paciente coincide con las ideas de J. McDougall (1973) al respecto: «Para tener un sexo y un sentimiento de identidad sexual, primero hay que tener un cuerpo y una existencia individual. Sin esto, la sexualidad corre el riesgo de verse utilizada únicamente para reparar las fallas en el sentimiento de identidad [...]. Al drama de la alteridad le sucede el drama de la diferencia de sexos [...].»

«Soy homosexual», dice un paciente, y su identidad sexual lo constituye en lo que «es» (C. Martínez de Bagattini, 1993). Es que no se es independientemente de ser hombre o ser mujer... O ser homosexual. La identidad es inseparable de la identidad sexual. Yo soy en tanto soy hombre o soy mujer. «Yo soy Fulano» o «Yo soy Mengana»: desde el nombre, la identidad en cuanto sujeto discriminado es inevitablemente también identidad sexual. Habría que preguntarse si la alteridad y la diferencia de sexos conforman dramas sucesivos o si, por el contrario, el cuerpo es sostén, soporte de una identidad que se constituye a la vez —en un doble movimiento de alienación en el Otro y discriminación de él— como identidad sexual. En todo caso, ¿no deberíamos pensar más bien en un orden lógico que en una secuencia cronológica? Incluso en el mismo trabajo de 1973 J. McDougall afirma: «En cuanto a/sentimiento de identidad sexual, diversas investigaciones han demostrado que la madre tiene, desde el comienzo, actitudes diferentes con respecto al niño según su sexo, lo que marca, muy precozmente, e/sentimiento de identidad sexuada del niño.» La madre, al desear e invertir a su hijo como otro separado de ella, posibilitando la discriminación, lo desea simultáneamente como varón o como nena. Marca del deseo del hijo por el deseo de la madre. Marca del deseo por la falta, la castración (la muerte) como acto fundante.

En «Realidad y juego» (1971), D. W. Winnicott considera por separado los elementos masculino y femenino puros, constituyentes ambos tanto del hombre como de la mujer. Vincula el elemento femenino con el ser, con la identidad primaria, siendo la madre suficientemente buena quien lo proporciona, ofreciéndole al niño la oportunidad de sentir que el pecho es él. El elemento masculino, por su parte, se corresponde con el hacer (tanto en forma activa como pasiva), con el presupuesto de la separación del objeto, con el impulso relacionado con los objetos. El elemento femenino parecería, por lo tanto, preceder en su constitución al masculino, pero de todos modos ambos estarían conformándose muy tempranamente. « [...] *los cimientos para el simple ser pueden quedar establecidos (digamos) desde el momento del nacimiento, o antes, o poco después [...].*» (D. W. Winnicott, 1971).

Una muchacha de modales masculinos

«Supongamos que veo ante nosotros una muchacha de modales masculinos.

*Un ente humano vulgar dirá de ella ‘Esa muchacha parece un muchachos
Otro ente humano y vulgar, ya más cerca de la conciencia de que hablar
es decir, dirá de e/la ‘Esa muchacha es un muchacho’. Otro [...] más
animado por el afecto de la concisión [...]*

dirá de ella ‘Ese muchacho’.

Yo diré ‘Esa muchacho’ [...].»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Una adolescente con fallas en su identificación primaria se integra a un grupo de varones, asumiendo el liderazgo. Con una aguja «quemada» impregnada de tinta azul se graba en su brazo dos letras: la primera corresponde a la inicial de

su nombre de pila y la otra a la primera letra del número de integrantes del grupo. Sus conductas muestran los trastornos en la identificación femenina, siendo totalmente acordes a las de sus compañeros. Pienso que su identificación masculina se entrelaza con la identificación primaria, aunque no en la forma en que lo plantea J. McDougall. Creo, más bien, que están interactuando desde el comienzo mismo. Las dos letras, a modo de iniciales de nombre y apellido, le otorgan una filiación que parece estar inexorablemente ligada a su pertenencia al grupo, que se constituye en soporte de su inestable identidad.

El lenguaje es cuerpo. «Las palabras son para mi cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas.» (F. Pessoa, 1991). Y el cuerpo es lenguaje. El cuerpo imaginario de esta chica, herido por lo simbólico, sufre el dolor real ocasionado por esa marca en su superficie, límite que permite su frágil discriminación. Del cuerpo al significante a través del dolor. El cuerpo no afectado, desprovisto de afecto, debe ser marcado a fuego por ella misma. Marcado por el nombre, que es marca. Para M. Casas de Pereda (1992) «II. .4 el niño [es] escritor con su cuerpo de letras que dice la madre y que dice a la madre [...] ». Esta adolescente escribe dolorosamente en su cuerpo las letras que no escuchó decir a su madre.

Cuando un compañero le dice a otra chica que ella es hombre, le pega para defender —al modo masculino— su femineidad. Así como —muy niña aún— vio al padre pegarle a su hermana mayor para impedírsela. Creo que la actitud del padre con respecto a sus hijas se constituyó en un factor determinante de la sexualidad de éstas desde el inicio.

Edipo siempre

«Si son posibles las identificaciones, es en la medida en que algo se estructura para el sujeto en esa relación triádica constituida en el nivel del significante; sí puede dar a sus vivencias tal o cual

sentido, es en esa relación.»

Jacques Lacan

(Las formaciones del inconciente)

Coincido con M. Casas de Pereda (1986) cuando considera las identificaciones como « [. . .] *un amplio y progresivo proceso identificatorio que tiene por fondo una estructura edípica.*» Pienso que en él convergen diversos factores, algunos de los cuales contribuyen simultáneamente al establecimiento de las identificaciones primarias y secundarias. Se producen re-significaciones en cada una de ellas y entre las mismas durante el proceso de su constitución, en ciertos momentos (tiempos lógicos) del mismo.

Las identificaciones secundarias se resignificarían privilegiadamente a punto de partida de la represión del complejo de Edipo pero su origen tendría lugar en un tiempo lógico anterior en el cual el deseo de la madre es de vital importancia. Deseo que trasmite el del padre y el de las generaciones anteriores. La mirada de la madre, la elección del nombre, revelan su deseo. Agreguemos el papel que juega la voz. Suspendida en el aire, perdida apenas aferrada, es objeto de la pulsión invocante, objeto *a* del deseo procedente del Otro. La voz invoca y procura obtener la voz del Otro. Como voz busca la voz. Pecho, heces, voz, mirada: objetos perdidos, desprendidos del cuerpo, estructurantes en (de) los intercambios madre-bebé. Modalidades del objeto *a*, que da cuenta de la división e incompletud del sujeto; objetos de las pulsiones parciales.

El yo ideal —conformado según Lacan en el estadio del espejo no sólo es la matriz capaz de albergar y sostener identificaciones ulteriores sino que desde un mítico origen se inter-relaciona con las identificaciones secundarias, constituyentes del ideal del yo. Estas últimas identificaciones estarán en la base de la orientación sexual masculina o femenina del sujeto. Papel tipificante en el deseo del sujeto. En el tercer tiempo del Edipo lacaniano, «[...] *el padre interviene como aquel que tiene e/falo y no que es tal, [...] es más preferido que*

la madre y esta identificación culmina en la formación del ideal del yo.» (J. Lacan, 1957—1958). El varón —en la medida en que amor e identificación están estrechamente relacionados— debe inevitablemente amar al padre para identificarse con él. Corriendo el peligro de la homosexualidad. La niña, que reconoce su carencia de falo, sabe donde ir a buscarlo. Se identifica con la madre, para quien el falo ha sido reinstaurado por el padre como objeto deseado por ella. Pero también, al ser privada de lo que espera, el amor al padre se transforma en identificación con éste. Más bien «[...] *con ciertos elementos significantes, de los que es el soporte, digamos las insignias del padre: el sujeto se presentará pues bajo la máscara, bajo las insignias de la masculinidad* [...]». (J. Lacan, 1957—1958).

El superyo o ideal del yo es, para Freud, el heredero del complejo de Edipo. Pero considera que proviene también del superyo de los padres (erigido en modelo), transmisor de la tradición, así como de restos de palabra (lo oído). Según Lacan, el superyo resulta de la identificación con el padre imaginario, el padre obscuro y feroz de la horda primordial.

La inscripción de una pérdida

«Miro hacia ti, dentro de mi novia supuesta, y ya nos desavenimos antes de que existas.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

En numerosos trabajos D. Gil se ocupa del espinoso tema de la identificación primaria. Me interesa subrayar sus ideas acerca de las relaciones entre la identificación primaria y la secundaria así como las concernientes a la identificación de género: [...] *el niño tempranamente se ubica, y es ubicado, como varón o como niña. Al nacer, le dan un nombre y un sexo, que para el*

niño será en principio sólo de género.» Y dentro de la identificación primaria distingue dos etapas o procesos, de los cuales el b) es [...] el de la identificación y elección de objeto de género (se las podría llamar sexuales pre-castrativas) donde ya se esboza y donde se apoyará la identificación secundaria (edípica).» (D. Gil, 1988). S. Freud (1905) es claro al afirmar: «Cuando [la madre] enseña al niño a amar, no hace sino cumplir su cometido; es que debe convertirse en un hombre íntegro [...]».

M. Klein (1955) sostiene que *«la identificación por proyección implica una combinación de la disociación de partes de/yo y de la proyección de las mismas sobre (o aún mejor en) otra persona»* y que *«[...] la internalización es de la mayor importancia para los procesos proyectivos, en particular que e/pecho bueno internalizado actúa como punto focal en el yo [...]».*

Necesidad, deseo y demanda caracterizan el tipo de relación significativa al Otro. *«[...] según el modo significativo de ser arrancado, es decir, según la posición en la que el Otro se presenta, el seno se recorta con la demanda al Otro; los excrementos, con la demanda del Otro; la mirada, con el deseo al Otro, y la voz, con el deseo proveniente del Otro.» (J. D. Nasio, 1986).*

Aunque los sentimientos del lactante *«[...] se centran en la relación alimentaria con la madre, representada por el pecho, otros aspectos de la madre intervienen ya en la primera relación con ella, pues aún el niño muy pequeño responde a la sonrisa de la madre, a sus manos, a su voz, al hecho de que lo a/ce en brazos o atiende sus necesidades.» (M. Klein, 1952).*

El niño responde a la mirada de la madre, a su sonrisa, a sus manos, a su voz, a sus brazos, a su atención, significantes no verbales, efectores —junto a la palabra— del deseo y la demanda. Y, a su vez, desea y demanda, por medio de sus significantes. La madre es para el niño seno, mirada, heces, voz. Y debe perderla, perder al objeto *a*, porque esta pérdida permitirá la discriminación necesaria para identificarse. *«[...] esta pérdida es la condición primordial de la*

identidad psíquica [...]» (J. McDougall, 1973). La identificación es con el objeto, con el pecho en cuanto perdido. Pérdida, ausencia del objeto, muerte que está en la base de las identificaciones. Pérdida que es precursora de la castración y, a su vez, es resignificada por ella. Encuentros y des-encuentros, obtención y pérdida, van estructurando a la criatura humana. El pecho que produjo la vivencia de satisfacción, que satisfizo la necesidad, se pierde. Y es en tanto perdido (huella, imagen mnémica, representación, inscripción estructurante en lo inconciente) que se constituye como objeto causa del deseo, motor del aparato psíquico.

La voz que se pierde en el silencio, la mirada que se desvanece en la oscuridad y en la autonomía de la imagen, el llanto a gritos de la demanda insatisfecha, reconducen —en los sueños de la primera paciente— a un tiempo primordial. Tiempo mítico —desembarazado de las estrecheces de una concepción exclusivamente genética— en que lenguaje, muerte y deseo ya están presentes, constituyentes—constitutivos de la condición humana. Condición que implica el advenimiento del sujeto como ser humano en tanto que hombre o mujer.

Verme porque tengo que yermme

«¿Quién es yo? ¿Qué es este intervalo que hay entre mí y mí?»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Un analizante, cuando niño, al ser dejado solo en su casa, se vestía con las ropas de su madre o de su hermana, contemplándose luego en el espejo. ¿Desmentida de la ausencia de la madre (fálica)? Desmentida de su castración. Ser el falo de la madre (metonimia de ella) para ser, existir.

Falo imaginario oculto bajo las vestimentas maternas. «*Vivo mirándome en el espejo*». El espejo le infunde vida al devolverle la imagen de su cuerpo—falo recubierto—madre fálica. Imagen con la que se identifica mediante la vuelta

hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario. Libido que, desde el sujeto, inviste la imagen (madre fálica), revirtiéndose sobre él, investido como falo de la madre. Mira y, al mirar, es mirado. Imagen alienante que buscará, fuera del espejo, en los travestis en procura de una identidad siempre incierta y claudicante. Relata que se sintió muerto cuando una chica se rehusó a continuar saliendo con él. En otra ocasión se refirió a su necesidad de «*yerme* [con una mujer] *porque tengo que yerme*». Búsqueda imperiosa e incesante del espejo, de la imagen, que le confirme —al mirarse mirado— que está vivo.

Siendo el falo de la madre se goza y se la hace gozar a ella. La cristalización en esta posición es la muerte del sujeto de deseo. El incesto es goce, fusión, retorno ineludible al sitio imantado del no-retorno. Goce que es extinción del deseo, fusión sin retorno con la madre—naturaleza, unión imperecedera con la madre—tierra, muerte, en fin, ¿que hace posible el encuentro imposible con el objeto *a*?

A diferencia del nieto de Freud, que en el juego del carretel simboliza la ausencia —y la presencia— de su madre, conjugando deseo y trabajo de duelo, este analizando sufre perturbaciones en el proceso de simbolización. La ausencia lo sumerge en una soledad desesperante, lanzándolo a una búsqueda frenética, siempre recomenzada, de mujeres que en algunos aspectos se le parecen. Quiere salir con «*una chica ya conocida* [alguien con quien salió o quiso salir anteriormente], *una para atrás*». Lo atraen las mujeres dominantes. Establece sucesivamente vínculos de visado—masoquista, alternando los lugares, re—tornando los reflejos. Alienado en la huidiza imagen del otro no puede vivir sin ella, abandonándola o haciéndose dejar —cuando teme la fusión— y recuperándola en un juego angustiante, en el que pocas veces logra la calma. Juego imaginario, de fascinaciones que a veces lo capturan en redes enmarañadas, a las que debe rasgar para interrogarse sobre su identidad. Aprisionado en la seducción especular, desmiente la ausencia, procurando una presencia sin desgarros. De lo contrario, se desespera. No puede tolerar la

ausencia. Su deseo queda confinado en ser el falo de su madre (en consecuencia) fálica. El duelo —lugar horadado por la falta, que lo inaugura— no puede instalarse, ahogado en la coalescencia de imágenes.

El niño del Fort—Da, por el contrario, juega simbólicamente con su imagen recién descubierta, haciéndola desaparecer como desaparece su madre. M. Casas de Pereda (1993) señala acertadamente el papel estructurante de la desmentida y recurre al ejemplo del nieto de Freud. «*Cuando se pueda con la ausencia —asegura— no se necesitará recurrir a la desmentida.*» Conuerdo con su planteo ya que la desmentida en este caso no adquirirá la rigidez de un mecanismo patológico sino que posibilitará (será sucedida por) la aceptación y la instalación de la represión. Habría una movilidad, una plasticidad mayor que en el paciente. En quien el mecanismo permanecería coagulado, afincado en la imagen especular, mientras que en el niño del carretel acompañaría el juego alternante de desapariciones y reapariciones.

Así, puestos en juego tanto el juego del deseo como el duelo a tramitar, circulan y hacen circular a los elementos constituyentes de las identificaciones. Detrás del espejo no hay imagen: sólo la muerte como ausencia. Esto permite la identificación especular constitutiva del yo. Se pierde —y en el mismo movimiento se funda el sujeto, quedando forcluido, alienado por su división. Envuelto en los ropajes del yo no puede saber sobre sí mismo. El analizando, atascado en las vestimentas de su madre, modela su yo con alteraciones, perturbándose solidariamente su identificación sexual. Intenta ser el falo mirado por la madre al contemplarse en el espejo con la ropa de ésta. Al constituirse como ser existente se identifica imaginariamente con su madre en una orientación femenina. El tiene que ser su madre (¿su metáfora?) para sustentar la desmentida de su ausencia.

De vida o muerte

*«Si quiero decir que existo, diré 'Soy'.
Si quiero decir que existo como alma separada, diré 'Soy yo'. Pero si
quiero decir que existo como entidad que a sí misma
se dirige y forma,
que ejerce junto a sí misma la función divina de crearse[...]
diré 'Me soy'. »*

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

A medias Martín

(La sombra De Marcos)

*«Somos muerte. Esto, que consideramos vida, es el sueño de
la vida real,
la muerte de lo que verdaderamente somos. Los muertos
nacen, no mueren.
Están trocados, para nosotros, los mundos.
Cuando creemos que vivimos, estamos muertos;
vamos a vivir cuando estamos moribundos.»*

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

E. Pérez de Plá (1991) y S. Sapriza (1993) consideran la importancia de lo transgeneracional. S. Sapriza se refiere a lo que algunos autores actuales

denominan identificaciones alienantes. Su paciente niño reproduce en sus síntomas lo traumático vivido por su padre, desmentido, no tramitado, excluido del discurso familiar. Queda así sometido a la historia de aquel.

El paciente de E. Pérez de Plá no recibe una ubicación simbólica en la genealogía familiar sino que es retrotraído imaginariamente al lugar de un tío materno muerto a los dieciocho meses de edad.

La primera sílaba del nombre de Marcos se repite ominosamente en Martín, segundo varón de la fratría como su tío. *«Todos los objetos que habían pertenecido al bebé fueron guardados cuidadosamente como esperando su vuelta.»* Y su vuelta se da al nacer Martín, con quien emplean la toalla y la colonia a medio usar del muerto. El padre permite todo casi sin intervenir. Martín responde al deseo de su madre y su abuela identificándose imaginariamente con aquel. Es un fantasma que no puede verse en el espejo o él mismo es espejo. No es deseado por su madre como sujeto diferente al tío muerto. *«[...] el mejor lugar para no verse es ser el espejo mismo [...].»* (E. Pérez de Plá, 1991). Pero es también el mejor lugar para que otro pueda verse. Fantasma-espejo en que es visto el muerto, no tiene, en cambio, imagen propia. No la ha recibido de aquella que podría habérsela ofrecido.

P. Castoriadis—Aulagnier (1963) sostiene que *«en la mayoría de los casos, el comienzo del embarazo coincide con la instauración de una relación imaginaria o la acentúa; en ella el sujeto hijo no se halla representado por lo que en su realidad es —un embrión en vías de desarrollo— sino por lo que en otra parte he denominado cuerpo imaginado, o sea, un cuerpo ya completo y unificado, dotado de todos los atributos necesarios para ello. [...] sobre esa imagen, soporte imaginario del embrión, se vuelca la libido materna»*. A la madre del psicótico, en cambio, le resultaría imposible esa representación imaginaria. Al preguntar Martín: *«Mamá, ¿yo vivía en tu panza antes de nacer?»*, ella le responde: *«Los niños viven cuando salen de la panza, antes son*

fetos». (E. Pérez de Plá, 1991).

P. Castoriadis—Aulagnier (1963) considera que el «[...] *cuerpo* [es] *imaginariamente concebido como sexuado y autónomo*». Pienso igualmente que la imagen forjada por el deseo de la madre no se limitaría al ser de su hijo, a su existencia separada de ella, sino que ya tendría atribuido el sexo masculino o femenino. Aun antes de que el sexo sea revelado por la ecografía. Imagen que anuda el cuerpo real por advenir con el nombre (simbólico) del niño, ya elegido desde antes de su nacimiento. Real, imaginario y simbólico, entrelazados en una matriz precursora del espejo, donde se moldearán las identificaciones primaria y secundarias. Matriz (no exclusivamente) simbólica que prefigura el espejo y lo organiza, que precede al nacimiento del niño y lo espera.

Esa imagen es la que el niño va a encontrar en la mirada de la madre, trasmisora de su deseo, ya que, como afirma P. Castoriadis—Aulagnier, al comienzo de la vida dicha imagen se superpone al niño. Es la imagen que Martín no encontró. La muerte del tío ¿desestimada? retorna como ausencia (¿alucinación negativa?) de su imagen en el espejo. Ser el tío muerto trastoca las diferencias generacionales y concomitantemente —pienso— las sexuales. No posee imagen, recordándome a Peter Schlemihl, el hombre que perdió su sombra. Ni de hombre ni de mujer. «*Es por el sesgo del reconocimiento del Otro que debe pasar el del sujeto. Por lo mismo que el Otro lo ha reconocido desde un principio como el equivalente del «cuerpo imaginado», que lo ha precedido, puede reconocer en el ego especular su Yo ideal.*» (P. Castoriadis—Aulagnier, 1963).

J. García (1993) vincula al sepultamiento del complejo de Edipo la ubicación simbólica en una genealogía. Este sepultamiento —escribe— [...] *implica la castración de la madre fálica, la aceptación de la diferencia de sexos, la prohibición de los objetos incestuosos, el reconocimiento del padre y la ubicación simbólica en una genealogía familiar*». Por mi parte, considero que se produce desde antes del nacimiento, recibiendo resignificaciones tanto al

nacer como al reprimir el complejo de Edipo. La represión tiene, pues, su papel. La estructura edípica pre-existe al sujeto, lo antecede y le confiere ex-sistencia. Cuando se elige su nombre, cuando se le nombra, es situado simbólicamente en una genealogía, es inscrito en el discurso con una filiación³.

Los fantasmas originarios, mitos de los orígenes, entramados con las teorías sexuales infantiles, procuran dar cuenta de los orígenes míticos de la vida, de la sexualidad, de la diferencia de sexos. Urdidos por el deseo, despliegan en su escenario universal y privado la fatalidad específicamente humana del Edipo y la castración. Prohibición del incesto, ley suprema a la que las demás prohibiciones se subordinan y reconducen; castración simbólica; ley de la diferencia de sexos: ya están allí desde antes que el sujeto ex-sista.

Los tres tiempos del Edipo en Lacan, desde la identificación al falo hasta la orientación sexual masculina o femenina plasmada en el ideal del yo—problemática del ser y el tener—, no transcurren, a mi entender, en una sucesión genética sino que deben ser comprendidos como tiempos lógicos realizándose en una estructura. Incluso si las diferencias sexuales en un momento primordial, siempre incierto, se expresan por una diferencia de género, la oposición misma de sus términos pertenece al orden simbólico. Este atraviesa las diversas polaridades que, transitando por los registros pulsionales prevalentes, culminan

³ El nombre nos da un lugar en la estructura y afirma nuestra existencia. Ya antes de que Juanito naciera se sabía que iba a haber un Juanito. Cuando decimos: «*falta Fulano*» su ausencia está referida a una posible presencia. Presencia correlativa a ese lugar simbólico otorgado por el nombre.

Ya Freud postuló la gravitación del deseo de los padres en la constitución del sujeto. Señaló también la importancia de los nombres, aunque fue fundamentalmente Abraham quien destacó su poder determinante. Poder determinante sostenido -a mi entender- doblemente: desde el nombre mismo y desde el deseo de la madre (de los padres) vehiculizado -aunque no sólo en él- por ese nombre.

Hay padres que, nacido ya su hijo, no tienen aún un nombre para él. Como si no existiera. Este hecho va a incidir en las identificaciones del bebé. Las numerosas variantes en la elección del nombre tienen enorme influencia. Recuerdo una entrevista en la que un sujeto homosexual me explicó el origen de sus desusados nombres. Ambos provenían de familiares. El primero condensaba fragmentos de dos nombres, uno de los cuales pertenecía a una mujer. El segundo era un nombre de hombre invertido. Sin duda contribuyeron -desde el deseo de sus padres- a la alteración de la formación de su yo y de su orientación sexual.

La analizanda que se soñó M. Monroe no era llamada habitualmente por su nombre. En su familia le decían: «*Nena*».

en la disyuntiva de los términos —jamás disjuntos— masculino y femenino. Prefiero referirme, sin desviarme de Freud, al lenguaje pulsional. Podríamos pensar así que la oposición sexual (masculino—femenino) se exterioriza en diferentes registros (por diversos lenguajes) según la pulsión de que se trate.

D. W. Winnicott (1971) considera al rostro de la madre como el precursor del espejo. Pienso que su mirada revelará a su bebé lo que denominé matriz precursora del espejo, ligándola al espejo mismo y dejando su huella, su inscripción, su marca, en lo inconciente del hijo —saber que no se sabe—. Deseo que fundará el deseo del hijo como deseo del Otro, deseo de deseo.

La madre de Martín acostumbra llamarlo de modo cariñoso diciéndole «*Mamita*». E. Pérez de Plá aclara que es común en México llamar a los hijos «*Mamita*» o «*Papito*» pero lo inusitado del cambio de género la hace pensar que para su madre Martín representa a la abuela. Yo agregaría que al ubicar al hijo en una posición femenina, representando a su abuela, la madre trataría quizás de evitar la identificación con el tío muerto. Deseo de salvar a Martín, atrapado en una encrucijada de deseos. A medias logrado, a medias la colonia, a medias el nombre: mitad Marcos. Y así E. Pérez de Plá puede afirmar: «*Desde antes de nacer Martín debía morir a medias [...]*».

En las sesiones se juegan, se actúan, las versiones de Martín de los cuentos infantiles. En ciertos momentos, representa algún personaje femenino como Blancanieves, alternando en otros con roles masculinos. Creo que sus identificaciones primaria y secundarias se entretajan desde un comienzo mítico, fallidas, a medias, marcadas por los deseos de los que Martín es efecto y efector.

Verse mujer

«Matar al sueño es matarnos. Es mutilar nuestra alma. El sueño es lo que tenemos de realmente nuestro, de impenetrablemente e inexpugnablemente nuestro [...] Sólo lo que soñamos es lo que verdaderamente somos

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Una analizante sueña que arrojan a un hombre a un sótano. Muere pero revive como mujer. Esta paciente, que tiene varias hermanas pero ningún hermano, fue deseada varón por su madre. En un sector de un grabado que tengo en mi consultorio pueden verse dos figuras femeninas (cabeza y parte del busto), una de las cuales está invertida, como en espejo, con respecto a la otra. Después de relatar el sueño me dice sorprendida que siempre había creído que la imagen invertida era de un hombre; recién ahora puede verla (verse) mujer.

Deseada hombre por su madre —trasmisora a su vez del deseo del padre— no podía verse en la mirada de aquella como mujer. Lo que le provocó —además de perturbaciones en su identificación primaria una gran dificultad para lograr su identidad femenina. El trabajo de análisis le permitió comenzar a verse mujer. El sueño —a mi parecer descubre a posteriori ese momento mítico de los orígenes en el cual las identificaciones empiezan a procesarse en interacción recíproca. Debe revivir, volver a nacer, porque ya entonces la mirada de la madre está ejerciendo su efecto. Mirada que en otra paciente «vio» un pene donde no se encontraba. Cuando nació su segunda hija creyó que era un varón desmintiendo transitoriamente la castración —de acuerdo a su deseo—.

¿Qué sucede con las identificaciones cuando el hijo no es deseado? ¿Cómo inviste la madre —no sólo sexual sino también narcisísticamente— al hijo cuyo sexo es el opuesto al deseado y los padres no han podido realizar el trabajo de duelo por esta pérdida?

III. Un sueño horrible

«¿Has pensado ya, / oh Otra, /

cuán invisibles somos los unos para los otros?

¿Has meditado ya cuánto nos desconocemos?

Nos vemos y no nos vemos. Nos oímos y cada uno escucha tan sólo una voz que está dentro de él.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

«*Tuve un sueño horrible*» dice una paciente. Ella y su hermana están mirándose en el espejo de una cómoda. No puede verse en la parte del espejo que le corresponde, en tanto su hermana sí en la de ella. La empuja, quiere desplazarla para así poder verse en el sitio de la otra. Esta cae debajo de la cómoda y, furiosa con la analizante, trata de sacarse la cómoda de encima. Cree que si lo consigue la va a matar. Entonces la ataca con una espada de San Jorge (la planta) o con un cucurucho para matarla. Los asocia con un pene. Se despierta agitada y con taquicardia.

Lucha de vida o muerte: ella o su hermana. Siente que no vive, no existe, si no es mirada por su madre, si no se ve mirándose en la mirada de su madre. Si su madre sólo ve, solamente mira, a su hermana. ¿Para ser, existir, es necesario que ocupe el lugar de ésta frente a aquella, atrayéndola con un pene ilusorio — emblema imaginario de sus aspectos masculinos—, señuelo que le permite, en el mismo movimiento, constituirse en el falo ansiado por su madre?

La encrucijada y la cita

«Al final de este día queda lo que quedó de ayer y quedará de

mañana:

al ansia insaciable e innúmera de ser siempre el mismo y otro.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Juicios de atribución y de existencia; afirmación, simbolización primordial; negación; introducción—exclusión en el lenguaje de la pulsión oral; in—corporación (hacer cuerpo). Tiempo mítico en que se va estableciendo la estructura del sujeto. Configuración —no exenta de riesgosos avatares, de apropiaciones debidas y necesaria discriminación— de sus identificaciones en una matriz simbólica, proveniente del deseo de la madre. Para M. Klein (1955), «[...] *la proyección y la introyección interactúan desde el comienzo de la vida*».

El fantasma, el objeto transicional, la realización alucinatoria de deseo, generan continuidad, hacen puente entre el «adentro» y el «afuera». El fantasma, además, enlaza los diferentes sistemas. ¿Podríamos considerar al objeto transicional —creación que no es un objeto interno ni exterior— un mediador de las identificaciones, en la medida en que se origina soportando la ilusión de una superposición entre la realidad exterior y la capacidad del sujeto de crear?

Las identificaciones también vinculan el «adentro» y el «afuera», al sujeto con el otro. Zona de confluencia, encrucijada donde los cruces se citan y hacen citas. Un rasgo del semejante —rasgo único— produce una intertextualidad e «intertexturidad» con el sujeto en un cuerpo a cuerpo en que el cuerpo se hace texto y textura. La cita de un texto in—corporada a otro provoca la emergencia de un sentido nuevo. Algo de este orden ocurre en la identificación: el rasgo del cual el sujeto se apodera, desplazado desde el objeto y condensado en el sujeto, crea un sentido original. Metáfora y metonimia, gestoras de un proceso que es creación y creador; trabajo del aparato psíquico. Tengo ciertas coincidencias

con J. McDougall (1973) en tanto que, según ella, la identificación —por la que se integra la diferencia— «[...] es *acto creador con el cual el sujeto se convierte en sujeto y objeto a la vez, con el fin de atravesar el espacio que separa el ser del otro* [...]». Sólo que la integración de la diferencia instala —por ese mismo acto— una nueva diferencia. Juego de significantes en que el sujeto es —de acuerdo al conocido aforismo de Lacan— lo que un significante representa para otro significante.

«*Sobre el prójimo [...] aprende el ser humano a discernir [...] el complejo del prójimo se separa en dos componentes, uno de los cuales impone por una ensambladura constante, se mantiene reunido como una cosa del mundo, mientras que el otro es comprendido por un trabajo mnémico, es decir, puede ser reconducido a una noticia del cuerpo propio.*» (S. Freud, 1950[1895]). En este pendular de percepciones y recuerdos se va estructurando el ser humano en las ineludibles vicisitudes de su relación con sus congéneres. Freud no olvida el grito, que reconduce a la vivencia de dolor, tan importante para ir trazando los límites. Grito que —al ser vocero del dolor— brota del cuerpo y lo entrama con el lenguaje.

Identificaciones imaginarias y simbólicas

«Tengo mucho frío. Estoy tan cansado en mi abandono. Ve a buscar, oh Viento, a mi Madre.

Llévame por la Noche a la casa que no he conocido... Vuelve a darme, oh Silencio [...], mi alma y mi cuna y mi canción con que me dormía.»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

Del hijo como falo imaginario (deseo del deseo de la madre) a la castración simbólica. Según Lacan (1957—1958), «*para agradar a la madre, es preciso y es suficiente con ser el falo* [...]». En el estadio del espejo se constituye el yo

ideal —conformado como ilusoria unidad—y el deseo como deseo del Otro: el infans desea ser lo que el Otro desea, lo que le falta: el falo. Esta falta real es la privación (en lo real, donde nada puede faltar) de un objeto simbólico, de un significante —el falo— cuya significación es de privación. El infans se identifica con el falo y demanda amor a su madre, signo del cual es el don: pecho simbólico, don de la madre real. Puede otorgarlo o rehusarlo; puede «jugar» a darlo y denegarlo, creando un espacio de ilusión y desilusión, dando paso así a la discriminación y la identificación.

Refiriéndose al discurso infantil, M. Casas de Pereda (1993) afirma que «[...] *el juego es discurso a través del cual el sujeto se realiza*». El juego de la madre es discurso que vehiculiza su deseo. Y el encuentro de discursos —de deseos— va a pautar la realización del sujeto.

La metáfora paterna, la castración simbólica, instaura el deseo. Represión primaria, acceso al orden simbólico, que posibilita las identificaciones simbólicas, secundarias, instituidas por introyección. En el psicótico, la forclusión —al clausurar el ingreso a este orden— impide la génesis de tales identificaciones. El psicótico se identifica por proyección —identificación imaginaria— con Napoleón, Jesucristo, etc., para existir, ser alguien. Su identidad es lábil, su ser en el sentido de existencia está impregnado de lo imaginario, dependiendo masivamente, ineluctablemente, del otro, de una imagen ortopédica de sí mismo que aplace su descalabro, su fragmentación.

Sujeción concomitante a la mirada del otro. «*Si no me dejan pasar no existo*»: este paciente psicótico no se sentía existente si no era mirado, si no era reconocido. Los conductores debían dejarlo pasar cuando cruzaba la calle. «*Cuando miro se me ve, y por lo tanto existo.*» (D. W. Winnicott, 1971). Una paciente iba todos los días a ver (mirar) a su madre (mirarla) para tener la seguridad de su propia existencia. «*La sola visión de la imagen en el otro no es suficiente para constituir la imagen del cuerpo propio. [...] La eficacia de la identificación viene de la mirada en el campo del Otro [...]*». (P. Julien, 1985).

En el sujeto neurótico la búsqueda de su identidad (de su existencia como alguien discriminado, de su alteridad) y de su identidad sexual se corresponden. Quizás se podría pensar de esta manera el contacto con los travestis en el analizante al que me referí anteriormente. En el neurótico la simbolización, de todos modos, va a sufrir perturbaciones debido a que siempre existirá un desfallecimiento en la función simbólica del padre real. Función proveniente del padre muerto, asesinado por la banda de hermanos (padre simbólico). ¿Las identificaciones secundarias (simbólicas) no podrían, pues, constituirse plenamente?

Desiderium: deseo y duelo
(amor y muerte —ausencia—)

«El amor quiere la posesión, pero no sabe lo que es la posesión.

Si yo no soy mío, ¿cómo seré tuyo, o tú mía?

Si no poseo mi propio ser, ¿cómo poseeré un ser ajeno?

Si ya soy diferente de aquel al que soy idéntico,

¿cómo ser idéntico a aquel de quien soy diferente?»

Fernando Pessoa

(Libro del desasosiego)

La palabra es el asesinato de la cosa. Muerte ofrendada al deseo para su eternización. Deseo y muerte, operarios imprescindibles en la construcción de las identificaciones. Muerte que está en el horizonte ya desde el comienzo de la vida y que resignifica —en una anticipación lógica el devenir histórico del sujeto. Muerte que es ausencia detrás del espejo, que es límite, finitud, separación, engarce con lo simbólico.

Desiderium: deseo y duelo, ensamblados en el juego del carretel. Deseo de la madre ausente, perdida; trabajo de duelo enraizado en la figuración de la

oposición simbólica (presencia—ausencia) por el carretel y el antagonismo fonemático o—a (fort—da). Juego del niño ante el espejo, haciendo desaparecer su imagen. Deseo y duelo (con)jugando su papel en las identificaciones en torno del objeto perdido.

La estructura edípica, presente en la conocida afirmación de Freud a Juanito, enmarca la escritura errática y diversa del complejo. El deseo de la madre, existente (y eficaz en la estructura) también desde antes de que su hijo nazca, es determinante en el encuentro de ambos. Ella lo inviste con libido narcisista y sexual, entramándose las identificaciones primaria y secundarias. [...] *la madre es el primer objeto para la identificación del niño, sea por proyección o introyección.*» (M. Klein, 1955).

Amor e identificaciones se entrelazan. Es fecundo el concepto freudiano de una libido única que inviste tanto al yo como a los objetos, oscilando entre aquel y estos. Aproximación y distanciamiento. Pero siempre presencia forzosa de un otro, campo de lo transindividual, indispensable en la constitución del yo. *«La madre escribe en el cuerpo de su hijo [e inscribe en su psiquismo] con el propio cuerpo de su historia personal, generacional, de su impronta identificatoria, de sus ideales, de su superyó, de sus límites, de su castración simbólica, en fin, de su modo de amar; que es el decantado anudado de su estructura.»* (M. C. de Pereda, 1993).

La vuelta hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario, mecanismos primitivos descritos por Freud, quizás puedan considerarse en relación a una función estructurante del sujeto en el estadio del espejo de Lacan. M. Casas de Pereda (1993) señala que los mismos —propios de un ámbito dual— participan, en inter-relación dinámica con otros factores, en la estructuración psíquica. Freud (1923) en «El yo y el ello» articula las identificaciones con las representaciones de los objetos incestuosos resignados y el retorno de la libido sobre el yo. En «Pulsiones y destinos de pulsión» (1915) sostiene la existencia

de pulsiones sexuales que tienen un objeto externo de entrada. El sádico se identifica con el masoquista y viceversa. Lo mismo ocurre con el exhibicionista y el «voyeur». ¿No podría pensarse que este movimiento de investiduras libidinales de vías recíprocas, puesto en marcha desde los primeros momentos, contribuye a que las identificaciones se vayan procesando? J. Lacan (1948) describe el transitivismo durante el estadio del espejo: un niño le pega a otro y afirma que el otro le pegó. En su fantasía, el doble movimiento de la pulsión hace de charnela entre el sujeto y su semejante. Se facilitan de este modo las identificaciones que lo van constituyendo en su relación con el otro.

Para Freud (1923), la identificación primaria es la identificación con el padre de la prehistoria personal, que antecede al reconocimiento de la diferencia de sexos. Previa al Edipo, al ingreso en la historia, a la diferenciación sexual castración mediante. Creo que son tiempos lógicos y no (solamente) una sucesión cronológica de acontecimientos. La distinción de los sexos está ya esbozada desde los comienzos. La castración posibilita identificaciones simbólicas que no sólo resignifican sino que reorganizan las anteriores. El propio Freud (1923) nos habla de la identificación del varón con el padre antes del nacimiento del complejo de Edipo.

Resumen

Un discurrir sobre hechos clínicos y concepciones teóricas de diferentes autores, procedentes de diversas corrientes del pensamiento psicoanalítico, van orientando estas reflexiones sobre las identificaciones. Vasto y complejo tema, siempre enigmático e inagotable. La clínica, las reflexiones, la teoría, retornan repitiéndose, resignificándose, retroalimentándose, articulando nuevos cruces y generando otras formas de abordaje.

Desde los albores míticos del sujeto, las identificaciones primaria y secundarias se entretajan y resignifican en un proceso enmarcado por la estructura

edípica. Encuentros (y desencuentros) confluyen en una encrucijada donde se dan cita el deseo, el amor, la pérdida, la ausencia, la muerte, el dolor, el duelo. En la que están involucrados el infans y el Otro, el sujeto y su semejante, el otro. Convergencia de citas, de rasgos —rasgo único del semejante del cual el sujeto se apodera, desplazado desde el objeto y condensado en el sujeto— que crean un sentido original. Metáfora y metonimia, gestoras de un proceso que es creación y creador. Integración de la diferencia que instala —por ese mismo acto— una nueva diferencia. Juego de (del) significantes (significante).

Identificaciones imaginarias (narcisistas, especulares) —que mantienen enhiesta la ilusión del falo — y simbólicas (cuyo acceso es franqueado por la castración simbólica y la represión). Corresponden —más bien que a una sucesión cronológica— a una ordenación estructurada en tiempos lógicos. Moldeándose ambas —identificación primaria y secundarias—, solidarias, en una matriz (no exclusivamente) simbólica que prefigura el espejo y lo organiza, que precede al nacimiento del niño y lo espera.

El deseo de la madre forja una imagen que no se limitaría al ser de su hijo, a su existencia separada de ella, sino que ya tendría atribuido el sexo masculino o femenino. Esa imagen es la que el niño va a encontrar en la mirada de la madre, trasmisora de su deseo. Imagen que anuda el cuerpo real por advenir con el nombre (simbólico) del niño, ya elegido desde antes de su nacimiento. Real, imaginario y simbólico, entrelazados en esa matriz precursora del espejo.

El grito, vocero del cuerpo surcado por el dolor, lo entrama con el lenguaje. Cuerpo que se hace texto y textura. Cuerpo enlazado a un nombre que, desde antes de nacer, lo inscribe en el discurso, le confiere una filiación, lo sitúa simbólicamente en una genealogía.

El fantasma, la vuelta hacia la persona propia y el trastorno hacia lo contrario, el objeto transicional, el objeto *a*, desempeñan también un rol en las identificaciones que instituyen al sujeto —debatándose en su encrucijada— en su alteridad, como un ser existente y discriminado a la vez que provisto de una

identidad sexual.

Abstract

Clinical facts and theoretical notions as described by different authors belonging in different schools of psychoanalysis are the guidelines along which I express my own reflections on identifications. A vast, complex, and inexhaustible issue having an enigmatic nature. Our clinical work, our reflections, our theories, they all re-turn, they keep repeating themselves and gaining new meanings, they enter into a feed—back process, are imbricated in new crossroads, and give way to new approaches.

Since the mythic origin of the subject, the primary and secondary identifications are interwoven and resignified in a process framed by the oedipal structure. Meetings (and failed meetings) flow towards a crossroad where wish, love, loss, absence, death, pain, and mourning are present. A crossroad which involves the infans and the Other, the subject and his neighbor, the other. This is a convergence of quotations, of features —the unique feature of the neighbor, which the subject appropriates, shifted from the object and condensed into the subject— which create an original meaning. The metaphor and the metonymy, origin of a process which is both a creation and a creator. Integration of the difference which gives origin —upon its occurrence— to a new difference. A game of the significant(s).

(Narcissistic, mirror) imaginary identifications —which contribute to keeping erect the illusion of the phallus— and symbolic identifications (whose access is granted by repression and symbolic castration). Rather than to a chronological succession, they correspond to an ordering that was structured in logical times. Both the primary and the secondary identifications are solidarily molded into a (not exclusively) symbolic matrix which pre—figures and organizes the mirror, which precedes the birth of the child and awaits for him.

The mother's wish creates an image which would not be limited to her child's being, to his existence independently of hers, but would rather have already been attributed the masculine or feminine sex. This is the image the child will find in his mother's glance, transmitting her wish. An image which knots the future actual body with the (symbolic) name of the child, already chosen before his birth. The real, the imaginary and the symbolic, all interwoven in this matrix which is anticipating the mirror.

His cry, the spokesman of the body transfixed with pain, links him to the language. A body which becomes both a text and a texture. A body linked to a name which, even before his birth, inscribes the child in a discourse, grants him a filiation, places him symbolically within a genealogy.

The phantasy, a turning round upon the subject's own self and a reversal into the opposite, the transitional object, the objecta, they all play also a role in the identifications which give origin to the subject in his alterity—even if struggling in a crossroad, an existing and discriminated being, but also provided with a sexual identity.

Descriptores:

EDIPO / IDENTIFICACIÓN PRIMARIA

IDENTIFICACIÓN SECUNDARIA / APARATO PSÍQUICO

OTRO / ESTADIO DEL ESPEJO / MATERIAL CLÍNICO

Bibliografía

1. **Casas de Pereda M.** Sobre las identificaciones. Un desarrollo freudiano. Temas de psicoanálisis. 1986;(7):89—97.
2. **Casas de Pereda M.** Estructuración psíquica. Rev. Urug Psicoanálisis

1992;76:83—94.

3. **Casas de Pereda M.** La neurosis hoy. En: Jornadas Científicas Abiertas. Asociación Psicoanalítica del Uruguay, VIII. Montevideo; set. 1993:25—38.
4. **Castoriadis-Aulagnier P.** Observaciones sobre la estructura psicótica. 1963. En: Varios autores. Psicoanálisis de la psicosis. Carpeta de Psicoanálisis 1. Buenos Aires, Letra Viva, 1978.
5. **Freud S.** Proyecto de psicología. 1950 (1895). Obras Completas. Volumen 1. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1982.
6. **Freud S.** Tres ensayos de teoría sexual. 1905. Obras Completas. Volumen 7. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1978.
7. **Freud S.** Pulsiones y destinos de pulsión. 1915. Obras Completas. Volumen 14. Buenos Aires, Amorrortu editores, 1979.
8. **Freud S.** El yo y el ello. 1923. Obras Completas. Volumen 19. Buenos Aires Amorrortu editores, 1979.
9. **García J.** El narcisismo en las neurosis. En: Jornadas Científicas Abiertas. Asociación Psicoanalítica del Uruguay, VIII. Montevideo; set. 1993:295—303.
10. **Gil D.** El yo y la identificación primaria. Temas de psicoanálisis. 1988; 10:39—46.
11. **Julien P.** El retorno a Freud de Jacques Lacan. La aplicación al espejo. 1985. México, SITESA, 1992.
12. **Klein, M.** Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del bebé. 1952. En: Desarrollos en psicoanálisis. Buenos Aires, Ediciones Hormé S. A. E., 1971.
13. **Klein M.** Sobre la identificación. 1955. Obras Completas. Volumen 1V. Nuevas direcciones en psicoanálisis. Buenos Aires, Editorial Paidós, 1965.
14. **Lacan J.** La agresividad en psicoanálisis. 1948. En: Escritos II. México, Siglo Veintiuno Editores S. A., 1975.
15. **Lacan J.** Las formaciones del inconciente. 1957—1958. Transcripción de

- Pontalis, J. B. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1977.
16. **Martínez de Bagattini C.** En los límites entre la perversión y la neurosis. Dos mundos en el mundo. En: Jornadas Científicas Abiertas. Asociación Psicoanalítica del Uruguay, VIII. Montevideo; set. 1993; p. 329—338.
 17. **McDougall J.** Hermafrodita y la masturbación. 1973. En: Alegato por cierta anormalidad. Barcelona, Ediciones Petrel, S. A., 1982.
 18. **Nasio JD.** El magnífico niño del psicoanálisis. Barcelona, Editorial Gedisa S. A., 1986.
 19. **Pérez de PLA. E.** Genealogía e historización en la psicosis infantil. 1991. Rev. Urug Psicoanálisis 1993;77:9—22.
 20. **Pessoa F.** Libro del desasosiego. Barcelona, Seix Barral, 1991.
 21. **Sapriza S.** Lo transgeneracional y las identificaciones alienantes. Rev. Urug Psicoanálisis 1993;77:57—71.
 22. **Vallejo A.** Topología de **J. Lacan** —del Narcisismo-. Buenos Aires, Helguero Editores, 1979.
 23. **Winnicott DW.** Realidad y juego. 1971. Barcelona, Gedisa, 1979.

Ventana Abierta
a la Nouvelle Revue de
Psychanalyse (NRP)
Ed. Gallimard, France

Sección estable de la R UP, coordinada por
Luz M. Porras de Rodríguez¹
Colabora Francisco Ameglio²

Aimer être aimé. NRP, N^o 49, 1994.

Reseña, comentarios y traducción Luz M. Porras de Rodríguez

«Las demarcaciones demasiado estrechas que trazamos alrededor del amor vienen sólo de nuestra ignorancia de la vida.» escribe Proust.

En el Argumento ³ se encuentra un camino de cuestionamientos a recorrer que «abren» un abanico de posibilidades interrogando al lector así como a los autores de este volumen.

La convocatoria del par amar/ser amado, voz pasiva y activa del verbo amar, marca la dirección y reciprocidad del vínculo y de ese par que se colapsa cuando uno de ellos queda «vertido» en el otro, amar solamente o pretender ser amado; la propuesta abre también la posibilidad dialéctica con *el* par mirar/ser mirado, que estructura un quiasma de cruces desplegando un campo apto para la investigación.

¹ Miembro Titular APU. Br. Artigas 1414, PI, (11300). Montevideo.

² Miembro Asociado APU. Dr. J. Canning 2391 bis, (1 1300). Montevideo

³ NRP. Argument. En Aimer Etre aimé.

«Investigar para abrir otras huellas, otros vestigios, para pensar esto (el amor) que posee la tan poderosa cualidad de turbar el pensamiento, ensanchar las demarcaciones, complicar las distinciones, simplificar las «pertenencias o separaciones» (doble acepción del verbo «partager» nota LP), examinar también la alquimia de sus transformaciones, en fin inclinarse nuevamente sobre el caldero de la bruja para adivinar los ingredientes de esta extraña mezcla y de su cocción: amar ser amado.»

* * *

«El enamorado ama el amor, ama su excitación y teme que ella cese, al mismo tiempo que pide la calma no pudiendo por lo tanto ser restituida más que por el objeto que lo excita.

La reunión de estos dos movimientos, excitación sensual y la calma de la ternura sobre un solo objeto ¿es esta combinación azarosa, rara de la cual habla Freud?»

Este es un punto posible de abordaje pero en el mismo orden surge un planteo ineludible que tiene que ver con la pasión, sus orígenes y viscosidades.-«¿... se debe pensar que la pasión es (...) este sentimiento que ignora toda forma de amistad en el amor, dicho de otra manera, toda forma de templanza? **Todo amor intenso no es pasión y toda pasión no es amorosa**» (subr. L.P.) *¿Pero, en todos los casos, la pasión no se nutre ella de su propia vida, el goce del objeto imaginario anulando por lo tanto todas las cualidades reales del objeto? »*

Estas y otras preguntas introducen a los autores al tema, pero también esta selección de la **Ventana**, marca rastros para que la reflexión sea fértil con sugerencias, ocurrencias sobre nuestra práctica; así como el encuentro con otros intereses que no son exclusivamente psicoanalíticos (literatura, política, historia...).

Amar solamente o pretender ser amado; un amplio campo donde «ampliar estas demarcaciones», que van desde la peripecia personal y la búsqueda de una

formulación metapsicológica del amor como el artículo de **Paul Laurent Assoun** ; o la propuesta de **Charles Baladier**⁴, que presenta una perspectiva histórica del amor y el deseo en la Edad Media bajo una mirada filosófica y psicoanalítica.

Por otro lado Éric Michaud⁵ en su exposición « *Un sauveur: Adolf Hitler ou la tyrannie du visible* » señala que:

«... los lazos de amor que se tejieron entre Hitler y su pueblo subsistieron tanto tiempo que el Führer supo darles nuevamente a los Alemanes motivos para amarse a sí mismos. Este fue el tiempo del Tercer Reich, el tiempo del Reich eterno. »

« ¿Qué clase de pasión sufre el tirano, que quiere ante todo ser amado poco importa por quién, siendo a la vez la marca de su poder y la máscara del ejercicio de este poder y del temor que inspira ? »

Comenta Michaud que Dietrich Bonhoeffer⁶, un joven teólogo protestante, denuncia en un discurso por radio, (dos días después de la toma del poder por Hitler) la rivalidad del nacional—socialismo con el cristianismo, con las siguientes palabras:

*«A partir del momento en que la **Volksgeist**⁷ es considerada como una entidad divina metafísica, el Führer que encarna esta Geist assume una función religiosa en el sentido literal del termino: él es el mesías y con su aparición comienza a cumplirse la última esperanza de cada uno, y el reino que aporta*

⁴ Baladier, CH. *La philosophie de l'amour et du désir au Moyen Age*.

⁵ S. Michaud, E. *Un Sauveur: Adolf Hitler ou la tyrannie du visible*.

⁶ Discurso de D. Bonhoeffer del 1^o de febrero de 1933, citado por Christoph Strom (ver Bibliografía en NRP Vol 49).

⁷ «El campo semántico de *Volksgeist* es difícil de circunscribir: a la vez el *alma* y el *espíritu*, el *genio* o el *intermediario* (daïmôn) del *Volk*, es decir del *pueblo*, pero también de la *nación*, de la *etnia* o de la *raza*.»
Aclaración de E. Michaud.

indispensablemente con él está cerca del reino eterno».

Decía Adolf Hitler (Munich, 1º de agosto de 1923) «*Hay dos cosas que pueden unir a los hombres: ideales comunes y crímenes comunes*» (Subr LP).

El artículo finaliza con una reseña de obras en francés donde están desarrolladas algunas de las tesis sostenidas en el trabajo.

P.L. Assoun⁸ en su artículo «**A PRIMERA VISTA. Para una metapsicología del arrebatado amoroso**», hace un recorrido donde toca puntos de interés sobre la metapsicología así como la vinculación del amor a primera vista con los fenómenos relacionados con la convicción intelectual, o la creatividad.

El autor trae a colación los textos de Freud donde se refiere al amor pero también a aquellos que tienen que ver con la «**convicción intelectual respecto al psicoanálisis**» (Esquema...).

En el artículo se pregunta si ¿*Serán necesarias todas estas tretas, intrigas de la «bruja metapsicología» para manifestar que la ciencia del amor inconsciente no puede «hacer nada mejor que confirmar esta palabra, altamente equívoca? »*

Desde allí articula el pasaje de una especulación de la esencia del amor, a un examen de sus «destinos»: viendo surgir el devenir amoroso y descubriendo sus inversiones (amar / ser amado) camino por el cual se puede aprender o arrancar algo de su secreto.

Assoun recapitula señalando que: «*...Que no sería correcto aquí «hacer psicología»: lo que está en juego, es sí un acontecimiento, algo que llega desde afuera, reencuentro, bueno o malo, de un real que se esparce —unilateralmente o recíprocamente— el uno(a) del otro. El «golpe de vista» (**coup de foudre**), señala a la manera de una descarga, la irrupción catastrófica de un real que se vive y, en ciertas condiciones se escribe... ».*

⁸ Assoun, P.L. «Aa premier regard». *Pour une métapsychologie da ravissement amoureux*.

Assoun utiliza la expresión «coup de foudre », que se «traduce» como rayo o relámpago», dando la impresión del algo fulgurante, e imprevisto, rápido, que sobresalta. El «Nouveau Petit Larousse» (1955) lo comenta como «sentimiento amoroso inspirado súbitamente».

En un primer paso (capitulado como 1) Assoun recorre un trayecto que es el que vamos a acompañar hoy.

— **De la semiología a la metapsicología: el pensamiento del amor.** *«En la primera mirada a «primera vista» el enamorado ya sabe,—hay una convicción en esta mirada que lo adhiere a su objeto.— ...El amor a primera vista comprende un sentimiento de ser captado, capturado por el objeto, de manera que no es posible apartarse de él. Es por allí que se abre esta escansión mirar /ser mirado que «dobla» y sostiene la otra dualidad, amar/ser amado. La paradoja es que la mirada está absorbida al punto de no poder sostener más el encandilamiento del objeto, Así «iluminado» él sabe que «ama», como una res- puesta instantánea,—.. .—«ya visto ya amado...» (sitôt vu, sitôt aimé...).*

Se comprende así el rol del espacio y el tiempo, algo de lo instantáneo (*es acá y ahora*) que cubre una espacialidad que se condensa deslizándose.

*... .Decir que la ocasión hace a la pasión, no es reducirla al azar, pero si subrayar su carácter de emergencia de un acontecimiento del cual se vislumbra la contradicción desplegada en la visibilidad y el presente, presencia abrumadora, donde parece abrirse, como en una grieta, la irrupción de **otra escena**».*

Este amor súbito (**coup de foudre**) actúa como una suerte de *trauma*, que tiene la característica original *«de traducirse por un «pasaje al acto» y su afecto correlativo, amor—en —acto!»* ... *«Apenas el sujeto a tenido el tiempo de **ver** (voir) que ya resuena en él la **voz** (voix) de la pasión. »*

*«Este impacto es una especie de pasado compuesto, con un efecto de après— coup **vertiginosamente condensado**.»*

Desde que el encandilamiento enceguecedor es percibido se produce un

«*eclipse del mundo*» que inaugura otro tiempo, aquel de la «*comunidad pasional*» (en el sentido que Assoun lo ha descrito⁹). Este eclipse del mundo conlleva una pequeña «*amnesia traumática*».

En esta descripción secuencial de los pasos seguidos por este fenómeno afectivo, señala algo que confirma «. . .que *estos amores compulsivos parecen desaparecer como aparecieron lo que confirma el carácter de «raptus»*».

En este trabajo extenso y minucioso se pregunta: «*cEs posible encontrar del lado de la «bruja metapsicología» alguna luz sobre esta turbulencia pasional?*»

Trae a colación a modo de respuesta un diálogo con los textos freudianos sobre la «psicología del amor», el estado de enamoramiento y por supuesto también consideraciones sobre el narcisismo.

A partir de allí conecta el «*coup de foudre intelectual*» (aquí es más certera la traducción como *relámpago, rayo*) con la convicción, punto que es muy importante ya que relaciona la esfera de los afectos con la del pensamiento.

Trae como ejemplo de esta situación a San Pablo en el camino a Damas «*donde algo del «coup de foudre» se ha producido para este gran teórico del amor, verdadera «fulminación»*¹⁰

« Se dirá que nos hemos sobrepasado, por confusión de género, de lo afectivo a lo intelectual, pero es sin duda el fin de este texto sugerir el *destino cruzado* (subr. L.P.), en el «*coup defoudre*», del «*pensamiento*» y del «*afecto*».-... -La metapsicología daría...los medios de articular el problema:

«... (ya) que *el pensamiento está puesto en acto y llevado a su máxima expresión en esta forma fulgurante del amor*».

⁹ Assoun, P.L. Le couple inconcient. Amour freudien et passion postcourtoise . Anthropos, Económica, 1992.

¹⁰ «Foudroiment», conversión similar o parecida al rayo.

Considera los términos empleados a propósito del «**coup de foudre intelectual**» -«... para re-esclarecer el *coup de foudre* propiamente dicho en el sentido del amor; se trataría de un «convicción rápida» (*rasche Überzeugung*), es decir literalmente de una actitud interior, de una confianza (seguridad) de una verdadera creencia fija obtenida espontánea y rápidamente, sin titubeo, ni estación intermedia, sin mediación pues...».

El «coup de foudre» podría ser un **pensamiento experimentado como un afecto**. Tema que le planteó a Freud el problema espinoso sobre el mecanismo de la invención intelectual-«... -Es necesario interrogarse sobre la «naturaleza psíquica» (*Esquema...*) a la noción misma de *Einfall*, este pensamiento repentino (pienso que en español ocurrenca da el tono en que ingresa este pensamiento «ya pronto») que *penetra ex abrupto violentamente en el continuum psíquico y allí hace su desenlace: hay en este pensamiento incidente algo de la «caída-en» (chute—dans, Ein—fall) ... »*

«La *Einfall* es lo que llega a la conciencia emergiendo bruscamente ... como el monstruo de Lochness que surge del agua y aparece en forma inesperada.»

El texto de Assoun presenta dos capítulos más:

II. De la primera mirada a la mirada primera: genealogía del amor.

III. Destinos cruzados de las pulsiones: amor y mirada.

Algunos puntos fueron esbozados en los comentarios de esta reseña.

Anotamos también que en nuestro recorrido por la **NRP** hemos descubierto a este autor ya citado en la **VENTANA** (RUP N° 79/80, 1994), sobre *«Elementos de una metapsicología del «Leer»* (Vol 37 1988).

Señala **Edmundo Gómez Mango**¹¹ en el *«El desorden»* refiriéndose al *«Amor y conocimiento»* que: *«El amor es portador de lo desconocido; puede ser la búsqueda de lo desconocido del otro que lo suscita y lo sostiene. Se oculta al conocimiento al mismo tiempo que lo provoca.»*

«¿Se puede conocer sin amar...?»

* * *

Figures du vide. NRP, N° 11, 1975

Reseña, comentarios y traducción *Francisco Ameglio*

Guy Rosolato¹², en *«El eje narcisista de las depresiones»* mantiene la distinción entre las dos formas mayores de depresión (neurótica) y la melancolía (psicótica).

Recurre a la estructura paranoica para pensar la melancolía como una forma de paranoia interiorizada adonde el objeto introyectado y el Superyó devienen los polos de la lucha entre perseguidor y perseguido,- *«... la apuesta de este combate no será ya la lucha con el objeto externo sino el sector de realidad psíquica interna alienada en el objeto introyectado.»*

Acerca de la relación entre depresión—trauma—herida narcisista, el autor plantea la existencia de una falla en el registro de los ideales... es el desfase entre el Yo Ideal y la realidad, el Ideal del Yo o el YO, lo que provoca el

¹¹ Gómez Mango, E. Le désordre.

¹² Rosolato, G. *L'axe narcissique des dépressions.*

sufrimiento específico de la depresión.

Examina una pieza principal del sistema depresivo: el doble narcisista, como representación del Yo Ideal y el tema del niño muerto.

Podríamos resumir los hilos conductores que desarrolla en el presente artículo en tres puntos principales:

1—« una culpa imaginaria, narcisista, virtual, debe aparecer; centrada sobre la imagen del niño muerto, entendido como cataclismo narcisista; trata de sobrellevar activamente un rechazo primordial al cual nos remite toda regresión de tipo depresivo.»

2—«esta actividad se confunde con la sola posibilidad de fantasear el displacer, concentrado, vuelto sobre sí mismo...sin que ningún otro contenido pueda distraer de la depresión y de su sufrimiento moral.»

3—«Es así que quedaría reproducida la relación esencial con la madre... sostenida en la relación continente—contenido, y desplegada sobre los tres planos, oral y digestivo, matricial y somato—psíquico.»

Podemos decir que la depresión, relacionada con la alternativa continente—contenido queda ligada al tiempo de interiorización y que su sufrimiento o su patología, dependen de los fracasos y repeticiones cíclicas de esta relación.

André Green¹³ en «*El tiempo muerto*»~ opone el tiempo transicional — instante inaugural de separación, que transforma la separación en re-unió— al tiempo muerto.

Tiempo que es equivalente crónico del espacio vacío.

No hay más tiempo, ya que en la depresión éste se vuelve espera desesperanzada, abandono.

¹³ Green, A. *Le temps mort*.

Es un tiempo detenido como lo describe la fenomenología; tiempo de las melancolías, simulacros de muerte dominados por una gran inhibición.

Green nos introduce en la noción de tiempo de crisis que rompe con la uniformidad del tiempo cotidiano y también en el trauma.

«Trauma negativo, espera desesperanzada, adonde la realización alucinatoria no tiene ningún efecto: nada adviene. Las posibilidades de diferir la satisfacción esperada quedan superadas. El objeto muere. Queda un objeto muerto y el paciente inviste la ausencia, como ausencia de esperanza... Si la ausencia oscila entre la presencia potencial y la pérdida potencial. . .en la depresión el tiempo potencial, se vuelve tiempo muerto.. .Ecos de lo que Bion llama la muerte psíquica. »

**Ventana abierta al International Journal
of Psycho-analysis**

Ed.: The Institute of Psycho-analysis, London

*Raquel Morató de Neme **

He decidido comenzar con un trabajo de Antonino Ferro, como homenaje a Willy Baranger.

Antonino Ferro, analista italiano de la ciudad de Pavia, miembro titular de la Sociedad Italiana, tiene vados trabajos que se basan en el concepto de campo bipersonal (Bezoari y Ferro, 1992; Ferro, 1991, 1993) de W y M Baranger (1961, 1962) y Baranger y col (1983).

El trabajo se titula «El impase dentro de una teoría del campo analítico: posibles vértices de observación»⁵⁵

Este autor describe la situación analítica como un campo bipersonal en donde todo lo conocido es «la fantasía inconciente de la pareja» estructurada por la mente del analista y del paciente, mediatizada por la identificación proyectiva.

Teniendo en cuenta también las ideas de Bion sobre la importancia central del funcionamiento mental del analista en la sesión, insiste en que éste debe dejarse capturar por las fuerzas del campo para luego colocarse como un tercero a

⁵⁵ International Journal of Psycho-analysis, Vol. 5, año 1993.

través de la interpretación y por medio de una «segunda mirada» ver el proceso a distancia, captarlo y descubrirlo.

En este sentido pensamos que ya Baranger hacía hincapié en la función de la mente del analista, tema que fue retomado en el Congreso de Amsterdam de 1993: «La mente del analista: de la escucha a la interpretación». La posición de Baranger en aquel momento fue kleiniana, basando este proceso de interacción analista—paciente en el mecanismo de identificación proyectiva.

De acuerdo con Ferro, y siguiendo las ideas de Bion, la identificación proyectiva como modelo interpersonal origina cambios importantes a nivel de la transferencia—contratransferencia. La neurosis de transferencia de acuerdo a Baranger (citado por Ferro) sería una neurosis transferencial—contratransferencial, es decir función de la pareja.

El insight se lograría cuando el paciente y el analista adquieren una comprensión común de las fantasías inconcientes que operan en el campo en un momento relevante. Se produciría de esta manera, una reestructuración del campo analítico donde el pensamiento y la comunicación llegan a áreas ocupadas por «baluartes» —vínculos de tipo simbiótico en el sentido de Bleger— transformando estas experiencias en verdaderas relaciones objetales. El proceso analítico se continúa así «en espiral» (Baranger, siguiendo a Pichon Riviére).

Ferro retoma en este trabajo el concepto de impase de Etchegoyen (1986) donde discute las similitudes y diferencias entre impase, reacción terapéutica negativa y reversión de la perspectiva.

Para los Baranger siempre habría un grado de impase inherente al «baluarte», entendido como un área ciega de la pareja; y el analista recién después de una «segunda mirada» puede describir este fenómeno, a cuya existencia él mismo contribuye. Si el baluarte no se reconoce durante un largo período dará lugar a la situación de impase.

Citando a Steiner (1987), Ferro discute la propuesta de este autor que describe

la «organización», lugar donde el paciente se resguarda para escapar a angustias muy intensas persecutorias y depresivas, que si no se reconocen pueden llevar a un estancamiento del análisis. La organización también está en función de la pareja analista—paciente, siendo el impase el período de espera que permitiría luego la recuperación del trabajo analítico, quedando en esta situación las dos mentes profundamente implicadas.

Ferro plantea aquí hasta donde el analista puede soportar estas angustias, reconocerlas y transformarlas en trabajo efectivo para ambos.

A menudo es el paciente el que llama la atención sobre la situación de impase, otras veces se reconoce por medio de sueños contratransferenciales. También puede parecer que todo anda bien cuando de hecho se está trabajando en círculos (Maldonado, 1984, 1987, 1989).

A continuación una serie de ejemplos ilustran las diferentes situaciones de Impase bajo los siguientes subtítulos: «el impase como tiempo necesario para metabolizar los baluartes», «el impase y la situación de duelo», «el impase como preludeo a la situación de cambio: aprendiendo con el paciente».

Los pacientes presentados en este trabajo son pacientes severamente perturbados o pacientes con aspectos psicóticos importantes, donde es muy difícil para el analista metabolizar las angustias de la sesión. Resulta muy interesante observar el manejo de la situación transferencial—contratransferencial así como la riqueza del material de cada uno de los ejemplos.

Ferro denomina impase a la necesaria elaboración de las «micropsicosis contratransferenciales» descritas por Baranger y Baranger. El paciente nos proporciona lo que sucede en la profundidad del funcionamiento de la pareja desde vértices desconocidos para el analista a través de personajes e historias.

No es sólo la interpretación correcta sino los trabajos transformacionales internos que nos permiten metabolizar las identificaciones introyectivas que paralizan al analista. Es lo que en un trabajo con Barale, Ferro denomina «la

betaloma» (Barale y Ferro, 1992), grupo de elementos beta que se oponen al pensamiento.

El microproceso de la sesión requiere la mayor atención porque es ahí que se da la transformación. El modelo de Ferro enfoca las identificaciones proyectivas, cuyo interjuego permite el intercambio continuo de elementos emocionales que al acceder a las palabras podrán expresarse gradualmente.

Esta transformación (Bion, 1978), se realiza a un costo muy alto en términos de dolor psíquico. Las partes primitivas de la personalidad necesitan tener acceso a la simbolización en el consultorio y a veces este trabajo excede la capacidad emocional del analista. Esto es lo que el autor denomina «trabajar en la micrometría de la sesión».

Volviendo a la concepción de Baranger de la situación analítica como campo bipersonal postula la necesidad de la transformación del campo para que éste se reorganice y es la mente del analista el primer lugar de posible cambio.

Vemos así que el trabajo analítico hay que considerarlo en términos de la «necesidad» de la pareja analítica en tanto es posible la elaboración del análisis, la función psicoanalítica de la mente y las posibilidades del paciente como el «mejor colega» para poner en marcha el análisis en base a la esperanza y paciencia de ambos.

La violencia de los orígenes Psicoanálisis y/en la cultura*

Marta Labraga de Mirza **

Las tres figuraciones míticas alrededor de las que se organiza este singular y excelente volumen, Edipo, Narciso y Caín, condensan en esas metáforas articuladas que son los mitos algunos centros nodales de la experiencia humana, como redes de significación y fundamento de nuestra cultura. Frente a estos temas —incesto, parricidio, fratricidio y suicidio— importa destacar la especial posición desde la que escriben los autores, la apertura más allá de los límites de sus diferentes disciplinas y especialidades, trabajando en sus fronteras. Los psicoanalistas, el semiólogo, el escritor, todos se dejan interrogar por lo que escapa a sus *corpus* teóricos y por lo que en los textos investigados permanece en silencio, con un rechazo a esquemas previos. Todo esto pospone la posibilidad de respuestas, restaura el enigma pero no corta la palabra sino que gesta una escritura que se escribe desde lo que no se sabe.

Como señala Daniel Gil, compilador del volumen, «el problema que subtiende a los textos es el de la violencia: el odio, la crueldad, el daño al otro, como algo inherente a la estructura de todos los seres humanos»... «Lo que se postula es la violenta, compleja, inagotable y nunca pacificada red de afectos que unen (amor) y separan (odio) a los hombres». Esta violencia es la primera condición trágica del hombre, violencia contra sí y contra los otros, en una

* Antiguos crímenes. Edipo, Narciso, Caín. Hugo Achugar, Fernando Andacht, Myrta Casas de Pereda, Javier García, Daniel Gil (compilador) y Marcelo N. Viñar. Montevideo, Ediciones Trilce, 1994.

** Miembro Asociado APU. Libertad 2489. Apto. 903. CP 11300.

irresoluble condición que para Freud después de Nietzsche es constitutiva de lo humano.

Estos mitos tal como reaparecen en la religión, la literatura, el ritual y la tragedia, (fuente imaginaria y poética de la teoría de Freud) exploran lo callado, lo no revelado del discurso dominante en las culturas, el cuestionamiento de las legalidades instituidas en busca o en nombre de otras, como en el enfrentamiento paradigmático de Antígona y Creonte.

¿Por qué estas formas del conocimiento —que son también los mitos— entrañan violencia, al punto que el destino que une a esas figuras es la muerte o sus formas metafóricas: el sacrificio, la expulsión, el destierro o la ceguera? Obsedidos por el deseo y la fascinación del comprender y el saber, estos seres son marcados también por la ignorancia. Ignorancia y búsqueda de un saber sobre sí mismos y sobre su origen. Es Edipo preguntando sobre su linaje, o respondiendo al enigma de la Esfinge o indagando sobre la causa de la peste que asola a Tebas. Pero también Narciso a quien Tiresias le vaticina que si intenta conocerse se perderá. O el enigma que angustia a Caín porque no comprende la arbitrariedad de esa ley de amor y odio de Jahvé, que violando el orden de la primogenitura prefiere a Abel, el hijo menor.

Hay en las tres figuras, en su pasaje de la ignorancia al conocimiento un exceso. ¿Soberbia? ¿Omnipotencia?

Como dice Hölderlin, Edipo interpreta demasiado infinitamente la palabra del oráculo, no soporta un límite para su investigación, para su puesto de saber— poder. Y en el exceso, *hybris* de su saber, aparece su ignorancia. Solo en la ceguera final que lo ubica en el lugar de Tiresias, podrá tolerar el acceso a la verdad pasando por el sufrimiento y la mutilación. «¿Ahora que nada soy es cuando soy más un hombre?» exclama Edipo en *Edipo en Colona*.

La cólera de Edipo, dice también Hölderlin, es la de un saber ebrio, que podemos vincular al parricidio y al incesto, como dos excesos de visión y de conocimiento (unidos en su etimología griega). Un saber vinculado al origen y por lo tanto a la escena primaria y a la función de la sexualidad. El conflicto edípico articulándose sobre el deseo parricida y la prohibición del incesto, conjuga conocimiento e ignorancia, desmesura y aceptación de los límites, deseo y castración, deseo de fusión y separación, que están en el nudo de la formación del hombre como sujeto y como ser cultural.

Estos «antiguos crímenes» del título del libro, son crímenes fundantes, oxímoron que en su violenta oposición revela que el parricidio, el incesto, el fratricidio, el suicidio, tal como aparecen en los mitos, nos permiten recorrer, si los tomamos como estructuras de fantasías inconscientes, los fundamentos del proceso de subjetivación, de la estructuración psíquica y de la constitución de la cultura misma. Conocimiento, filiación y condición exiliada del hombre son hilos conductores de estos trabajos.

Tres formas de exilio aparecen en esos relatos. En el mito Edipo es expuesto, expulsado y exiliado desde su nacimiento, en una figuración trágica que evoca el carácter errante del deseo del hombre. Narciso —quien sólo puede vivir— morir a través de su reflejo en su madre (el agua)—, incapacitado de amar vive el exilio del que huye permanentemente del reclamo de Eco, quien reproduce ese destino después de la metamorfosis de Narciso, siendo ambos exiliados de sus cuerpos. Mientras que Caín vivirá como castigo el exilio en el país de Nod.

Siguiendo la estructura del libro, las notas sobre el incesto y el parricidio, de Marcelo Viñar y Daniel Gil nos introducen a los trabajos alrededor del Edipo.

Prohibición del incesto como punto donde la naturaleza se hace cultura y hombre al mismo tiempo y frente a la que, como observa Viñar, «nunca hay indefinición o libertad»: el incesto está prohibido o está prescrito. La mirada psicoanalítica lo problematiza poniendo en primer término la tentación

incestuosa y la seducción materna, que constituyen las raíces mismas de la sexualidad, del cuerpo erógeno y de la discriminación del sujeto.

Y desde el deseo parricida aparecerá, como lo hace Freud en «Totem y tabú», su mito personal la configuración de la muerte del padre, hito simbólico que habilita el movimiento de subjetivación.

El nudo humano entre deseo y prohibición se imaginiza en los modelos míticos y atraviesa cada proceso analítico.

En el escenario paralelo al onírico del encuentro del análisis, pueden aparecer «las huellas inciertas de los antiguos crímenes», marcas singulares de todas las fantasías de cada «novela familiar». Como psicoanalista nos interesa el carácter universal del fantasma, como subrayan todos los autores del libro.

La fantasía incestuosa es el intento de evadirse de la pérdida, de la ausencia, de la separación y de lo que Viñar llama «las penurias de la simbolización». El deseo de la madre (de y por la madre), cuando queda callado, engendra todas las simbolizaciones. «No reintegrarás tu producto» es la cara de la prohibición que mira a la madre, el hijo debe ser entregado al intercambio de la cultura, para ser miembro de la polis, dice Braunstein, siguiendo a Hegel. Una expresión de Viñar ilustra claramente cuál es el límite del incesto, ese «núcleo de lo trágico», «prohibición y fascinación», que «acerca lo maldito y el éxtasis»: “El límite del incesto es la capacidad de decir no a la tentación primitiva de la fusión y la completud”. “La individuación comporta la renuncia al placer de la fusión y el dolor psíquico de saberse incompleto, frágil y separado”. Y Daniel Gil: “el deseo parricida y la prohibición del incesto entretejen el valor imaginario y simbólico de la castración.

Se podría decir que en el encuentro analítico donde se *reactualizan las* posiciones edípicas en la pasión, padecimiento, de la transferencia, hacemos una

curiosa apología del crimen ... Mejor sería pensar que darle ese lugar es una de las formas de lucha contra la circularidad de la repetición y de la muerte... seguir la huella incierta de las fantasías inconscientes, buscando que se construya entre dos y en el marco de la cultura un sujeto diferente, diferido, viviendo diferente frente a su deseo siempre imposible y no sólo prohibido. Búsqueda continua de sustituto, sustituciones, formas de creatividad, tolerancia y aceptación de la pérdida, de los límites, de la castración.

Quiero rescatar lo que hay de conflicto irreductible y por eso de condición trágica, violenta, en la división del sujeto, tal como aparece en la escena analítica. Como dice Gómez Mango, la visión de Freud no es ni sombría, ni pesimista, ni escéptica..., sino trágica. Parafraseando el título de Joyce Mac Dougall podríamos hablar de un “alegato por cierta tragicidad”. La tragedia es lo irreparable y esa es la condición humana y la situación del análisis mientras no las simplifiquemos, por eso podríamos decir: el psicoanálisis no es un “humanismo”.

No hay concesiones, no hay compensaciones posibles o justas para el héroe trágico; su fin es la muerte o sus formas metonímicas y metafóricas. La errancia en busca de algo que no acaba nunca de advenir y las sustituciones siempre parciales y fragmentarias de lo irremediablemente perdido desde el comienzo: “el verde Paraíso de los amores infantiles” de Baudelaire.

Se ha dicho que con Freud el mito de Edipo se domestica, pasa del horizonte mítico universal y atemporal a un mundo privado, el mundo casi burgués e íntimo de la familia, como dice Foucault. También Braunstein llama “Edipo vienés” a la versión del mito del Edipo de Freud. Sin embargo, se puede señalar en textos como *Totem y Tabú* o *Moisés y el monoteísmo*, la concepción del complejo de Edipo como un sueño de Freud, sí, pero que revela una estructura básica universal de una legalidad del desear humano. No creo que la interpretación de Freud sea una tergiversación del texto de Sófocles, ni que el

texto de la tragedia sea inequívoco o que a su vez falsee el mito, sólo hay diferencias. Cada una de estas versiones, representan interpretaciones diversas, textos que callan y revelan en intersecciones no superponibles, en un movimiento continuo, relatos de relatos, que una cultura se hace a sí misma.

Así, el trabajo de Myrta Casas busca el mito dentro del mito y subraya el papel de la muerte del padre en el descubrimiento freudiano haciendo emerger, como dice el título “El Edipo de Freud en Freud”, a partir del análisis del sueño: “Se ruega cerrar los ojos”. Dice: “La prohibición explicitada en el sueño presentifica esa prohibición inaugural del hombre en *su* acceso a la cultura... el padre autoriza en su desaparición la constitución de la genealogía, autoriza la vida, la salida del fantasma endogámico”.

“El momento en que describe el Edipo muestra la puja de Freud entre el deseo de saber y la resistencia de la verdad a emerger o a ser formulada. Freud descubre sus deseos edípicos cuando se recrean sus deseos parricidas”.

Lo que además se destaca en este trabajo es que en la tarea analítica, como sucedió en el descubridor, somos instrumentos de nuestra propia tarea. No existe garantías de objetividad.

Los dos trabajos de Marcelo Viñar “¿Dónde comienza la historia de Edipo?” y “El Edipo Freudiano, un saber recurrente y sin fin”, se encadenan en el libro y creo que en la peripecia vital del autor ¿Dónde comienza la historia de Edipo? fue escrito en el exilio y el recorrido de apropiación subjetiva del texto del mito a la tragedia le sirve como un itinerario homólogo al de la experiencia del análisis como pasaje del hablar anecdótico al hablar significativo. Por otro lado busca las marcas de filiación como amor veneración y violencia tanto en la tragedia de Sófocles como en cada análisis y en su propia historia destacando que la búsqueda del origen tiene siempre la virtualidad de un inagotable recomienzo.

Los hombres, como dice Gómez Mango en el epílogo, seremos siempre extranjeros y peregrinos de y desde nuestra propia infancia. La exploración sobre el saber edípico y el saber oracular lo lleva también a ese saber del análisis del decir a medias y de la vecindad permanente entre salvación y catástrofe sobre el trasfondo de la opacidad de uno mismo.

Daniel Gil en el trabajo “Ni Edipo sin complejo ni Edipo con complejo” que hizo con la colaboración de José Pedro Barrán y Viñar discute desde el análisis la crítica del helenista Vernant para quien Freud descontextualiza la tragedia del ambiente en que surgió, extrapolando la cultura de la culpa a una época en que ésta no existía. Con rigor de investigador retoma el aporte de otra disciplina y no reduce el Edipo al cuento ni la tragedia al parricidio y al incesto.

Pero con rigor de analista subraya su lectura de Edipo. Edipo proyectaría en el oráculo sus deseos inconscientes reprimidos que aparecen como destino terrible. “Desde el punto de vista analítico el acto de libertad del héroe sólo se puede asumir desde el sometimiento, no a la ley que hacen los hombres sino a la ley que hace a los hombres”. El reconocimiento de la castración articula el sometimiento, el respeto y la crítica a la ley. En ese sentido es que el psicoanálisis es presentado como “un proyecto inacabado” pero como un proyecto de libertad” para singularizar y crear singularidades.

Pienso en la exigencia de que la tragedia guarde su espesor de misterio que resiste todo exégesis y que también lo guarde el encuentro analítico.

Por otra parte Javier García explora la complejidad del funcionamiento neurótico que engloba dificultades de estructuración psíquica arcaicas y reflexiona, sirviéndose de la perspectiva mítica, sobre el narcisismo en las neurosis, lo que le permite encontrar a Narciso en Edipo. En el movimiento de constitución del yo —dimensión intersubjetiva— “es la seducción materna temprana lo que hace de Narciso un Edipo.. .“. Narciso pierde la vida ahogado

en una mirada engañosa, que lo hace ver a Otro en su imagen, “Edipo ama la mirada de la madre que lo ubica como objeto fálico y pierde la visión por no ver al padre, gran Otro de la ley que prohíbe el incesto”.

Javier García subraya, sobre todo, la necesidad de no dessexualizar el análisis. Y sostiene que “no jerarquizar la escucha del narcisismo en las neurosis parece consecuencia de la no consideración de la dimensión intersubjetiva: el deseo de la madre y la identificación al falo, lo que constituye verdaderamente la posición narcisista que no tuvo Narciso y sí Edipo”.

El trabajo de Hugo Achugar sobre Eco y Narciso, plantea el tema de la ilusión y la representación y la ilusión de la interpretación. El sentido del mito de Narciso se convierte en un modo metafórico de concebir el ensayo crítico. Achugar, desde la literatura, nos dice que frente a los textos y la imposibilidad de una lectura ingenua para quien ya está inserto en la cultura de su tiempo, queda la posibilidad de sorprender los silencios que la tradición nos ha legado. Muestra, siguiendo lo que dice y calla Ovidio, cómo no hay una interpretación totalizadora del texto, cómo el intérprete queda sumido en la incertidumbre, y el texto encierra un engaño y una ilusión permanente. Se está frente a imágenes, simulacros, engaños, como Narciso en el mito y también frente a transformaciones. El reconocerse coincide con el momento de la muerte.

Sobre el trabajo de Achugar, señala Carlos Kachinovsky que es un “aporte a la interpretación donde tan importante como positivo es el trabajo de lo negativo, lo que se olvida, plano imprescindible para fundar cualquier memoria. Se pregunta si Ovidio no apuntaba en su versión a la obra de arte o a la experiencia estética” (Revista Relaciones N^o 126, noviembre de 1994, p. 21).

Entre el conocimiento y la ignorancia oscila Narciso y oscila el lector. El conocimiento no produce sólo la muerte, produce también la metamorfosis, la flor.

El castigo no es la muerte, sostiene Achugar, el castigo es no poder satisfacer el deseo. Desde la violencia del origen de Narciso que nace de una violación a la violencia de su rechazo a Eco, y la de su muerte, Narciso termina en la disolución y en la transformación. Este anhelo de transformación está siempre presente en el narcisismo y como dice Rosolato, se puede vincular con el narcisismo “cualquier operación mental que se presente como muerte y resurrección, pasión experimentada y beatitud del éxtasis, descenso a los infiernos de la matriz y renacimiento”.

El misterio y el dolor permanente de la alteridad es planteado también en el trabajo de Daniel Gil “¿Narciso era narcisista?”, señalando que “la identidad total, la identidad sin alteridad es la muerte, y la alteridad sin identidad es la locura”.

También los trabajos de Gil y de Andacht abren una perspectiva cuestionadora y no habitual sobre el mito de Caín y Abel sobre ese acto de odio fraterno que encierra al mismo tiempo el odio parricida, preguntándose por la arbitrariedad básica del amor de Jahvé, por la “violenta escena primaria de la ley” (Andacht). Al desconocer el sostén del sistema tradicional hebreo de la primogenitura, Jahvé rompe la legalidad establecida, introduce la locura en la ley, creo que en un acto filicida, porque su elección de Abel dejará a éste en el lugar de víctima sacrificial para el odio fraterno de Caín.

Detrás del fratricidio aparece un doble filicidio.

Andacht sostiene que el mito establece la posibilidad creativa de imaginar una legitimidad una transvaloración alternativa (concepto de Pierce). “La cólera de Caín es la alternativa al conformismo inmóvil y sumiso, es la compleja e interminable negociación que solemos abreviar y soñar instantáneamente con el nombre aéreo de libertad”.

El país de Nod, exilio de Caín, es el exilio colectivo de todos los hombres, respecto del lugar de la completud y del posibilismo absoluto. En un paraje equidistante del Edén matricial y del rigor paterno.

D. Gil señala que el mito de Caín y Abel articula simbólicamente los primeros pasos en la vida del ser humano. La ferocidad fraterna (la “*frerocité*” de Lacan) es un momento fundamental en la dialéctica del desarrollo. Los caminos son el fratricidio o la superación por una mediación del otro, del orden de la ley. Examina la agresividad correlativa a la constitución del yo, el complejo del intruso y del semejante, la identificación al padre simbólico que permite pasar de la ferocidad *a la* fraternidad.

Adán figura al padre real inconsistente, el padre imaginario terrible es Dios, Caín, el asesino, es la víctima de esta madre y este padre, y por su acto fratricida fuerza a Jahvé a restituir el campo de la ley exogámica abriendo el camino de la nueva descendencia de Adán *al* reconocimiento del padre real y del padre simbólico.

La especificidad del psicoanálisis, puntualiza Viñar resumiendo el común enfoque de estos trabajos, es la de desmarcarse de la sumisión a lo establecido por la tradición, la religión y la autoridad, pero también de los contradiscursos contra lo instituido. Apunta a cuestionar los discursos ideológicos y a poner en evidencia lo que contienen de escondido. Estudia la sombra de los cuerpos discursivos vigentes...

Me pregunto ¿desde dónde leemos hoy estos antiguos crímenes, por que este retorno a la búsqueda de su huella incierta en nuestra cultura de fin de siglo, marcada por la violencia. Quizás porque en estos mitos la violencia aparece simbolizada y no como el horror del mero acto destructivo. Quizás porque la reflexión sobre los crímenes fundantes de nuestra cultura, sobre la raíz criminal y transgresora de todo conocimiento, libera del acto criminal. No somos ni nos sentiremos menos culpables de nuestros sueños, fantasías y deseos, pero tal vez esa peripecia mítica, literaria y psicoanalítica exorcisa algo del acto, cada vez que la violencia nos golpea.

La huella incierta de estos antiguos crímenes debe ser buscada hoy y siempre, no porque se erradique su posibilidad sino para intentar, una y otra vez, darle su

verdadero lugar en la fantasmática humana inconsciente.

Más allá de la muerte de la tragedia, del fin de su existencia como género, la condición trágica del hombre permanece; y hoy con este libro el trabajo del psicoanalista, el del semiólogo y el del escritor, inmersos en la cultura, quedan como la tragedia, abriendo dolorosos caminos de interpretación, de simbolización y por lo tanto de libertad.

Maria Labraga de Mirza

Lacan, según Roudinesco*

*Juan Carlos Capo***

«*Ante los extraños(...): nosotros mismos*»

Marcel Proust

Élisabeth Roudinesco, escribió *La batalla de los cien años. Historia del psicoanálisis en Francia*, en 1991, dos gruesos volúmenes que catapultaron a la autora a la consideración internacional por la enjundia del intento. *Jacques Lacan, Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento* (1993) pudiera tomarse como una continuidad entre aquella obra y esta.

Punto de partida

El punto de arranque muestra algo con lo que *a priori* podríamos no estar en desacuerdo. La autora antepone sus parcialidades, sus subjetividades, lo que pudiéramos llamar, quizás, sus prevenciones defensivas.

El Jacques Lacan de Roudinesco es descrito como narcisista, mujeriego, cicatero, insensible, frío (aunque también apasionado), glotón, torpe, indiferente (aunque también calculador), inhumano para con las mujeres de su vida... (Y de entre ellas, una de sus primeras pacientes paranoicas, Marguerite Anzieu, la

* Lacan, Esbozo de una vida, historia de un sistema de pensamiento. Élisabeth Roudinesco. 1994. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires. 815 págs. (*Jacques Lacan. Esquisse d'une vie, histoire d'un système dépendée. 1993. Librairie Arthème Fayard*).

** Miembro Titular APU. Soca 1395, apto. 901. CP 11600.

Aimée de su tesis que, según Roudinesco, nunca quiso a Lacan y fue usada por este en tarea de pillaje y succión, como quien toma una naranja, la chupa y la tira, cuando ya no da más jugo). Transgresor sí, pero también un buen burgués, bien comido y bien bebido, le gustaban las ropas llamativas y elegantes, los objetos de arte, el oro.

Durante la ocupación, no fue colaborador pero tampoco resistente al invasor nazi.

Parece entonces que Roudinesco se hubiera querido inmunizar así contra el peligro de idolatría o religión que la pudiera acechar y quedar atrapada al abocarse a tan cercano y candente material. El interrogante que este punto de partida despierta es si esta obertura no pasará luego a convertirse en tema de fondo.

Su *Jacques Lacan* es nombrado diversamente en el epígrafe del libro como «Robespierre», más de una vez en el texto como «Su Majestad» y en los capítulos finales como «Faraón», «Psicótico», «Afásico», así como «silencioso habitante del planeta Borromeo», con lo que la condición de extraterrestre del personaje pareciera introducirse con mordaz eficacia.

El exceso en el que incurre —manes de la Historia mediante— es sacar a luz aspectos de la vida de Lacan al gran público, ese que engruesa la lista de consumidores de *best-sellers*, y al leerlos me produjo el efecto de estar asistiendo a una inútil, gratuita vivisección.

Esta acción husmeadora de poca monta, Lacan no la hubiera autorizado nunca. Hablo pensando en un psicoanálisis. El libro de Roudinesco no lleva a cabo, si es que se lo propuso, un historial psicoanalítico de Lacan, si bien puede tener sesgos psicoanalíticos que apunten en este sentido (Lacan se habría analizado con su paciente Marguerite Anzieu, según la autora), pero los mismos no impresionan como muy persuasivos.

Tampoco son concluyentes los ya citados átomos de personalidad de Lacan, «reveladores» para Roudinesco de un efecto demostración, como uso de

herramientas de acceso a las «vías de realización de un ser». El pensamiento de Lacan no iba por el lado de una psicologización que a la postre termina por ser de vuelo muy corto, ni tampoco por el lado de una Historia aderezada con salsa para todo público.

Roudinesco aprieta entonces el pedal de la incongruencia más gruesa y señala casi acusatoriamente:

-«Miren a este loco, lo que nos enseñó sobre el Nombre del Padre, ¡miren qué Padre! ¡Lo que nos enseñó sobre la Castración, miren qué Narcisismo! Lo que teorizó sobre el Discurso y ahora hace Dibujos! ¡Lo que insistió con la Palabra y ahora se lo traga el Silencio! ¡Qué distancia entre su vida y su obra!»

* * *

Roudinesco parece ignorar la huella freudiana de los recuerdos encubridores. Esos recuerdos sobre la infancia, que no son recuerdos de infancia. Como también parece ignorar la cita freudiana —si bien la transcribe— que «el Yo no es amo en su casa». Con esto podría haber deslindado:

- 1) Los testimonios de *su Jacques Lacan* en ningún momento los presenta como clivajes identitarios de un Moi (yo imaginario), situados a distancia abismal de un Sujeto que también responde al nombre de Jacques Lacan y al que nadie nunca tendrá acceso, *excepto, parcialmente*, por su práctica —quien se haya analizado con él y por la reflexión sobre la misma, esto es por su enseñanza, que llevó a cabo y promovió entre discípulos y lectores dispersos por el orbe psicoanalítico.
- 2) La perspectiva histórica es engañosa si no se tiene en cuenta la articulación que hizo Lacan (y que Jean Allouch trabajó en reseña más bien

negativa sobre este libro) de historia—histeria. La fundamentación que Roudinesco hace de la escritura en la historia, no es la de la escritura en la histeria. Y, obvio es decirlo, la historia de los historiadores no es la historia de los psicoanalistas.

- 3) Roudinesco busca fundamentar con palabras del propio Lacan el singular punto de visto histórico en el que quiere ubicarse: «Lo que no puede certificarse por escrito no puede considerarse como historia». Pero no se trata de esto, precisamente.

Lacan se refiere a la escritura de nuestros actos psíquicos: síntomas, sueños, lapsus, huellas inscriptas en nuestros cuerpos, monumentos conmemorativos de vicisitudes libidinales tatuados en nuestra carne. Estos pueden entreverse o tornarse visibles, es más: pueden incluso mostrarse aún mudamente, Y eso a veces. Y otras muchas, esa escritura jeroglífica ni la podremos alcanzar a descifrar.

En suma: hay una histerización subyacente a toda historización. En francés es más fácil de ver, porque «histoire» se escribe con i latina y Lacan la escribe con y griega: «hystoire» arrimándola a «hysterie».

* * *

¿Biografía?

Un supuesto de la literatura, enunciado como axioma, sostiene que las biografías merecen ubicarse en la categoría de géneros literarios. Saúl Paciuk me comentó que en este género no hay una tradición francesa valiosa, pero sí en cambio anglosajona. Para limitarnos al área del psicoanálisis es cierto que ejemplos no faltan y que hay una tendencia a acrecentarse. Podríamos citar como prueba las biografías de Ernesto Jones y Peter Gay sobre Freud y las de Elisabeth Young—Bruehl sobre Anna Freud, así como la de Phyllis Grosskurth

sobre Melanie Klein.

Los variados puntos de vista de Roudinesco como biógrafa, narradora, periodista, historiadora, psicoanalista y teórica, no pueden sostenerse sin que un soplo derrumbe en cualquier momento el castillo de naipes que arma tan esforzadamente. No se consigue desenmarañar el enredado ovillo que armó, si bien sería una simpleza decir que no se encuentra en él abundancia de información, poder de síntesis, uso acertado de la elipsis. Pero no creo que el mismo cumpla con la condición de una biografía. Quizás por eso mismo ella abrió el paraguas y escribió: «esbozo de una vida».

* * *

Acerca de sistema

Las cosas se complican porque si sumamos en Lacan su procedencia educativa religiosa, surrealista, psiquiátrica, freudiana, más la influencia que sobre él ejerció Georges Bataille con la noción de «heterología», de «resto irreductible», todo ello nos da una resultante de lucha contra toda evidencia, de gestión de pensamiento resistente a cualquier reducción.

Lacan insiste una y otra vez en la carencia en ser, del sujeto constituyéndose por y en la discordia, comprendiendo esta dehiscencia, abertura (hiancia), desgarró, estaqueamiento, descuartizamiento inclusive, del Sujeto del inconsciente, del Sujeto en análisis, que hacen inmiscibles estas nociones con la roudinesquiana de «sistema de pensamiento».

Lacan buscó siempre luchar contra la sistematización, con la resonancia hegeliana y de discurso cerrado que estas palabras conllevan, lo cual no quiere decir ausencia de rigor, en pos de inscribir el psicoanálisis en el reducto de la

ciencia, o al menos en sus proximidades. Nos puede sí, irritar, volvernos locos, con las vueltas que dio, con sus contradicciones hechas de oscuridades y luminosidades, con sus interrogantes sin respuesta, sus cortes y sus portazos.

Elisabeth Roudinesco, en sentido contrario, pugna por hacer de su libro la historia de un pensamiento sistematizable, de cualquier modo y a cualquier precio. Para lo cual echa mano a nociones como: refundición, relevo, búsqueda de lo absoluto, siendo los dos primeros términos usados para historiar las influencias o resumir las elaboraciones de Lacan. Los mismos no siempre aparecen especialmente logrados. Es sobre todo con el último donde más se hace evidente el forzamiento, no siendo nada fácil la articulación de sistematización con hiancia.

Así, por ejemplo, para acercarse más al saber (de) sobre mujeres, Lacan no vaciló en acudir a un escritor católico, León Bioy, y si bien no leí a Bioy, tuve un atisbo de esto cuando el otro día, asistiendo a la proyección del filme «*Bleu*», reencontré ecos lacanianos de cómo puede volver una mujer, después de pérdidas insustituibles en la vida, a que el deseo la rehabilite nuevamente. Y pude asomarme asimismo a lo que Lacan llamó el «*goce místico*», misterio más reservado a ellas, en que se conjugan —bataillianamente— lo sagrado y el horror.

«No nos asombrará que el culto del exceso en Lacan, o la identificación siempre exigida con un modo paranoico del conocimiento —en la que coincidía con la fascinación de Bioy por la locura femenina— hayan tenido como contrapartida constante un apego visceral y casi fetichista al dinero y la posesión de objetos: libros preciosos u obras de arte. Tal era pues aquí, en el impulso de una captación de la filosofía por su contrario —la alineación y el fetichismo—, el modo de ser laciano, de una «negatividad sin uso» que, a fuerza de irrisión, correrá el riesgo de rozar la estafa, pero que servirá también de armadura a un verdadero sistema de pensamiento».

Se podría pensar que hay ecos del Freud de «Tótem y tabú», en esto de

«sistema de pensamiento». «Un delirio paranoico tiene algo de un sistema de pensamiento». No hay que hacer tanto misterio porque Freud dice también que muchas veces las fronteras entre una teoría y un delirio son difíciles de trazar. ¿Cuánta verdad hay en la teoría? ¿Cuánta verdad hay en el delirio? Piénsese en Fliess, en Schreber, en Lacan mismo, reconociendo una necesaria asunción de dogma en su teoría como la hay en un psicótico con su texto.

* * *

Las búsquedas lacanianas

Hay ejemplos de excelente documentación y síntesis en el libro. Me parecieron especialmente logrados los del capítulo III «La escuela de la filosofía: alrededor de Alexandre Koyré», cuando ubicando a Lacan en 1933, resume así el estado de las búsquedas de éste:

«Y de hecho, después del encuentro con la epopeya surrealista, fue la frecuentación de Alexandre Koyré, (...) de Alexandre Kojève y de Georges Bataille la que le permitió iniciarse en una modernidad filosófica que pasaba por la lectura de Husserl, de Nietzsche, de Hegel y de Heidegger» (pág. 138).

Acá nos aparece un concepto crucial y que Roudinesco acertadamente subraya, de la pasión que Koyré tenía por «el neoplatonismo y un espíritu de laicismo en el abordamiento de la filosofía religiosa» (pág. 139). Y en las notas del capítulo se encuentra el ensayo «De la mística a la ciencia», de Alexandre Kojève (pág. 657). En suma: los libros santos podían ser soportes de un verdadero pensamiento filosófico.

Pero, en elipsis subsiguientes, Roudinesco se ve llevada a resumir demasiado a prisa, «refundiendo» a Hegel, Husserl y Heidegger, pasando por los historiadores de las mentalidades, Marc Bloch y Lucien Febvre, luego por

Koyré, Kojève y Bataille, para finalmente desembocar en Lacan y caracterizarlo así:

... «de donde también el arte soberano de cultivar el pesimismo, el hastío, la decadencia o el odio a todo heroísmo, en nombre de una constatación lúcida del rebajamiento, hasta la abyección de la función occidental de la paternidad» (págs. 159—160).

* * *

Pero es justo asentar que Roudinesco no puede sino reconocer que Lacan «debería figurar entre los grandes teóricos que han marcado este siglo».

Hoy tal vez se pueda decir que no es por la puerta del «esbozo de una vida», ni de una vida y leyendas de Lacan, que alguien pudiera acercarse a su enseñanza.

Es desde nuestro ex-sistir que nos hacemos «objeto de pensamiento». ¡Y esto según Roudinesco no tendría que ver con una experiencia de vida!

¿Por qué no sería sostenible, para Roudinesco, un psicoanálisis lacaniano, que se alza en su búsqueda, desde la clínica «soberana» —tributo concedido al discurso médico— nacida de la *realidad psíquica* de cada uno, a la cúpula de un pensamiento enraizado en ese objeto y en esa experiencia?

Porque al subrayar «objeto de pensamiento», la autora parece postular que no habría detrás de lo que llama «sistema de pensamiento» referencia a una experiencia humana.

Roudinesco apunta a la escasez de referencias clínicas en lo que llama «lacanismo», a la tributación filosófica (y acaso no la hay en Freud, en Klein, en Bion?), al llamado despojamiento afectivo, al hecho de no analizar la transferencia.

Y reseña largamente el no cumplimiento de los estándares de la IPA, en cuanto

a frecuencia y duración de las sesiones, como asimismo la desigual batalla que Lacan emprendió contra esa corporación a la que sindicaba como una Internacional religiosa.

Se toca acá otro nudo de la cuestión: la herencia del legado freudiano, con todos los problemas que trae aparejados: frente a la legitimación del psicoanálisis de la IPA, la legitimación «freudiana» de la Internacional lacaniana que intenta llevar adelante el yerno de Lacan, Jacques Alain Miller.

* * *

Roudinesco enfoca con ponderación la situación del «freudismo» en Francia. No es imparcial ni objetiva en esto, lo que no debe ser leído como un demérito. Y consigue levantar interrogantes adecuadas sobre la legitimación del legado freudiano. ¿La IPA? ¿La fragmentación lacaniana francesa? ¿Los oficiantes dispersos por el mundo que se las arreglan como pueden?

Dos años después de la muerte de Lacan en 1981, Moustapha Saphouan ya había planteado inquietudes similares:

«Cuando muere nuestro padre o nuestra madre se lo decimos a Buda, pero cuando muere Buda, ¿a quien se lo decimos»

A mí me interesa sobremanera el pensamiento de Lacan y entiendo que estas son recurrentes cuestiones que quizás por muchos años no podamos darles cumplida respuesta. Al fin y al cabo, ¿en qué experiencia humana verdadera encontramos cumplidas respuestas? A veces no llegamos ni a hacernos cumplidos interrogantes.

El libro de Roudinesco pone los mismos sobre el tapete, si bien el vehículo en que lo hace me merezca importantes reservas.

Pero sí pienso que quizás sea útil a propósito de su aparición poder encarar las cuestiones abiertas que han resultado de la incidencia de Lacan en la historia del

psicoanálisis. Con su exploración teórica, con su enseñanza, él llevó tan lejos como le fue posible, inquietudes que atañen al ser del analista como hasta ahora ningún otro pensador después de Freud lo hizo.

**D. W. Winnicott:
de la teoría, de la técnica***

*Cristina L. de Cayaffa***

Este volumen nuclea trabajos del 20 Encuentro Latinoamericano sobre el pensamiento de D.W.W. (octubre 1993 Montevideo).

Ofrecemos una síntesis muy breve de cada uno como adelanto de lecturas que prometen —algunas más que otras— enfoques originales o precisiones conceptuales de real interés.

«La transicionalidad en la cura Psicoanalítica» Alegato por un Psicoanálisis artesanal

Dra. Raquel Zak de Goldstein

A partir de una propuesta de W. Baranger «La situación analítica como campo artesanal» la autora enfoca ideas de O. Manoni sobre coincidencias y divergencias Winnicott—Freud, y se propone considerar el efecto del pensamiento de Winnicott en el Psicoanálisis actual y en su porvenir.

Centra el enfoque en la transicionalidad, sus fenómenos y procesos en la situación analítica. Este sería el campo artesanal donde se daría la recuperación de la transicionalidad. Trabaja las ideas de adaptación a la realidad y aceptación de la realidad, como esencialmente diferentes y opuestas. La aceptación de la realidad del lado de la castración simbólica, apertura al desear, se sustenta en la transicionalidad. La recuperación de la misma en el análisis da cuenta de los procesos de subjetivación esencia de la cura.

* Enfoques teórico técnicos sobre Donald W. Winnicott. Ed. Fundación Winnicott. Tomo I.

** Miembro Titular APU. Luis P. Ponce 1437. CP 11600.

«Transicionalidad, aspectos metapsicológicos y técnicos»

Dr. Luiz Marcisio K. Machado

El autor enfoca el concepto de transicionalidad en su amplitud abarcativa considerando la perspectiva metapsicológica, origen estructuración y funcionamiento del aparato psíquico, así como la perspectiva del abordaje técnico en las distintas estructuras.

«El juego en el tratamiento o cómo vivir creativamente»

Dr. Vera Krecl, Psic. Myriam Rojido

Las autoras se refieren al juego como proceso y a la capacidad de jugar que lo sustenta. Se centran en el uso del juego como experiencia de vida en el espacio potencial y en la sesión analítica, considerando especialmente su importancia y significado en el tratamiento con adultos, el uso que puede hacer el paciente de su potencial de juego y como se posiciona el terapeuta frente a ello.

«Rabiscos», sobre las correlaciones entre patología y técnica en la obra de D. W. Winnicott

Dr. José Ottoni Outerial

Se trabajan dos aspectos de esta correlación: El desarrollo de un setting analítico que lleva en consideración el «idio» de cada paciente (no sólo su enfermedad sino también su salud) y así como el concepto de «analista suficientemente bueno» estrechamente vinculado. En esta articulación se inserta la noción de A. Green del «Setting» como metáfora de los cuidados maternos.

«Algunas reflexiones surgidas de la relectura de un texto de D. W.

Winnicott»

Dr. Miguel Angel Rubinstein

El autor parte de un texto de D.W.W.: «¿Existe una aportación psicoanalítica a la clasificación psiquiátrica?» y trabaja en la extensión del campo psicoanalítico implícita en las ideas y la práctica Winnicottiana.

Lo original del planteo de Rubinstein se da en torno al rechazo manifiesto al Instinto de Muerte postulando que «la polémica con Klein le impidió a D.W.W. ver que él mismo trabajaba con un concepto de pulsión de muerte solo que diferente al de ella y no sin ninguno». Considera el valor comunicacional de la enfermedad psicótica, enraizada en necesidades primarias (esencialmente distinto del síntoma neurótico) y su nexa con la regresión a la dependencia. Comunicaciones primitivas, no metaforizadas por palabras que plantean a su vez variedades de transferencia contra transferencia. Es el de Rubinstein un trabajo polémico que estimula a pensar.

«La transferencia hacia la madre medio ambiente»

Psic. Laura de Souza y colabs.

El trabajo se centra en esa transferencia hacia la madre «de las necesidades» que se da con aquellos pacientes que requieren «otra cosa» que el análisis clásico. Se refieren a la secuencia que va desde el establecimiento de un marco confiable (fondo que sostiene el transcurrir del proceso analítico), pasando por la regresión a la dependencia hasta el retorno a la independencia y al uso del analista. Desarrolla la importancia del fallo del analista en transferencia como factor estructurante, ejemplificando con interesante material clínico.

«La regresión a la dependencia y el uso terapéutico de la falla del analista»

Psic. Elsa Oliveira Díaz

Sólido trabajo de profusa reflexión, que parte de la conceptualización de la diferencia neurosis—psicosis en términos que hacen a la esencia de la vida psíquica: existencia—no existencia—no integración.

Despliega luego las tareas analíticas básicas en los pacientes fronterizos, el soporte para la no integración y el uso analítico de las fallas del analista precisando con rigor el alcance del término.

El trabajo entreteje el «manejo» de las ideas de Winnicott con aportes de otros autores psicoanalíticos y del campo literario y filosófico.

«D.W.Winnicott: ¿clásico o moderno?»

Dr. Fernando Segal

El autor nos propone pensar si las formulaciones winnicotteanas suponen una modificación del paradigma psicoanalítico. Su planteo incluye la posición de D.W.W. en la clínica haciendo psicoanálisis «con todas las de la ley» u «otra cosa» según la patología que se trate; la consideración de la dualidad pulsional y la universalidad del Edipo. En este punto tomando un aporte de Kohut sobre la leyenda de Odiseo, hace un rodeo por los mitos de Icaro y Dédalo para plantear la incidencia de la patología de los padres, así como la idea de una esencia humana que no incluye en su primariedad la hostilidad y el incesto.

«De las fronteras del Self en el trabajo clínico»

Lic. Sylvia Braun de Bagnulo

Partiendo de considerar el modelo vincular particular de la ontología winnicotteana la autora se refiere a la comunicación temprana inscripta dentro de la experiencia corporal como mutualidad de la experiencia y concerniente al núcleo del Self. Oído, escucha—mirada entablan y modelan el diálogo madre—

bebé surge el interrogante acerca de la incidencia de trastornos en la audición en el vínculo temprano. Se trabaja en material clínico como recurso enriquecedor del debate teórico.

«Criar Curar»

Psic. Adriana Anfuso, Psic. Verónica Indart

Las autoras se plantean demostrar como se construye una experiencia personal a partir de los conceptos winnicotteanos. Si desde estos se pueden pensar ciertos tipos de enfermedad mental como «detenciones del desarrollo», la idea de la dinámica de la cura incluirá remover los obstáculos que frenan ese desarrollo para que el crecimiento surja de las fuerzas internas que lo impulsan a avanzar. Refieren en el pensamiento de D.W.W. un nivel ontológico del psicoanálisis, que despliega el tema del ser como fundamento del Self y previo al enfoque pulsional.

Trabajan el Creer como formas de la confianza y la esperanza emergentes de un cuidado materno consistente en la salud, o de un medio humano capaz de realizar una adaptación adecuada más tardíamente. El curar en esta perspectiva tendrá que ver con la provisión de un marco y de un sostén.

«Indagación de conceptos teóricos y técnicos de Winnicott en el material clínico de «sostén e interpretación»

Dr. G. Lancelle

Con el propósito de descubrir en el material todo lo que éste quiere mostrar, el autor plantea una discusión previa sobre la metodología adecuada a ello. Se pregunta: «¿como es esa documentación de trabajo que llamamos material clínico?» y de que forma es posible abordarla. Se propone bosquejar la aplicación de un enfoque de investigación empírico en psicoanálisis.

«Habitar el espacio de la salud: una tarea sin fin»

Dra. Sonia Abadi

Partiendo de la idea de una tarea humana sin fin que es mantener separados y a la vez interrelacionados mundo interno y mundo externo, y dando por sentado que solo el espacio transicional, como espacio potencial y zona de reposo permite tolerar (y desarrollar) esa fatigosa empresa, la autora se refiere al encuadre, al analista y al espacio analítico como «escenario y argumento» que sostienen la experiencia transicional. Trabaja sobre instantáneas de algunos momentos privilegiados de análisis que permiten a nuestra mirada acceder a algunos movimientos del paciente a través del proceso analítico.

«Algunas ideas acerca del proceso analítico y la actitud del psicoanalista en la obra de Winnicott»

Dr. Alfredo J. Paineira

El autor señala que su objetivo es mostrar desde una perspectiva basada en la obra de Winnicott lo que para él es el psicoanálisis como proceso terapéutico que lleva a cada uno en última instancia hacia sí mismo.

Va desarrollando en forma cuidada y con gran claridad puntos centrales en el proceso analítico.

La colaboración inconsciente del paciente, el encuadre y la persona del analista que incluye la interpretación y sus tipos o la ausencia de interpretación y sus razones. Hace esclarecedoras puntualizaciones sobre la transferencia y sus variedades en relación a la patología del paciente generada en la historia de cuidados materno ambientales tempranos suficientes o insuficientes.

Finalmente se centra en el analista y su contra transferencia considerando también en esta variedades que van desde motivos inconscientes del analista a esta como persona total involucrada en el proceso, lo que pone en juego su sensibilidad, vulnerabilidad y templanza.

El recorrido conceptual del Dr. Paineira es realmente bueno.

«El terapeuta, una persona»

Dr. Jaime Coloma Andrews

El autor parte de considerar la postura psicoanalítica dentro de las ciencias psicológicas en un enfoque que apunta a lo psicoterapéutico. El psicoanálisis como una forma compleja y sutil de la psicoterapia y la persona como concepto eje y referencia básica de todo proceso psicoterapéutico.

Profundiza el punto de la neutralidad en psicoanálisis que interjuega con espontaneidad y creatividad y allí incluye el marco conceptualizado por D.W.W. y la idea de pertinencia que trata con rigor.

Lo pluripersonal, la mutualidad sustentando lo personal, otorgando humanidad al ser, se replantean en el encuentro analítico como experiencia de interacción.

«Sostenimiento e interpretación: dos pilares de la técnica psicoanalítica de D.W.Winnicott»

Dres. Pablo D. Abadi, Miguel A. Rubinstein, Raquel Zak de Goldstein

Los autores se abocan a poner en claro la comprensión teórica que D.W.W. tiene de la regresión y su conducta clínica particular

Puntualizan en torno a la regresión desde el modelo del crecimiento humano que Winnicott concibe y trabajan el lugar singular que le cabe a la disposición del analista en este proceso. Se detienen en los conceptos de sostenimiento-amparo-desamparo y sus resonancias freudianas, así como en la interpretación pilar del tratamiento.